SÉVAKA

El Hijo De ZANONI

INTRODUCCIÓN

Cuando nuestro Venerable Hermano Sévaka escribió "EL HIJO DE ZANONI", en las circunstancias que él mismo refiere en la introducción de la edición portuguesa original, hizo un doble acto de amor: a la Doctrina Rosacruz en primer lugar y al Venerable Maestro Bulwer Lytton, en segunda instancia.

Pero, además de este doble acto de veneración, y ciertamente como natural consecuencia del mismo, en virtud de una Ley moral cuyo mecanismo es bien conocido de "Los que Saben", le fue permitido realizar, no solamente una hermosísima continuación de "Zanoni"; no apenas el desarrollo lógico de la vida física y astral de los personajes de Bulwer Lytton y de aquellos que él mismo nos presenta; no exclusivamente un complemento de exposición de Doctrina purísima y hermosamente presentada, sino algo más, algo que es lo esencial de su obra en mi concepto, formado a la luz de la meditación y de la contemplación de la vida de muchos estudiantes e iniciados del Sendero, cuyas existencias compartí o comparto:

Sévaka supo mostrar, con belleza y veracidad, la infinita superioridad de la Doctrina del Corazón sobre la del conocimiento mental exclusivo, y a la maravillosa lección del autosacrificio, enseñada por Zanoni al morir por los seres que protegía, supo añadir la lección tan verídica y tan característica de la iniciación rosacruz, cristiana y que constituye la clave de la acción de los modernos Iniciados en nuestro mundo occidental:

Realizar, vivir en contacto con los mundos suprasensibles, desde el astral y psicológico de los seres que nos rodean hasta las esferas más elevadas de los mundos arquetípicos o divinos pero realizar todo ello sin apartarse de la vida colectiva, sin huir de ninguna de las tareas habituales de la colectividad profana; superarse sin aislarse, mejorarse sin apartarse, derramar en torno suyo, sin parecerlo muchas veces, el néctar espiritual en todos los ambientes y bajo todas las formas de la múltiple actividad de cada día.

"EL HIJO DE ZANONI" es, pues, una hermosa lección, que se asemeja a una película que registra la vida cotidiana, trayendo, cuando es conveniente, en primer plan a los actores o hechos de "lo trascendental dentro de lo corriente".

Obra fecunda, digna de meditación y del título de Superior Incóngnito de la Orden Martinista, que el Venerable Maestro PAPUS definía como una "Orden de Caballeros Místicos Cristianos" dedicada a Sembrar la Verdad por medio del ejemplo, de la belleza y de la sencillez.

Que los Lectores envíen, pues, como lo hago en este momento, un fraternal y agradecido pensamiento de cariño al Hermano Sévaka, que en su

plácido retiro de la campaña Brasileña desempeñó y desempeña el doble papel que su propia obra define, ya que externamente es el modesto y cariñoso Maestro de Escuela y en su gabinete el sabio filólogo, el talentoso escritor y el místico Iniciado.

Que las Rosas Florezcan, pues,

sobre su Cruz, son mis votos.

PROLOGO

Cuando concluí la traducción del grandioso libro ZANONI, de Sir Eduardo Bulwer Lytton, una extrema melancolía se apoderó de mí. La suerte trágica del noble místico que sacrificó su vida para salvar la de su esposa y la de su pequeño hijo, no puede dejar intactas las cuerdas sensibles del corazón del lector, y más aún vibran estas cuerdas, con ondulaciones de simpatía y pesar, cuando

vemos que aquella por la cual Zanoni se sacrificaba, al percibir en su éxtasis, provocado por el auge del dolor, que él entregaba su cabeza al verdugo con la integración de conservar la de ella, no pude resistir la profunda impresión: la Muerte aprovechando los lazos con que el verdadero Amor unía aquellas dos almas, la transportó de este valle de lágrimas a las esferas etéreas, donde el esposo la recibió en sus brazos. ¿Qué destino aguarda, ahora, a su hijo, este huérfano de padre y madre? Es verdad que el autor nos consuela a este respecto, diciéndonos, por boca del viejo sacerdote, que Dios cuida de los huerfanillos. Mas yo sentí un inmenso deseo de saber algo de la vida que aguardaba al hijo de Zanoni. ¿Quién tomaría a su cargo al niño? ¿Cómo se desenvolvería, corpo

ral y espiritualmente? ¿Se criaría? ¿Sería pobre? ¿Entraría en el camino hollado por su padre? ¿Se encontraría con Mejnur?

Estaba yo formulando estas y otras preguntas, cuando, en un instante de tranquila concentración de mi mente, presentáronse a mis ojos espirituales cuadros y visiones en que reconocí la solución de ese problema. Tomé, pues, la pluma para escribir este libro, con el fin de comunicar lo que así percibiera, a los otros que se interesan por la suerte del hijo de Zanoni. Quieren mis lectores disculparme la osadía de presentarles este modesto trabajo, escrito en un lenguaje bastante pobre, como suplemento de la espléndida obra del genial Bulwer Lytton. No fue una ambición arrogante la que me inspiró, y sí un sincero deseo de esparcir, en las mentes receptivas, algunos rayos de la Sublime Luz que tuve la felicidad de recibir.

EL AUTOR.

CAPITULO I

"Why did you come, dear little soul,
Into this world of ours?
I know not
I only know
To guide you for a few short years,
That blessed privilege is mine!"

EDDA VAN GILDER, "My baby".

("*¿Por qué viniste, querido angelito a este nuestro mundo?...*
"¡Yo no sé... Sé solamente que... guiarte durante algunos cortos años, es mi bendito privilegio!")

__"Twas but a dream" I hear you say.
Perhaps! perhaps! but from that day
In faith serene, I smile...

HENRY VICTOR MORGAN

--"Fué apenas un sueño", os oigo decir.
***¡Tal tez! ¡tal vez! sin embargo desde aquel día, siento una fe serena,* y *sonrío...* ")**

En el día 30 de julio del año cristiano de 1794, (11 del Thermidor del año 2, según el calendario que los revolucionarios franceses habían establecido), a eso de las dos de la tarde, un viejo sacerdote, trayendo una criaturita en los brazos, golpeó en la puerta de una modesta casa en una pequeña calle de la parte meridional de París.

¡Oh! ¡qué alegría! ¡qué bendita sorpresa, mi querido hermano! -exclamó, abriendo la puerta, una mujer, cuyos cabellos comenzaban ya a encanecer y en cuya fisonomía se podían ver estampados los signos de un buen corazón, pues tenía la cabeza bien alta, por encima de la frente, las cejas arqueadas, la nariz recta, los labios bien formados y llenos en las extremidades, el mentón redondo y con hoyuelo.

¡Loado sea Dios, que te protegió querido Evandro, -continuó ella -que escuchando nuestras fervientes plegarias, permitió que escaparas de las garras de las crueles fieras humanas! Vamos, entra y siéntate.

El padre Evandro entró en la pequeña sala, en la cual, como lo daban a entender los objetos que se veían allí, estaba establecida una sastrería. Las pocas prendas que, estando prontas, aguardaban la llegada de los que las habían encomendado, como también los trabajos aún no concluidos, daban el testimonio de la habilidad profesional del sastre, y también hacían comprender que los clientes para los cuales él trabajaba, pertenecían a la clase trabajadora.

-¡Oh! -continuó la hermana del sacerdote; -en qué tristeza estábamos sumidos mi buen Guillermo y yo, desde el día en que supimos que los esbirros del tirano te habían prendido! ¿Pero quién es esa criatura que traes en los brazos? Ciertamente algún huerfanillo, a quien los verdugos robaron a sus padres; ¿no es así? ¡Déjamelo ver!

Con estas palabras, la buena señora, tomando en sus manos al pequeñuelo contempló su bello semblante. El niño la miró con sus lindos ojos negros, y una sonrisa se asomó a sus labios suavemente cerrados.

-Sí, adivinaste hermana mía, - respondió el sacerdote _. Es un huerfanillo; lo hallé en la prisión de la "Conciergerie". ¡Pobrecillo! Anteayer guillotinaron a su padre; y cuando encontramos al niño, hoy de mañana, en la celda donde estaba encerrada la madre, el cuerpo de ella ya estaba rígido y frío como

el mármol. Ciertamente que la noticia de que su esposo había expirado, le desgarró el corazón. Recordé que tú, mi querida Generosa, desde que el tifus te arrebató a tu único hijo, vivías desconsolada, por no poder albergar más la esperanza de apretar en tu seno otro hijo, en quien pudieses irradiar los amorosos efluvios de tu buena alma; por ello te traje este muchachito, con la convicción de que lo aceptarías como un presente que el misericordioso Dios te envía.

¡Oh! ¡con mucho gusto, hermano mío! -dijo doña Generosa.- Somos pobres; pero tengo la seguridad de que Dios nos dará lo necesario para la subsistencia nuestra y la de este niño. Y no dudo que también Guillermo quedará contento al ver que la Divina Providencia, no sólo salvó tu vida, para nosotros tan apreciada, sino que también te encargó de entregarnos un hijo que substituirá al amado Enrique. ¿Y sabes el nombre de este pobrecillo?

-Sí. Su infeliz madre tenía consigo este librito de oraciones, en italiano; dentro del librito estaba este papel, que es el certificado de bautismo, por el cual se ve que el niño nació el 21 de diciembre de 1793 en Venecia, y fue bautizado, en el día 27 del mismo mes, con el nombre de Deodato. Es hijo legítimo del conde Zenón Zanoni, y su esposa, doña Viola, de la familia de los Pisani.

-¡Deodato! ¡Qué nombre bonito! - dijo doña Generosa.

-Este nombre significa: "Dado por Dios", - observó el sacerdote.

-¡Ah! ¡tanto mejor: ¡Dios lo dio primero para aquel matrimonio, que ciertamente al recibirlo debió haberse sentido muy feliz! ¡El niño es tan bello, y parece tan inteligente! ¿Entonces, su padre era conde? Debía de haber sido, pues, muy rico, ¿no es verdad? ¿Pero de qué le valió la riqueza? Tuvo que dejarlas, tal vez a los que lo asesinaron. Ahora. Deodato, Dios te dio a mí. Sí, yo seré tu madre; yo te criaré, si Dios me le permite, y Nuestra Señora me ayuda. ¡Mira, mi buen hermano, cómo el pe-

queño me escucha tan atentamente! ¡Y ni llora el pobrecillo! Debe estar con hambre. Ya, mi hijo, vamos a tratar de darte alguna cosa.

Y poniendo blandamente al pequeño Deodato en la cama, la buena señora corrió a la cocina, entibió un poco de leche y le dio al niño.

-¿Dónde está tu esposo? - preguntó el padre Evandro.

-Salió, después del almuerzo, para hacer algunas compras. Pronto debe estar aquí. ¡Ah! tengo que contarte el sueño que tuve esta noche. Soñé con el inolvidable Enrique. Como sabes, hace cinco años que Dios lo llevó de este mundo. Sueño con él muy frecuentemente; pero tan sólo dos de estos sueños me impresionaron. Recuerdo que ha de hacer un año y medio, más o menos, había visto, en un sueño, a Enrique, sano y fuerte, despidiéndose de mí y de mi marido y embarcándose en un navío para ir, como me decía a una lejanísima tierra en busca de fortuna, y de donde debía volver, como me aseguraba, trayéndonos los medios de poder vivir descansadamente.

-Este sueño - observó el sacerdote - no fue otra cosa sino la repetición mecánica de las palabras que Enrique muchas veces profería durante el delirio de la enfermedad que le produjo la muerte. Yo mismo había oído decirlas. Tal vez algunas narraciones de aventuras felices de algunos hombres que fueron a América, en procura de fortuna, hubiesen depositado esas ideas en el cerebro del joven antes de enfermarse; su cerebro repetía inconscientemente aquellas frases; tú las oíste muchas veces así es que se grabaron en tu mente, y en tu sueño se dramatizaron esos recuerdos produciendo la escena que terminas de narrar.

-¡No sé, hermano mío! Lo cierto es que, después de aquel sueño, he tenido momentos en que me siento consolada, pues me parece que mi Enrique no está muerto, tan sólo apenas ausente, y que regresará cualquier día. Yo no ignoro lo absurdo de esta idea, pero ella me persigue obstinadamente. En mi sueño de esta madrugada, Enrique se me presentó como si realmente hubiese

regresado. Pero mientras yo, con el corazón traspasado de alegría, lo abrazaba, percibí pasmada que su figura fue disminuyendo, hasta que se transformó en una criatura, tan pequeña como este niño que me trajiste.

-Pues bien. Generosa; comprende la moraleja que este tu sueño debe enseñarte; Dios quiere que consideres este niño como una substitución de tu Enrique. ¡Que el alma de tu hijo muerto descanse en paz, y que la luz perpetua le brille! ¡Y que el pequeño Deodato te dé los más puros goces que un corazón maternal pueda desear!

-¡Amén! hermano mío, ¡que así sea!

En este instante entró el sastre. Al divisar a su cuñado, lo saludó afectuosamente, y dijo:

-¡Gracias a Dios, que te restituyó a nosotros y a tus fieles parroquianos! Mi querido Evandro, tú no puedes imaginarte cómo nuestras mentes estaban siempre volando, con sus pensamientos a ti, y cómo nuestros corazones estaban inundados de los más sinceros deseos de volver a verte vivo e ileso. ¡Cuántas oraciones por tu salvación subieron al trono de la Divina Gracia! ¡Oh! ¡cómo es verdad que Dios oye las plegarias que a El se elevan, enviadas por las almas bien intencionadas!

-Sí, mi querido Guillermo, - respondió el sacerdote-. Cuando las plegarias son sinceras, justas y animadas de fe inquebrantable y de energía espiritual, acostumbran a alcanzar su objetivo; tanto más fácilmente, cuanto mayor es el número de las almas que las emiten en unísono ritmo de concordia y en perfecta armonía.

Doña Generosa, percibiendo que la criatura dormía, volvió a la cocina, con el fin de preparar un almuerzo para el hermano, mientras éste continuaba conversando con Guillermo.

-Es notable - dijo el sastre - el hecho de que yo nunca dudé de que Dios te conservaría la vida, tan útil para las pobres criaturas que estás educando.

-La vida de cada cristiano - redarguyó el padre - debe tener utilidad para otros seres humanos. Toda la humanidad es un gran cuerpo, del que cada individuo es apenas una pequeñísima parte, un átomo. Es como en un cuerpo sano: todos los órganos trabajan en buena armonía, auxiliándose unos a otros; la misma ley debe regir en la sociedad, si ésta desea vivir y desempeñar bien su papel. El día en que los agentes del dictador, que ya está pendiente del Tribunal de Dios, me prendieron, en la modesta aula que dirijo - sentí claramente cómo eran firmes y profundos los lazos que me unían a mis discípulos y a mis parroquianos. Aunque no pueda servirles de confesor, por ser esto prohibido por las leyes de los revolucionarios, he sido, en estos tiempos de pesadas pruebas, su guía espiritual, aconsejándoles siempre a seguir el camino del bien, a practicar la caridad cristiana, ayudándose los unos a los otros, y perdonando a los que nos hacen mal y nos persiguen. Y, con el auxilio de Dios, continuaré desempeñando, en la mejor forma que pueda, mis deberes, confiando en la Divina Providencia que, después de los días lúgubres, hará brillar en nuestra amada patria nuevamente el Sol de paz y de orden.

Doña Generosa interrumpió esta conversación, poniendo el almuerzo sobre la mesa, y convidando a su hermano a que se sirviera de él.

CAPITULO II

“... E quello egli ode,
Non con I'orecchio, si con uno spirito
Ch'é dentro lui."

GABRIELE D'ANNUNZIO.

("Y él oye aquello* no *por la oreja, sino por medio de un espíritu que está en él,")

El entusiasmo general, producido en el pueblo por la muerte de Robespierre, y por la caída del Reinado del Terror, dio gran preponderancia al partido moderado, hostil a los jacobinos. A pesar de repetidas tentativas de recuperar el poder, los elementos anarquizantes, que se servían de la demagogia de las calles, no alcanzaron su objetivo. El orden, la libertad personal y la seguridad de la vida volvían a París. El sastre Guillermo Boncoeur y su esposa Generosa se ocupaban tranquilamente de sus quehaceres cotidianos; y el pequeño Deodato crecía y daba mucho placer a sus padres adoptivos, que exultaban de alegría cuando el niño, que muy pronto empezó a hablar, les dirigía los dulces nombres de "papá" y "mamá".

El padre Evandro pudo dedicarse nuevamente a su magisterio, granjeándose cada vez mayores simpatías de las clases operarias, a cuyos hijos enseñaba desinteresadamente, iniciándolos en los elementos de las ciencias y de la moral.

Acababa el piadoso anciano de licenciar a sus discípulos, al

medio día, el 9 de junio de 1795, cuando vínole a buscar un joven médico, que le dirigió las siguientes palabras:

-Mi reverendo amigo, vengo a cumplir la promesa que, hace días os hice. Vos recordáis que en una de nuestras conversaciones, os dije que el doctor Dumagin, que, conjuntamente con el cirujano Pelletan tratan al infeliz hijo de Luis XVI, me invitaba para acompañarlo algunas veces en sus visitas al Temple; y vos me pedisteis que os trajera noticias exactas respecto a la salud de ese pobre huérfano, sobre el cual la malicia de los enemigos de su padre hizo caer tan inhumana venganza.

-¡Oh, sí! - afirmo el sacerdote - Carlos Luis, el hijo del rey, al cual la Constituyente había otorgado el título de Príncipe Real, tenía apenas seis años y algunas veces, cuando las puertas del sombrío edificio, al cual la ironía de la fatalidad dio el nombre de "Temple", se abrieron para recibirlo como preso, y cerrarle para siempre la salida. La municipalidad le había dado por educador al zapatero Simón. ¡Bella educación! El hombre brutal le enseñó a blasfemar y maldecir, dar "mueras" a los aristócratas, maldecir al padre, insultar a la madre, cantar la "Carmagnole" y la Marsellesa y a gritar: ¡Vivan los "sans-culotte!" Lo hacía comer con exceso y beber desmesuradamente vino, y así le arruinó la salud.

-Es verdad - dijo el médico. - Cuando, después de la caída de Robespierre, la Convención encargó al comisario Gomin de cuidar al ex príncipe, éste lo encontró en un tristísimo estado Su cama estaba llena de chinches, su cuerpo lleno de inmundicias; las rodillas y otras articulaciones estaban hinchadas; y el niño, a quien dejaban solo, y que de noche lloraba de miedo, por estar a obscuras, presentaba señales de decadencia física y moral. Gomin trató de asearlo de las inmundicias, dióle una cama nueva, y obtuvo para él permiso de tener luz en las primeras horas de la noche; y hasta pasaba esas horas a su lado para divertirlo. Consiguió también que Carlos Luis pudiese descender de su cuarto a una pequeña sala. Durante el invierno pasado, el niño tuvo algunos accesos de fiebre;

permanecía siempre cerca del fuego. Desde aquel tiempo, el estado del desdichado delfín fue emporándos, de día en día. Sus fuerzas iban disminuyendo y su espíritu se insensibilizaba cada vez más. El Comité de Seguridad General encargó al doctor Dessault de tentar curarlo; y, desde el fallecimiento de este médico, los doctores Dumagin y Pelletan tienen la incumbencia de tratarlo al pobre niño. Pero ellos no tienen esperanzas, y yo, después de haberlo visto, juzgo que sus días estás contados. Ahora mismo vaya verlo, trayendo unas drogas que Dumagin aún quiere experimentar. A la vuelta os informaré del resultado.

-Desde ya os quedo agradecido, mi querido Dupuis -respondió el sacerdote. - ¡Dios os acompañe!

A las tres de la tarde, estaba el padre Evandro solo, en su pequeña habitación, y elevaba fervorosos ruegos por el ex príncipe, cuando súbitamente apareció visible a sus ojos la figura de éste, en un círculo de suave luz; los oídos del sacerdote percibieron una dulce música proveniente del espacio y la voz de la aparición que decía: "¡Al fin te encuentro, madre mía!" Al ser pronunciadas estas palabras, la visión desapareció.

Pocas horas después, vino el doctor Dupuis nuevamente a la casa del padre Evandro. Lo saludó y dijo:

-Hoy, a las tres...

-El ex príncipe falleció - le completó la frase el padre.

-¿Vos ya lo sabíais? - preguntó el médico, admirado.

-¿cómo es posible?

Entonces el sacerdote narró la visión que había tenido.

-¡Oh! - exclamó el doctor - ¿cómo explicar la coincidencia! Pues, realmente, en los últimos momentos, el niño que acaba de fallecer a la tierna edad de 10 años y 2 meses, parecía estar viendo a su madre. En medio de la agonía, levantando la cabeza, él dijo: ¡Escuchad! - ¿estáis oyendo? Alguien está cantando. ¡Ah! ¡es mi madre! - ¡Ya la veo! y después cayendo sobre el lecho: Terminó. ¿Oisteis? - "¿Lo qué?" preguntamos. -La mú-

sica; ¡era tan bella! ¡Ah! ¡al fin te encuentro, madre mía!" Y expiró. ¿Cómo explicáis, reverendo, el hecho de que vos oísteis aquellas palabras que él realmente pronunció?

-Mi amigo, -respondió Evandro -la explicación es muy simple. Yo estaba concentrado, pensando en el niño ex príncipe, en los momentos en que su alma estaba desprendiéndose de los lazos que lo ligaban al cuerpo; en tales momentos, el alma del moribundo percibe a los seres desencarnados que lo aguardan, en la puerta que conduce del mundo visible al invisible; así, pues, Carlos Luis, antes de exhalar el último suspiro, vio, con su vista espiritual, el alma de su buena madre que velaba por él y venía a recibir el alma de su amado hijo, para introducirla en las mansiones que Dios les prepara allá en el Edén.

-¿Cómo, pues, pudisteis percibir lo que sucedía?
-Ya os dije que mis pensamientos estaban concentrados en el ex príncipe. Yo oraba fervientemente, y mi alma estaba en un estado semejante al éxtasis insensible al mundo físico, y solamente atenta al mundo espiritual; encontrándome así en la misma esfera donde estaba el alma del moribundo, y por eso pude ver su imagen y oír sus palabras.

-¡Es interesante! - observó el médico. - Mi reverendo amigo, si hubieseis narrado vuestra visión, sin que yo hubiese asistido a la muerte del ex príncipe, tendría que declarar que la consideraba una alucinación. En las condiciones, sin embargo, en que se efectuó este fenómeno, tengo que reconocerlo como un hecho innegable, y aceptar vuestra explicación como la única que satisface al intelecto. Además de eso, reconozco en este acontecimiento una prueba práctica de la dualidad de la constitución humana, pues veo ahora que no se puede negar la existencia del alma, como un ser independiente del cuerpo.

-Tenéis razón, querido doctor, diciendo que el alma es un ser independiente del cuerpo, si con eso queréis decir que ella, después de la muerte del cuerpo carnal, existe a pesar de estar de él totalmente desligada. A pesar de que está unida a él en la vida

terrestre, ambos son interdependientes, -Quiero decir, que el estado del cuerpo depende del estado del alma, y viceversa: el estado del alma depende en condiciones generales del estado del cuerpo carnal. Mas si quisierais hablar con mayor exactitud, en vez de reconocer en el ser humano una dualidad, cuerpo y alma, debéis ver en él una trinidad: cuerpo, alma y espíritu.

-¿Pero entonces, espíritu y alma no es una misma cosa?

-No, mi querido. Aunque muchas veces se tomen estas expresiones como sinónimos, hay diferencia entre alma y espíritu. El apóstol San Pablo los distingue bien; pues leemos en la primera Epístola a los Tesalonicenses (*): “¡Y el mismo Dios de paz os santifique en todo; y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sean conservados irreprensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo!" Y en la epístola a los Hebreos ( ): "La palabra de Dios es viva, y eficaz, y penetra hasta la separación del alma y del espíritu."**

Las palabras "espíritu" y "espíritus" se emplean, generalmente, para significar cosas invisibles; además, a pesar de invisibles, substanciales, como por ejemplo, las formas, figuras y esencias de seres angelicales, espectros, fantasmas, etc. Para designar este estado de substancias, sería mejor que usáramos el término "substancia etérea", que es más sutil que la materia física; y deberíamos dejar la palabra "espíritu" para significar lo que pertenece directamente a la Conciencia Universal, y que es su emanación homogénea y pura. Espíritu significa voluntad consciente; toda y cualquier cosa es, pues, la expresión de su propio espíritu que reside en su interior. El espíritu sin organización y sin substancia, sin embargo, no tiene individualidad, siendo apenas como un soplo informe; solamente cuando está organizado como ser substancial dentro de una forma viviente, el espíritu puede existir como ser individual. La Materia. es el vehículo para la manifestación del Alma en la vida terrena;

(*) Capítulo 5, versículo 23.
(**) Capítulo 4, versículo 12.

y el Alma es el vehículo para la manifestación del Espíritu, en la vida supraterrestre.

-¿Entonces, el verdadero ser humano es el Alma?

-Sí, mi querido; el cuerpo carnal es apenas un vehículo, o una envoltura del verdadero hombre, que es el Alma. El Alma a su vez es polarizada; su parte superior es el Intelecto, y la parte inferior es el Instinto. El Intelecto unido al Espíritu, forma, pues, a nuestra alma espiritual o angélica; el Instinto es el alma animal.

-Ahora comprendo - dijo el médico - que el alma no es un espíritu informe e inmaterial; debe ser una organización semejante a la del cuerpo visible, pero constituida por substancias mucho más finas, que tal vez podamos comparar a la substancia del aire; ¿no es verdad?

-Perfectamente -respondió el sacerdote; - el alma tiene una especie de cuerpo, al cual podemos dar el nombre de cuerpo etéreo (*). Mientras el ser humano vive en la tierra, esta organización etérea está estrechamente unida al cuerpo físico, penetrándolo. Los clarividentes ven el cuerpo etéreo extenderse, en forma de un ovoide, unas decenas de pulgas en torno del cuerpo carnal.

-Permitidme una pregunta, mi reverendo amigo. ¿Vos sois clarividente?

-Un poco, mi querido. Dios me concedió la facultad de ver y también oír, algunas veces, a través de la materia física.

-¿Esta facultad es privilegio de pocas personas que las poseen naturalmente, o puede ser adquirida por quien desee poseerla? - indagó el doctor.

-Hay personas - explicó Evandro - que poseen esta facultad desde la cuna, como un don que trajeran consigo al venir a este mundo; otras hay, sin embargo, que la adquirieron por medio de una educación especial.

-¡Oh! ¡qué contento quedaría yo, si pudiese volverme también clarividente! - exclamó el médico.

(*) "Cuerpo astral" de los oculistas, "periespirítu" de los espiritistas.

-Si tenéis realmente un deseo fuerte de adquirir esta facultad, - redarguyó el padre - tiempo vendrá en que vuestro deseo será realizado. Sabed, mi querido, que un deseo justo, cuando es nutrido por la perseverancia y sostenido por la fe, alcanza más temprano o más tarde su finalidad.

-¡Ah! ¡cómo me gusta oír vuestras palabras, reverendo! Palabras tan simples, tan elevadas y lúcidas, en las cuales se revela vuestra sabiduría y vuestra bondad. Por hoy, he de contentarme con haber oído ya tantas cosas interesantes. Disculpadme por haberos tomado tanto tiempo. ¡Hasta la vista!

-¡Dios os acompañe!

CAPITULO III

"Gostos leves em philosophia podem levar talvez ao atheismo, porem haustos mais cheios reconduzen a religiao."

BACON DE VERULAM.

("Gustos leves en filosofía pueden llevar tal vez al ateísmo, sin embargo, faustos más llenos reconducen a la religión.")

("El alma participa de la naturaleza divina.")

PLATON.

El doctor Alberto Dupuis tenía treinta y dos años de edad. Era inteligente, modesto, bondadoso. Nunca se ocupó de la política, y nunca hizo ruidosa exposición de sus ideas. Antes de la proclamación de la República, simpatizaba con los ideales de los Enciclopedistas; gustaba de leer a Voltaire, y aguardaba la vuelta del reino de la Razón. Cuando vio que, en vez del verdadero progreso y mejoramiento, la Revolución trajo millares de crímenes, asesinatos, destrucción y embrutecimiento, y bajo el estandarte de Libertad, Igualdad y Fraternidad diseminó anarquía, tiranía y persecuciones, su espíritu comenzó a indagar cuáles eran las causas de tamaño fracaso de los ideales anteriormente enumerados, y reconoció que era la falta de verdadera moral en los que criticaban el antiguo orden y la falta de bases firmes e indestructibles en los

sistemas propuestos por los innovadores, para la Regeneración de la Humanidad. Observando y comparando los resultados de varias doctrinas filosóficas, que en aquella turbulenta época nacían y vegetaban, quedó convencido de que ninguna de ellas era de por sí suficiente para asegurar a la Humanidad un bienestar general e individual, que anhelaban los corazones bien intencionados. El perspicaz médico comprendió que era la fe religiosa que había consolidado, en los siglos pasados, el orden en la Sociedad Humana, y que, sin un orden basado sobre semejante roca, no se podía edificar ningún sistema duradero en la vida política y social. Lo que era necesario reformar, no era la fe, pero si apenas la argumentación de la fe.

"Nuestros abuelos - se decía Dupuis a sí mismo - creían en la inmortalidad del alma, y en la justicia divina, porque así fueron enseñados a creer. Esta creencia era ciega, pero servía para infundirles el respeto para con el gobierno y sus leyes, el gusto al trabajo, la paciencia en los días de sufrimiento, el amor al prójimo, el heroísmo en la lucha por lo que consideraban justo, y el ánimo sereno en la hora de la muerte. Esas generaciones pasadas, a pesar de las interrupciones de las guerras y catástrofes, dejaron en el curso de los siglos bien marcado el camino de un progreso notable, tanto en la agricultura, en la industria y el comercio, como en las ciencias y artes. Lo que nos falta ahora, es una nueva argumentación de la antigua fe en la Divina Providencia y en la vida más allá de la tumba. Precisamos de una fe iluminada, de una fe que se base en hechos innegables."

Cuando, un día, tuvo la ocasión de trabar relaciones con el padre Evandro, encontrándose con él en casa del sastre Boncoeur, un sentimiento de animadora satisfacción le invadió su alma al percibir que el filantrópico sacerdote apoyaba ese su modo de encarar el grande problema.

-La Sociedad Humana - dijo el padre - de vez en cuando debe hacer una revisión de sus opiniones. Hay en la historia de las naciones, ejemplos de grandes mudanzas en las instituciones polí-

ticas, sociales y religiosas. Recordemos, por ejemplo, al pueblo romano: Al principio era gobernado por reyes; más tarde fue creada la república, y el gobierno fue entregado a las clases patrias, que resistían a la democracia, pero prudentemente fueron concediendo a las clases plebeyas el tribunado, el Código de las leyes escritas, el permiso de casamientos entre patricios y plebeyos, y hasta el consulado. Hubo dictadura, triunvirato, y por fin, la República se transformó en Imperio, al comienzo fue pagano y más tarde cristiano. Si los franceses, hartos del absolutismo monárquico, con que eran gobernados desde el tiempo de Richelieu, eligieron a la gran Asamblea Nacional Constituyente de 1789, y ésta votó, el 27 de agosto, la "Declaración de los derechos del hombre", fue por que había llegado el tiempo de la mayoridad del "tercer estado" de la sociedad. Mas esta "Declaración de los *derechos"* no puede suprimir el Decálogo, que nos recuerda los *deberes* que tenemos para con Dios y para con el prójimo. Las mandamientos divinos no pueden ser derogados, porque son eternos. Dios no es un legislador falible, pues es la Razón inmutable. Y aunque los ateos lo quieran negar, no lo consiguen; pues aquel que dice "Yo soy", ya con estas palabras declara la existencia de Dios; porque, no pudiendo la existencia de cualquier ser provenir de la absoluta no existencia, es claro que nuestra existencia individual proviene de la Existencia Universal, y es éste el significado de la palabra hebraica J*evé,* que es el nombre de Dios. A Moisés, la Divinidad se revela como el poderosísimo Ser que en sí incluye toda la Existencia, Jesús nos la manifiesta en el aspecto del buen Padre, amantísimo y sapientísimo. Y declara también que los verdaderos adoradores adoran a Dios en Espíritu y en Verdad. Y quien quiere amar a Dios, ha de amar a todos los seres humanos, haciendo bien al prójimo. Estas leyes no pueden nunca ser derogadas por institución alguna. Ellas han de servir de base para todas las instituciones serias. Hasta el propio Robespierre reconoció y proclamó la existencia del Ser Supremo. Mas no basta reconocer la existencia de Dios, es necesario practicar el mandamiento

de amor, para que El bendiga nuestra vida y nos haga felices, tanto en este mundo como en el otro.

En el día del fallecimiento de ex príncipe Carlos Luis, cuando el doctor Alberto Dupuis llegó a su casa, encontró allí a un colega que aguardaba su vuelta, y después que se saludaron le dijo:

-Mi amigo acabo de encontrar a un discípulo del marqués de Puységur; si quieres asistir esta noche a sus experiencias de magnetismo, ven conmigo; cenaremos en mi casa, donde ya nos esperan, e iremos a ver lo que hay de real en esas prácticas que unos consideran como cosas milagrosas y otros designan como charlatanismo.

Dupuis consintió, y, dos horas después, entró en compañía de su colega en la sala donde el magnetizador Petit, ante un pequeño auditorio de personas curiosas, que no hallaron demasiado caro el alto precio de la entrada, se proponía demostrar prácticamente los fenómenos de la lucidez del sonambulismo magnético.

El ciudadano Petit presentó al público un niño que parecía perfectamente sano. Lo colocó sobre una silla, verificó que ni el niño, ni él mismo tenían consigo metales (*), y dio siete vueltas alrededor del muchacho, recitando, en voz baja, unos versos. En seguida se sentó en otra Silla, enfrente del niño, tomó las manos de éste, poniéndolas por encima de las suyas, palma contra palma, y se mantuvo en esta posición durante cinco minutos. Después soltando las manos del menor hízole con la mano derecha unos pases longitudinales lentos, de la frente al pecho y de ahí al epigastrio, fijóle la mirada y en pocos instantes el niño cerró los ojos pareciendo adormecido. El magnetizador comprobó que el paciente, en aquel estado, era insensible al dolor pinchóle en varios lugares del cuerpo, con una aguja, proporcionada por uno de los asistentes, sin que el muchacho reaccionara. El operador recomendó que

(*) Los metales pueden oponer obstáculos a la producción del sueno magnético.

el Doctor Dupuis, colocándose con su cabeza lo más lejos posible del lugar ocupado por el niño, dijese, en voz baja, algunas palabras al oído del otro, y dirigiéndose al muchacho, ordenóle:

-Juan, repite lo que el doctor Dupuis concluye de comunicar al oído del doctor Rostan.

Y el niño sin abrir los ojos, dijo:

-"Quid novi sub coelo?' (**) -la frase latina que, realmente, el doctor Dupuis había proferido, en voz apenas perceptible a su colega.

Después de haber comprobado la gran sensibilidad acústica del paciente magnetizado, por varios otros ejemplos, el señor Petit hízole otros pases, y la audición desapareció. El muchacho dejó de percibir cualquier voz o ruido, excepto la voz del magnetizador. Entonces éste invitó al público a que le prestara algunas cartas, poniéndolas en sobre cerrados. Presentáronle dos: él puso una sobre la frente del sonámbulo, y éste, siempre conservando los ojos cerrados, leyó su contenido; y después hizo igualmente con la segunda carta. Por fin, Petit invitó a algunos señores a que salieran a la calle, y que allí se agruparan a voluntad, quedando de pie, o caminando, con sombrero en la cabeza o en la mano; y cuando salieron, ordenó a Juan que dijera lo que aquellos señores hacían, y él descubrió exactamente sus posiciones y actitudes, comprobando así la capacidad de ver a distancia, y a través de cuerpos opacos, por medio de la vista interna.

Cuando, al siguiente día, Alberto Dupuis relató al padre Evandro estas experiencias, díjole el sacerdote:

__¿Entonces, estáis ya convencido de que existe, en los seres humanos, además de la visión y del oído exteriores, análogos sentidos internos? Sabed que el cuerpo etéreo o psíquico es un exacto duplicado del cuerpo carnal o físico, organizado del mismo modo que éste, y poseyendo, por consiguiente, también

(* *) ¿Qué hay de nuevo debajo del cielo?

cinco sentidos análogos a los del cuerpo visible. Estos sentidos yacen latentes en la gran mayoría de los seres humanos; pueden entretanto, desenvolverse por medio de un adecuado adiestramiento.

-Mi reverendo amigo, ¿podríais darme las necesarias instrucciones para que yo pueda desarrollar la clarividencia?

-Como sé que sois hombre de elevada moralidad y sano, - respondió el sacerdote - os diré lo que debéis hacer para volveros clarividente. El pequeño órgano denominado glándula pineal, el cual está, como sabéis situado casi en el centro de nuestro cerebro, es de mucha importancia en el desarrollo de la videncia psíquica, pues es por medio de él que el espíritu se comunica con el cuerpo, trasmitiéndole lo que ve en su horizonte interno. El mejor método para educar este órgano, que funciona como acumulador y transformador de la fuerza nerviosa en fuerza psíquica, es el siguiente: Sentaos, diariamente, siempre a la misma hora, cómodamente, en la obscuridad; cerrad los ojos y concentrad vuestros pensamientos en una determinada persona, representándoos en vuestra mente su figura, su manera de hablar y de andar, etc.: al concentraros formad pinturas mentales de algún sitio, de una casa, de un jardín, de una calle o cosas semejantes. Perseverad en este ejercicio tanto tiempo cuando pudiereis; luego que sintáis cansancio, interrumpidlo. Repetid dichos ejercicios hasta que podáis llamar delante de vos los referidos cuadros a voluntad. Cuando lo hayáis conseguido pasad a otro ejercicio, que consiste en concentraros en las mismas condiciones, y hacer un viaje mental a algún lugar que os es conocido. Figuraos partiendo y yendo por el camino que conduce a ese lugar; observad todos los sitios y puntos que son de algún interés; por ejemplo: las casas, el puente, los valles, las escaleras, los árboles, etc., que se encuentren en el respectivo camino; y cuando terminéis vuestro viaje, regresad, prestando siempre atención a los objetos que fueren encontrados. Si no os desanimáis, y continuáis así asiduamente a ejercitaros en semejantes viajes mentales, día vendrá en que notaréis que éstos,

en vez de ser, como al comienzo meras excursiones imaginarias, se tornarán realidades, primero parciales, y más tarde totales en su género. ¡Pues bien! Si deseáis desenvolveros en este sentido, practicad lo que os aconsejé. Pero nunca profanéis las facultades psíquicas; nunca las empleéis para frivolidades o para la práctica de algún mal.

-¡Oh! no temáis eso. Si la Providencia me concediese semejantes facultades, sólo las emplearía para el bien de mi prójimo.

CAPITULO IV

"Die Seele ist dort, wo sie liebt."

SCHELLING.

("El alma está presente donde ama.")

Pasaron tres semanas después de la conversación que terminamos de relatar, cuando a la entrada de la noche, el doctor Alberto Dupuis vino nuevamente a visitar al padre Evandro, y díjole:

-Seguí vuestro consejos, amigo reverendo; y no sé si es debido a esos ejercicios de concentración o a otra causa, que hace tres días, siempre que, de noche y a obscuras, me concentro, aparecen delante de mi vista interior figuras de varias personas. En algunas de estas figuras reconozco las rasgos de amigos ya fallecidos; otras representan seres que me son desconocidos. Estas visiones pasan delante de mí con gran rapidez; apenas se presentan, ya desaparecen.

-Pues, os felicito - respondió el sacerdote; - estos fenómenos son, realmente, señales de que estáis desarrollando el don de la clarividencia.

El médico quiso decir alguna cosa, cuando entró, todo alborotado, Guillermo Boncoeur diciendo:

-Mi buen Evandro, vengo a pedirte que hagas el favor de venir conmigo a ver a tu hermana que, jugando con Deodato, de repente empezó a temblar, cerró los ojos, y se puso a balbucir palabras incomprensibles...

El padre, invitando al médico a que lo acompañara, fue inmediatamente a casa del sastre, que estaba a poca distancia, en la misma calle. Cuando entraron, doña Generosa, que apretaba contra su corazón al pequeño Deodato, pareció no haberlos visto, a pesar de tener ya los ojos abiertos, pues no les dirigió ninguna palabra y ni se levantó de la silla donde estaba sentada. Los hombres quedaron sorprendidos al oírla hablar en italiano, lengua que ella desconocía:

***¡Mío fíglío, mio caro figliuolo!* (¡Mi hijo, mi querido hijito!) - exclamaba ella, mirando al niño y besándolo. Al mismo tiempo, parecía que las facciones de su semblante radiaban una luz que transformaba su fisonomía, dándole el aspecto de una mujer mucho más joven.**

–*¿Tu mi vedi'? ¿Tu mi odi?* (¿Tú me ves? ¿Tú me oyes?) - continuaba diciendo, - *¡Sono io, tua madre!* (¡ Soy yo, tu madre!)

Y el niño fijaba sus ojos en el semblante transformado de su madre adoptiva y sonreía. De pronto Generosa calló, cerró los ojos, y pareció por unos instantes adormecida. Su fisonomía ordinaria reapareció, y la criatura desvió su mirada para dirigirla al lado izquierdo de ella, donde los tres hombres percibieron una sombra semejante a la figura de un hombre. Pero esta aparición duró un corto momento, y se desvaneció. El niño estaba mirando aún aquel lugar, con sus ojos inteligentes, y con una simpática sonrisa en los labios, cuando Generosa abrió de nuevo los ojos y percibió a los visitantes. Asegurando a la criatura a la falda, se levantó y saludó al hermano y al médico.

-No temáis, - díjoles - no es nada. Me adormecí, sentada, y soñé que la madre y el padre de Deodato estaban aquí.

-Y con seguridad estuvieron - respondió Evandro. - Estuviste en estado de trance; tu alma, aflojando los lazos que la prendían al cuerpo carnal, lo abandonó, como lo hace en las ocasiones del sueño, sin que se corte el hilo sutil que la une al cuerpo;

y el alma de la madre de Deodato, aprovechando esta ocasión, habló al niño, por intermedio de tu boca.

–¿Entonces, la madre de Deodato, en su actual estado de alma desencarnada, continúa cuidando de su hijo, que dejó en la tierra? - preguntó el doctor Dupuis.

-Ciertamente - respondió el padre - Muy frecuentemente la madre que desencarnó, sigue observando a sus hijos, durante un tiempo considerable, y hay casos en que las madres, en el estado de alma desencarnada, han salvado a sus hijitos que se hallaban en peligro.

–¿Entonces los llamados muertos continúan estando cerca de los vivos?

-Sólo aquellos que al desencarnar no llevan consigo ningún deseo que se relacione con la vida en la tierra, pasan a regiones celestes bastantes alejadas del mundo físico. La mayor parte de los que llamamos muertos, generalmente no abandonan la casa en que vivieron o las personas que amaban, sino mucho tiempo después de su entierro. Quedan en sus proximidades, aunque invisibles a los ojos de los hombres. Más tarde se elevan al primer cielo; y aún, de vez en cuando, vienen a visitar a los seres queridos en la tierra. Pasando más tiempo aún, el alma desencarnada entra en el segundo cielo; entonces ya no es más consciente de la esfera física, en el sentido de que aqui tengan casas, amigos o parientes, y, por consiguiente, cesan las comunicaciones individuales.

–¿Cómo conciliáis, reverendo, las explicaciones que acabáis de darnos, con el dogma del purgatorio? - preguntó el doctor.

-El dogma de mi Iglesia - respondió el padre - afirma, respecto al purgatorio, apenas lo siguiente: Que los justos que mueren sin haber satisfecho enteramente a la justicia divina deben satisfacerla después de esta vida, por penas temporarias, las que se llaman penas del purgatorio, y que las almas del purgatorio hallan alivio con las oraciones de la Iglesia. San Agustín dice que ciertas almas sufren por más o menos tiempo, según el mayor o menor grado de afecciones que tengan por las cosas de la tierra.

–¿Entonces doña Generosa, en el estado de trance, sirvió de instrumento para que la madre de Deodato se comunicase con su hijo?

-Sí, mi querido.

-¿Y doña Generosa no corría ningún peligro?

-Puedo deciros que no; pero esto no quiere decir que en las comunicaciones de este género no haya peligros. Cuando una persona sirve de instrumento, o "medium", a un espíritu desencarnado, que toma posesión de su cuerpo empleándolo como si fuese su dueño, si ese espíritu es de buena moralidad, y no abusa del privilegio que se le concedió, no es nocivo a la salud ni al alma de dicho médium. Hay, empero, casos en que espíritus inferiores, apoderándose del cuerpo del médium, lo emplean para satisfacer sus prisiones, y entonces pueden producir enfermedades orgánicas en el cuerpo que les sirve de instrumento. Por eso, no es bueno servir de médium a un espíritu que no se conoce. Y para conocerlo, es necesario ser clarividente.

-¿ Y cómo explicáis la aparición, semejante a la figura de un hombre, que percibimos al lado izquierdo de doña Generosa?

-Supongamos que era la forma materializada del espíritu del padre del niño. He de observar que, cediendo al uso general, empleo la palabra "espíritu" en el sentido de "alma desencarnada". Notasteis que el niño miraba, contento y sonriente, a esa aparición. Sabed que todas las criaturas son clarividentes, al menos durante el primero y segundo año de su vida. Esta facultad se conserva por más o menos tiempo, según el grado de espiritualidad de la criatura y de su ambiente.

La conversación fue interrumpida, en este punto, por la llegada de un cliente, que vino a buscar un saco que había encomendado. El doctor Alberto Dupuis se despidió y salió, meditando sobre los fenómenos que acababa de presenciar, y sobre las explicaciones dadas por el sacerdote.

CAPITULO V

> **"Quien quiera entrar en la conciencia de la Vida Universal, ha de purificar su mente, su intelecto y su corazón... y debe permanecer calmo y sereno en medio de las inquietudes febriles del mundo que lo rodea."**
>
> **BHAGAVAD GITA, parte XVIII.**

Dejemos, apreciado lector, por algún tiempo, París, y visitemos la capital del Cristianismo Católico, la espléndida Roma, donde, desde el año de 1775, reinaba el papa Pío VI. Estamos en el tiempo en que el general Napoleón Bonaparte dirigía su Campaña en Italia. Todas las potencias italianas, exceptuándose las repúblicas de Venecia y de Génova habían entrado en la coalición contra Francia; y la corte de Roma juzgaba que no podía permanecer neutral en una guerra que todos los monarcas cristianos habían emprendido, al menos en apariencia, para vengar la muerte del rey Luis XVI. El papa Pío VI, para darle coraje al emperador de Alemania, Francisco II (de la casa de Austria), envió a este príncipe una gran medalla de oro, que de un lado representaba a los apóstoles San Pedro y San Pablo, y del otro lado la primera Iglesia patriarcal de Roma; y junto con esta medalla, una carta, en la que le escribía al emperador: "Combatid en nombre de estos dos valientes soldados de Cristo."

Además, cuando el Santo Padre quería imponer a sus súbditos nuevos impuestos para poder reclutar algunas tropas más, con que

iba a concurrir en la guerra de coalición contra Francia, el pueblo romano se sublevó y quiso incendiar los principales palacios. Entonces, para dar un auxilio moral a las fuerzas austriacas, el papa mandó rezar oraciones públicas en todas las Iglesias, durante tres días, con la intención de obtener del Cielo la victoria de las armas imperiales; concedió indulgencias plenarias a los soldados del emperador, y declaró que si los franceses viniesen a Roma los iba a recibir vestido pontificalmente, en los escalones de la escalera de la basílica de San Pedro. También, cuando Napoleón venció a los austriacos y al rey de Cerdeña, obligando a éste, a ceder Saboya y Niza a la República Francesa, y pasando el río Po se posesionó del Piamonte y de Lombardía, donde derrotó a los austriacos en la batalla de Lodi, y la división del general Augereau prendió a cuatrocientos soldados del papa, con el cardenal legado y todos los oficiales de la legación de Bolonia, el Santo Padre se vio obligado a firmar preliminares de paz; abandonaba a Francia las legaciones de Ferrara y de Bolonia, las costas marítimas del golfo Adriático, desde la desembocadura del río Po hasta la ciudadela de Ancona; prometía pagar 21 millones de libras francesas, y entregar una gran cantidad de cuadros, bustos, vasos, estatuas y manuscritos preciosos de la biblioteca vaticana a la escuela de los comisarios franceses.

Al pueblo romano no le agradó esta actitud del Santo Padre; los sacerdotes, también, en sus sermones interpretaban la situación como un castigo que Dios imponía al pueblo a causa de sus pecados, y exortaban a los fieles a mejorar su conducta y volverse más celosos en el desempeño de sus deberes religiosos.

La iglesia de San Eusebio estaba repleta; no cabía en ella la multitud que había acudido a oír a un afamado predicador, que allí se esforzaba por convencer a los creyentes que el camino para acelerar la venida de días mejores consistía en la práctica de la penitencia; todos debían confesarse y comulgar más a menudo, asistir a las misas y a las procesiones, y rezar fervorosamente. El predicador aseguraba que si los fieles romanos demostraban su arre-

pentimiento y la voluntad de regenerarse, el misericordioso Dios, por intervención de la bienaventurada Virgen María, los perdonaría y en vez de entregarlos a la mano del enemigo, humillaría a éste y concedería la victoria a su pueblo predilecto.

Terminada la devoción el pueblo regresaba a sus hogares, formando grupos que conversaban, comentando el sermón; de vez en cuando se oían expresiones nada lisonjeras respecto a los franceses.

Un hombre de edad madura, y que según se veía por su traje, era médico, iba solo y silencioso, por la calle de Santa Cruz de Jerusalén sin mezclarse con los demás. Iba entrando en la calle de San Vito, cuando fue alcanzado por un hombre alto, y según parecía, de edad avanzada, pero aún fuerte, el cual le dirigió en francés estas palabras:

-¿No tenéis miedo querido doctor, al oír tantas amabilidades, dirigidas por el amable pueblo romano contra vuestra nación?

-No, señor - respondió el médico. - Comprendo el motivo de la mala disposición de este pueblo"; pero yo, aunque soy francés, no tengo, personalmente, la más mínima culpa de lo que los soldados de mi patria practican.

-¿Entonces, sois indiferente a la suerte de las armas francesas? - indagó el otro.

-Esfuérzome por no identificarme con ninguna de las partes beligerantes - confesó el doctor. - Emigré de Francia muchos años antes de la proclamación de la República; pero no soy ni realista ni republicano. Amo a mi patria; pero amo también este terruño donde fui bien acogido, y donde hasta hoy, felizmente, nadie me ha injuriado por causa de mi nacionalidad.

-Yo sé que el pueblo os respeta, doctor Nicanor - volvió a decir el desconocido. - Sé que sois caritativo, y muchas familias pobres os deben gratitud por haber salvado la vida de seres que les son queridos.

-Quien salva la vida de los seres humanos es Dios - dijo, humildemente, el doctor Nicanor. - Yo no me atribuyo tanto poder. Un médico que contribuye a la conservación de una vida es apenas un instrumento de que Dios se sirve para tal fin.

-Tenéis razón. Y sabed que quien, como vos, no se cansa de profundizar sus conocimientos científicos, y de practicar buenas obras, ha de encontrar la llave de los misterios que busca.

-Pero, señor, vos sabéis...

-Que el doctor Nicanor es un cultor de ciertas ciencias ocultas...

-¿Quién os lo dijo?

-Nadie; no hay necesidad que me lo digan; yo lo sé, hace tiempo, porque mi pesíritu encontró el vuestro.

-¿Entonces, por fin he encontrado al Maestro que busco? - preguntó el médico, parándose delante de una casa, y contemplando el semblante de su interlocutor.

-Cuando el discípulo está preparado, el Maestro no demora en venir - fue la respuesta.

-¿Y me daréis el placer de entrar en mi pobre casa?

-Hoy no, amigo. Será mejor continuar la conversación un poco más al aire libre. Quiero daros algunas instrucciones preliminares.

-¿Cómo debo trataros, Maestro?

-Mi nombre es Mejnur y la Orden secreta a que pertenezco es la de los "Hermanos de la Luz".

Nicanor acompañó a su nuevo conocido, oyendo con atención y respeto sus exposiciones. Mejnur parecía leer los deseos ocultos en el corazón del médico, pues en cada frase que profería éste encontraba una respuesta a las preguntas que muchas veces había formulado en su mente, y la solución de enigmas que excitaban a su intelecto. Despues de haber así influido rosadas esperanzas en el ánimo del incansable investigador, despidióse Mejnur, invitándolo a venir a encontrarlo el día 10 de agosto, en la plaza de San Pedro.

CAPITULO VI

(...*"Queremos guerra*
Guerra e só guerra", unisonos bradaram.

D. J. MAGALHAES,
"Confederaçao dos Tamoyos."

..."Queremos guerra
Guerra* y *sólo guerra" a unísono gritaran.)

"Jam efficaci do manus scientix."

HORACIO.

("Ya doy la mano a la ciencia eficaz.")

"Sophorum lapis non datur lupis."

Máxima alquimista

("La piedra filosofal no es dada a los lobos, esto es, a los codiciosos.")

Después de la firma del armisticio entre el Papa y Francia, Miot, el ministro de la República Francesa en Florencia, vino a Roma, aguardando allí la llegada de Cacault y de otros comisarios de la República, encargados de la ejecución de los artículos tratados entre Bonaparte y los ministros del Papa. Para arreglar las cantidades que necesitaba, el Papa había requisado, además de los metales preciosos de los particulares, todos los objetos de oro y de plata que se hallaban en las iglesias exceptuando sólo los vasos indispensables para la celebración del servicio divino. El primer pago de la contribución estipulada en el armisticio, fue

hecho en el plazo marcado y consistía en un millón y cien mil escudos. Las conferencias en que se trataba de la ejecución de los artículos del armisticio, y que se realizaban en el Hotel de España, en Roma, estaban aproximándose a su conclusión, cuando de pronto los comisarios pontificales crearon algunas dificultades, bajo pretextos quiméricos. La causa verdadera fue la noticia de que las tropas imperiales se aproximaban a Mantua. El Papa, creando nuevas esperanzas de victoria en esas tropas, ordenó a un legado que se apoderase de Ferrara, que, por el armisticio, fuera cedida a Francia. El legado romano entró en aquella ciudad, pero el pueblo allí se mantuvo fiel a los franceses.

Cuando el 10 de agosto de 1796, el caballero Azara, ministro de España en Roma, bajo cuya mediación se había concluido el armisticio entre el Papa y Francia, recibió las noticias de las nuevas victorias de Napoleón, y las hizo públicas, el pueblo romano, casi en su totalidad no creyó que fuese verdad, juzgando que era invención de dicho ministro y de los comisarios franceses. Ya algunos días antes fueron insultados varios franceses por el populacho de Roma, y en los siguientes días se repitieron los insultos. Cuando el 15 de agosto, el Santo Padre, después de leer las propuestas de paz, ofrecidas por el Directorio Francés, declaró que algunas eran inadmisibles, y que por lo tanto no las aceptaba, un gran entusiasmo se apoderó del pueblo romano. Parecía que esa decisión del Papa había diseminado en sus súbditos coraje bélico y la convicción de que el propio Cielo los libertaría del poder de los franceses.

Entre la multitud que iba llenando la plaza de San Pedro dando "vivas" al Santo Padre y gritos hostiles contra Francia, dos hombres, ambos de edad madura, no participaban del entusiasmo general, pero se conservaban silenciosos, observando tranquilamente esa manifestación patriótica. Por fin, dijo el que parecía ser más anciano:

-Vamos a tu casa, Nicanor.
-¡Como ordenéis, Maestro! - respondió el otro.

Y abriéndose camino por entre la multitud, entraron en la calle más próxima.

-¡Qué inconstante y variable es la disposición del pueblo! - dijo Nicanor, cuando ambos estuvieron libres de la turba.
-Hace pocos meses, este mismo pueblo rebelábase cuando el Papa trataba de reclutar tropas que debían combatir a los franceses; y ahora, cuando convendría mucho más que tratasen de la paz, el mismo pueblo se entusiasma por la guerra!

-Es porque piensan que la palabra del Santo Padre es arma suficiente para abatir a los enemigos. Estos crédulos suponen que si el Papa lanza su maldición contra los franceses, éstos tendrán que retirarse y confesarse vencidos. Un verdadero hierofante podría, es verdad, obtener plena victoria sobre un gran ejército, mediante el empleo del Verbo Sagrado; podría, sin maldecir, detener a los atacantes y asegurar la paz a sus fieles. Mas, infelizmente, en la actualidad no existe semejante hierofante; y Pío VI está lejos de poder imitar el ejemplo del Papa León I, que, por medio de súplicas, consiguió que Atila hiciese la paz con el emperador Valentiniano y que se retirase, cuando ya marchaba sobre Roma.

-¡Es verdad, Maestro; los tiempos son bien diferentes. El Papa León I, en el siglo quinto, con su Verbo contuvo la invasión de los bárbaros paganos; ahora a fines del siglo décimo octavo, el Papa Pío VI no es capaz de obtener la obediencia de un pueblo que, siendo cristiano, debería considerarlo como su jefe, instituído por la Voluntad Divina!

-Es porque los pontífices romanos en vez de contentarse con la dirección espiritual de la cristiandad, quisieron tener también dominio temporal. Ahora bien, es sabido que es imposible que conserve sus fuerzas espirituales quien anima el empleo de medios propios a los guerreros. El Verbo Divino no puede manifestarse en un alma que alimenta los pensamientos de violencia, odio, ira y orgullo. No puede residir en un corazón que alberga la duda aunque los labios profesen la fe. La humanidad sería feliz si tuviese, en realidad, un Jefe Espiritual que guiase a todos los pue-

blos, por medio de la persuación y del buen ejemplo; pero aun está muy lejos la época en que esto sea posible.

-Tenéis razón, venerable Mejnur, - dijo Nicanor.

-Sólo quien se sienta lleno de espiritual fuerza divina y que no admita la menor duda de que Dios obra por su intermedio, puede en nombre de Dios realizar prodigios, y vencer sin blandir la espada u otra arma material. Mas los hijos de este mundo que, aunque se titulen jefes espirituales, confían en la espada y en la pólvora, no pueden servir de receptáculos del Verbo Divino, y por eso el poder de la palabra que profieren es muy limitado.

-Como es limitado el horizonte de su mentalidad – agregó Mejnur. - El Papa Pío VI rompe ahora el armisticio; pero dentro de pocos meses se arrepentirá, y tendrá que aceptar condiciones de paz más desfavorables que las actuales. ¿Ya confeccionasteis el horóscopo del general Bonaparte?

-Ya, Maestro. Este hombre tiene una gran misión que cumplir en la tierra. Irá de victoria en victoria; concentrará en sus manos el supremo poder de la República Francesa, y de aquí a doce años, el sucesor del actual Papa le colocará una corona sobre su cabeza. Casi toda Europa le obedecerá; sus hermanos serán reyes, sus hermanas princesas; un emperador le dará su hija en matrimonio. Mas el orgullo, la ambición y la codicia insaciable que parece dominarlo obsesarán su perspicacia, y después de una infeliz expedición dirigida contra un país oriental, su gloria será de corta duración; será vencido y hecho prisionero dos veces; una vez se evadirá, pero preso por la segunda vez, perderá para siempre su libertad, para vegetar y morir aislado del mundo que había tentado subyugar. Si no se desviase de su misión y se contentase con libertar pueblos oprimidos e implantar el orden en su patria, sería un genio bendecido por Dios y por los hombres. Infelizmente, los gérmenes de tiranía y egoísmo, que trajo al nacer, encuentran muchas y muchas ocasiones de desenvolverse en una entidad astral que lo obsesionará y desviará del cumplimiento de su misión.

-¡Ah! - exclamó Mejnur - ¡cuán pocos son los hombres

que saben dominar los instintos destructores! ¡Cómo se repite, en la historia, el espectáculo en que un libertador se transforma en opresor! Ciro libertó a Persia, pero subyugó a Babilonia, y con ella a Siria, Palestina y Fenicia. Es verdad que, para, los Judíos, el cambio de gobierno les dio cierta libertad, en comparación con el cautiverio babilónico. ¿Y cuál fue el fin del gran conquistador? Murió en la expedición contra los *Massagetes,* cuya reina Tomiri sumergió la cabeza decapitada de Ciro en un odre lleno de sangre, exclamando: "¡Sáciate, ahora de sangre, que en vida, fuiste insaciable!" - Alejandro el Magno hizo suyo el proyecto de su fallecido padre, de conquistar el Oriente, para garantizar la paz a Grecia y Macedonia. Cuando recorrió, victorioso, toda el Asia Menor y, derrotando al rey persa Darío III, aprisionó a la madre, a la esposa e hijos de éste, los respetó dándoles en su campamento un asilo sagrado. No obstante, cuando Tiro, la ciudad fenicia se le rindió después de un sitio de siete meses, el mismo Alejandro deshoneró su memoria, vengándose inhumanamente en los habitantes de esa ciudad, cuando fueron sometidos, pues pasó una parte de ellos a filo de la espada, y a otra parte los vendió como esclavos. Pompeyo hizo la guerra contra los piratas que de Creta y de Sicilia destruían el comercio y las ciudades del Oriente, y los venció; venció también al rey Mitrídates de Ponto, sometiendo su reino al dominio romano. Cuando volvió a Roma, entregó al erario los tesoros conquistados, y quería volver a la vida privada. Mas su ambición lo llevó al Triunvirato, y más tarde a combatir a su colega César; Pompeyo fue derrotado y muerto. Muchos y muchos ejemplos podemos hallar en la historia, que nos prueban que la ambición en los grandes hombres, por más noble que sea al principio, llega a transformarse en codicia insaciable y es la causa de su caída.

Mientras los dos hombres iban conversando, atravesaron varias calles, hasta que, por fin, entraron en la calle de San Vito, estrecha y solitaria, donde se veían a ambos lados muros bajos, largos y uniformes. Cerca de la extremidad meridional de esta calle había

una casa a la cual los habitantes llamaban "la villa Palombara" y a ésta pertenecía la viña situada al Sur del edificio. Mejnur y Nicanor entraron en una casa que estaba casi enfrente de la "vilIa Palombara".

-Estamos en casa, apreciado Maestro - dijo Nicanor.

En seguida abrió la puerta y llevó a su compañero a una habitación, donde había un estante con libros y otro con medicamentos en frascos, cajita y paquetes; en las paredes se hallaban algunos mapas al lado de varios dibujos anatómicos y sobre la mesa una balanza, papeles, tinta y plumas.

-Este es mi modesto gabinete de medicina y de astrología - continuó el dueño de casa; - la habitación donde espero que, en breve, podré ser iniciado, bajo vuestra sabia dirección, en las prácticas teúrgicas, aún no está preparada suficientemente. Sabéis mi venerable Maestro, que no soy rico; la mayor parte de mis clientes son pobres; no obstante, con la fuerza de voluntad que tengo, confío que alcanzaré el sublime ideal que es mi más noble deseo, - pues no ignoráis que no soy de los que se apegan a los goces sensuales, ni de los que desean convertir el poder espiritual en un esclavo de la materia o de ambición egoísta. Confieso que, en los tiempos de mi juventud, la vecindad de la casa Palombara constituía para mi una fuerte tentación.

-¿Deseasteis, tal vez, poseer el secreto de hacer oro, como se afirma que lo poseía el Marqués Palombara?

-Es verdad, Maestro; hasta hoy me avergiienzo de haber sido frecuentemente invadido por tales pensamientos.

-¿Conocisteis algún alquimista de esa familia? - pregunto Mejnur.

-¡Oh, no! - respondió el doctor Nicanor. - Mas lo que oí, repetidas veces, contar del marqués Maximiliano Palombara, influyó en mi juventud; tenía el pensamiento de que él había sido un alquimista verdadero, y que sabía fabricar oro a voluntad.

-¿Y qué es lo que oisteis contar respecto de él?

-El marqués Maximiliano Palombara había establecido, en el otoño de 1656, su laboratorio alquímica en los bajos de su casa. Cierta mañana, por el portón del lado de la calle Merulana, esto es, al Oeste, entró un hombre vestido de peregrino, y se puso a caminar por el patio, mirando la tierra, como si buscase allí alguna cosa. Un criado viéndolo, corrió inmediatamente a dar parte al marqués, y éste ordenó que lo condujera a su habitación. Cuando el extranjero compareció, trayendo en la mano un ramo de hierba, preguntóle Palombara por qué había entrado en su terreno; y el peregrino respondió que buscaba la hierba que tenía en la mano, y que sabiendo que el señor marqués se ocupaba de trabajos alquímicos, deseaba ver cómo trabajaba, y qué resultados obtenía. El marqués no titubeó en introducir al extranjero al laboratorio, donde el peregrino halló la operación bien dirigida, y tostando y pulverizando la hierba que trajera, la vertió en el crisol, que estaba lleno de un licor, y recomendó que no se pusiera más combustible al fuego, y que se dejase éste extinguirse. Después pidió al marqués que le diese la llave del laboratorio, con el fin de que nadie pudiera perturbar la operación, y que le permitiera dormir en una habitación contigua, para poder observar, de cuando en cuando, el proceso de la operación, y prometió que, por la mañana, su huéspedad tendría como resultado oro purísimo, como también que le revelaría el Arcano. Palombara hizo lo que le fue pedido. De mañana cuando quiso ver si el peregrino estaba ya despierto, encontró la puerta del laboratorio entreabierta; entró, pero no encontró al extranjero ni en el laboratorio, ni en la habitación, ni en ninguna parte. Entonces fue a ver lo que había en el crisol, y, lleno de alegría; verificó que era un buen trozo de puro oro. Y sobre la mesa encontró un papel, en el cual en símbolos usados por los alquimistas, estaba descripta la operación, cuyo resultado era aquel oro que allí estaba.

-Exactamente, mi querido discípulo - dijo Mejnur; - lo que me referisteis, no es una leyenda; es realidad. Lo que falta agregar es que aquel papel, con la revelación del Arcano, desapa-

reció del poder del marqués, antes que él lo descifrase, y sin que nadie supiera donde quedó.

-¿Y no se encontró más?

-No, porque el marqués se olvidó de que el secreto de fabricar oro es revelado solamente a los que no quieren hacer uso de él para enriquecerse.

-¿Y cómo sabéis que Maximiliano Palombara había abusado del secreto?

-Porque pude leer en su corazón, y vi que al avistar el oro, producido en el crisol, su corazón se estremeció, invadido por la codicia.

-¿Más cómo pudisteis verlo?

-Porque aquel peregrino era yo.

-¿Vos, Maestro? ¡Cómo es posible! ¡Pues ya transcurrieron ciento cuarenta años desde que aconteció aquel hecho extraordinario!

-¿Y qué son ciento cuarenta años para quien cuenta los años como los hombres vulgares cuentan las horas?

El doctor Nicanor no sabía lo que decir. Su interlocutor, viendo su embarazo, sonrió y exclamó:

-Entonces ¿no me creísteis? ¿Pensáis que estoy bromeando? No, querido; lo que dije es verdad.

-Entonces; ¿sois poseedor del Elixir de Vida?

-Sí; y desde el remoto tiempo en que merecí probarlo por la primera vez, transcurrieron ya siete veces siete siglos.

-¿Hay muchos hombres en la tierra, que consiguieron prolongar su existencia tanto como vos, o al menos aproximadamente?

-Actualmente yo soy el único de esta Orden; hasta pocos años, ha tuve un compañero de casi igual edad.

-¿Y él murió?

-Sí, porque quiso.

-¿Se suicidó?

-No; pero se sacrificó por la mujer que consiguió desviarlo del camino que hasta entonces había hollado.

-¿Cómo fué posible esto?

-Zanoni, mi compañero, había pasado por la Iniciación en la Orden de los "Hermanos de la Luz", en la edad en que aún era joven; por eso se conservó siempre joven y bello. Y una de las condiciones de nuestra augusta Orden es resistir las pasiones amorosas. ¡Oh! ¡cuántos, después de haberse elevado a altos grados en la senda del Saber Sagrado, más temprano o más tarde cayeron por haber cedido a los impulsos de la pasión! Zanoni se enamoró, se casó, tuvo un hijo; si hubiese podido elevar a la compañera de su vida a las mismas esferas en donde su alma habitaba, podrían ambos aprovechar el maravilloso elixir y vivir cuantos siglos quisieran. Sin embargo aquella mujer no fue capaz de comprender ni los primeros elementos de la Sabiduría Sagrada; amaba apasionadamente al esposo mas cuando notó sus prodigiosas fuerzas, lo tomó por un hechicero, e impelida por su superstición, juzgó que tenía que abandonarlo, llevando consigo al hijo, para salvar a la criatura del peligro de la influencia paterna, pues pensaba que ambos caerían en el poder del infierno. Huyó, pues, El fatal destino quiso que fuese a París en el tiempo en que la guillotina segaba diariamente numerosas vidas. Viola - así se llamaba aquella mujer - cayó en las garras de Robespierre, y debía ser guillotinada. Zanoni vino, la víspera de la planeada ejecución, a ofrecer su propia cabeza en substitución de la de Viola, juzgando que así salvaría la vida de la mujer amada. De nada, pues, le sirvió el sacrificio. Viola sabiendo la muerte del esposo, murió de sentimiento, en el mismo día.

-¿Y el hijo?

-El hijo vive; Una familia en París lo adoptó y lo está criando.

-¿Y vos, estimado Maestro, no pudisteis impedir que vuestro compañero cayese en tan triste situación? -¡Si él hubiese renunciado a su pasión amorosa! Mas él no quiso ¡Prefirió morir!

-¿Pensáis que en el más allá se unió con su esposa? ¿ Quie-

ro decir, si esas dos almas se encontraron y viven felices en las esferas celestes?

-Sí; sus almas están gozando en el mundo etéreo la felicidad de permanecer juntas; pero este estado de felicidad no puede ser eterno.

-¿Cuándo terminará?

-No puedo decirlo; depende las fuerzas acumuladas en esos seres.

-¿Vos os comunicasteis ya con ellos?

-Hice algunas tentativas para obtener que el Zanoni actual, esto es su espíritu, me percibiese, con el fin de conversar; no lo conseguí, porque él sólo piensa en ella y en el hijo.

-¿Más no podéis llamarlo o despertarlo de aquel letargo? -No. porque no quiero ligar mi destino al de ninguna otra criatura. He de quedar independiente de toda y cualquier ligazón de sentimientos.

-Aún una pregunta. Maestro. ¿Cómo fue que desapareció la receta alquímica del poder del marqués Maximiliano Palombara?

-Yo mismo la retiré, sin que nadie me viese.

-¿Podéis haceros invisible?

-Puedo. Mas ahora, querido Nicanor, voy a dejarte. ¡Hasta la vista!

El médico se levantó para abrir la puerta de la casa, mas cuál fue su espanto cuando después de abrirla volviéndose para despedirse de Mejnur que había quedado detrás de él, no lo vio. Cerró la puerta y volvió a su gabinete, pero no vio a nadie allí. Recorrió la casa entera, pero no descubrió vestigio alguno de su misterioso visitante.

CAPITULO VII

> **"Life and mind consciousness do not belong to the material region; whatever trey are in themselves, they are manifestly quite distinct from matter and energy, and yet they utilize the material and dominate it."**
>
> **LODGE, *"Raymond", 317.***

> ***("La vida, la mente y la conciencia* no *pertenecen a la religión material; sean ellas lo que fueren, es claro que son algo bien distinto de la materia y de la energía, a pesar de que se sirven de las cosas materiales y las dominan.")***

Algunas semanas más tarde, una noche, Mejnur vino nuevamente a visitar al doctor Nicanor y le preguntó:

-Entonces, ¿la habitación secreta está debidamente preparada?

-Sí, Maestro; la preparé según vuestras instrucciones.

-Ya sabes, querido Nicanor, que la fuerza del teurgo no está directamente en los objetos de que él se sirve en las operaciones de alta magia, sino que la verdadera fuente de su poder es la Voluntad. Los objetos materiales nos sirven apenas para concentrar en ellos las corrientes de la voluntad, y armonizar lo invisible con lo visible. Tú toma horoscópicamente Marte en conjunción con Mercurio; ésta es la mejor señal posible de adaptación perfecta para la alta magia. Marte representa la fuerza y da actividad, poder y energía; Mercurio representa la inteligencia,

la percepción y la expresión. No preciso indagar, ciertamente, si cumpliste las condiciones exigidas; mas para recordártelas, haré las preguntas de nuestro ritual: -¿Te abstuviste, al menos en estos últimos días, de todas las fuertes pasiones?

-No solamente en estos días, también desde hace años, mi corazón no dio acceso a las pasiones, Maestro.

Yo te creo, pues tu aura está serena. Hago las preguntas solamente para llenar las prescripciones del ritual, como ya te dije. ¿Cuánto tiempo hace que no tomas alcohol?

-Hace ya algunos años.

-¿Ayunaste?

-Sí, Maestro; observé el ayuno, conforme vuestro consejo, tres días por semana.

-¿Viviste, desde nuestro último encuentro, en completa castidad?

-Sí, Maestro; como hace ya algunos años que he vivido.

-En las dos últimas semanas, ¿estuviste en contacto social con mucha gente?

-No, Maestro; yo viví retirado de la sociedad, tan sólo acudiendo a algunos llamados de los enfermos, donde me demoré siempre lo menos posible; pasé los últimos tres días totalmente aislado.

-¿En qué te ocupabas?

-Pasé el tiempo meditando sobre la vida y la muerte; y sobre los planos divinos.

-Está bien. Veo que podemos iniciar nuestros trabajos. Vamos a la habitación secreta.

El Maestro y el neófito entraron, entonces, en la habitación destinada a las operaciones teúrgicas. Las paredes de esa habitación estaban cubiertas con un paño blanco, prendido con sujetadores de madera. En el foro se veía una estrella de cartón, revestida de papel dorado, la cual indicaba, con sus cuatro puntas, los cuatro puntos cardinales. En la parte occidental de la habitación había una extensa mesa cubierta con un paño blanco e impermea-

ble, con algunos aparatos destinados a las preparaciones químicas. Encima de la mesa había un canal de expulsión de los gases deletéreos. En la parte oriental se hallaba colocado un altar, cubierto con un paño blanco, fino; a su izquierda, un pequeño armario forrado interiormente de paño blanco, para guardar los objetos mágicos; a la derecha del altar, otro armario completamente forrado de papel dorado, donde se hallaban colocados los símbolos de los principales cultos religiosos. Una cortina separaba la parte occidental que constituía el laboratorio, de la parte oriental, donde estaba el oratorio. Dos luminarias, una colocada al oriente, y otra al occidente, alumbraban la habitación, en cuyo centro había un lugar circular de tres codos de diámetro, reservado para el círculo mágico.

En esta habitación recibió Nicanor su iniciación, según el ritual de los "Hijos de la Luz". Era magnífica y solemne esa ceremonia; me está prohibido describirla. Apenas puedo decir que el neófito sintió abrírsele los sentidos internos. Y una sensación de indescriptible placer y vigor llenó todo su organismo. Percibió muchos seres etéreos a su alrededor. La aparición de una sombra arquerosa lo horrorizó por un instante; era el "Espectro del Umbral". Pero el neófito fijó en esta aparición su mirada firme y sin miedo, y dijo:

-No me asustarás, encarnación de mis errores de la existencia ya pasada; no estoy más sujeto a tu dominio, porque te vencí, sí, vencí la atracción de esos errores, los rechazé para siempre, volviéndome superior a ellos; no serás, pues tú, ¡oh Espíritu de mi Pasado Erróneo! mi agresor asustador, y sí, mi siervo sumiso, sirviéndome con las experiencias adquiridas, que en ti continúan existiendo, como reminiscencia, que puedo, cuando quiero, evocar con el fin de guiar mi determinación. No puedes prohibirme ¡oh Pasado! la entrada del Templo del Eterno Presente, porque ¡Yo soy lo que soy, y no lo que dejé de ser!

A estas palabras, la sombra espectral desapareció, y Nicanor percibió delante de sí la majestuosa figura de Adonai, el Angel

de la Luz, que lo bendijo en nombre del Ser Supremo, y le dio preciosísimas revelaciones, que también me está prohibido publicar...

Terminada la ceremonia, quería Mejnur retirarse, cuando se levantó la cortina que separaba el laboratorio del oratorio, y en frente de los dos teurgos apareció una bella figura de hombre alto y joven.

-¡Zanoni! - exclamó Mejnur.

-Buenas noches, amigos y hermanos, - dijo, con voz melodiosa, la aparición. - Veo que nuestra Orden consiguió incorporar, sobre la tierra, un adepto más. ¡Yo vengo a felicitarlo, y a ti también Mejnur!

Y el espíritu materializado extendió la mano derecha a su derecha del doctor Nicanor. Aunque fue helado ese contacto, el viejo amigo, que la estrechó, poniéndola en seguida en la mano nuevo Iniciado tuvo una sensación agradable. ¡Entonces éste era el célebre Zanoni que, después de haber vivido algunas decenas de siglos, se entregó voluntariamente a la Muerte, esperando salvar, con su sacrificio, a la mujer que amaba!...

-Vengo a pedirte un favor, Mejnur - prosiguió la aparición.

-Habla, y te juro que te serviré, si los estatutos de nuestra Orden me lo permiten - respondió el viejo mago.

-¡Oh! ¡no sería yo capaz de pedir algo que con ellos fuese incompatible! – replicó Zanoni - Sabes que mi amado hijo está viviendo en la tierra; un buen y honesto matrimonio en París, cuyo nombre y dirección ya descubriste, lo cría. El niño cumplirá dentro de pocos meses su segundo año de existencia. El matrimonio Boncoeur es gente pobre; y yo dejé en la tierra una considerable fortuna, que debe servir para la educación de mi hijo. Yo te indicaré los lugares donde están guardados mis tesoros, si me prometes aprovechados para mejorar la posición financiera y social de dicho matrimonio, y para dar una buena educación a mi hijo.

-En nombre de nuestra imperecedera amistad, yo te lo prometo - respondió Mejnur.

Entonces Zanoni le dio sus respectivas informaciones, le agradeció, complimentó a ambos compañeros y desapareció.

CAPITULO VIII

"Kdyz jé nouze nejvyssi,
pornoc byvá nejblizsí."

Proverbio checo.

("Cuando se sienten las mayores necesidades, el socorro se aproxima.")

Una triste Navidad aguardaba a Guillermo Boncoeur y su mujer. El día 15 de diciembre sintió el sastre cierta indisposición, debilidad general, falta de apetito y una fiebre intensa. A estos síntomas se unieron después escalofríos, dolor en el pecho, lacerante y profundo, que aumentaba siempre durante la inspiración y la tos. La respiración acelerada y difícil, la opresión en el pecho y la tos frecuente, al comienzo seca y después acompañada de esputos viscosos y de variados colores, fueron indicios que hicieron al padre Evandro comprender que se trataba de neumonía aguda. Trajo al doctor Alberto Dupuis, el cual confirmó este diagnóstico, y prescribió el debido tratamiento. Sin embargo, a pesar de los cuidados que se le prodigaban, el estado del enfermo se agravaba. Aumentó la disnea y tenía 120 pulsaciones por minuto. Esto y los esputos muy obscuros, del color del jugo de regaliz, no pronosticaban buen éxito. En el día 20 también se manifestó la misma enfermedad al viejo padre Evandro; y el doctor Dupuis no desconoció la gravedad del caso, pues los dos enfermos tenían afectados ambos pulmones al mismo tiempo.

Terminaba él de explicar a doña Generosa el modo de administrar los remedios que iba a dejar a su cuidado, durante las horas que necesitaba ausentarse, cuando alguien llamó a la puerta. Era la víspera del día de Navidad, y el Sol se preparaba a abandonar el horizonte. La mujer del sastre -abrió la puerta, delante de la cual se encontraba un hombre alto, de edad madura, envuelto en un gran manto.

-¿Es aquí donde vive el sastre Guillermo Boncoeur? preguntó el desconocido.

-Sí, señor; pero, está muy enfermo. Si lo buscáis para encomendarle algún trabajo, no podrá serviros.

-No, señora - replicó el hombre. - Vengo aquí por causa del niño Deodato Zanoni; fui enviado por un amigo del fallecido padre de ese niño.

-Entrad, señor.

El hombre entró en la habitación donde estaban el doctor Dupuis y los dos enfermos. Saludó al médico y se presentó:

-Doctor Nicanor Vigier, vuestro colega. Vengo de Roma, donde fijé, hace ya muchos años, mi residencia. ¿Cómo están vuestros enfermos?

-Muy mal - respondió Dupuis; - ambos casos son gravísimos.

-Me permite que haga un pequeño examen? _ dijo Nicanor.

-¡Oh! ¡con placer ! Veréis que se trata de neumonía aguda, y que ambos pulmones están inflamados.

Nicanor Vigier hizo el examen médico a los enfermos, y dirigió a su colega estas palabras.

-Tenéis razón; ambos casos son gravísimos; sin embargo, si me entregáis estos enfermos, yo os garantizo que quedarán curados dentro de tres días.

-¿Será posible? - exclamó Dupuis, admirado. -¡Ojalá vuestros deseos se realicen!

-Entonces, ¿me permitís que les administre un remedio de mi propia invención?

-Naturalmente, querido colega. Algo dentro de mí me dice que debo confiar en vuestras palabras.

El doctor Nicanor sacó de un bolsillo de su saco un frasquito con un líquido medicinal, y administró algunas gotas a cada uno de los enfermos. Su colega, que seguía con curiosidad todos sus movimientos, notó que Nicanor, antes y después de administrar la dosis, había hecho unos pases con la mano derecha, sobre el pecho de los enfermos.

-¿Sois magnetizador? - le preguntó.

-Sí, colega - respondió Vigier. - Observad cómo va a aparecer un sudor abundante y caliente, y como desaparecerá, dentro de cinco minutos, la disnea.

Mientras pronunciaba estas palabras, los enfermos comenzaron realmente a sudar y a respirar más regularmente. Los esputos tornáronse más blanquecinos; la fiebre fue disminuyendo, y sobrevino un sueño tranquilo.

-Dejémoslos dormir un poco - dijo Nicanor Vigier; y mientras ellos estén en brazos de Morfeo, veamos al pequeño Deodato.

Doña Generosa trajo al niño que, desde que el padre se enfermó, estaba al cuidado de una vecina. El pequeño miró fijamente al doctor Nicanor y díjole:

-¡Buenas noches, mi buen doctor!

-¡Buenas noches, pequeño! -respondió éste, sonriendo--.

Mas ¿cómo sabes que soy doctor?

-Mi madre Viola me dijo que papá Guillermo y el padre Evandro quedarían sanos, porque un buen doctor venía a darles un buen remedio - exclamó el niño, con acento infantil, no obstante pronunciar bien las palabras.

-¡Ah! - exclamó doña Generosa - hace días que él no se cansa de afirmarme lo que termina de decir.

-¿El se comunica, pues, frecuentemente con su madre desencarnada?

-Parece que sí, doctor. El niño nos cuenta, muchas veces, que ve a la madre y a veces también al padre.

-¡Criatura privilegiada! ¿No os parece? - dijo Dupuis.

-Ciertamente es un espíritu adelantado que habita este cuerpo de criatura. Yo que creo en la pluralidad de existencias, no dudo que es la reincorporación de un ser que, en previas vidas en la tierra, ya había evolucionado notablemente.

-¿Entonces, vos creéis en la metempsicosis?

-Creo, si con esta palabra se comprende la doctrina que afirma que el espíritu humano, en su marcha evolutiva, habita sucesivamente varios cuerpos humanos.

-Mas los antiguos, que creían en la metempsicosis, juzgaban que el espíritu humano podía aparecer en otra vida en un cuerpo animal.

-Esta creencia, según mi opinión, era errónea. Yo pienso que el espíritu humano no puede retroceder a formas animales, sino que, evolucionando gradualmente, continúa, en la presente vida, trabajando para desenvolver mejor las cualidades adquiridas en las anteriores existencias.

-¿Entonces, nuestra alma ha de volver siempre, después de la muerte del cuerpo, a esta tierra?

-A esta tierra, o a otro planeta; pues no es nuestra tierra el único mundo habitado.

Mientras los dos doctores mantenían esta conversación, Deodato, callado, miraba fijamente a un punto del espacio, entre las dos sillas en que estaban sentados los facultativos; y repentinamente, dijo:

-La vida está por todas partes.

-¿Quién te lo dijo? - preguntó Nicanor.

-Papá Zanoni lo dijo - respondió el niño - ¿no lo veis allí?

Y señaló el lugar que había mirado por tanto tiempo Nicanor dirigió su mirada hacia el lugar indicado, y exclamó: Tienes razón, Deodato. Tu padre está aquí; o mejor dicho,

estuvo aquí hasta este momento, porque ahora mismo se fue, ¿no es verdad?

-Sí - respondió el niño; - pero él volverá otro día.

-Disculpadme, señores - dijo doña Generosa. - En un instante pondré la mesa, para nuestra modesta cena... Y después el doctor Nicanor me hará el favor de contar cómo fue que supo que el pequeño Deodato se hallaba en nuestra casa.

Algunos minutos después, cuando los platos estaban en la mesa y los médicos se disponían a probarlos, la dueña de casa quedó sorprendida al oír que era llamada, al mismo tiempo, por el marido y por el hermano.

-¿Qué es lo que desean? - les preguntó.

-¿Alguna cosa para comer! ¡Yo siento hambre! - respondió el sastre.

-¡Y yo también! - articuló el sacerdote.

-Buena señal de que la cura ya está garantizada, ¿ no es así? - observó el doctor Nicanor, dirigiéndose a su colega.

Este conmovido y admirado, dijo:

-Doña Generosa, el doctor Nicanor es el enviado que Dios nos mandó, para salvar la vida de vuestro hermano y de vuestro marido. Yo estaba dudando del buen éxito, antes de venir él. Y confieso francamente que fueron los remedios de él, y no los míos, los que restablecieron a nuestros queridos amigos.

-El médico da la receta o los remedios - dijo el doctor Vigier, - pero es únicamente la Divina Providencia quien decide si esos remedios deben hacer efecto o no. Estoy satisfecho porque Dios me trajo aquí aún a tiempo. Doña Generosa, podéis ahora dar a los enfermos un poco de agua de cebada; después de una hora, un poco de leche; dos horas después, un bizcocho; dos horas más tarde, un huevo pasado por agua.

-¿Y cuál es el remedio que debo darles esta noche? - preguntó doña Generosa.

-Ninguno. Las dosis que yo ya administré, son suficientes.

Mañana, ya no estarán enfermos, y sí convalecientes, a quienes trataré, dándoles la alimentación apropiada.

-¿Y podremos levantarnos mañana, doctor? - preguntaron al mismo tiempo, el sacerdote y el sastre.

-Mañana a eso de las 10 podrán los señores levantarse, pero no saldrán de la habitación hasta después de haber transcurrido tres días.

-¿Cómo fue que viniste a nuestra pobre casa, nuestro salvador? - preguntó el sastre.

-Un amigo del fallecido conde Zenón Zanoni me encargó la siguiente misión: Buscar al niño Deodato Zanoni y a sus padres adoptivos, y garantizarles los medios necesarios para la buena educación de la criatura. Con este fin, el fallecido conde Zanoni había dejado en poder de dicho amigo, que es un gran benefactor mío, grandes cantidades, para que fueren en ciertos tiempos entregadas a vosotros, estimado matrimonio Boncoeur, y al reverendo padre Evandro, con el fin de que vosotros os esforcéis todos por satisfacer la voluntad del padre de Deodato, que consiste en hacer desenvolver todas las cualidades morales, científicas y artísticas de que este niño está dotado. Mañana cuando nuestros pacientes se levanten del lecho, yo les haré la primera entrega. Ahora, tendré que salir; voy a acompañar a mi colega, con el que tengo que conversar un poco ¡Hasta mañana! No tengáis miedo, doña Generosa; confiad en mi palabra. Vuestro hermano y vuestro marido ya no necesitan remedios, pero sí una alimentación racional, según os lo indiqué. Mañana temprano volveré. ¡Buenas noches!

Y, bendecido por doña Generosa y por los convalecientes, salió el doctor Nicanor Vigier, acompañado del doctor Alberto Dupuis, después de haber dado un beso en la cara al pequeño Deodato, que, al darle la mano, le dijo:

-¡Hasta mañana, Buen doctor!

CAPITULO IX

"La connaissance des choses visibles est le pié-destal de celle des invisibles."

SAINT-YVES D'ALVEYDRE, ***"Missión des Juifs".***

("El conocimiento de las cosas visibles es el pedestal del conocimiento de las cosas invisibles:")

Apenas se encontraron en la calle, dijo Alberto Dupuis a Nicanor Vigier:

-¿Queréis venir conmigo a mi casa, apreciado colega? Podéis pasar allá esta noche, si os agrada.

-Con placer, querido, acepto vuestra invitación. Sé que deseáis saber alguna cosa más respecto a mí, de mi misión y de mi Ciencia.

-Habéis leído exactamente mis pensamientos - observó Dupuis.

-¿Y esto os sorprende? Así como, por los síntomas que observáis en el organismo de un enfermo, adivináis la sede y la cualidad de la molestia, hay ciertos indicios fisonómicos que nos dan la clave de los pensamientos y propensiones de las personas. Si, por ejemplo, os presentan un hombre que tenga la nariz arqueada en el centro, los ojos grandes, bien abiertos, llenos y claros, las cejas irregulares, el cabello negro, sabed que es un hombre de mucho coraje. Si notáis en un hombre, que su labio inferior sobresale, y que su frente es alta, muy afinada y sin arrugas,

debéis suponer que es un rezongón, que no acostumbra perdonar a nadie. La frente bien desenvuelta en la parte superior, la nariz larga en la punta, los labios suaves, pero firmemente cerrados, el mentón saliente, y un tanto profundo que veo en vuestra fisonomía, son las señales características que me garantizan que sois criterioso; vuestras orejas salientes, y las puntas derecha e izquierda de las cejas volviéndose, en sus extremidades, para abajo, me dicen que tenéis la facultad de argumentar. Las arrugas paralelas en la parte superior de vuestra frente, revelan un notable pensador. Esto es un pequeño ejemplo para probaros que el conocimiento de las cosas visibles es la base del conocimiento de las cosas invisibles.

-Comprendo, querido colega, y veo que sois un Maestro en las ciencias psicológicas. ¿Me hacéis el favor de decir, si os está permitido, qué remedio fue aquel que administrado por vos, en tan diminutas dosis, produjo tan rápido y benéfico efecto en los enfermos?

-Es un secreto, querido; si queréis, podéis llamarlo "Elixir de Vida".

-¡Ah! ¿entonces sois alquimista?

-No fui yo el fabricante de este elixir que traigo conmigo; me fue dado por el Maestro que me dio la misión de buscar a Deodato y a sus padres adoptivos.

-¿Este elixir, que tan maravillosamente obró en la curación de la neumonía, será, realmente, un remedio universal, y el prolongador de la vida humana?

-Creo que sí, mi querido amigo.

"El problema de prolongar la vida humana más allá de los límites ordinarios impuestos por la Naturaleza, es una cuestión que pertenece a los misterios más secretos de la Iniciación en Ciencias Herméticas. Lo que os puedo decir, respecto de esta cuestión, es que el secreto de la longevidad consiste en hacer que el organismo etéreo del cuerpo humano atraiga hacia sí el principio vital y lo asimile debidamente. Y esto es posible, hasta cierto punto,

hasta sin el uso del poderoso Elixir de Vida; pues uno de los factores que más contribuyen a la prolongación de la vida terrestre es la Fuerza de Voluntad, corroborada por ciertos ejercicios y concentraciones. Otro factor muy importante consiste en atenuar la actividad del organismo físico, para volverlo más obediente al poder de la Voluntad; con este fin se prescriben los ayunos, la meditación y la abstención de los placeres groseros. También es necesario purificar la mente, evitando todos los pensamientos lascivos e impuros, que son nocivos al organismo etéreo. En cuanto a la composición química, si quisiereis decir alquímica del Elixir, nada os puedo revelar, porque es un secreto incomunicable de la Orden a que tengo la honra de pertenecer.

-¿Entonces es verdad que existe una Orden secreta que conoce altos misterios, inaccesibles a nuestra Ciencia Oficial?

-Es verdad; y os puedo adelantar que la Orden de la Ciencia Completa tiene varias ramas. Podemos dar el nombre de Ocultismo o Hermetismo a la ciencia que estudia los misterios de la Naturaleza y el desenvolvimiento de las fuerzas psíquicas latentes en el hombre. Las ciencias ocultas no son ciencias imaginarias, como muchos juzgan; son ciencias reales, verdaderas, poderosas; utilísimas en manos de personas de bien, y muy peligrosas en manos de quienes no hacen de ellas el uso debido. Ellas enseñan el desenvolvimiento de los poderes ocultos, latentes en el hombre. Este desenvolvimiento es posible solamente a quien se liberta de las atracciones de los sentidos externos. Por eso, el neófito ha de observar determinadas reglas de vida y de disciplina mental.

-¿La Magia forma parte de las Ciencias Ocultas?

-Sí, querido. La verdadera Magia es la ciencia y el arte de utilizar conscientemente poderes invisibles o espirituales para producir efectos visibles.

-¿Y cuáles son esos poderes invisibles?

-Los principales poderes mágicos son: la Voluntad, el Amor y la Imaginación. Todos los hombres los poseen, en grado mayor

o menor; sin embargo, solamente aquel que los desenvuelve y se sirve de ellos de un modo consciente y eficaz es un Mago. Quien se sirve de ellos para buenos fines, practica la Magia Blanca; quien los emplea para fines egoístas o malos, practica la Magia Negra.

-He leído que los místicos dividieron la Magia en tres clases: Teurgia, Goecia y Magia Natural.

-Es verdad; la Teurgia es la Magia Blanca; la Goecia es la Magia Negra; y la Magia Natural puede ser blanca o negra, según los fines a que se la dedica

-¿Existen, actualmente, algunas sociedades ocultas en Francia?

-Existen. Tenéis aquí la Sociedad Martinista, fundada por el gran místico marqués de Saint Martín, que fue discípulo de Martínez de Pasqualis.

-¿Esta sociedad pertenece a vuestra Orden?

-No es una rama directa de ella; mas es, como todas las hermandades blancas, uno de sus vestíbulos.

-¿Podría yo alimentar la esperanza de ser aceptado en esta u otra sociedad iniciática?

-Fue exactamente para prepararos a eso, que me decidí a acompañaros.

-¿Entonces, me encontráis digno de ser vuestro discípulo?

-Discípulo y Hermano, sí.

Continuando la conversación aun sobre varios puntos que mucho interesaban al doctor Alberto, como clarividencia, telepatía, magnetismo, mesmerismo y astrología, fueron los dos médicos aproximándose a la casa de Alberto Dupuis. Y después de estar en ella la conversación continuó animada aún por muchas horas. Nicanor Vigier, sin salir de los límites que le imponía el hecho de ser un nuevo cofrade apenas un "aprendiz" y aún no un "compañero", le dio interesantes informaciones y explicaciones sobre muchas cuestiones relativas a la Ciencia Oculta, y lo inició en el primer grado de la Orden de los "Hermanos de la Luz".

CAPITULO X

"Oh, que asperrimo Dezembro!
Treme o frio em cada membro!
…………………………………….
Mas a nossa residencia
(Graças mil, o Providencial)
Traz de Dezembro a inclemencia
Delicias a plenas mãos.
Viva o Natal, santo dia!
A domestica alegria
Do meninos e anciãos."

ANTONIO FELICIANO DE CASTILHO.

("¡Oh, que aspérrimo Diciembre, **tiembla el** ***frío*** **en** ***cada miembro.")***
…………………………………….
Pero nuestra residencia (Gracias mil, **¡oh!** ***Providencia). Tras de Diciembre la*** **inclemencia.** ***Delicias a plenas manos. ¡Viva Navidad, santo día! Buen fuego calienta y alumbra la doméstica alegría de niños y ancianos.'")***

Cuando, a la mañana del siguiente día, el doctor Nicanor Vigier y el doctor Alberto Dupuis fueron a la casa del sastre Boncoeur, encontraron a los convalecientes sentados en sillas, y conversando con algunos vecinos, que estaban maravillados y contentos por verlos en camino de franco restablecimiento. Sobre la mesa había un árbol de Navidad, que el pequeño Desdate, rodeado de otras cinco criaturas, hijos de los referidos vecinos, no

se cansaba de mirar, admirado de ver en ellas tantas "lindas y buenas cosas", como decía, y escuchando atentamente los infantiles cuentos que respecto de "Papá Noel" le relataban sus camaradas, que tenían algunos años más que él.

Las visitas, presintiendo que su presencia podría no convenir a los médicos, se retiraron, después de haber oído de boca de éstos que los convalecientes necesitaban descansar y no conversar mucho.

-¡Doctor Dupuis, qué transformación agradable noto en vuestra fisonomía! - exclamó doña Generosa. - Me parece que el señor rejuveneció algunos años, de ayer a hoy.

-Ciertamente que nuestro buen amigo - observó el padre - estaba muy angustiado ayer, cuando la enfermedad parecía no reaccionar con sus recursos; y se regocija ahora al ver que, por esta vez, aún no moriremos. Y el placer altruista le vigorizó su bello semblante.

-Tenéis razón, reverendo amigo - respondió el joven doctor. - Rindamos gracias a Dios que nos envió al doctor Nicanor, para no dejar que vosotros dos sucumbieseis y yo perdiese dos amigos.

-¡Oh! nunca olvidaremos este gran servicio - dijo el sacerdote, no dejando al sastre tomar la palabra. - ¡Nuestra cura es casi un milagro!

-Como me parece ser milagro también que el doctor Vigier, allá en Roma, pudo saber de que aquí, en París, existíamos nosotros y el pequeño Deodato - observó doña Generosa.

-Quien me lo dijo, señora, fue mi benefactor, el sabio Mejnur, de quien tengo la felicidad y la honra de ser íntimo amigo, así como él fue, y aún es, del padre de este huérfano. No puedo explicaras como él consiguió saber que el venerable padre Evandro trajera de la prisión esta criatura, para entregarla a vuestros cuidados, señor Guillermo y doña Generosa. Basta deciros que él lo sabía hace ya mucho tiempo. Hará unos tres meses se decidió a encargarme que os buscara, a fin de comu-

nicaros que el fallecido conde Zenón Zanoni había dejado, en lugares que Mejnur pudo descubrir, un estupendo tesoro en oro y piedras preciosas, y que él, Mejnur, se encargaría de entregarlos, de tiempo en tiempo ciertas cantidades provenientes de ese tesoro, para que pudierais vivir sin grandes dificultades y criar y educar convenientemente al niño. ¡Esta vez os traigo sesenta mil libras, que tendrán que durar cuatro años!

-¡Ah! ¿tanto dinero? - exclamó admirada doña Generosa. - Estas sesenta mil libras son para vosotros, señor Guillermo y doña Generosa - continuó el doctor Vigier. - El reverendo padre Evandro os guiará para emplear del mejor modo posible este dinero. A él también debo entregar un regalito; cuarenta mil libras, para emplearlas en sus obras de caridad. ¡Aquí están, pues, los presentes de Navidad!

Y diciendo esto, el doctor Nicanor Vigier abrió una pequeña valija que traía, y entregando a los dos convalecientes las respectivas cantidades, antes de que pudiesen volver en sí de sus emociones, se ausentó, con ligeros pasos, dejando estupefacto al mismo doctor Dupuis. Cuando éste se apercibió para salir a la calle y llamarlo, no lo pudo divisar.

CAPITULO XI

> **"Quelques nouveaux malheurs qui me doivent atteindre, Vous ne m'entendrez point mumurer ni me plaindre,"**
>
> **AMELOT**
>
> ***("Aunque* me *aguarden nuevas desgracias,* no me *oiréis murmurar ni quejarme.")***

El 19 de febrero de 1797 fue firmado en Tolentino el tratado de paz entre la República Francesa y el Papa. Este tuvo que abandonar las provincias ocupadas por los franceses, y pagar 36 millones de libras francesas, en vez de los 21 millones que hubiera pagado, si hubiese aceptado las proposiciones del año 1795.

El 27 de diciembre de 1797, el embajador de Francia en Roma, José Bonaparte hermano de Napoleón), fue avisado que se preparaba una conspiración que comprometía a los franceses residentes en aquella ciudad, y dio parte al cardenal secretario de Estado. En el día 29 estalló, realmente, la conspiración. Una multitud armada llenó las calles vecinas del palacio donde residía José Bonaparte y se puso a gritar:

-¡Abajo la república francesa!
-¡Viva el pueblo romano!

Cuando el embajador se dirigió a la multitud invitándola a disolverse, fue interrumpido por una prolongada descarga, cuyas balas mataron al general Duphot, que se encontraba al lado del embajador, e hirieron a algunos oficiales franceses. En vista de

este insulto, José Bonaparte se retiró de Roma, y, después de haber pasado algunos días en Florencia, volvió a París.

El Papa envió a Francia a un nuncio extraordinario, para ofrecer al Directorio las satisfacciones que podían desear; pero allí los espíritus estaban tan exasperados, que fue dada la orden al ejército francés en Italia, que marchase contra Roma. El general Berthier, que comandaba entonces este ejército, ocupó el castillo de Santo Angelo, y acampó frente a Roma, el 12 de febrero de 1798. El día 15, el vigésimo tercero aniversario del reinado de Pío VI, entró con sus tropas, en la ciudad. El pueblo romano se había reunido en el Campo Vaccino *, redactando una proclama en la cual declaraba que no había participado de los atentados cometidos contra la nación francesa y que abolía las autoridades políticas, económicas, civiles y militares del gobierno pontificio, y quería constituirse en pueblo libre e independiente. El general Berthelot, en vista de esta proclama, llevó a conocimiento del Papa la abolición de su autoridad civil, quitándole sus guardias romanas, y substituyéndolas por soldados franceses.

En esta ocasión fueron sustraídas de las bibliotecas del Vaticano obras preciosas y raras, para ser vendidas a un vil precio. El Papa tuvo que entregar los dos anillos que llevaba en el dedo, y en la noche del 28 de febrero, encerrado en un vehículo y entregado en las manos de dos comisarios, fue sacado secretamente de Roma para no volver más. Lo condujeron a un convento de Cartujos, cerca de Florencia, donde quedó residiendo por espacio de once meses. Habiendo, sin embargo, el gobierno de Francia declarado la guerra al gran duque de Toscana, el general Echérer aprisionó, el 27 de marzo de 1799, al Papa, que ya contaba 81 años de edad, y lo mandó llevar a Francia. En vano declaraba el anciano que le era imposible soportar el viaje en cualquier clase de vehículo; fue obligado a sentarse en el coche, y fue llevado, durante cuatro meses seguidos, de aldea en aldea,

(*) Antiguo "Foro Romano".

pasando montes y aposentándose en cabañas, hasta que, el 10 de mayo del mismo año, llegó a la fortaleza de Briancón. No le fue, sin embargo, permitió descansar allí por mucho tiempo. Cuando los austriacos y los rusos se aproximaban a esta ciudad, Pío VI fue obligado a seguir viaje, a través de los Alpes, por Embrum y Grenoble, hasta Valencia, donde llegó el 14 de julio, y donde después de tantas fatigas, murió el 29 de agosto del mismo año (1799).

Fue el doctor Nicanor Vigier quien trajo, dos semanas después, la triste noticia de estos acontecimientos al padre Evandro.

-Nuestros compatriotas - dijo éste - serán considerados por Europa como inhumanos, en vista del mal trato que dieron a Pío VI. Poca gente sabrá que el verdadero culpable es el director Larevelliere-Lépeaux, que buscaba el triste placer de contemplar, en Papa prisionero en Francia, un pretendido triunfo de su secta, los teo-filántropos, sobre los cristianos. Yo personalmente, soy de opinión que el Jefe de la Cristiandad Católica debería contentarse con el poder espiritual, y no ser príncipe temporal; no puedo, sin embargo, dejar de condenar la conducta brutal que para con él tuvieron nuestros hombres políticos.

-Como tampoco podemos dejar de reconocer que él era hombre de maravillosa fuerza de ánimo y de constancia en vencer los más penosos trabajos .- agregó Vigier.

CAPITULO XII

"Die Kinder sind Rätsel, von Gott gegeben."

LENAN.

("Las criaturas son enigmas, dadas por Dios.")

-¿Cómo está Deodato y el matrimonio Boncocur? -preguntó el doctor Nicanor Vigier al padre Evandro. - El muchacho se habrá desenvuelto física y mentalmente, en estos cuatro años que no lo he visto.

-Mi hermana y mi cuñado - respondió el sacerdote - gozaron, en todo este tiempo, de buena salud, como también yo, gracias a Dios. Hasta nos parece que, en vez de envejecer, nos estamos rejuveneciendo un poco. Los Boncoeur alquilaron una casa con más comodidad, donde una habitación es ocupada por el pequeño Deodato, para quien conseguí una preceptora, la cual está encargada de cuidar de la educación metódica del niño. Es admirable la inteligencia y la conducta de éste. Ya en el tercer año de su tierna edad aprendió a rezar, a recitar y cantar algunos versos infantiles. A los cuatro años, ya sabía decir los números hasta mil, y resolvía con suma facilidad algunos sencillos problemas relacionados con las cuatro operaciones de aritmética. A la misma edad comenzó a practicar el dibujo elemental y, al poco tiempo esbozaba objetos que se le ofrecían a la vista, como bancos, mesas, sillas, casas, árboles, coches, cuchillos, tenedores, cucharas, etc., con gran perfección. Cuando terminó su quinto

año de edad, ya sabía leer y escribir. Y ahora, en su sexto año, ya estudia el catecismo, la historia sagrada, la gramática, la geografía y la aritmética. Es un niño dócil, obediente, aplicado, nunca miente, nunca pelea con sus camaradas de juego; es aseado, servicial y cortés. Su don de asimilar lo que se le enseña, es extraordinario, como igualmente es óptima su memoria. Nunca maltrata a los animales, ni admite que otros los maltraten. Como ya dije, el niño nunca miente; lo que sin embargo me es inexplicable que varias veces, cuando la preceptora quiso explicarle, en ocasión de la lectura, el significado de palabras que debían serle desconocidas, antes que ella lo hiciese, Deodato decía lo que significaban los respectivos términos, y preguntando cómo lo sabía afirmaba que ya lo había aprendido cuando era discípulo del tío Evandro. Ahora, el único que me trataba de tío fue el fallecido Enrique, hijo de Guillermo y Generosa Boncoeur. Deodato me trata siempre de padre, y nunca de tío. Un día, en este año, teniendo yo que ir a la calle del arrabal de San Antonio, lo llevé conmigo. Cuando llegamos a esa calle, el pequeño exclamó: - "¡Ah! el reverendo ciertamente me llevará a nuestra antigua casa; ¿no es verdad? Vamos a ver si aún encontraré allá el libro de Fenelón, ¡que a mí tanto me gustaba!" - y, diciendo esto, corrió a una casa, enfrente de la cual se paró, esperando que yo lo alcanzase. Quedé muy sorprendido, porque era precisamente la casa donde, antes de la muerte de Enrique, había vivido, en el segundo piso, la familia Boncoeur. Recordé que Enrique, que había fallecido a la edad de trece años, gustaba mucho de leer las "Aventuras de Telémaco", escritas por Fenelón. Mi sorpresa aumentó aún más cuando el niño me dijo: - "Es en el segundo piso donde en otro tiempo vivíamos".- ¿Cómo explicar este hecho, cuando el niño nunca estuvo en esa calle, y no oyó hablar nada al respecto?

-La única explicación razonable - respondió el doctor Nicanor - es que este niño es la reencarnación del espíritu que, en la vida anterior, se llamaba Enrique Boncoeur. Para mí, no

hay duda que así sea. En el primer volumen de los "Asiatic Researches", relata el capitán inglés Turner la visita que hiciera, en diciembre de 1783, Techu-Lama, del Tibet, el cual en aquel tiempo era apenas un niño de diez y ocho meses. Esta relación corrobora mucho la creencia en la reencarnación, que es tan común entre los pueblos del Asia Oriental. El Techu-Lama es el jefe de la Iglesia Lamaica, y, al mismo tiempo, el soberano político del Tibet; y según la creencia de los tibetanos, todas las veces, cuando debe desencarnar, declara cuándo y dónde renacerá. Turner encontró al pequeño Techu-Lama sentado en el trono, hecho con almohadones de seda y cubierto con pañuelos también de seda, de variados colores. El capitán le entregó, como presente, un pañuelo blanco y un cordón de perlas y coral; después de cambiar los pañuelos con el padre y la madre de Techu-Lama, que estaban a la izquierda del pequeño soberano, fue convidado a sentarse a su derecha. El padre del niño díjole que, en aquellas horas, Techu-Lama acostumbraba, en otros días, descansar; pero que aquel día se había despertado muy temprano, porque esperaba la visita de los señores ingleses. Cuando el capitán y su compañero, señor Saunders, vaciaron las tazas de té que les fueron servidas, el niño dio la señal para que fueran nuevamente servidas, y con su propia mano sacó de un plato de oro unos pedazos de dulces y los ofreció a los huéspedes. El capitán Turner afirma que el pequeño Techu-Lama, a pesar de sus diez y ocho meses daba la impresión de una persona de edad madura y muy inteligente. Os refiero este caso, mi reverendo amigo, para llamaros la atención hacia la antigua doctrina del renacimiento, o sea la reencarnación, la cual en occidente permaneció olvidada durante muchos siglos, sin embargo merece ser meditada; pues no solamente nos explica un gran número de hechos que parecen ser super normales, sino que también nos da una comprensión de las innumerables diferencias en cuanto a la inteligencia, salud, propensiones, etc., con que los seres humanos nacen en esta tierra; y por qué unos siendo inocentes sufren, y, otros, siendo malos,

gozan de buena vida. En cuanto aceptamos la pluralidad de las existencias, todo está explicado: cada uno en esta vida recoge los frutos de la vida anterior.

-Tenéis razón, doctor. Ya muchas veces medité sobre la posibilidad de las reencarnaciones, y siempre me incliné a admitirlas. No ignoro que Jesús mismo declaró que Juan Bautista era Elías, vuelto a la tierra. Encuentro que la pluralidad de las existencias, sea en éste o en otros mundos, es para el hombre el mejor medio de purificarse y adelantar, para, en fin, poder entrar definitivamente en el reino celeste.

-Lo que generalmente se objeta contra esta doctrina dijo el doctor Vigier - es que no recodamos el haber ya existido. Pero esta objeción no es suficiente para convencer de la imposibilidad de las reencarnaciones. ¡Tampoco recordamos lo que nos pasó en los primeros años de nuestra vida y, a pesar de eso, nadie dirá que no existió en esos años! Si el recuerdo de las vidas anteriores nos acompañase siempre en esta vida, ¡cuántas horas de sinsabores tendríamos en cada día! porque no sería nada agradable recordar y ser conciente de los errores y pecados cometidos en épocas remotas. Y que la memoria de las vidas pasadas no está totalmente extinguida en la mente infantil, nos lo prueban las reminiscencias que algunas criaturas tienen, relacionadas con la existencias anterior, como por ejemplo, éstas del pequeño Deodato.

La conversación llegaba a este punto, cuando entró Guillermo Boncoeur, el cual avistando al doctor Nicanor Vigier, saludó efusivamente, y dijo:

-Vine acá especialmente para ver si Deodato tenía razón; pues, desde que se levantó hoy de la cama, repetía que el doctor Vigier estaba en París y al final decía que estaba aquí en tu compañía, mi buen Evandro.

-Y, como ves, no estaba engañado - respondió el sacerdote.

CAPITULO XIII

"The symbolic dreams, coherent and usually clearly remembered, are the result of the personality doig the best it ban."

HARRIETTE A. CURTIS, *The Vocie of Ysis".*

("Los sueños simbólicos, que son coherentes y de los que casi siempre recordamos, son el resultado del mejor esfuerzo que hace la personalidad.")

-¡Oh! ¡qué agradable sorpresa! - exclamó Alberto Dupuis, cuando Vigier, después de haber pasado algunas horas con Deodato y el matrimonio Boncoeur, vino a visitarlo. - Esta mañana, al despertarme, y antes de abandonar la cama, pasé por un extraño estado que, ¡no se si fue sueño o visión! Luego que volví en mí, me vino la idea de que vos, querido colega y Maestro, estabais cerca.

-¿Y cuál fue vuestra visión, o vuestro sueño?

-Parecía que me había acostado para dormir, cuando de pronto aparecisteis y me dijisteis: "¡Levántate, y ven conmigo!" Y tomándome de la mano, me llevasteis a un monte, cuya cumbre tocaba las nubes. Subimos tan alto que llegue a ver las nubes casi al alcance de mi mano; a esta altura nos detuvimos, y vos, haciendo con la mano derecha una señal que no me quedó en la memoria, pronunciasteis palabras, para mí incomprensibles. De repente, el monte se abrió, y entramos en una gruta, en cuyo

centro vi elevarse un pequeñísimo animal alado, el cual comenzó a crecer, y en pocos minutos adquirió un enorme volumen. Entonces, llegando a la altura de la gruta, y no pudiendo subir más, se puso a golpear con las alas, hasta que, fatigado, empezó a sudar copiosamente. Vos tomasteis en un frasco, una parte de este sudor. Del resto que cayo al suelo nació una serpiente, también alada, la cual igualmente creció de minuto en minuto, al paso que el primer animal desapareció. Vos sacasteis del bolsillo otro frasquito y, abriéndolo dejasteis caer algunas gotas al suelo, e inmediatamente vi que se formó una fuerte llama, en la cual lanzasteis aquella serpiente, y ella se transformó en ceniza. Entonces nuevamente dejasteis caer en esta ceniza algunas gotas del sudor guardado, y he aquí que la serpiente revivió, notando yo que su piel era ahora mucho más brillante. Vos volvisteis a lanzar la serpiente en la llama; incinerada, la hicisteis revivir nuevamente, y así repetidas veces hasta que yo exclamé: "¡Oh! ¡qué maravilla! ¿Cómo es posible resucitar al animal incinerado!" A estas palabras sonreisteis, diciendo: "Dentro de poco te lo explicaré"y la visión desapareció.

-Pues bien, mi querido compañero, - dijo el doctor Nicanor - aqui estoy para darte las explicaciones del maravilloso fenómeno alquímico que te fue mostrado en tu simbólica visión.

Y, en seguida, Nicanor Vigier explicó a su colega las bases de la alquimia.

-Los alquimistas desintegran - díjola - e integran los cuerpos. Imitando los procesos de la grande e inmortal Naturaleza, tientan hacer que 1a materia asuma las formas por ellos determinadas. La grande Obra exige el más alto grado de ciencia y fuerza espiritual, pues depende de la influencia de la voluntad y de la inteligencia del alquimista sobre las operaciones de la naturaleza. El fuego, en la simbología hermetista, es la Vida Universal, la llama es el alma de las cosas o de los seres. El proceso alquímico es largo y difícil, y los que lo practican deben conservarlo oculto a los profanos.

Y, como lo que el Maestro Nicanor dijo después al compañero (pues Alberto Dupuis había entrado en el segundo grado de Iniciación) eran secretos que no se pueden divulgar, por eso los silenciamos.

Solamente puedo decir que las explicaciones fueron interesantísimas, y acompañadas de ciertas experiencias prácticas que comprobaron que "hay luz en el oro, oro en la luz y luz en todas las cosas; la voluntad inteligente que asimila así la luz, dirige así las operaciones de la forma substancial, y se sirve de la química sólo como un instrumento secundario" (*).

(*) Eliphas Levi. ***"Dogma*** y ***Ritual de la Alta Magia".***

CAPITULO XIV

Was die innere Stimme spricht,
Das tauscht die hoffende Seele nicht."

SCHILLER.

("Lo que habla la voz interna, no engaña al alma que espera.")

Mientras Nicanor Vigier hacía su visita al matrimonio Boncoeur, para entregarles por segunda vez la cantidad de dinero destinada a la crianza de Deodato, estaba Mejnur, en su residencia romana, absorto en profunda meditación. De pronto se le apareció el espíritu de Zanoni, y le dijo:

-Amigo y hermano, concentra tus pensamientos sobre Lucía, la esposa de tu ex discípulo Clarencio Glyndon, pintor inglés, ella está pasando horas penosas, en Londres, teniendo que dar a luz una hija.

En ese mismo instante, se abrió, ante la vista interna de Mejnur, un interesante escenario en el cual él reconoció la historia resumida de los últimos cinco años de Clarencio Glyndon.

Ese escenario le presentó a su ex discípulo en casa de Viola, en Venecia; el inglés, que en aquel tiempo odiaba a Zanoni, la convenció de que, si quería salvar de la condenación eterna a su hijito, debía huir de su esposo, porque éste - así lo afirmaba Glyndon - era un hechicero que había vendido su alma al demonio. Otro cuadro presentaba la escena donde Juan Nicot, el falso amigo de Glyndon, aconsejaba a la celosa amante de éste, Fillida,

que denunciase al gobierno de Robespierre al pintor inglés y a Viola, como peligrosos conspiradores. Después apareció la escena en que Viola fue aprehendida, y Glyndon, encontrándose con Zanoni, en el momento en que ya iba a ser aprehendido por los esbirros del tirano, fue salvado por el marido de Viola. Mejnur pudo leer las palabras que Zanoni había escrito en un papel, dirigidas a Clarencio Glyndon; eran las siguientes:

"He de proporcionarte los medios de escaparte. Esta noche a las nueve, un bote te aguardará en frente de esta casa. El barquero te conducirá a un lugar apartado, donde estarás en completa seguridad, hasta que el Reinado de Terror, que toca a su fin, haya pasado. No pienses más en el amor sensual que te alucinó y que estaba a punto de perderte. Traicionándote te hubiese destruido. Volverás sin obstáculos a tu país natal, y vivirás aún largos años para meditar sobre el pasado, y para redimirlo. Para el futuro, sea tu sueño tu guía, y tus lágrimas tu bautismo".

Por los cuadros etéreos, que siguieron desarrollándose delante de la vista psíquica de Mejnur, acompañados de palabras que igualmente eran percibidas por su oído interno, el gran Mago comprendió que Clarencio Glyndon con el fin de escapar a la persecución, pasó de Francia a España, y de allí a Portugal; en Lisboa se embarcó en un navío inglés que regresaba a su patria. Parecía que tendría un viaje feliz, pues todo marchaba bien, hasta que se aproximaron tanto a Gran Bretaña, que podían, dentro de seis o siete horas, entrar en el puerto de Plymouth. No obstante, súbitamente, el navío fue sorprendido por un violento temporal, que lo desvió del rumbo, llevándolo en dirección contraria y lo impelió contra un escollo. El choque fue tan grande que el navío amenazaba ir a pique. Glyndon y algunos más, saltaron sobre una lancha y se pusieron a remar. No remaron mucho tiempo, porque una fuerte ráfaga volcó la lancha, y Glyndon cayó en las olas. No perdió su sangre fría ni tampoco la esperanza de escapar a la muerte. Recordó que Zanoni le había pronosticado larga

vida. Reanimado, púsose a nadar; muy pronto, sin embargo, se sintió cansado, y ya estaba próximo a ahogarse, cuando unos brazos fuertes lo agarraron, ya desmayado, y lo colocaron en un barco, para llevado a la playa y a la cabaña donde vivía el hombre que le salvó la vida, el pescador Carlos Clifford, viudo y padre de una joven.

Cuando Glyndon abrió los ojos, notó que estaba acostado en un sencillo lecho, y a su cabecera estaba sentada, en una modesta silla, una hermosa joven, cuya fisonomía era tan semejante a la de Viola Pisani, que el pintor exclamó, involuntariamente:

-¿Estoy vivo o muerto, ¡oh! Viola? La joven sonrió, y le respondió:

-Gracias a Dios, estáis vivo, señor; pero mi nombre no es Viola, ¡Yo me llamo Lucia!

-Mas ¡que semejanza admirable! ¡Parece que tenéis las mismas facciones! La misma esbelta estatura, los mismos ojos negros, tiernos y encantadores; ¡hasta el mismo timbre de voz! !Ah! ahora veo la diferencia: vuestros cabellos son castaños, mientras que los de Viola eran rubios.

***-Eran* dice; ¿porque no dice son?**

-Porque Viola no existe más en la tierra; falleció.

-¡Ah!-exclamó la joven.-¿Y fue tal vez vuestra hermana o vuestra novia?

-Nada de eso; fue una cantante italiana, que se casó con un hombre que me salvó la vida, a pesar de que yo le había causado mucho sufrimiento.

-¡Oh! entonces fue un hombre muy magnánimo, ¿no es verdad?

-Sí, y sacrificó la vida para salvar la de la esposa y la de su hijito.

-¿De aquella Viola?

-Si.

-Sin embargo, dijisteis, Que ella ya no vivía más en la tierra.

–Y es verdad. El sacrificio del marido fue inútil; sabiendo

que él se había entregado a los verdugos, allá en París, para conservarle la vida, la pobre murió de sentimiento.

-¿Y la criatura?

-Un viejo sacerdote se encargó de su crianza. Pero no conseguí saber nada más al respecto.

-¿Estuvisteis en Francia, señor?

-¡Estuve, y por poco no me guillotinaron!

-¡Oh! ¡qué horror!

–Y ahora acabo de escapar de la muerte en las olas. ¿Quién fue el que me salvó?

-Fue mi padre. Si me permitís voy a llamarlo.

Y Lucía salió de la habitación, para volver en seguida acompañada del pescador, y trayendo algunas cosas para que el huésped comiera.

Clarencio Glyndon se demoró algunos días en casa de Carlos Clifford, y cuando la dejó, fue sólo para ir a Londres, a poner en orden sus negocios, y volver, provisto de los útiles necesarios para pintar los pintorescos paisajes de aquella región, de la cual el majestuoso mar formaba una parte integrante...

Así pasaron seis meses; y Glyndon tuvo la oportunidad en frecuentes ocasiones de admirar la belleza, no sólo del rostro sino también del alma de la hija de su salvador, y de adornar con los rasgos del hermoso semblante de la joven varios cuadros, pero sin retratarla enteramente, y tampoco sin que le sirviese de modelo.

Después volvió nuevamente a Londres, para exponer sus obras, que fueron aceptadas con franco entusiasmo por el público apreciador del arte. Allí en la gran ciudad encerrábase Clarencio, a veces días enteros, para trabajar en una tela con que se proponía sorprender muy pronto a la buena gente de la playa; pintó de memoria a la joven Lucía; y el cuadro salió perfecto. Grande fue la alegría de Clifford y su hija, cuando el pintor, en su nueva visita, les presentó el lindo cuadro. Esta vez no demoró mucho en la ribera porque sus negocios lo reclamaban en la

ciudad. Pero antes de despedirse declaró su amor a Lucía; y pocos meses después se, desposó con ella, y la llevó a Londres.

Y ahora estaba ella *en* vísperas de ser madre, y se encontraba exhausta de fuerzas. El médico (como aquel que asistiera al parto de Viola) observaba, conmovido y perplejo, la dolorosa agonía de la joven parturienta, cuyos gemidos se hacían más débiles, y confesó al marido, el cual estaba aguardando en la habitación contigua, que no tenía más esperanzas en el éxito del parto.

En ese momento sintió Clarencio Glyndon la presencia de un ser invisible, que le colocó las manos sobre los hombros y le dijo:

-¡Coraje, Clarencio! ¡ella vivirá!

El timbre de la voz era - así lo reconoció Glyndon inmediatamente - la de Zanoni!

-¡Clarencio!-exclamó en este instante la parturienta ¡mi marido! ¿dónde estás?

El pintor, oyendo el grito de la esposa, abrió la puerta del aposento donde ella estaba, y entró. Pero al entrar se paró sorprendido, viendo al pie de la cama un bulto en quien reconoció a su iniciador ¡Mejnur! Este-que estaba allí en su cuerpo astral invisible a los demás,-se aproximó a Lucía, hízole unos pases a lo largo del vientre, sopló sobre sus ojos cerrados, y desapareció. Lucía abrió sus párpados y, viendo al marido, dijo:

-¡Ahora, sí, mi querido! ¡déjame por unos instantes!

Y en cuanto él salió y cerró la puerta, la parturienta, dando unos gritos agudos, dio a luz una hija.

CAPITULO XV

"En cuyo afecto verás,
Dándote el alma en despojos,
Que tras nublado y enojos,
Amor y sol lucen más."

CALDERÓN.

Inmensa fue la alegría de Glyndon, cuando vio a su amada esposa fuera de peligro, y pudo acariciar a su pequeña hijita recién nacida.

-¿Dónde está aquel viejo médico que me trajiste a última hora, y que me atendió cuando ya parecía que me moría? - preguntó Lucía al marido

-¿Un viejo médico? - respondió Clarencio, admirado. Yo no traje a tu lecho ningún viejo médico. El doctor Smith, que estaba tratándote desde el principio, salió para volver en seguida.

-No me refiero al doctor Smith, es al otro. Pues en aquel momento que yo te llame, y tú entraste, vino contigo un respetable anciano que me exhortó a tener coraje y me animó; no sé si me dio algún remedio para tomar; apenas recuerdo que, al contacto de sus manos y al soplo de su aliento, una vivificante energía llenó todo mi organismo, y, en consecuencia de eso, mi estado mejoró tanto que pude concluir con toda felicidad ese penoso trabajo.

-¡Ah! ¿entonces tú viste al anciano? ¡No fue, pues, aluci-

nación mía! Querida Lucía, yo ya te he narrado mis aventuras en busca de la Iniciación. Ahora, si no se trata de una ilusión inexplicable, juzgo que el mismo anciano Mejnur estuvo aquí, en su cuerpo psíquico, e inmediatamente después de haberte dado las fuerzas se ausentó.

-Gracias a él, pues,- observó la joven madre- no sucumbí. ¿ Pero como fue que merecí su intervención?

-En este momento- replicó Glyndon-paréceme que se va volviendo más claro el enigma. Reconozco que algunos tenues hilos de simpatía continua existiendo entre mí y la misteriosa Orden, de la que Mejnur es el jefe en este planeta.

-Mira, mi querido Clarencio-dijo Lucía, contemplando a la criatura- ¡qué bonitilla es nuestra hijita! ¿Qué nombre le daremos? ¡Yo propongo que la llamemos Leticia!

-Estoy de acuerdo; es un nombre lindo y simpático -aprobó el feliz padre- y corresponde en realidad a los hechos, porque significa, en latín, Alegría.

-¡Dios te bendiga, querida Leticia!-murmuró Lucía, besando a la hija.

-Y que seas para nosotros una verdadera Alegría -confirmó Clarencio.

Al siguiente día, aun antes de haber transcurrido 24 horas después del nacimiento de la criatura, la esposa de Clarencio Glyndon sintió, súbitamente, en el abdomen un desagradable dolor, acompañado de fuertes escalofríos, seguidos de alta fiebre. El marido mandó llamar inmediatamente al médico, el cual observando que el pulso de la enferma latía acelerado y que los dolores de cabeza se unían a un malestar general y un decaimiento en el cuerpo, con leves perturbaciones de las ideas, reconoció que se trataba de la fiebre puerperal.

Esta enfermedad es generalmente grave - explicó el doctor Smith al pintor;-hay casos fatales, en que la enferma muere

en pocas horas o en pocos días; pero igualmente hay casos en que la fiebre dura meses, y otros en que cesa muy rápidamente. Ninguna fiebre necesita ser atendida con más prontitud que ésta.

Y, prescribiendo una severa dieta, el médico aplicó veinte sanguijuelas sobre la región hipogástrica de la enferma, y le dio una poción para tomar.

¡Nuevamente pasó Glyndon horas enteras de desasosiego y recelo, temiendo por la vida de su esposa que, apenas salvada de un peligro, estaba amenazada por otro! En estas horas de incertidumbre, cuántos suspiros dirigió él a la Divina Providencia, pidiéndole la conservación de su querida compañera, a la cual lo ligaba un amor sincero, espiritualizado y altruista. Y nuevamente le llegaban al oído interno palabras que lo animaban, asegurándole que Lucía vencería también esta crisis.

-¡Y, en realidad, venció! Ya al día siguiente, se normalizó el estado de la enferma, con gran contentamiento del doctor Smith, que atribuía principalmente a las aplicaciones de las sanguijuelas el feliz éxito del tratamiento...

-Nuevamente vi a tu viejo Maestro cerca de mi lecho -relató Lucía al marido, cuando se hallaba en convalecencia. -Mientras el doctor Smith estaba aplicando las sanguijuelas, el mago hacía sobre mí unos pases; y noté que dejó caer algunas gotas en el remedio que el doctor me administraba.

–Y yo oí nuevamente la voz interna que me garantizaba tu cura- dijo Glyndon.-Ahora, mi querida, no puedo dudar de la realidad del auxilio prestado por esos amigos invisibles.

Muchas veces, en los siguientes días, le pareció al pintor que sentía la presencia de Mejnur y de Zanoni; pero no los vio, ni oyó más palabras articuladas por órganos físicos. En compensación, se sentía penetrado de inexpresable alegría y arrobamiento tanto más cuanto observaba la felicidad que irradiaba del hermoso rostro de su esposa que, llena de contentamiento y placer, amamantaba a la pequeña Leticia; concentrando en la criatura todo su amor materno. Clarencio percibió que las afecciones de Lucía que

anteriormente todas convergían en él, ahora estaban divididas, y que la hijita recibía de ellas la mayor parte; pero no lo envidió, comprendiendo que así lo exigían las sabias leyes de la maternidad. Su amor se purificó cada vez más; sus sentimientos se libertaban cada vez del predominio del egoísmo; y su corazón gozaba de júbilo en las dulces ternuras impalpables que emanaban del interior de su alma.

CAPITULO XVI

"Mancebo, eu te digo: Levanta-te! E o difunto assentouse, e começou a falar."

***Evang* S. *Lucas,* cap. VII, v. 14 e 15.**

"Mancebo, yo te digo: ¡Levántate! y el difunto se sentó,* y *comenzó hablar.")

Algunos días después de la visita de Nicanor Vigier, en 1799, vinieron a llamar al doctor Alberto Dupuis, para asistir a un joven, de nombre Vicente Candy, en el suburbio de San Antonio, en París, el cual después de haber formalizado casamiento con una joven de la vecindad, trabajaba día y noche, en su profesión de almacenero, para ganar el dinero necesario para la realización del matrimonio, y así se debilitó tanto que varias veces se desfalleció, perdiendo la noción de las cosas y quedando inmóvil. Los síncopes se repetían frecuentemente, hasta parecía que la vida del infeliz joven se extinguía; perdía el pulso y la respiración, no se percibía ningún latido del corazón, y una palidez mortal cubríale el rostro.

El doctor Dupuis no pudo ir inmediatamente a la casa de Candy, porque pocos minutos antes fue a atender a otro enfermo, y por lo tanto, no se hallaba en casa. La persona que lo vino a llamar se vio, pues, obligada a buscar otro médico. Este, examinando al almacenero, declaró que nada más se podía hacer, visto que el joven ya estaba muerto, pues auscultándolo por espacio de diez minutos, con el oído sobre el corazón, no percibió ni la más leve palpitación en el cuerpo de Candy.

La novia de éste, oyendo la tristísima declaración del médico, fue a buscar a un herrador, llamado Leriche, que moraba allí cerca, y de quien se decía que era adepto de la ciencia hermética, y que había hecho curas milagrosas y hasta resurrecciones. El señor Leriche vino a la casa de Candy en el mismo momento en que también llegaba allí Alberto Dupuis, el cual, después de haber vuelto a su residencia, y recibiendo la noticia de que había sido llamado, se apresuro a ir a ver al joven almacenero.

Realmente parecía que Vicente Candy estaba ya muerto; el cuerpo estaba helado, el corazón no latía y no se percibía el menor hálito, A pesar de eso, el herrador pidió permiso para examinar el cadáver, lo que le fue permitido.

-Encuentro un poco de calor en la región del estómago - dijo Leriche.

Mandó hacer un gran fuego, y se puso a friccionar todo el cuerpo con paños calientes, y a restregarlo con un polvo diluido en alcohol. Este tratamiento duró más de una hora, en presencia de la novia, cuya aflicción era indescriptible.

Después de una hora y media de tratamiento, Leriche invitó al doctor Dupuis a colocar un espejo delante del rostro del supuesto difunto, ¡y el espejo quedó ligeramente empañado! ¡Entonces se redoblaron los cuidados, y, pocas horas después, Vicente Candy volvió completamente a la vida!

-Fue porque era caso de muerte aparente- dijo el padre Evandro, cuando, al otro día, el doctor Dupuis le relató este admirable acontecimiento.-Nunca se debe afirmar que alguien realmente murió, si, además de la rigidez cadavérica, no se manifiesta putrefacción. Ya hubo casos en que sincopados, tomados por muertos, despertaron en el momento en que se cerraba el ataúd, o al golpe del bisturí de un cirujano que comenzaba a hacer la autopsia.

-¿Entonces, juzgáis que Vicente Candy hubiera recuperado los sentidos sin el auxilio de Leriche?

-No oso afirmarlo, mi amigo, Puede ser que el tenue hilo

etéreo que unía su alma al cuerpo se rompiese, y así la muerte se realizaría. Pero, lo que es cierto, es que, cuando se aproxima una muerte prematura, el alma tiene "saudades” de la vida, y entonces, si dicho hilo no se rompió definitivamente, un hábil taumaturgo puede llamarla a su cuerpo. La Sagrada Escritura nos relata cómo el profeta Elías y el apóstol S. Pablo aplicaron, con buen éxito, sus fuerzas psíquicas para resucitar a personas aparentemente muertas.

-¡Ha de ser horrible para la persona que, siendo enterrada viva, por habérsele considerado muerta, se vuelve consciente de su estado! Y es que a veces así acontece, es cierto, pues hubo casos en que se notó que los cadáveres habían modificado la posición que se les había dado lo que demuestra que el cuerpo fue enterrado antes de que el espíritu lo abandonase definitivamente, y que la persona, cuando se volvió consciente de su estado, movió el cuerpo, tentando desesperadamente obtener el aire necesario.

-Felizmente, semejantes casos son rarísimos--observó el sacerdote.- Además, decidme, ¿que es lo que pensáis respecto del herrador Leriche?

-Es un hombre honesto y servicial- respondió Alberto.- Algunos lo tienen por hechicero porque ha curado enfermos, abandonados por la medicina oficial. Pero es injusticia lo que le hacen.

-El mundo está siempre dispuesto a atribuir a las fuerzas del Mal poderes extraordinarios, principalmente donde entra en acción el magnetismo que Mesmer descubrió, o mejor dicho, volvió a descubrir, pues los antiguos no desconocían este poderoso agente natural.

-Es verdad. El magnetismo es la fuerza que pone en movimiento la substancia etérea, a la cual Hermes Trismegisto llama el gran Talismán y que es aquella substancia que Dios creó antes de todas las cosas, cuando dijo: Hágase la luz.

-Tenéis razón. Esta luz etérea, o substancia etérea es al mismo tiempo substancia y movimiento, es un fluido magnético,

que forma el cuerpo psíquico, al que también se le da el nombre de cuerpo astral. Es por la acción sobre esta luz astral, y por su medio, sobre toda la naturaleza sumisa al dominio de la inteligencia, que la voluntad de los seres inteligentes dirige directamente, produciendo así resultados admirables que los ignorantes atribuyen a la intervención del diablo.

"El herrador Leriche es un hábil magnetizador, que conoce y aplica también algunas manipulaciones de medicina popular. A pesar de sus ochenta y dos años de edad, se conserva robusto y sano, trabajando constantemente en su oficio.

-Las condiciones indispensables para magnetizar con buen éxito, son: la salud del espíritu y del cuerpo; la intención recta, y la práctica discreta. Ciertamente este hombre reúne en sí estas condiciones, visto que ha obtenido curas admirables, principalmente de enfermedades nerviosas.

-Algunos dicen que él usa el elixir de vida. Pero yo pienso que no es necesario que aceptemos esta hipótesis, para comprender que siendo octogenario, goza de perfecta salud y parece ser un hombre de cuarenta años. El acostumbra decir que no piensa morir tan pronto; vive higiénicamente, y con ánimo tranquilo y alegre. Ciertamente, éstos son los mejores ingredientes naturales para prolongar la existencia.

-Naturalmente- dijo Evandro; -la historia nos cita ejemplos de longevidad en hombres ilustres. Sófocles, cuando tenía noventa años de edad, fue acusado por sus ingratos hijos, de no tener capacidad intelectual necesaria para administrar los bienes de la familia; ¡sin embargo, ganó el proceso, leyendo a los jueces su célebre obra "Edipo", que compuso en aquella edad tan avanzada! Catón, con 84 años de edad, escribió el séptimo libro de su historia de Roma. Ticiano, que falleció con cien años de edad, aun un año antes de su muerte trabajaba en su arte.

-Uno de los secretos de Leriche, que yo conseguí entre tantos descubrir por medio de la observación, explicó Dupuis, consiste en respiraciones profundas y lentas, que él hace, por

las fosas nasales, siempre antes de magnetizar a alguien. Yo experimenté en mí mismo este proceso, y estoy convencido de que él aumenta la vitalidad, corroborando la salud.

CAPITULO XVII

"Para o olho psychometra nada e oculto nada e indescobrivel."

O. H. HARA. *"Psychobetria Pratica"*

("Para* el *ojo del psicómetra nada está oculto, nada es indescubrible.")

Cuando Nicanor Vigier volvió a Roma, díjole Mejnur:

-Es necesario, querido, que hagas un nuevo viaje. Esta vez irás a Inglaterra, cerca de Plymouth, donde visitarás al suegro de Clarencio Glyndon, y lo llevarás a Londres, a la casa del yerno, después de haberle entregado diez mil libras esterlinas, con esta carta, que explica los motivos de tu misión. Léela.

Nicanor Vigier, abriendo la carta, leyó lo siguiente: 'Ciudadano Carlos Clifford: -¿Vive aún en vuestro corazón el recuerdo de vuestro hermano mayor, Arturo Clifford? Sé que lo tenéis por muerto hace más de veinte años. Recordaos que él servía en el ejército del general Bourgogne, cuando éste descendía del Canadá para reunir sus fuerzas con las de New York, y fue apresado con un sitio por el general americano Gates, teniendo que negociar la capitulación en Saratoga. Desde entonces no tuvisteis más noticias de vuestro hermano Arturo; apenas oísteis afirmar por algunos de sus camaradas, después que éstos volvieron a la patria, que era de suponer que había dejado la vida en alguno de los combates parciales con que los americanos debilitaban a las fuerzas de Bourgogne Es verdad que en una

de esas luchas fue gravemente herido; pero no sucumbió, gracias a los cuidados de un camarada francés, el cual, habiendo emigrado para el Canadá se alistó en las fuerzas del mismo general, sirviendo como cirujano. Este francés, que se hizo íntimo amigo de Arturo, curó las heridas de vuestro hermano y lo llevó a Montreal, y más tarde fueron ambos a la vida de Haití, donde la fortuna les fue propicia: se casaron con dos hermanas, hijas de un rico colono que allí poseía grandes plantaciones de caña de azúcar, café y algodón. Vuestro hermano aún está vivo. Para escapar de las *masacres,* con los negros haitianos constantemente amenazan a los blancos, se trasladó hace algunos años a Jamaica. Ahora deseando asegurar la tranquilidad de sus años de vejez, desea, regresar a la vieja patria. Es viudo y no tiene hijos. Espérelo en Plymouth a principios del mes de mayo. Os saluda vuestro viejo amigo.- Enrique Jonson".

-¿Quién es el autor de esta carta?-preguntó Nicanor.

-Yo mismo- respondió Mejnur.-El pescador Carlos Clifford me conoce bajo el nombre de Enrique Johnson. Hace unos diez años pasé algunas semanas en su compañía, haciendo mis estudios en Inglaterra.

-¿Y cómo supiste lo, que expones en la carta?

-Zanoni llamó mi atención para la suerte de Clarencio Glyndon y su esposa, que es hija de Carlos Clifford. Recordé que, entre otras curiosidades que traje de aquel viaje, se encontraban algunas conchas marinas interesantes, que los hermanos Clifford coleccionaban. Hice con ellas experiencias de leer su lenguaje etéreo y el resultado fue que se presentaron a mi vista interna las escenas que se referían a Carlos Clifford y a su hermano Arturo.

-Comprendo. Arrimaste levemente esos objetos, uno por uno, a tu frente; cerraste los ojos y concentraste los pensamientos con el deseo de ver la historia grabada por medio de las vibraciones aúricas de esos objetos en el éter.

-Realmente. Este es el método de esta clase de investigaciones (*) el cual nos comprueba que todos los hechos de la vida humana quedan registrados en las capas del éter, y que las respectivas imágenes pueden ser evocadas por los que conocen su respectivo método.

-¿Y por qué debo llevar a Carlos Clifford a Londres?

-Para que él muestre la carta al matrimonio Glyndon, e invitarlos a acompañarlo a Plymouth. Pero antes de partir, Clarencio tendrá que reproducir este bosquejo y hacer un cuadro grande.

Y diciendo esto, Mejnur puso en la mano del compañero un pequeño retrato de un hombre de edad, de estatura media, cabeza corta, pequeña y gruesa; frente despejada; cara redonda, rojiza; cabellos espesos y crespos en las extremidades; ojos grandes, centelleantes, animosos, castaño claro; boca grande; labios finos y apretados, siendo el inferior más grueso; cejas derechas, espesas y próximas a los ojos; nariz aguileña; las fosas nasales dilatadas; mentón corto; orejas un tanto separadas de la cabeza; aspecto huesudo; cuello corto; pecho ancho.

Nicanor miró el retrato y exclamó:

-¡Cómo están patentes en esta figura los signos de Marte! ¿A quién representa?

-Arturo Clifford; así es como lo percibí con la vista interna. Hice este bosquejo, para que lo lleves a Londres, con el fin de que sirva de modelo para el cuadro que Glyndon debe pintar y ofrecer al tío de su esposa.

-¿Y las diez mil libras esterlinas?

-Es un obsequio que Enrique Johnson manda a Carlos Clifford, pera que él también pueda descansar en sus años de vejez.

(*) Hoy conocida como "psicometría",

CAPITULO XVIII

"Recebe o Capitão alegremente
O mensageiro ledo, e seu recado."

CAMOENS, *"Os Lusiadas", II,* 77,

"Recibe el Capitán alegremente
Al mensajero jovial, y su recado."

-¿Tengo el honor de hablar con el señor Carlos Clifford? -preguntó el doctor Nicanor Vigier a un pescador que salía de la pequeña casa que le fuera indicada como perteneciente al suegro de Clarencio Glyndon.

AsÍ me llamo -respondió el pescador.-¿Qué es lo que deseáis?

Necesito hablar con vos sobre varios asuntos.

-Entrad, señor.

-Vengo de lejos, de Italia -dijo Nicanor, sentándose- y os traigo esta carta de un amigo vuestro.

Sería difícil describir la grande y agradable sorpresa que se estampó en la fisonomía de Carlos Clifford con la lectura de la sencilla misiva.

-Mi querido hermano Arturo vive! ¡Gracias al bondadoso Dios! ¡Y quiere venir a nuestra tierra! ¡La Divina Providencia le dé feliz viaje, y lo conserve por muchos años! Pero decidme, señor, ¿cómo es que Enrique Johnson supo todo esto que me particita.

-Siento que no lo voy a poder decir; tal vez algún amigo de él y vuestro hermano le trajo esas noticias.

-Es posible; pues aquel hombre parece tener amigos en todas partes del mundo. o-¿quién sabe? -él obtuvo esas noticias por medio de algunas artes ocultas, de las cuales es cultor. -¿Cómo podéis asegurarlo?

-Porque fui testigo ocular de algunos poderes extraordinarios de ese hombre singular.

-¿Podéis contarme algunos de esos casos?
-¡Oh! ¡mi querido señor, visto que Enrique os envió con esta carta, ciertamente sois algún buen amigo de él, y, por tanto, no juzgaréis -lo que sería imperdonable error- que él haya hecho un pacto con el diablo!
-¡No tengáis el menor recelo- redarguyó Vigier; -yo conozco muy bien el elevado carácter de nuestro común amigo, y no sería capaz de ligar su nombre al del enemigo del género humano!
-¡Tenéis razón! Enrique Johson es un hombre singular, de costumbres excéntricas y de caprichos incomprensibles; pero yo juraría siempre, cuando fuere necesario, que lo juzgo incapaz de cualquier acto vil; él es un sincero adorador de Dios, y, por tanto, no puede existir la menor duda de que no invoca al demonio.
-¡Muy bien! Solamente los ignorantes opinan que todo lo que parece maravilloso es de origen diabólico. Desearía, pues, oír las cosas extraordinarias que presenciasteis con la relación a Enrique Johson.

-En aquel tiempo, aún estaba en esta tierra mi inolvidable esposa Ana. Una vez, a consecuencia de un fuerte enfriamiento, ella fue atacada de una fiebre peligrosa, que Enrique la designó como fiebre intermitente. El mal se manifestó por el quebrantamiento del cuerpo, pérdida del apetito, enflaquecimiento y dolor de cabeza; después se presentaron dolores a los costados de la parte superior del bajo vientre, y delirio. La fiebre era continua, con exacerbaciones, acompañadas de frío y de calor. Cuando aparecía el calor, tenía vómitos. El viejo Tomás, uno de mis amigos pescadores, me trajo a casa a Enrique, que hasta entonces no había

sido conocido mío, y me lo recomendó como un buen humanitario médico, que había curado a su hija, atacada de parálisis. Enrique administró a mi Ana unas gotas; ¡la enferma se adormeció inmediatamente, y cuando, después de doce horas de un sueño tranquilo, despertó, no tenía más ni fiebre, ni náuseas, ni dolores! ¡En tres días estaba tan fuerte, como antes de enfermarse! Con lágrimas en los ojos, agradecí a Enrique, que no quería aceptar ningún pago por esta cura. –¡Por esta vez está salvada, me dijo él, pero de aquí a tres años y tres meses, nadie podrá salvarla!- Y esta triste predicción se realizó: después de los treinta y nueve meses, la misma enfermedad sobrevino a mi esposa; Enrique no estaba aquí, pues mucho tiempo antes se había retirado; y los recursos de otros cultores del arte médica de nada valieron.

Carlos Clifford guardó silencio, por algunos instantes, combatiendo a la emoción que, el recuerdo de estos hechos, se apoderaba de él, al mismo tiempo que se secaba los ojos humedecidos.

Después continuó:

-Enrique coleccionaba hierbas medicinales; y yo, para demostrarle mi gratitud por la cura de Ana, traíale de vez en cuando algunas. Estaba yo, un día, en busca de ciertas hierbecillas, en un monte escarpado, a cuyo pie corría un arroyo. No soy propenso a sufrir vértigos, cuando miro desde gran altura a un precipicio; pero aquella vez en un instante en que de lo alto de la cumbre miré para abajo, una sensación desagradable se apoderó de mis sentidos; me pareció que empezaba a dar vueltas y que el monte balanceaba; y, perdiendo el equilibrio, caí, y comencé a rodar de piedra en piedra, y sin duda hubiera encontrado una muerte horrible, si no hubiese aparecido de pronto, junto a mí, Enrique Johnson, que me agarró por las manos, sopló sobre mis ojos, pasó su mano derecha por mi cabeza, y enderezándome, me condujo, sin pronunciar una palabra, hasta el camino, donde súbitamente desapareció, sin que yo pudiese notar hacia donde fue. Cuando llegué a casa lo encontré conversando con mi hija Lucía, Me miró y dijo: "No se debe subir a un monte, cuando el estómago está

cargado."- Y salió. Preguntando a Lucía cuándo había vuelto él, supe, con gran espanto, que él no había salido de casa, durante mi ausencia.

-Entonces fue en su cuerpo espiritual, o mejor dicho, en su cuerpo psíquico, que os ayudó, - explicó Nicanor Vigier.

-En otra ocasión - prosiguió el pescador, - Enrique me encargó de ir a comprar a la ciudad varios objetos y me dio una bolsa con cien guineas y algunos chelines. Un vecino, sabiendo que yo iba a la ciudad, y llevaba conmigo dinero, resolvió robármelo. Aprovechando un atajo, me tomó la delantera, y enmascarado, me esperó en el bosque y exigió, con la voz cambiada, que y le entregase el dinero, amenazándome matarme, con la espada, si no le obedecía. Respondí que el dinero no era mío, y le mostré mi espada, diciendo que me defendería y que confiaba en el auxilio de Dios. El salteador avanzó y yo reculé un poco, poniéndome en actitud defensiva; pero en este mismo instante apareció al lado de mi agresor la figura de Enrique Johson, extendiendo hacia él la mano derecha, y mirándolo severamente. El malvado, dando un agudo grito, cayó al suelo, como muerto. Enrique sin decir una palabra, le quitó la máscara, y yo reconocí a un mozo de la vecindad, de quien corrían rumores de haber agredido y robado a varias personas.- "¿Qué haremos con él?" - pregunté a Enrique. Este, sin responder, sacó la espada de la mano del salteador, me indicó que debía seguir mi camino, y desapareció, Al otro día, después de haber comprado los objetos que Enrique me había mandado buscar, en el momento de pasar por aquel fatal lugar, quedé asombrado, Enrique estaba allí sentado al lado del malhechor, que parecía estar dormido.- "Lo dejé dormir -díjome el amigo- hasta que volvieseis. Ahora lo despertaremos."- Yo noté que, esta vez, Enrique estaba allí presente con su cuerpo carnal, al paso que, el día anterior, su figura parecía no ser de carne y hueso, sino tan sólo estar formada por una nebulosidad. Más tarde supe que solamente en la mañana del día que yo regresaba de la ciudad, él había salido de casa. Pues bien. Enrique despertó al mal-

hechor, y díjole, con voz severa :-"Jaime, ¿por qué quisiste robar?" - ¡Ay de mí!- suspiró el salteador- ¡tened piedad, no me matéis!"-"No te mataré -le respondió Enrique- ¡pero confiésanos todos los robos que efectuaste!"

“Y Jaime confesó; había agredido y robado, durante los dos últimos años, a once personas, yo era el décimo segundo. Entonces Enrique le propuso entregar a los legítimos dueños el dinero que les había robado, o ser entregado a la policía. Jaime respondió que entregaría lo que aún tenía, y nos llevó al escondrijo donde ocultaba el fruto de sus robos. Faltaba poca cosa.- "Yo te supliré lo que falta -díjole Enrique,- con la condición de que me lo restituyas de aquí a tres meses." - Entonces, prometiendo a Jaime que parecía estar arrepentido, que no denunciaríamos sus malas acciones, pero que nos encargaríamos de restituir a sus víctimas las cantidades que les había quitado, sin revelar el nombre del ladrón, fuimos a mi casa y, llamando uno por uno a los hombres a quien pertenecían las cantidades que Jaime nos entregó, les explicamos que un ladrón arrepentido les mandaba por nuestro intermedio Jaime pagó en pocas semanas a Enrique Johnson la suma que éste le facilitara y se ausentó para siempre de nuestra comarca.

-¿Y nunca más oisteis hablar de él?

-¡Oh, sí! supe que se hizo marinero, y que era estimado por los camaradas y por los superiores. Enrique Johnson fue, pues, el salvador de su alma, *como* fue el salvador de mi vida.

-Carlos Clifford -dijo el doctor Vigier. - ¿El señor es algún descendiente de la noble familia Clifford, de la que se lee en la historia de la guerra de las Rosas, esto es, en la larga contienda entre las casa de York y Lancaster?

-Sí, señor - fue la respuesta; - y quien me lo descubrió fue también Enrique Johnson. ¿Queréis saber cómo? Un día, hablando con él respecto de mi hermano, le mostré un anillo de oro que Arturo, antes de partir para América, me entregó. Este anillo es muy antiguo, y pertenece, según las leyes de nuestra familia, siempre al más viejo de los que la forman. Nuestra tradición familiar

afirma que dicho anillo trae buena suerte a quien legalmente lo posee. El pobre Arturo, habiéndose apasionado por cierta joven que, perteneciendo a una familia más rica que la nuestra, no quiso aceptarlo por marido, dando preferencia a un hombre menos joven, pero más rico, sintiéndose infeliz me entregó, ante testigos, el anillo, diciendo que no creía en sus virtudes benéficas, en vista de su infelicidad, no obstante llevarlo siempre consigo; y que por tanto lo pasaba a mis manos, deseando al menos que, a mí, me sirviese de buen talismán. No puedo decir si verdaderamente este anillo, que aquí ves, posee o no algún poder mágico. Es verdad que con excepción de la pérdida de mi inolvidable Ana, no tuve causas para quejarme de mi suerte. Aprecio, sin embargo, este anillo principalmente como una reliquia que viene de tiempos muy remotos, y me recuerda - desde que Enrique me lo explicó - que, a pesar de ser un pobre pescador, soy descendiente de una noble persona, a saber de un hijo del llamado "buen lord Clifford". Enrique poniendo el anillo sobre la frente, me describió a mis padres y abuelos, con trazos verdaderos, y me dijo que el anillo perteneció a fines del siglo décimo quinto, a un lord.

-Además de la carta que ya os entregué - dijo Nicanor Vigier a Carlos Clifford, -¡vuestro amigo Enrique Johnson os envía este presente!

Y presentó las diez mil libras al pescador, atónito e incapaz de proferir una palabra.

-Tomad este dinero - prosiguió Vigier; es vuestro. Enrique os lo manda, para que podáis pasar descansando vuestros años de vejez.

-Pero... ¿cómo es posible? ¡Tanta riqueza! ¡No; aún no puedo creer que tanto dinero, me venga a pertenecer! ¿Y por qué lo debo merecer?

Enrique Johnson es muy rico. El me dijo que nunca puede olvidar que por dos veces corristeis el peligro de perder la vida, solamente para servirlo.

-¡Pero él mismo me salvó en ambas ocasiones! Y, además de eso, ¿no fue él quien curó a mi Ana?

-El me dijo también que si no queríais aceptar este dinero como obsequio de amigo, debíais entregarlo a vuestra hija Lucía, para que ella pueda educar bien a su hijita.

-¡Ah! ¿entonces él sabe que Lucía está casada y tiene una hija?

-Ciertamente lo sabe. Vuestra hija es la esposa del pintor Clarencio Glyndon, y vive en Londres, en el barrio Old Jewey, ¿no es verdad?

-Exactamente. Hace pocos días estuve allá de visita, como de vez en cuando acostumbro hacer. Clarencio me propuso cuando desposó a mi hija, que viviese junto con ellos; ¡pero yo, que fui criado aquí, en la playa, no puedo encerrarme en una casa de la gran ciudad! ¡No! ¡me agrada pasar algunos días de visita; pero no puedo vivir allá! Me faltaría el aire libre; me faltaría el alto cielo y el vasto mar.

-Enrique manda este retrato que él mismo dibujó, para que Clarencio Glyndon lo copie, aumente y desarrolle, según el arte. - Con estas palabras, mostró Vigier el dibujo al pescador.

Apenas éste lo vio, exclamó:

-¡Ha de ser el retrato de mi querido hermano Arturo!

-¿Entonces lo reconocéis?

-Perfectamente. Pero, ¿cómo Enrique pudo dibujarlo sin estar el presente.

-¿Y quién os dijo que no se encontraba en su presencia? Mientras tanto, sea como fuere, si reconoceis en este retrato las facciones de vuestro hermano, comprenderéis que será una sorpresa agradabilísima para el señor Arturo cuando llegue a casa de Clarencio, y encontrar allí su retrato, artísticamente ejecutado.

CAPITULO XIX

"Ni l'aveuglee hasard, ni l'aveugle matiére N'ont pu creer mon âme, essence de lumiere."

LEBRUN.

("Ni el ciego azar, ni la ciega materia pudieron crear mi alma, esencia de luz.")

-Hace dos noches que sueño con mi querido padre -dijo Lucía a Glyndon, en una tarde de abril. - Y ahora mismo, hace pocos minutos, se me figuró verlo cerca de mí.

-Ciertamente porque pensaste mucho en él, después de habernos hecho su última visita - observó el marido.

-No sé, pero lo que es interesante, es que todas las veces, en estos sueños, se me apareció fuera de su morada y en compañía de un hombre desconocido, y en su conversación se referían a nosotros. En la visión de hace poco me pareció que venían a visitarnos.

-Hace apenas un mes que tu padre nos dejó, querida Lucía. ¡Y como sabes, él ama demasiado la playa, para pensar que vuelva tan pronto acá!

En este punto de la conversación, vino un criado a anunciar: -El señor padre de doña Lucía, y además un señor, que se nombra doctor Nicanor Vigier, acaba de llegar; están en la sala de visitas.

Inmediatamente corrieron los cónyuges a recibir a los inesperados visitantes.

-Ahora mismo hablábamos de ti, mi querido padre, -dijo Lucía, abrazando a su progenitor. - Había soñado contigo, y le decía a Clarencio que presentía tu visita. Y lo que es más admirable, en mis sueños estabas tú al lado del señor.

-El doctor Nicanor Vigier me acompaña realmente desde nuestra aldea hasta esta ciudad - respondió Carlos Clifford. –Y fue él mismo quien me sugirió la idea de visitarlos sin demora.

-¿Entonces la señora reconoce que soy la persona que se presentó en sus sueños? - preguntó Vigier a Lucía.

-Sí, señor; os vi exactamente así como estáis ahora.

–Y oísteis nuestra conversación, que se refería a vos, a vuestro apreciado marido y a vuestra idolatrada hijita, ¿no es verdad?

-Pero, señor, ¿cómo podéis saberlo?

-Muy fácilmente; *yo* os vi también, en esas ocasiones, esto es, vi a vuestra alma, durante el sueño de vuestro cuerpo en la noche de ayer para hoy; conversaba con vuestro padre antes que él se acostara. Y cuando llegamos enfrente de vuestra casa, os vi esta vez en cuerpo carnal, teniendo en la falda a vuestra hijita.

-¿Entonces el señor tiene el don de la doble vista? -preguntó Clarencio.

-Sí, si con ese término queréis designar la clarividencia, o la visión psíquica. -¿Y podéis hacer el favor de explicarnos esta facultad? preguntó Lucía.

-Con mucho gusto, señora. Es claro que lo que un hombre ve depende de la sensibilidad de sus ojos. Algunas personas pueden ver objetos a gran distancia lo que otras no pueden avistar. Por medio de lentes, vidrios de aumento y telescopio se pueden ver muchas cosas que a los ojos desnudos no aparecen. Ahora bien, así como para ver mejor, el hombre auxilia a su vista corporal por medio de cristales de aumento, lentes, telescopio, etc., hay medios psíquicos que dan al alma la posibilidad de ver más de lo que ve en circunstancias ordinarias. La señora misma está también dotada de este don, aunque no puede aplicarlo a volun-

tad, porque no ha ejercitado sus facultades innatas. También el señor Clarencio posee los gérmenes de la clarividencia.

-¿Cómo lo sabéis? - preguntó el pintor.

-¿Recordáis a Mejnur? - replicó Nicanor. -Es él quien me dio informaciones sobre vos, y me encargó la misión que estoy cumpliendo. Vuestro suegro lo conoce bajo el nombre de Enrique Johnson.

-¡Ah! -exclamó Lucía.- Ahora comprendo por qué la fisonomía del Maestro Mejnur, que se me apareció cuando yo estaba en cama, no me era totalmente desconocida. Recuerdo bien al buen Enrique Johnson, que curó a mi adorada madre, y dos veces salvó la vida a mi querido padre.

-Pues bien, dijo Nicanor Vigier; nuestro común amigo, cuya buena intención no podrá ahora ser puesta en duda por ninguno de vosotros, me envió para prepararlos, para recibir dignamente al señor Arturo Clifford que, a pesar de no haber dado noticias suyas hace más de veinte años, está vivo, y a principios de mayo desembarcará en Plymouth.

Y el doctor Vigier, secundado por Carlos Clifford, contó lo que sabía al respecto de Arturo. Después que hubieron leído la carta de Mejnur, firmada con el nombre de Enrique Johnson, Vigier le presentó a Glyndon el croquis que debía servir para la confección de un artístico retrato.

Al día siguiente se puso Clarencio a trabajar y en el término de dos semanas el cuadro estaba pronto. Mientras Glyndon lo pintaba, le pareció muchas veces como si en vez de un simple croquis, tuviese delante de sus ojos el original vivo.

-Es una comprobación - le dijo Nicanor Vigier, cuando Clarencio lo relató, - de que poseéis notables gérmenes de clarividencia. No se perdieron los frutos de vuestros ejercicios psíquicos, practicados en el viejo castillo, bajo la dirección de Mejnur. No llegasteis a vencer, en la primera prueba iniciática al fantasma del Umbral, aquella personificación de los errores cometidos en las vidas pasadas, porque la atracción de los sentidos

aun nos seducía, y obscureció vuestra inteligencia. Más, no obstante, los esfuerzos que hicisteis dejaron en vuestra mente granos, susceptibles de germinar y desenvolver varias facultades. Sabed que cuando alguien se ha decidido a vivir la vida superior por algún tiempo y purificó sus órganos sutiles por medio de esfuerzos mentales, morales y psíquicos, emite una luz en el mundo invisible, y acumula energía interna. Cuando ha acumulado la necesaria cantidad de esta energía, el aura de luz que lo circunda llama la atención de un instructor o maestro que entonces le muestra el poder que aquella energía interna significa, y le enseña cómo usarla; esto es lo que se llama Iniciación.

-¿En qué relación, con Dios, - preguntó Glyndon - está nuestra alma?

-Al principio de la Creación - respondió Vigier, - Dios diferenció dentro de Sí Mismo una multitud de inteligencias espirituales, potenciales, análogamente como un gran fuego emite muchas chispas. Así como las chispas emitidas por el fuego, son fuegos potenciales, pero aún no son fuegos reales, también las inteligencias espirituales emanadas de Dios al principio de la Creación, no eran aún inteligencias reales, porque si bien estaban compenetradas por la omnisciencia de Dios, aún carecían de la consciencia de si misma. ***Potencialmente*** **eran omnipotentes y omniscientes, esto es, estaban dotadas del germen de la omnipotencia y omnisciencia; era además, necesario de desenvolver el poder dinámico utilizable en cualquier momento, de acuerdo con su voluntad; y para desenvolver este poder fue necesario que pasasen por la materia. Entonces comenzó su** ***involución;*** **cada centella de divina luz fue encerrada en varios vehículos de diferente densidad, como para separarla del resto del mundo. Naturalmente, no quedó separada de la esencia del mundo, pero ésta quedó como cerrada en su consciencia. Entonces el espíritu interno, no pudiendo estar más en contacto con el espíritu externo, muévese dentro de sus envolturas y encuéntrase a sí mismo. Cuando el espíritu se torna consciente de sí mismo, se siente preso en las formas materiales**

que constituyen sus envolturas, y comienza a esforzarse por libertarse de su prisión, y este trabajo es la *evolución.* Durante la evolución se van espiritualizando los diversos vehículos que el espíritu posee, y se convierten en alma, así que, al fin de la manifestación, el espíritu no solamente habrá obtenido la consciencia de sí mismo, sino también los poderes psíquicos. Todos los seres tienen su principio y su origen en Dios, y se desenvuelven según los diferentes ciclos y períodos. La evolución marcha en espiral, y, por tanto, nunca se repite el mismo estado o la misma condición. Así, hubo una vez un tiempo, que nuestra Orden designa como Período Lunar, cuando la Luna aún estaba materialmente unida con la Tierra; los entes que en aquel período eran humanos, en el presente período son Angeles. Los entes humanos del tiempo anterior al Período Lunar, esto es, del Período Solar, en el Período Lunar vinieron a ser Angeles, y hoy son los Arcángeles. Así como todos los seres emanan de Dios, que es la Conciencia de la Unidad de todo lo que es, todos tienden a unirse nuevamente en El, esto es; tomarse conscientes de la Conciencia Divina.

CAPITULO XX

"O prazer de chegar a patria cara,
A seus penates caros, e parentes,
Para contar a peregrina, e rara
Navegação, os vaios céos, e gentes..."

CAMOENS, *"Os Lusiadas"*, IX, 17

("El placer de llegar a la patria cara,
A sus penates queridos, y parientes,
Para contar la peregrina, y rara
Navegación, los varios cielos, y gentes…")

Llegó el mes de mayo; Carlos Clifford, Lucía con la pequeña Leticia en la falda, Clarencio Glyndon y Nicanor Vigier habían partido para Plymouth, donde aguardaban la llegada de los navíos venidos de la América Central. No necesitaron esperar mucho. El día 3 a las 3 de la tarde, entró al puerto el navío "King George", y entre los primeros pasajeros que desembarcaron hallábase Arturo Clifford. El doctor Vigier y Clarencio Glyndon lo conocieron inmediatamente, y dirigiéndose a él dijeron al mismo tiempo:

-El señor es Arturo Clifford, ¿no es verdad?
Antes que él pudiese responder, Carlos Clifford lo abrazó exclamando:
-¡Sé bienvenido, mi querido Arturo!

El recién llegado estaba asombrado, pues mientras esperaba dar una sorpresa al hermano, veía que éste le preparaba una recepción.

-¿Pero cómo es que *Vds.* pudieron saber que yo venía? - preguntó, abrazando *al* hermano y *saludando* a *los otros.*

-Fuimos advertidos por un amigo - respondió Carlos. -Además cómo *es* que nunca me mandaste noticias tuyas, Arturo?

-Porque, al principio, no tenía con quien mandártelas; y, más tarde, *la* suerte no me fue propicia, querido.

-¿Entonces sufriste mucho?

-Más tarde te contaré mis peripecias. Ahora, pido *disculpas;* tengo que dar órdenes respecto a mis equipajes.

-Sin duda. Pero no tengas cuidado. He aquí un carro que está esperando para recibirlos, y llevarlos, al Gran Hotel, donde estamos *alojados, mi* hija Lucía, su marido *Clarencio* Glyndon, nuestro *amigo* doctor Nicanor *Vigier* y yo.

Y *diciendo* estas palabras, Carlos *Clifford* presentaba, uno por uno, a sus compañeros.

-¡Qué sorpresa! - repetía Arturo. - ¡Ah! *mi* querido Carlos" no puedo comprender cómo pudiste ser informado sobre mi regreso a la patria. Mientras tanto, voy a contarte una cosa que me es igualmente *inexplicable.* Cuando yo estaba pensando en este viaje que acabo de hacer, encontré sobre mi mesa, de escribir un billete, - ¡Ah! lo traigo conmigo; aquí está, míralo; el billete dice, "Arturo Clífford, preparaos para una sorpresa en Plymouth, y otra en Londres", y está firmado: Enrique Johnson.

-¡Enrique Johnson! - exclamó Carlos. _ Pues fue realmente él quien me comunicó sobre tu resolución de *volver* al país natal. Mira esta Carta que él me mandó; l*éela,* y dime si no es verdad lo que en ella dice.

Arturo *leyó* la carta de Mejnur y dijo:

-Todo es exacto. En el hotel contaré mi odisea, querido Carlos.

Y se encaminaron para el Gran *Hotel.*

………………………………………………………………………..

Después que se hubieron instalado en *el* hotel, narró *Arturo Clifford* su historia:

-¡Ah! ¡cómo corre el tiempo! ¡Me parece como si hubiese sido el año pasado, y, con todo, ya pasaron veinte y dos años desde el momento en que dejé mi tierra natal, juzgándome infeliz porque la joven a quien yo adoraba, me despreció! Fui a América, y me alisté en las filas del general Bourgogne, que operaba contra los Estados Unidos. En nuestra marcha a Quebec para el Sur tuvimos que enfrentarnos con emboscadas y luchas parciales; sufrimos escasez de provisiones, y de día en día iba disminuyendo nuestra fuerza debido a las deserciones. Sabéis que Bourgogne, viéndose presionado por las fuerzas del general americano Gates, pensó en retroceder, pero no pudo hacerlo, y, en fin, cercado en Saratoga, tuvo que negociar la capitulación, y entregar tropas, municiones, artillería y todo el material de guerra. Es verdad que Gates fue derrotado después en Camden; además los ejércitos reunidos de Washington, Lafayette y Rochambeau, rodeando a las fuerzas inglesas en Yorktown, obligaron al general Cornwallis a rendirse incondicionalmente, entregándose a Washington todo el ejército inglés, con todo el material y los navíos, en el año de 1781; y dos años después fue reconocida la independencia de los Estados Unidos.

"Yo no había llegado aún a Saratoga; en uno de los combates cerca del Lago Champlain fui gravemente herido y abandonado por mis compañeros, que me juzgaron muerto. Sin embargo, un camarada francés, Santiago Musset, que servía en nuestras fuerzas como cirujano, volvió al campo de batalla, después de la retirada de los enemigos que seguían hacia adelante para reunirse con otros refuerzos, y, examinándome, vio que estaba aún vivo. Durante dos semanas me cuidó allí mismo, curando mis heridas, y después con el auxilio de algunos canadienses me trasportó a Montreal, donde gracias a los buenos cuidados suyos, muy pronto recuperé mi salud. No nos incorporamos a las fuerzas del general Bourgogne, porque aun antes de ser yo trasportado a Montreal, Santiago supo que nuestro comandante se vio obligado a capitular.

"Cuando me encontré bastante fuerte, decidí en vista de un

consejo de mi amigo Santiago, ir con él a la isla de Haití, o Santo Domingo, donde él tenia un pariente bastante rico. Ofrecimos nuestros servicios, como marineros; al capitán de un barco que iba a la referida isla, a cambio del pasaje; en mayo de 1781 desembarcábamos en Cap-Français, en cuya *vecindad* vivía el pariente de mi amigo, de nombre Luis Poitier. Era poseedor de ricas plantaciones de caña de azúcar, café y algodón. Nos aceptó con benevolencia, y nos empleó como capataces. Tenía dos hijas bonitas, una de dieciséis, y otra de dieciocho años de edad. Antes de terminar el año, Santiago se casó con la primera, de nombre Enriqueta, y yo con la segunda, Juana. Vivimos felices durante siete años. Mi hogar era iluminado por la sonrisa de un hijito, que después de tres años de vida conyugal, Dios se dignara darnos. El amigo Santiago y su mujer Enriqueta fueron más felices aún; tenían dos muchachos y una niña.

"En septiembre de 1789 comenzó a nublarse el cielo de Santo Domingo, como generalmente es llamada la isla de Haití, pues entre los blancos se produjeron grandes disensiones, cuando *lle*garon las noticias de que el pueblo de París, habiendo sido agitado en tumultos callejeros, manifestaciones, desorden y excitado por los inflamantes discursos de Camilo Desmoulins, asaltó, el día 14 de julio de aquel año, la prisión del Estado, la Bastilla, bombardeándola y demoliéndola. Los partidarios de la Revolución se amotinaron en Cap-Français. Saint-Marc y Petit-Goave; en esta última localidad fue asesinado el juez Ferrand de Baudieres, hombre digno de estimación.

"La calma se restablecía aparentemente, cuando, en noviembre, arribó a Cap-Français un navío que traía un baúl lleno de escarapelas tricolores, llamadas en francés "cocardes". En un momento el baúl estuvo vacío. Los entusiasmados adeptos del nuevo orden comenzaron a lucir esas insignias, adoptadas en Francia después de la organización de la Guardia Nacional por Lafayette.

"Para prevenir revueltas, el administrador, Marbois, había prohibido las reuniones de más de cinco personas. La ciudad Cap-Français envió una delegación a Port-au-Prince, con el fin de

obligarlo a revocar esa ley; felizmente antes de que se apoderaran de él, Marbois con la familia se refugiaron en nueva Inglaterra.

"El **jefe de esa delegación era un anciano ambicioso, Bacon de la Chevalerie, que, para obtener el nombramiento de comandante general de la colonia, propaló el rumor de que había un movimiento revolucionario entre los negros. ¡Y en aquel tiempo existían cuatrocientos mil negros esclavos en la isla! Como única medida eficaz contra la insurrección de los negros, aconsejaba ese hombre la formación de una Guardia Nacional, como existía en París. Muy pronto, los colonos vistieron los uniformes y formaron un pequeño ejército comandado por Baco de la Chevalerie. La Asamblea del Norte, sin embargo, lo disolvió. Siguieron meses de incesantes reuniones públicas; asambleas nacionales, y provinciales y en los clubes no se cansaban de reunirse, con el fin de que cada uno expresara su opinión sobre las cuestiones de palpitante actualidad. Al principio fueron invitados los hombres de color que eran libres a la Asamblea del Norte: en febrero de 1790, "los pequeños blancos", esto es, los ecónomos, gerentes, arquitectos, carpinteros, almaceneros, herreros y otros operarios, como también a los "grandes blancos", esto es, los ricos propietarios. En el mes de marzo, de pronto, se armaron las tres cuartas partes de los habitantes de color de la isla llamados Artibonite y Verrettes, y se atrincheraron en un campo. Contaban con el auxilio de sus hermanos de raza, de los cuarterones; pero éstos, por no estar preparados o por faltarles el coraje no se les unieron. Los blancos enviaron contra los atrincherados sus tropas bajo el comando del general Peinier, y así los dispersaron.**

"Poco tiempo después vino un decreto del gobierno francés, dando a la colonia el derecho de administración libre. Jubilación a los colonos, pero los hombres de color quedaron descontentos. Hubo muchas intrigas por todas partes y, por fin, surgió una guerra civil entre los colonos del Norte y los del Sur, porque aquéllos pensaban que éstos querían separarse de Francia.

"Después de trabar algunos combates, los colonos hicieron

tregua. Pero, en noviembre, estalló bajo el mando del mulato Ogé, la revolución de los negros y mulatos contra los blancos, en la región llamada la "Grande Riviére"; Chavannes, un negro feroz, sanguinario, mató a algunos colonos y saqueó con su gente la habitaciones. Pero como el número de los insurrectos no pasaba de trescientos hombres, los blancos consiguieron vencer muy pronto la sedición, apoderándose de Ogé y Chavannes, condenándolos al suplicio de la rueda. Los demás revoltosos, unos fueron ahorcados, otros fueron a la prisión, y otros fueron sometidos a la esclavitud.

"Los blancos, a pesar de que comprendían que los cuatrocientos mil esclavos negros reunidos constituían un peligro no pequeño para ellos, continuaron luchando. En julio de 1791 fue recibido en la isla un aviso oficial de que la Asamblea Constituyente, en París, había decretado, el 15 de mayo, que los mulatos y los hombres de color libres podían participar de todos los derechos políticos. Esta noticia provocó nuevos descontentos y desórdenes. En agosto del mismo año se sublevaron los negros del Norte, en Limonade, Morin, Lacul, Limbé, degollando a sus amos y a los gerentes, incendiando los cañaverales y los edificios, y recorriendo la campaña, en persecución de los blancos, que huían para Cap-Français, buscando allí protección. Cuando los colonos de Cap supieron los horrores cometidos por los negros, arremetieron, furiosos, contra los mulatos, porque creyeron que éstos habían organizado la revuelta. Contra los revoltosos fue enviado el coronel Touzard con sus granaderos, pero el gobernador de la isla, Blanchelande, se vio obligado a llamarlo para que viniera a defender la ciudad de Cap.

“¡Triste espectáculo orecía la isla de S. Domingo, en aquellos tiempos: incendios acá, incendios allá, *masacres* y orgías exilio y persecución! Locos de alegría, los negros danzaban en las cenizas de las plantaciones destruidas por el fuego. El feroz Como-Mondion mandó ahorcar treinta y cuatro blancos en un sólo día. Hubo negros bestiales que arrancaron los ojos a sus prisioneros blancos; ¡hubo uno, que abrió el pecho de un colono quitóle el corazón y se

lo comió! La guerra asumió un aspecto hediondo; ¡todo negro, aprisionado por los blancos, era muerto sin compasión; todo blanco que caía en las manos de los negros, estaba irrevocablemente perdido ¡Un día consiguió Touzard libertar y salvar un bando de colonos que estaban presos, y que los negros iban a degollar, sin distinción de sexo y edad: hombres y mujeres, viejos y niños!

"Los blancos hicieron un pacto con los mulatos, pero pronto lo rompieron. Y las terribles luchas continuaron en los años de 1792 y 1793, diseminando ruina, desolación, anarquía y desgracias.

“Mi suegro, Luis Poitier, con toda su familia, fueron asesinados por los negros ingratos. Digo "ingratos", porque Poitier, como muchos otros colonos, trataba muy bien a sus esclavos. Estos trabajaban de las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde en las plantaciones, teniendo al medio día, 2 y hasta 3 horas de descanso. A las 6 de la tarde volvían a sus ranchos, donde encontraban a la mujer y a los hijos. Los domingos, los días de fiesta y en los días que no había servicio, los negros eran dueños de su tiempo, pudiendo trabajar para sí mismos o ir a la ciudad a comprar o vender. Todos tenían un jardín propio y tanto café y caña de azúcar cuanto necesitaban. Los hijos de los esclavos eran criados junto con los hijos de los colonos, jugando con ellos. Es verdad que había también malos amos, que castigaban inhumanamente a los esclavos, por cualquier falta aunque fuese involuntaria e insignificante. Pero como dije, mi suegro no había merecido la triste suerte de verse preso y atado, y tener que presenciar la muerte de su esposa y de sus hijos para en seguida ser también degollado.

"Cuando mi cuñado Santiago supo lo que había acontecido a nuestro suegro, vino a comunicármelo y me invitó a ir con todos los blancos de nuestra región a la ciudad de Cap-Français donde esperábamos encontrar más seguridad. ¡Oh pobre Santiago! ¡Al aproximarse a su casa, la horda de los esclavos sublevados, la incendió y perecieron en las llamas su buena consorte Enriqueta y sus tres amados hijos! Y él también, preso por los negros, fue fusilado.

"Yo con mi Juana y con el pequeño Carlos Luis, tuve mejor suerte. En compañía de algunos buenos amigos, llegamos, después de un viaje lleno de fatigas y ansias, a Cap-Français, donde perdí a mi esposa y a mi hijo, víctima del tifus. Juana ya traía los gérmenes de la enfermedad, y una semana después de nuestra llegada exhaló el último suspiro. Carlos Luis enfermó antes de la muerte de la madre, y la siguió cuatro días después al otro mundo.

"Quedé solo. Resolví abandonar la isla de Haití, y, reuniendo el dinero que tenía depositado en algunas casas comerciales, pasé a la parte española de la isla, y allá embarqué en un navío que iba para Kingstown en la Jamaica. Allí me asocié con un plantador, con quien trabajé durante cinco años, con óptimos resultados financieros. Cediendo a las nostalgias de la tierra natal, que en los últimos años me visitaban cada vez con mayor vehemencia, resolví por fin, volver a Inglaterra, esperando poder pasar aquí en calma el resto de mis días. ¡Mi capital no es muy grande; colocado sin embargo en un banco seguro, puede proporcionarme una renta, lo suficiente como para que no sea gravoso a nadie!

-¡Oh, mi querido Arturo! - exclamó Carlos Clifford.

-Aunque fueses pobre, nunca pesarías a tu hermano. Gracias a Dios, nunca nos faltó el pan de cada día, y tenemos tanto que podemos repartirlo contigo. El anillo que me dejaste, cuando partiste, fue realmente un buen talismán, - ¡solamente en una cosa no pudo ejercer influencia protectora: cuando la muerte vino a arrebatarme mi inolvidable Ana!

CAPITULO XXI

"No podía hacer maravilla alguna, por causa de la incredulidad de ellos."

S. MARCOS, VI-5 y 6.

"Quien se tomó conciente de lo que existe allende de las tres cualidades de la Naturaleza, está libre de todos los vínculos de ellas."

BHAGAVAD GITA, XIV-20.

El doctor Nicanor Vigier dejó Inglaterra para volver a Roma, llevando cartas de agradecimiento que Carlos Clifford, Clarencio Glyndon y su joven esposa habían escrito a Mejnur; y éstos en compañía de Arturo Clifford, se dirigieron a Londres. ¿Cómo describiré la sorpresa de Arturo, su profunda emoción y admiración, cuando al entrar en la habitación que el matrimonio Glyndon le había reservado, vio allí colgado en la pared un lindo cuadro que era su retrato, fiel y perfecto, a pesar de que él no se había hecho retratar por nadie!

-Esta es la segunda sorpresa que te preparó Enrique Johnson, querido - le explicó Carlos.

-Pero yo no comprendo el bosquejo, enviado por Mejnur, y contó cómo había pintado el cuadro, con el auxilio de ese bosquejo, y cómo, al hacerlo, le ayudara la vista interna, presentándosele, muchas veces, la persona del tío Arturo como materialmente presente.

-Bendita vuestra imaginación, querido sobrino - respondió Arturo. -No sé lo que es más admirable, si el diseño, hecho por vuestro Maestro Johnson, o vuestra artística y fidelísima pintura. Tampoco puedo comprender el interés que ese Johnson demostró tener hacia mi persona.

En este momento, doña Lucía se aproximó al escritorio, tomó la pluma y escribió, con letras rápidas y diferentes de su escritura habitual, estas palabras: "¿Recordáis, Arturo, del médico que quería curar a vuestra esposa, en Cap-Français, pero al cual vuestros amigos negaron la entrada? Ese médico y Enrique Johnson, alias Mejnur, es una sola persona."

-Una fuerza extraña me obligó a escribir estas líneas dijo Lucía, dejando la pluma y pasando el papel al tío Arturo.

Este miró lo escrito, leyó, sacó del bolsillo el billete que recibieran tan misteriosamente en Jamaica y que era firmado por Enrique Johnson, y, mostrando ambas piezas a Carlos y a Clarencio, exclamó:

-Ved si la letra de ambos billetes no es la misma.

-No hay duda, - respondieron ellos.

-Y es la letra del Maestro Mejnur, que yo conozco bien añadió Glyndon. -Fue él con seguridad quien escribió esta misiva, por medio del brazo de Lucía. Como fue, también, el que se presentara a vos, tío Arturo, allá en S. Domingo, ofreciéndose para curar a vuestra esposa, y ¿no fue aceptado?

¡Ah! amigos míos, - se puso a contar Arturo - es verdad que un viejo médico, a quien llamaban doctor Enrique, me ofreció sus servicios en aquella triste situación. Yo acepté su propuesta, que era la siguiente: que él vendría al ponerse el sol y pasaría solito, dos horas al pie del lecho de la enferma. Como tuvo que salir una hora antes de su llegada, con el fin de poner en orden ciertos negocios, tratados ya anteriormente para ese día y hora, dije a la enfermera que cuidara a mi mujer y al pequeño Carlos Luis, que recibiese al doctor Enrique e hiciesen lo que él ordenase. Pero quiso la mala suerte que, luego de haber salido yo de la casa,

la enfermera fuese atacada de una fuerte fiebre, por lo que tuvo que hacer cama, entregando los enfermos a los cuidados de una criada, sin recordar trasmitirle mi orden. Dos médicos, que se decían amigos míos, estaban tratando a mis enfermos, y, fuese por orgullo profesional o por desconfianza, no permitieron que el doctor Enrique fuese llevado a la habitación de Juana. Algunas horas más tarde, cuando regresé a casa y supe lo que había ocurrido me dirigí a la casa de ese médico, pero no lo encontré, ni pude informarme donde debería hallarlo. ¡A la mañana del siguiente día mi idolatrada consorte estaba peor! Corrí nuevamente a casa del doctor Enrique, pero me dijeron que había embarcado, de madrugada, para Europa. En el mismo día la Muerte triunfó y quedé viudo. Sentí por largo tiempo remordimiento de haberme ausentado en la hora en que debía esperar aquel misterioso médico, pues supe que él había realmente realizado curas admirables. Los otros médicos no gustaban de él, porque nunca cobraba ni aceptaba dinero en recompensa de sus curas. Lo llamaban charlatán y hechicero, no obstante, muchos pobres bendecían su nombre. No pude comprender por qué no esperó mi regreso, y por qué se embarcó inmediatamente después.

Doña Lucía sintió nuevamente un extraño impulso que la obligó a tomar la pluma, y escribió con la misma caligrafía anterior. "El teurgo puede obrar solamente donde encuentra fe, y en la hora en que los astros se muestran favorables al suceso. Mi partida estaba decidida, ya hacía días, para aquella madrugada, y como fueron rechazados los servicios que, de buena voluntad, ofreciera, nada más me restaba hacer, en aquella época, por vos, Arturo. Tuvo que cumplirse el Destino, porque no fue dado el necesario apoyo a la Fuerza de la Voluntad. Aprovechad los años que os restan, para comprender que hay fuerzas invisibles y divinas que pertenecen al dominio de Alma y del Espíritu, y son superiores a las fuerzas físicas. - Enrique."

CAPITULO XXII

"II n'est pas plus exat de dire que les planetes nous déterminent qu'il ne le serait d'affirmer que le temps soit conduit ou fixé par les aiguilles de nos horloges. Les unes et les autres ne sont rien de plus que les indices de I'influence qui les conduit, non l'influence elleméme; cellesci obéssent á la régularité du temps qui nous entraíme; celles-lá á la marche irréstible de la vie cosmique universelle, dont nous sommes les simples facteurs."

F. CH. BARLET,

"Le Véritable Almanach Astrologique", 1910.

***('No es más exacto decir que los planetas nos dirigen, de lo que sería afirmar que el tiempo sea conducido* o *fijado por las agujas de nuestros relojes. Tanto los planetas, como las agujas, son apenas los indicios de la influencia que los mueve, y no la influencia misma; éstas (las agujas obedecen a la regularidad del tiempo que nos arrastra; aquéllos (los planetas) obedecen a la marcha irresistible de la vida cósmica universal, de quien nosotros somos los simples factores."*)**

Clarencio Glyndon propuso a Arturo Clifford fijar su residencia en su casa; Arturo aceptó, con la condición de vivir, de vez en cuando, en compañía del hermano en la playa, donde el

viejo pescador estaba construyendo una casa, bonita y espaciosa. Cuando los hermanos, después que hubieron pasado algunas semanas en Londres, siguieron para su aldea natal, Clarencio, que durante los últimos meses fuera iniciado por el doctor Nicanor Vigier, en los misterios de la Ciencia Astrológica, se puso a hacer tres horóscopos: el suyo propio, el de su mujer y el de la pequeña Leticia.

Lucía se interesaba mucho por estos estudios. Para darle una explicación clara de lo que es la Astrología, el marido le leyó algunos tópicos del tratado astrológico del célebre filósofo inglés Roberto Fludd, donde se decía:

"Si el público conociese exacta y perfectamente la naturaleza íntima de la Astrología (lo que es dado a pocos hombres, y solamente se consigue con el auxilio y la gracia de Dios), esta ciencia, que, generalmente, es bastante desacreditada, no tendría tan mala fama. En efecto, sus resultados son tan ciertos y sus datos tan exactos, como lo son los movimientos de los astros, los cuales siguiendo el orden y la ley establecida por el Creador, se efectúan con regularidad, infaliblemente y sin cesar. No se debe, pues, despreciar y censurar la Astrología, y sí los ignorantes que, apoderándose de ella, la cubrieron de sus locuras; son ellos quienes la volvieron despreciable y ridícula, al paso que, por el contrario, ella es normal y sana, cuando es bien comprendida… La Astrología es la ciencia de la adivinación por el aspecto de la armonía celeste y el juego de los Elementos sublunares. Estudia la influencia de los diferentes cielos sobre los elementos y la influencia de estos elementos sobre las cosas terrestres. Su finalidad es la predicción de los acontecimientos futuros. Es, pues, aplicable no solamente a los seres humanos, sino también a los animales y a las plantas. Nadie, en efecto, ignora que se puede afirmar con seguridad que la venida del Sol elevará la temperatura, vivificará las plantas hará verdecer a la naturaleza...

"Todos los autores de Astrología están de acuerdo sobre un punto, a saber: que, en este mundo inferior, Dios rige por medio

de sus leyes, que los astros ejecutan... Según la doctrina de Hermes Trismegisto, el Alma pensante es el receptáculo del Espíritu, así como a su vez, el Alma sensitiva del hombre es el receptáculo del Alma pensante. El Alma pensante, que corresponde al medio cielo, participa de dos naturalezas: la supraceleste y la sublunar. Si, pues, como dicen los Platónicos, el Alma pensante se adhiere al Espíritu, huye de las sensualidades de la carne, santifícase, exalta su naturaleza supraceleste, de la cual saca su origen, recibiendo las buenas influencias de los astros y evitando cuidadosamente las malas, es claro que se va substrayendo, poco a poco, a la fatalidad, indicada por la acción de los astros. Pero, si esa Alma pensante repele los rayos, del Espíritu (que es la parte Divina) y se adhiere al Alma sensitiva (cuya naturaleza son los deseos carnales), transfórmase de Genio bueno en Genio malo, y viene a depender de los Elementos.

"El espíritu humano es como un rayo de Dios y, por consiguiente, libre de toda la influencia de los astros, no estando sujeto al movimiento cósmico, ni a pasión alguna; él rige siempre para el bien y nunca se altera por el error. Pero su vehículo, el Alma pensante, se deja engañar, de tiempo en tiempo, por los atractivos de la carne y del mundo; con la carne (cuerpo carnal), recibe, a veces, por la influencia astral, las pasiones malas al mismo tiempo que las buenas, mientras no busca la influencia del Espíritu Divino. De ahí resulta que los hombres malos pueden producir buenos efectos, a pesar de su naturaleza; pueden enriquecerse y ser felices en la guerra o en otras empresas, con o sin la asistencia del Espíritu.

"Si el Alma pensante, móvil por su esencia, se adhiere al Alma sensitiva, es ahora buena y virtuosa, indiferente a la carne y al mundo, y ahora mala e inclinada a todos los vicios. Donde se infiere que ciertos hombres, cuya Alma pensante es afectada por el cuerpo carnal y desobedece al Espíritu Divino, son llevados a practicar el crimen y el robo, y se hallan dispuestos a ejecutar sus malas acciones más en un tiempo que en otro, - por ejemplo, si

los Astros de la naturaleza de Marte están muy potentes en el Cielo, incitarán al crimen a un ladrón marciano, más o menos, según los aspectos que tenga con otros astros, y su posición en el cielo, principalmente si los otros significadores celestes lo favorecen, en acuerdo con el señor de la séptima casa en el horóscopo del nacimiento de ese hombre. El robo, por consiguiente, así como los otros vicios es fatalmente determinado por los Astros, porque, en las personas viciosas, el Espíritu, estando por así decirlo, inactivo, deja al Alma pensante regir, según las fantasías depravadas de la carne. Ahora, como el Alma pensante está formada de Eter, como lo son los Astros, la persona ha de sentir la influencia astral y queda sujeta, siempre que no se adhiere la Fuerza superior, que es Espíritu Divino."

-Entonces - observó Lucía - la Astrología no suministra una adivinación infalible en lo que concierne al destino individual, pues el hombre, disponiendo plenamente de su libre voluntad, puede ser atraído al bien o al mal, tanto por la influencia de los astros, como por la influencia de las personas y cosas que lo rodean, ¿no es verdad?

-Realmente - respondió Glyndon; - pero el hombre puede también, por su propia voluntad, favorecer esta atracción o disminuirla, y hasta puede anularla completamente, oponiéndole su fuerza moral. Y es por eso que los astrólogos reconocen la verdad del proverbio: "Astra inclinant, non necessitant", esto es, los astros inclinan, pero no obligan a seguir tal o cual camino en la vida terrestre.

-Se dice, entretanto, - objeto Lucía - que algunos célebres astrólogos predijeron con exactitud acontecimientos que debían suceder.

-Y es verdad - confirmó Glyndon. - Ya en el año 1414, el cardenal francés Pierre d'Ally, estudiando las grandes conjunciones de Saturno en los siglos venideros, predice, para el año de 1789, la gran revolución que realmente hubo en Francia. El docto italiano Antioco Tiberto, uno de los más notables astrólogos

del siglo décimo quinto, predice, por cálculos horóscopos, el trágico fin de dos amigos, a saber: de Guido de Bogne, uno de los más valientes capitantes de la época, y del príncipe Pandolfo Malatesta, como también de su propia persona; y estas tristes predicciones vinieron a realizarse literalmente; Guido, cuyo horóscopo predecía que sería asesinado a puñal por uno de sus mejores amigos, fue apuñalado, durante un banquete, por su protector, el príncipe Pandolfo Malatesta, porque éste erróneamente lo tomó por traidor. Tiberto, sospechoso como cómplice de Guido, a pesar de ser inocente, fue encarcelado, y, más tarde, decapitado; cumplióse así el presagio de su horóscopo según el cual le aguardaba una muerte violenta en el patíbulo. Y el autor de estas muertes, Pandolfo Malatesta, en consecuencia de una conspiración, perdió sus bienes y fue abandonado por sus amigos y hasta por sus propios hijos, teniendo que correr de un país a otro, hasta que, en el auge de la miseria y enfermo, vino a Bolonia, donde murió en el hospital, como lo había predicho el astrólogo Antioco Tiberto.

-¿Y cómo es que algunas veces se realizan y otras veces no, los presagios?

-Es necesario que sepamos que cada acontecimiento es debido a una causa de que él es el efecto. Y hay tres cualidades de causaciones: las maduras, las modificables y las nacientes.

-Explícamelas.

-Las causaciones maduras son las que han seguido su curso sin ser modificadas por otros actos, y están tan próximas a producir efectos, que se asemejan a la bala disparada por una pistola; esta bala ya está fuera de nuestro poder el detenerla, sigue su curso, para un bien o para un mal. Las causaciones modificables son las que se generan y operan durante un corto lapso de tiempo; éstas pueden anularse o rectificarse, si se conocen las respectivas predicciones horoscópicas y, principalmente, las inclinaciones del individuo.

-¡Ah! comprendo. Por ejemplo, si el horóscopo amenaza que un hombre que es propenso a las riñas será herido, este acon-

tecimiento podrá ser evitado, si él domina su irritabilidad y no da ocasión a disputas, ¿no es verdad?

-Perfectamente. Y las causaciones nacientes son las que estamos generando, pero que deberán producir efectos solamente en los últimos años de esta vida, o en una vida futura, pues no ignoras, querida Lucía, que no es por la primera vez que hemos venido a este mundo, y que no es por última vez que aquí estamos.

-Sí, ya me lo explicaste en otra ocasión, y me parece que así debe ser.

-Pues bien. Conociendo nosotros, por la Astrología, nuestras fuerzas espirituales y nuestras inclinaciones, podemos modificar los efectos de estas causas, aprovechar las buenas oportunidades anunciadas por el horóscopo y hasta de librarnos de malas influencias, por medio de serios esfuerzos.

-Ahora comprende que solamente las causaciones maduras producen efectos inevitables; y pienso que quien está avisado, por el horóscopo, de que sufrirá un acontecimiento desagradable, podrá evitarlo, esforzándose por no dejar "madurar" la respectiva causación, y si esto ya es imposible, aguardará con coraje y fe las épocas críticas, y así podrá siempre disminuir un poco el peso de los golpes del Destino.

-Tienes razón. En cuanto a las causaciones maduras, los astrólogos pueden citar numerosos ejemplos de como no se desvían, por más esfuerzos que se haga, en un acontecimiento que pertenece a esta clase. Muchas veces, la persona avisada que en una fecha determinada le aguardaba un accidente en el viaje, quería evitarlo, prometiéndose no viajar en aquel día; pero cuando se aproximó ese día, las fuerzas superiores de las circunstancias la obligaron siempre a salir, haciéndole olvidar el peligro o llevándole a pensar que era otra fecha, y el accidente se realizó.

-¿Tu horóscopo marca los acontecimientos notables de tu vida, Clarencio?

-Sí, y con toda exactitud. Por las direcciones verifiqué que, desde el nacimiento, traía conmigo, inconscientemente, el

plano de mi peregrinación por el mundo sublunar; ¡mira! aquí están marcadas las fechas en que perdí el padre, la madre, la hermana; aquí están las fechas que se refieren a mis varios estudios, las más notables amistades, mis viajes; aquí está la fecha en que conocí a Viola Pisani, la fecha en que encontré por primera vez el misterioso Zanoni; aquí la fecha en que me volví discípulo de Mejnur; aquí se ve que fracasé en la primera prueba iniciática; siguen los indicios de mi vida turbulenta que me llevaba de una locura a otra, y por fin me amenazó de muerte violenta; aquí se ven las garantías de mi salvación; delante, el peligro de perecer en las aguas; nuestro encuentro, nuestro amor, nuestro casamiento, nuestra felicidad conyugal, el nacimiento de la hijita.

-Bien, todo esto corresponde a la realidad. ¿Pero qué es lo que te dice el futuro?

-Que gozaremos tranquilidad, pudiendo dedicarnos a criar y educar a Leticia. Por lo que puedo leer en tu horóscopo, donde también está confirmado todo lo que ya pertenece al pasado, como la muerte prematura de tu buena madre, tu casamiento y tu maternidad, veo que Leticia será nuestra única hija. -¿Y el horóscopo de ella?

-No es tan simple y sereno como el tuyo, querida Lucía.

-¿Por qué?

-Porque hay en él presagios de varios viajes y mudanzas, después de sus diez años de edad; gustos artísticos y científicos que podrán llevarla a una carrera descomunal; sed por lo misterioso y oculto; corazón puro, pero apasionado; gran sensibilidad, intuición, clarividencia y fuertes emociones. Entre los 18 y 20 años, vida muy movida; el corazón en conflicto con el raciocinio; amor de un joven extranjero, que será un adorador de las artes y las ciencias; rivalidades, intrigas, dolores del alma; protección de seres poderosos, y, finalmente, una espléndida victoria, unión feliz y vida calma, pero activa.

-¡Desde ya, pues, pediré a Dios las fuerzas para que podamos guiarla y defenderla, y que la Divina Providencia la ilumine, fortalezca y proteja!

CAPITULO XXIII

The whole secret of the manner hoy planetary influence affects us, lives in "magnetism".
...Each planet has a peculiar magnetism of its own, and the varions aspects ruhich cach may have to others, account for what we know as benefic or adverse influence."

BESSIE LEO, ***"Planetary Influences".***

("Todo el secreto de la manera como la influencia planetaria nos afecta, está en el "magnetismo"... Cada planeta, tiene su propio magnetismo especial, y los varios aspectos que hay entre los planetas, forman aquello que conocemos como influencia benéfica o maléfica")

Mientras Glyndon levantaba en Londres su propio horóscopo y los de Lucía y Leticia, Nicanor Vigier conversaba con Mejnur respecto a Deodato Zanoni.

-Aquí está tu tema natal -dijo el doctor.- En el Ascendente se levanta el vigésimo octavo grado del signo Virgo.

-El cual presenta, a los ojos del vidente, el siguiente cuadro simbólico, dijo Mejnur: -Al pie de un frondoso árbol, cargado de frutas, está un hombre que hace girar una gran rueda. Cerca de él se ven muchos pájaros, algunos volando, otros posados en el árbol, otros en el suelo.

-Significa, pues, este grado-- tornó diciendo Nicanor- que Deodato será hombre de disposición activa y generosa, de inte-

ligencia superior, persistente y frugal, y obtendrá buenos sucesos en la vida, debido a sus méritos. Colaborará en las obras que producen el progreso de la humanidad; será calmo y paciente, y no le faltarán amigos ni los medios financieros.

-Es, realmente, *este* el significado del símbolo. Todo el signo de Virgo, en el Ascendente, da un carácter tranquilo, modesto, reservado, amable; una mentalidad desenvuelta, amor a los estudios, y hace a la persona metódica, crítica, reflexiva, previsora, en dos palabras: *idealista práctico.* Todos los hijos de Virgo aprenden con mucha facilidad; son pacientes y están satisfechos, aunque estén rodeados de dificultades. Su alto sentido crítico y su gran consciencia, les da a veces cierta propensión a la melancolía.

-Sí, Maestro. El tercer decanato de este signo despierta una aptitud especial para el estudio de la ciencia y de las artes, en que la persona puede desenvolver mucha destreza y habilidad. En la segunda fase de este decanato, las habilidades artísticas son aún más pronunciadas. En el Medio del Cielo está el vigésimo séptimo grado de Géminis; también un presagio excelente: promete éxitos fuera de lo común y favores o protección de personas de gran influencia. EI Medio del Cielo forma conjunción con los rayos del astro fijo Betelgeuse, de la constelación del Orión. Esta estrella es de la influencia de Marte y Mercurio, y está en sextil con la Luna; señal de carácter idea1ista, pero al mismo tiempo, práctico y activo.

-¿Y cuál es el aspecto que entre sí forman Marte y Mercurio?

-Es un sextil diestro, Maestro.

-Tiene, pues, aptitudes para la teurgia, pero no son tan perfectas que le garanticen buen éxito sin dificultades; entretanto, ejercitándose metódicamente, y esforzándose seriamente, podrá alcanzar el Ideal.

-En la tercera casa, están en conjunción, los dos benéficos, Venus y Jupiter, con el intelectual Mercurio, todos en Sagitario, y sextil con Marte; indicios de mentalidad filosófica, intuitiva, impresionable y activa; inclinación y gusto por las bellas artes y por la ciencia; el nacido es entusiasta, confiado en sí mismo, siempre pronto para ayudar a los que le son simpáticos. Pero las cuerdas de su corazón vibran con notable sensibilidad y lo inclinarán a casarse prematuramente. El primer aspecto, formado por la Luna, después de la hora del nacimiento, es el tredécil a Venus; será, pues, venusina la joven que lo atraerá.

-Tienes razón, Nicanor; con todo, no pierdo la esperanza de que él sabrá subyugar la pasión amorosa, y se dedicará a la Ciencia Superior. Tal vez venga a ser uno de nuestra Orden.

CAPITULO XXIV

"O psychico desenvolvido póde lêr os pensamentos de una pessôa como se fossen as paginas de un libro aberto: basta que elle comprehenda a linguagem das côres auricas."

YOGI RAMACHARAKA. ***"Philosophia Yogi"***

("El psíquico desarrollado puede leer los pensamientos de unas personas como si fuese las páginas de un libro abierto: basta que **él** ***comprenda el lenguaje de los colores áuricos.")***

Después de la muerte del papa Pío VI, ocurrida el 29 de agosto de 1799, en Valencia, se reunieron los cardenales en Venecia, para elegir al nuevo pontífice, y fue por ellos electo el cardenal Chiaramonte de Cesena, el cual tomó el nombre de Pío VII y se dirigió a Roma, de donde un ejército austríaco había expulsado a los franceses. El nuevo papa retomó, con la mayor solemnidad, posesión del poder temporal recibiendo los homenajes y felicitaciones de los soberanos católicos.

El general Napoleón Bonaparte, que, después de su regreso de Egipto, fuera nombrado primer cónsul de la República Francesa, venció a los austríacos en Marengo, el 14 de junio de 1800; y su colega, general Moreau, obtuvo el 3 de diciembre del mismo año, la victoria contra el mismo enemigo en Hohenlinden. En consecuencia de estos sucesos, los austríacos tuvieron que firmar el tratado de Luneville.

En 1802, también los ingleses y los rusos hicieron la paz con Francia; comenzó para ésta un período feliz. Su gloria había aumentado; el país fue enriquecido con carreteras; fueron levantados artísticos monumentos, y la capital fue embellecida y dotada de escuelas, bibliotecas y museos. El Código Napoleón, reuniendo en sí las ideas más adelantadas, no sólo dió una firme base al orden político y social de Francia, sino que también sirvió de modelo a las otras naciones.

Napoleón, proclamado cónsul vitalicio, y el papa Pío VII se entendieron; y así fue firmado un concordato entre la República Francesa y el Pontífice. La estrella de Napoleón fue aumentando cada vez más su brillo; el 18 de mayo de 1804 le fue ofrecida la corona imperial, que él acepto, ciertamente con satisfacción.

Napoleón I deseaba ser consagrado por el papa en la iglesia de Nuestra Señora de París. El papa Pío VII, esperando elevar con su presencia el nivel religioso del pueblo francés, resolvió ir allá y después de haber atravesado Francia, entre grandes honores y aplausos, entró en París, donde fue recibido con delicada atención, y el 2 de diciembre de 1804 coronó solemnemente a Napoleón.

Entonces, no sabía aún que la actitud religiosa del primer emperador francés no se basaba en fe convicta, apenas en conveniencias políticas; pues Napoleón, que antes de ser coronado había declarado que quería ser hijo obedientísimo de la Santa Sede, poco tiempo después escribió cartas injuriosas al mismo pontífice, y, en 1809, hizo marchar sus tropas sobre Roma, y encargó al general Radeta de apoderarse del papa, y llevado a Savona, donde Pío VII quedó prisionero hasta 1812 para ser llevado después a Fontainebleau, en Francia, donde pudo regresar a Roma sólo en enero de 1814.

Volvamos, no obstante, a la consagración de Napoleón. La solemnidad fue admirable. Napoleón y su esposa Josefina, ambos con lujosos trajes, llenos de adornos de oro y diamantes, llegaron, en un magnífico carruaje, y acompañados de numerosos y esplén-

didos equipajes, a la iglesia de Nuestra Señora, donde el papa les aguardaba. Sobre el altar estaban dos coronas. El pontífice sacó una y la entregó al emperador; éste la puso sobre su cabeza y recibiendo la otra la colocó sobre la cabeza de su esposa, que estaba arrodillada. La armoniosa música que acompañó la ceremonia elevó a todos los corazones. Cuando Napoleón pronunció, en voz alta y firme, la fórmula del juramento, reinaba el más profundo silencio, de manera que sus palabras fueron oídas en todas las partes del vasto edificio. Los presentes le respondieron con gritos:

-¡Viva el emperador!

Y la solemnidad terminó con un Te Deum.

Nicanor Vigier, que en esta ocasión se hallaba en París, asistió con Alberto Dupuis, a la consagración del emperador, y dijo al compañero, cuando regresaron a la casa de éste:

-¿Notaste la expresión de intensa ternura que se manifestó en los ojos del soberano, en el momento en que coronaba a su cónyuge? No dudo que la ama apasionadamente, a pesar de ser más vieja que él. Te digo, no obstante, que antes que pase seis años, la repudiará, para casarse con una princesa de sangre real.

-¿Cómo lo sebéis, Maestro?

-Por el horóscopo ya conozco sus inclinaciones y sé que es demasiado ambicioso. Por el aura de ambos, que hoy pude estudiar, comprendí que los sentimientos amorosos de Napoleón están en momentos álgidos. Si la mujer le diese un hijo, no la abandonaría. Pero, como veo que esto no sucederá, oso afirmar que el emperador, para unir al prestigio de su propia grandeza, adquirida por el genio, el prestigio de una alianza, haciendo sentar sobre su trono una hija de poderoso monarca, no vacilará en divorciarse de Josefina de Beauharnais.

"Cuéntase que una negra de la isla Martinica, examinando la mano de Josefina, cuando aún ella era soltera, le predijo: -"Vuestro primer matrimonio no será feliz; vuestro marido morirá en el cadalso; no obstante, después, tendréis una suerte gloriosa, y seréis más que una reina."

-Si realmente esto le fue predicho, corresponde hasta ahora a la realidad de los hechos, pues Josefina se casó con el vizconde de Beauharnais; éste fue guillotinado como una de las víctimas de la revolución. El día 9 de Thermidor salvó de igual muerte su viuda, que más tarde vino a ser esposa del general Napoleón Bonaparte, y ahora fue coronada emperatriz; es, pues, más que una reina.

-Sí, esa profecía se realizó; con todo, repito que Josefina no morirá emperatriz.

-¿Podéis explicarme el misterio del Aura humana, Maestro?

-Con mucho gusto, mi amigo. Sabes que nuestro organismo irradia energía; estas irradiaciones, a las que se les dan el nombre de Aura, son invisibles a los ojos del hombre común pero son perceptibles a la vista interna de quien posee cierto grado de poder psíquico. Algunas de las formas más groseras del Aura pueden ser percibidas por psíquicos que aún están poco desarrollados, pero las formas más elevadas tórnase visibles solamente en la proporción que las facultades psíquicas se desenvuelven notablemente. Hay varias especies de Aura; todas se extienden del cuerpo a una distancia de dos o tres pies, y son de forma oval. Una es la emanación de la energía física, otra, la irradiación del cuerpo etéreo, otra la de la mente. La forma más grosera del aura humana, es la que emana el cuerpo físico, podemos dar el nombre de "aura de la salud". Su color es generalmente de un blanco azulado, semejante al del color del agua clara, y se presenta a la visión física como estriada por numerosas líneas finas, que se extienden como crin erizada del cuerpo para afuera, cuando la respectiva persona tiene buena salud, estas líneas rectas en caso de salud imperfecta, aseméjase al cabello flexible, a veces encrespado, torcido, enroscado. Las partículas desprendidas del aura física permanecen en el lugar donde la persona estuvo; y los perros y otros animales que poseen el olfato fuertemente desarrollado, tienen la facultad de percibirlas y seguir las pisadas de quien emanó esa aura.

"El aura que irradia el cuerpo etéreo (o astral) es como este mismo organismo, del color y apariencia del vapor, formando una vaporosa nube luminosa, casi oval, que no termina en una forma

abrupta, pero se desvanece gradualmente hasta que desaparece del todo. Quien tenga la visión psíquica bien desarrollada, la percibe extendiéndose a una distancia mucho mayor de tres pies. Esta aura presenta la apariencia de una nube luminosa de colores constantemente cambiantes, originados por los estados mentales de la respectiva persona. Cada pensamiento, emoción o sentimiento se manifiesta por cierto color. El odio, por ejemplo, imprime al aura el color *negro;* los celos, el color *verde,* de matiz *sucio.* El amor es representado por el color *carmesí;* si este color es obscuro y opaco, designa un amor sensual y grosero; cuanto más elevado es el sentimiento amoroso, más luminoso es el color carmesí. El egoísmo es representado por el color *marrón* de un matiz *brillante.* El *marrón* de un matiz *obscuro,* corresponde a la melancolía; el *marrón ceniciento,* semejante al color de un cadáver, indica temor y terror. El *verde,* de matiz *brillante,* tolerancia y adaptabilidad. El *rojo,* las pasiones, la ira. El *castaño rojizo,* avaricia y voracidad. El *anaranjado,* es la señal de la intelectualidad. *El azul obscuro,* denota religiosidad; el *azul claro,* espiritualidad.

"Estos son los elementos fundamentales de la lectura del aura. Comprenderás que sus combinaciones son variadísimas, y quien, además de ser capaz de distinguir los colores áuricos, tenga los conocimientos astrológicos y la facultad de percibir las vibraciones del medio en que se encuentra una determinada persona, puede predecir su futuro."

CAPITULO XXV

"Unda impellitur undâ,
Urgeturque prior veniente, urgetque priorem:
Tempora sic fugiunt pariter, pariterque sequuntur; Et nova sunt semper; nam quod fuit ante, [relictum est;
Fitque quod haud fuerat; momentaque cuncta [novantur."

OVIDIUS NASO, XV[a] *Metamorphosis.*

("Una onda por la otra es impelida; cada una es empujada por la que le sigue, y empuja, a su vez a la que le precedió; y así es el tiempo: los momentos huyen de la misma forma,* y *de la* misma *forma se siguen; y siempre es un tiempo nuevo; pues lo que anteriormente fué, quedó abandonado; y viene a ser lo que no había sido; y todos los momentos sufren transformaciones.")

Incansable en su marcha ininterrumpible, el Tiempo corre de hora en hora, de día en día, de semana en semana, de mes en mes, de año en año, de cuatrienio en cuatrienio, y más y más adelante. Sus alas transportan a la criatura a la infancia, de la infancia a la adolescencia, de la adolescencia a la edad madura.

Así el tiempo, en su marcha regular, fue desenvolviendo las fuerzas físicas, mentales y morales de Deodato Zanoni.

Sus educadores, esto es, los padres adoptivos, el padre Evandro, la proceptora y el doctor Dupuis, notaron que, hasta los

siete años de edad, el niño manifestaba fuerzas e ideas que después desaparecieron hasta cierto grado, para dar lugar a otras.

El doctor Nicanor dijo una vez, que en los primeros siete años de existencia, los niños (y las niñas) viven inmergidos aún más en el mundo espiritual, de donde descendieron a la tierra, al nacimiento; es una época gobernada por la Luna, y, por tanto, llena de imaginación e intuición. Estos años, las fuerzas invisibles que presiden el desenvolvimiento de la criatura, trabaja en la construcción del cuerpo; y se pueden distinguir tres subdivisiones en esta época: en la primera, que va hasta los dos años y medio de edad, se nota que esas fuerzas se ocupan principalmente en dar la forma definitiva a la cabeza; en la segunda subdivisión, que va hasta los cinco años, las dichas fuerzas se ocupan más en desenvolver el pecho y sus órganos; y en la tercera subdivisión, en el sexto y séptimo año, hasta la segunda dentición, continúan desenvolviendo los órganos abdominales.

Son de la mayor importancia los primeros treinta meses de vida, en los cuales las fuerzas constructivas se ocupan de la formación de los órganos de que depende íntimamente el desenvolvimiento y dominio de la individualidad en la edad posterior, esto es, cuando la criatura hace, en realidad, todo su propio impulso, rechazando toda voluntad ajena que se quiera imponer. Tiene una percepción instintiva de lo que acontece a su alrededor, y gusta de imitar acciones que percibió sin comprender los motivos y los fines.

Después de los treinta meses de vida, cuando la organización del cuerpo, en sus partes más esenciales está hecha, comienza un nuevo período, que se extiende hasta los cinco años, y durante el cual es perfeccionado el organismo rítmico, el de la respiración y el de la circulación de la sangre. Las fuerzas que organizaron la cabeza se juntan a las del organismo torácico, y juntas colaboran en el desenvolvimiento de la memoria y de la imaginación.

Después de los cinco años de edad, las fuerzas que organizaron la cabeza y las que organizaron el pecho, se unen con las fuerzas que elaboran el vientre, para perfeccionar todas jun-

tas, el organismo abdominal. Entonces la criatura, que antes sólo imitaba, comienza a comprender; del dominio de la imaginativa e intuitiva Luna pasa al dominio del intelectual Mercurio. Antes de la segunda dentición, la organización psíquica y espiritual está totalmente inmergida en el cuerpo físico, y trabaja en la formación plástica del organismo corporal. Después de la segunda dentición, la organización psíquica y espiritual ya no se manifiesta plásticamente, inmergida en la substancia corporal, pero, pasando el ritmo del corazón y de la respiración, manifiéstase en el movimiento, en las vibraciones, en la música. Su facultad de comprender se desenvuelve; pero la criatura no quiere formas abstractas, pero sí la movida vida.

Durante esta segunda época, se desarrollan los músculos y los huesos; hacia los doce años, nótase el pasaje del blando sistema muscular al duro sistema óseo, y simultáneamente se presenta la comprensión de los elementos de la física y la química, como también la de la conexión de los hechos históricos y el de los impulsos sociales.

Con los catorce años, más o menos, comienza la pubertad; el intelectual y movible Mercurio entrega el dominio a la sentimental Venus. El amor, en su sentido más extenso, influye sobre los adolescentes; el alma comienza a apreciar debidamente lo Bello, y se inflama por lo Heroico...

Deodato, después de cumplir el séptimo año de su existencia, fue perdiendo las facultades de la clarividencia espontánea, como suele acontecer con todas las criaturas. En substitución, fueron aumentando cada vez más sus facultades de raciocinio y memoria. Era un excelente estudiante, siempre pronto a asimilar nuevos puntos de enseñanza, siempre aplicado, con buen comportamiento y ávido de saber. En el octavo año, ya leía clásicos latinos y estudiaba el griego y el hebreo. Tenía varios profesores: unos le enseñaban idiomas; otros ciencias matemáticas, geografía, historia, zoología, botánica, mineralogía, física, química; otros, el diseño, la pintura y la música.

El doctor Nicanor Vigier traía, con impecable regularidad, los necesarios fondos, y estaba muy satisfecho con los progresos del niño, de cuya educación religiosa cuidaba el buen padre Evandro. De vez en cuando, Deodato hacía, acompañados de algunos de sus educadores, excursiones a varias localidades de Francia, para conocer prácticamente su patria adoptiva, admirar las bellezas de la naturaleza y completar notables obras de arte.

CAPITULO XXVI

"Saturne, dans les Nativités, soit place a l'Orient, ua milieu du Ciel, ou a l'Occident, cause toujours des chutes..."

JULEVNO, *"Nouveau Traité d´Astrologie Pratique"*.

***(“Saturno,* en *los temas del nacimiento, esté colocado al Oriente, en el medio del Cielo,* o *al Occidente, causa siempre caídas…*")**

En abril de 1805, siguió el emperador Napoleón para Milán, donde se hizo coronar rey de Italia, por el cardenal Caprera, y, dejando allá a su entenado Eugenio como virrey de Italia, regresó a París, para tratar de la guerra contra Inglaterra, Austria, Suecia y Rusia, que había estallado nuevamente, por no ser fielmente ejecutadas las cláusulas de paz de Amiens. La suerte bélica favoreció a Napoleón, dándole, en 1805, la victoria sobre Austria y Rusia, en Friedland; en 1809, nueva victoria sobre Austria, en Wagram. Solamente España le opuso su resistencia, durante cuatro años; pero en fin, su hermano José vino a ser el rey de España en 1809. Los otros hermanos, Jerónimo era rey de Wetsphalia; Luis, rey de Holanda. Su cuñado Murat, el esposo de Carolina, era rey de Nápoles. Elisa, hermana de Napoleón, gobernaba en la Etruria. Eugenio, hijo de Josefina, era virrey de Italia; el duque de Baviera, cuya hija se casó con Eugenio, vino a ser rey. Y el emperador de Austria, Francisco I, vencido por Napoleón, tuvo que sufrir la gran humillación de dar a su hija, María Luisa, perteneciente a la más antigua y aristocrática de las cortes euro-

peas, para ser esposa del odiado “corso aventurero!" En realidad, la estrella protectora de Napoleón brilla entonces con las más intensa luz.

Un año después de ese casamiento, nació el único hijo de Napoleón I, Napoleón II, "el rey de Roma". En una fiesta, después del bautismo de este niño, se conversó al respecto de varios talismanes. Entonces entregó Napoleón a la esposa del príncipe Shwarzenberg, que entonces era embajador de Austria en la corte Francesa, una piedra preciosa, en forma de escarabajo, diciéndole:

-Este es el talismán que hallé en un túmulo regio, en Egipto, cuando yo era general. Lo he traído, hasta ahora, siempre conmigo, y él no me negó su protección, pues todos mis deseos fueron coronados de éxito. Ahora que la buena suerte me dio un heredero al trono no necesito más del talismán; y, visto que la señora se interesa por tales objetos mágicos, se lo doy como obsequio.

La princesa aceptó, satisfecha, el interesante obsequio, y lo mandó engarzar en un broche.

No sabemos si realmente, ese talismán había ejercido influencia benéfica en la carrera de Napoleón Bonaparte; lo cierto, no obstante, es que, desde que él lo despreció, comenzó a nublarse el cielo de su fortuna militar. En 1812 Napoleón se vio obligado a la tristísima y famosa retirada de Moscú; su ejército de cuatrocientos mil soldados quedó reducido a veinte mil hombres al llegar a Polonia. Cuando después, organizando un nuevo ejército, que contaba seiscientos mil hombres, se dirigió a Alemania, consiguió aún vencer a sus coaligados enemigos, los prusianos, rusos y austríacos, en Dresde; pero en la "batalla de las naciones", en Leipzig, en octubre de 1813, el ejército francés llevó tremenda derrota. Desde entonces la Fortuna lo abandonó completamente; sus aliados en Alemania se pasaron a los enemigos del déspota; Gerónimo tuvo que huir de Westphalia; Luis tuvo que abandonar a Holanda; José perdió la corona española. Después, cuando los aliados entraron en Francia y marcharon contra París, Napoleón tuvo que abdicar, en Fontainebleau (en 1814), Y tuvo que exilarse

en la isla de Elba. Es verdad que consiguió huir de allá, y, siendo recibido con gran entusiasmo en Francia, recobró la antigua autoridad; gozó de ella, no obstante, apenas por cien días (del 20 de marzo al 22 de junio de 1815); la pérdida de la batalla de Waterloo decidió definitivamente de su suerte, y aquel que planeara dominar a toda Europa fue hecho prisionero y llevado a la isla de Santa Elena...

Nicanor Vigier había predicho todo esto. El tema horoscópico de Napoleón Bonaparte lo establecía. Allí se ve, en el Medio del Cielo, al fatal Saturno. Llaman a este planeta "el gran maléfico" y lo responsabilizan por la mayor parte de los males que afligen a los seres humanos. En realidad, no hay planeta maléfico; todos colaboran, en la inmensa oficina del Universo, para el Bien. Como todavía la mayoría de los seres humanos no están aún suficientemente espiritualizados, para poder vibrar en armonía con los rayos emitidos por los astros, acontece que algunos se les tornan fatales. Así, los rayos de Saturno, cuando viene de Oriente, o de Occidente, o del Medio del Cielo, predispone a las caídas, contusiones, enfermedades prolongadas, desgracias, catástrofes, miseria y ruina. Las personas que tienen a Saturno así dispuesto en su nacimiento, escalan, a veces alturas notables; tornándose célebres; adquieren gloria y poder; pero la Suerte no les es fiel, y un día los abandona, precipitándolos a la miseria, en el exilio, o entregándolos a manos asesinas.

En el año en que Napoleón, repudiando a Josefina, se casó con la archiduquesa de Austria, Deodato Zanoni perdió a su madre adoptiva. La buena doña Generosa, después de una corta enfermedad, falleció de miocarditis. Al enfermarse presentía que debía dejar muy pronto esta tierra, y mandó llamar a Deodato, que estaba, en aquella ocasión, en excursión en Essonnes, en compañía del doctor Dupuis, haciendo una visita a una fábrica de papel. Apenas habían salido de la fábrica, dijo Deodato al médico:

-Volvamos de prisa a París; tengo un presentimiento de que mi buena madre está enferma, y que me llama.

El doctor Dupuis sentía también, en su interior, algo como una llamada; pero era la imagen del padre Evandro que se le presentaba. Subieron rápidamente al carruaje y ordenaron al cochero que volviese de prisa, a París. Deodato se sintió como bajo un poder extraño. Alberto, notando que el joven estaba pálido y tembloroso, le preguntó qué tenía.

-¿Ah! -respondió Deadato. -Mi madre Generosa me llama; ella dice que sus horas están contadas.

-¿Entonces tú la *ves?*

-La veo, sí, con la vista interna. Ella se está quejando de dolores en la región precardial; yo noto que tiene disnea, palpitaciones, fiebre intensa, poco pulso e irregular.

-¿Quién está con ella?

-Papá Guillermo, el padre Evandro y el doctor Bergerón. Este ya le efectuó emisión de sangre, y le aplicó digital y vesicatorios. Ahora, parece que ella está mejor.

Por la mitad del camino, se encontraron con el mensajero que fue enviado a llamarlos. Continuaron el viaje durante la noche y llegaron a la casa de los Boncoeur por la mañana del siguiente día.

Doña Generosa estaba muy delgada; no obstante, a la vista de Deodato, sonrió y dijo:

-Ahora moriré contenta, hijo mío, porque me fue permitido por Dios aún sentir tu abrazo.

Deodato y el doctor Dupuis tentaron de inculcarle la esperanza de que aún podía recuperar la salud y vivir algunos años más, pero la enferma respondió:

-Sé que vino la hora de despedirme de este mundo. La muerte no separará a nuestras almas; de más allá de la tumba velaré por ti, Deodato. Tu madre está aquí, para recibirme, la veo hace tres días, y con ella veo muchos ¡seres luminosos. No

lloréis, queridos míos. ¡Adiós! ¡Hasta la vista, en el reino de los espíritus!

Y con estas palabras, pronunciadas con voz débil y dificultosa, la enferma exhaló el último suspiro.

CAPITULO XXVII

"Es ist bestimmt in Gottes Bat
Dass man von Liebsten, was man hat,
Muss scheiden".

Canción alemana.

("Está determinado en el consejo de Dios, que tenemos que separarnos de lo que extremadamente amamos")

PLATÓN.

La muerte de su amada madre adoptiva entristeció profundamente a Deodato. Fue el primer golpe con que el inexorable Destino le hirió el corazón. El joven lloró copiosamente.

-Hijo mío, -díjole el padre Evandro- tienes que resignarte y reconocer que es imposible suponer que los que no son queridos nunca serán separados de nosotros materialmente. Todos los hijos de Adán están sujetos a la muerte. Con mucha razón dijo el gran sufriente Job: "El ser humano, nacido de mujer, es corto de día y harto de inquietudes. Sale como la flor, y se corta, huye como la sombra, y no permanece. Sus días están determinados, y sólo Dios conoce su número, porque El les puso límites que no pueden ser ultrapasados..." Aquella que como madre te crió, fue una buena persona: madre amorosa, esposa leal, hermana cariñosa, amiga fiel, vecina atenta, ciudadana digna de estima, piadosa hija de Dios. Terminó ahora su peregrinación en este mundo y nos precedió al otro, a la región espiritual para la cual nosotros

también tendremos que ir, cuando suene nuestra hora. Ella nos dejó corporalmente, porque las partículas que componían su cuerpo carnal perdieron la fuerza de cohesión que la vitalidad, sustentada por el Espíritu, durante su vida terrestre les prestaba, y se disolverán, con el fin de ser aprovechadas por el Creador en la composición de otras formas de entidades. No obstante, su alma, no se divorció de los que eran sus amigos, y puede entrar en comunión espiritual con nosotros, por medio de las oraciones, si éstas nos vienen de lo íntimo del corazón y se elevan a las esferas donde actualmente esa alma reside. Cuando dirigimos nuestras oraciones a Dios entramos en comunión real con los seres amados que, habiendo abandonado la vida terrestre ya se hallaban en el mundo espiritual; entramos en comunión con ellos, en el seno de la Divinidad, porque también ellos dirigen a Dios sus pensamientos.

"La muerte es una separación, solamente una separación material. Todos los hombres deben amar la vida en la tierra, porque sin ella no podríamos merecer los premios de la vida espiritual en el cielo. No tenemos derecho de acortar, por nuestra propia culpa, nuestra existencia terrestre, porque haciendo así, obraríamos contra la Ley de Dios, que determinó que viniésemos a este mundo, para que aquí pasemos por ciertas experiencias, para que aprendamos ciertas lecciones, y para que colaboremos en el progreso de la Humanidad, de la cual somos cada uno una pequeña parte. Además, cuando Dios nos llama, debemos estar prontos y saber que la Muerte no es la destrucción de nuestro verdadero ser, es apenas una mudanza. En ella sólo mudamos de ropa: dejando este cuerpo de carne, pasamos a vivir en otro cuerpo, en el cuerpo espiritual; pues como nos enseña S. Pablo en el capítulo XV de su primera Epístola a los Corintios, hay en cada ser humano en la tierra dos cuerpos, uno visible y otro invisible; el primero es carnal y pertenece al alma. No te entregues, pues, querido hijo, al desconsuelo. Haz oraciones por la paz de tu buena madre Generosa, con la cual todos nos reuniremos un día.

El primero de nuestros conocidos, que siguió para el más Allá, para reunirse con el alma de Generosa, fue su marido Guillermo Boncoeur que le sobrevivió apenas año y medio. Desde el día en que enviudara, fue perdiendo las fuerzas, a pesar de los remedios fortificantes que le eran administrados. Repetidas veces afirmaba que sabía que no demoraría en reunirse, en el otro mundo, con su amada esposa, con la que continuamente soñaba. Antes de desencarnar pidió a su íntimo amigo, doctor Alberto Dupuis, que fuera tutor de Deodato, el cual entonces ya contaba 18 años de edad, y cursaba estudios académicos de pintura.

………………………………………………………………………………….

La primavera de 1812 trajo al pueblo francés noticias desagradables. El emperador Napoleón I, no consiguiendo que el joven Zar ruso, Alejandro I, cortase todas las relaciones comerciales con Inglaterra, decidió ir a combatirlo en la propia Rusia. Esta expedición militar fue emprendida contrariando el voto y sentimiento de todos los que rodeaban al emperador francés. La nación deseosa de paz y tranquilidad, no se entusiasmó con la declaración de esa guerra. Las madres, con lágrimas en los ojos, se despedían de los hijos que debían marchar contra el Zar; y hasta los padres de los reclutas andaban serios y pensativos.

Uno de los profesores de Deodato, el maestro Juan Hardy, se encontraba en esta triste situación. Su único hijo Mauricio se alistó con juvenil entusiasmo en las filas napoleónicas, y partió, dejando a la madre bañada en lágrimas y al padre temblando de conmoción.

Napoleón con más de 400.000 guerreros, pasó, a fines de julio de 1812, el río Niemen, y entró en Rusia. Pero los rusos retrocedieron delante de las fuerzas francesas, destruyendo todas las sementeras y quemando las casas. En el Borodino hubo un combate indeciso, después del cual los rusos se retiraron más hacia el Sur, y Napoleón pudo entrar, sin obstáculos, el 14 de septiembre, en Moscú, la capital de Rusia en aquel entonces. Además, apenas, los franceses se colocaron en esta ciudad, que la hallaron despo-

blada, los rusos, la sacrificaron al bien nacional, incendiándola. El incendio, que duró seis días, destruyó la ciudad casi entera. Cinco semanas se demoró Napoleón en esas ruinas, esperando inclinar al Zar a que aceptara sus condiciones de paz. Cuando, al fin vio fracasadas todas las negociaciones, tuvo que ordenar la retirada. El ejército francés se vio obligado a regresar por el mismo camino por donde viniera, porque las fuerzas rusas no lo dejaron tomar otro rumbo. El frío riguroso del invierno, la falta de víveres, las enfermedades y los cosacos redujeron al ejército francés en su vigésima parte, antes de llegar a Polonia. Y cuando Napoleón, abandonando el ejército, huyó apresuradamente para París, el desorden en que cayeron los restos de ese ejército, fue enorme...

Cuando supo el trágico fin de la expedición, el profesor Juan Hardy, como millares de otros padres, quedó convencido de que su hijo estaba muerto.

-No lo creo, -decíale Deodato. -Éramos muy amigos, Mauricio y yo; al despedirnos, él me prometió que me avisaría si falleciese. Y hasta ahora, no me dio tal aviso. Creo, pues, que está vivo.

-Vuestra creencia, querido Deodato, -le respondió Juan Hardy- poca esperanza me puede dar. Si todos los que mueren viniesen a participarlo a sus amigos, Francia, en estos meses, estaría llena de apariciones. Y, con todo, no se da ningún caso que confirme esta hipótesis.

-Vuestra objección, querido maestro, - dijo Alberto Dupuis, que estaba presente en esta conversación- no nos prueba la imposibilidad de semejantes apariciones. ¿No sé si leísteis u oísteis contar la historia de Marcelo Ficino, el célebre y erudito florentino, que vivió en el siglo X?

-No doctor.

-Permitidme, pues, que la cuente. Ficino conversó una vez con su amigo Miguel Mercati sobre la naturaleza del alma y su inmortalidad. En esta ocasión se prometieron, recíprocamente, que, quien falleciese primero, vendría a visitar al otro, para convencerlo

de la realidad de la vida más allá de la tumba. Un día, más tarde, Miguel Mercati, estando, de mañana muy temprano, en su gabinete trabajando, percibió el ruido del caballo que venía galopando en la calle; y cuando el caballo paró, oyó la voz del amigo Marcelo Ficino, que le decía, en latín: "Michael, Michael, vera sunt illa", que quiere decir: "Miguel, Miguel, es verdad aquello." Se aproximó, entonces, Mercati a la ventana, y vio a su amigo Ficino, en su puerta, montando un soberbio caballo blanco. Lo llamó, pero éste puso de nuevo su caballo al galope, ausentándose con rapidez. Envió Mercati un mensajero a Florencia, para tener noticias de Marcelo Ficino, y supo que desencarnó en aquella misma noche y en la hora en que fue visto por él.

-Ahora recuerdo -dijo el profesor- haber leído, en la Historia de Francia, el siguiente caso, en que también parece tratarse de la aparición de un moribundo: Cuando el rey Enrique IV de Francia, estaba con la reina Catalina de Médicis, en el año de 1574, en Avignon, en el día 23 de diciembre, se retiró la reina de la compañía del rey, del arzobispo de Lugdun y de las damas de la Corte, más temprano de lo que acostumbraba, para ir acostarse. Apenas se acostó, se puso a gritar horriblemente, tapando los ojos con las manos y llamando que acudiesen, porque el cardenal de Lorena, que en aquel tiempo estaba sufriendo de una enfermedad mortal, estaba a los pies de la cama. El rey mandó a la casa del cardenal, para tener noticias de él, y la respuesta que trajeron fue: que en la misma hora en que la reina lo vio cerca de su cama, el cardenal exhalaba el último suspiro.

-Ved, pues, -observó Dupuis- que las aspiraciones de las almas, en el momento en que dejan el cuerpo mortal, son posibles.

-No lo niego -redarguyó el profesor.- Me parece sin embargo, que semejantes casos son tan excepcionales y raros, que es imposible suponer que mi Mauricio aún esté vivo, sólo porque no apareció el señor Deodato.

-Pero yo tengo la firme convicción - dijo el joven - de que él esta entre los vivos.

CAPITULO XXVIII

("Sócrates decía que su espíritu guardián le daba avisos").

PLATÓN

Mientras el pueblo francés estaba llorando las centenas de millares de sus hijos, victimas de la trágica expedición contra Rusia, Napoleón levantó nuevas fuerzas, organizando 600.000 hombres, inclusive 150.00 conscriptos, viejos, que a pesar de que estaban exentos del servicio militar, entraron en la formación de ese ejército. Cuando, en mayo de 1813, los prusianos, austriacos y rusos fueron vencidos por Napoleón en Dresde, grande fue el júbilo de los patriotas franceses, que juzgaban que sería una señal de que la fortuna militar volvería a su valeroso soberano.

Sin embargo, no todos compartían esta opinión. Entre los que miraban con pesimismo la incesante actividad marcial del emperador, hallábase el padre Evandro, el doctor Dupuis y Deodato.

El viejo sacerdote censuraba frecuentemente la actitud de Napoleón para con el papa Pío VII, que ya era durante cinco años prisionero del gobierno francés. Pío VII, después de haber sido transportado de Savona a Fontainebleau, tuvo un momento de flaqueza, y firmó su escrito, por el cual dejaba el nombramiento de los obispos en manos del poder civil; pero, se arrepintió, luego del hecho, y revocó lo que había firmado.

-No podrá tener buen fin quien abusa de su poder- decía el padre Evandro.

Alberto Dupuis, basándose en los cálculos horoscópicos, también preveía un mal período para Napoleón, en los años de 1812 hasta 1815.

Deodato sentía el descontentamiento del pueblo, afligido por las continuas guerras. Estuvo presente en la siguiente escena: Un día, cuando el emperador andaba a caballo en la calle de la Paz (más tarde denominada calle Napoleón), un paisano hizo parar el caballo imperial, agarrándole la rienda, y descubriendo la cabeza exclamó, con voz suplicante, pero enérgica:

-¡Señor, nosotros os queremos muy bien pero declaro la paz!

-La tendréis - respondió Napoleón.

Pero la paz no venía. El único aspecto pacífico que en aquel tiempo, el nombre de Napoleón evocaba en los corazones del pueblo, era ver a su hijo "el rey de Roma", paseando en la terraza a orillas del Sena, en un cochecito tirado por dos carneros merinos. El pueblo que pasaba por allí, miraba con ternura a la criatura y exclamaba:

-¡Qué bello niño! ¡Qué lindo coche!

La sabia aya, Madame de Montebello, la viuda del ilustre mariscal Lannes, enseñaba al príncipe a saludar, con sus manitas, al pueblo que tanto lo amaba. Pero había también descontentos que presentían ya la venidera tempestad, y aprovechaban la ocasión para burlarse de los carneros enganchados al cochecito, principalmente cuando el pequeño príncipe daba a esos animales remolachas para que comieran, diciendo:

-Come, carnero; papá dice que esto es azúcar.

Los ignorantes ridiculizaban, en aquel tiempo, la idea de que se podía hacer azúcar de esta planta, cuyo cultivo Napoleón introdujera, creando altos premios para los industriales que descubriesen el método de fabricar con ella buen azúcar, como igualmente trajera de España los merinos, para fabricar con su lana

finos tejidos. A pesar de la gran incredulidad que los cultivadores de remolacha encontraban en los que opinaban que sólo de la caña de azúcar se podía extraer azúcar, la nueva planta dio óptimos resultados; el azúcar proveniente de ella era excelente, y los merinos formaron notable fuente de riqueza nacional.

El doctor Dupuis y Deodato, que visitaron algunas veces al célebre químico Berthollet, desde el principio reconocieron que la remolacha triunfaría, en Europa, sobre la caña, como también previeron el progreso que aguardaba a la navegación, con el empleo de máquinas de vapor, que hacía poco tiempo habían sido inventadas.

-¡Oh! ¡cómo se transformaría la faz de la tierra dentro de algunos decenios! -decía Dupuis.

-El doctor Vigier me dijo que el vapor substituirá a los caballos y a las velas, que la electricidad será puesta al servicio de los hombres; que todo el globo será unido por medio del correo y telégrafo, ahora aún tan imperfectos; que habrá luz artificial, y que la sublime idea de Gusmao y Montgolfier, de construir un instrumento que dé a los humanos la posibilidad de elevarse en el aire y volar, será transformada en bella realidad.

-¿Y reinará, entonces, la santa paz en el mundo? - preguntó Deodato.

-¡Ah! mi querido, -respondió Dupuis- mucha sangre aún será derramada en la tierra, antes de iniciarse el reinado de la paz Perpetua. Habrá aún muchas tremendas guerras; unas provocadas por el principio de expansión, otras por el de la libertad, unas por los intereses dinásticos, otras por los intereses comerciales; y con el progreso de las ciencias, las guerras se tornarán cada vez más mortíferas. Habrá revoluciones, unas originadas por los sentimientos nacionales, otras por los deseos de personas ambiciosas, otras por cuestiones de razas y clases sociales. ¡Oh! ¡aún estamos lejos del período en que terminará la fabricación de espadas, fusiles y cañones! La humanidad es comparable a un joven ardiente, siempre pronto a batirse. Hoy el honor de los lla-

mados "nobles" exige que las cuestiones se decidan por el duelo, por la guerra, por la fuerza bruta, en vez de apelar al Raciocinio Superior. El Cristo aún está siendo crucificado en la Humanidad: ¡ojalá se apresure la hora en que el El descienda de esta cruz de fratricidios, y resucite en plena Gloria Espiritual!

-¿Ya sabéis, querido doctor, que hubo en la ciudad varias señales y apariciones del campo de batalla?

-No, amigo mío.

-Hace un mes, más o menos, estaba reunida en casa de la baronesa De Barante, una escogida sociedad, invitada para una cena, en el día del aniversario de esa señora, cuyo hijo Teodoro había salido, en compañía de otros jóvenes, a combatir a los enemigos de Francia. Terminada la cena, se levantaron los convidados y pasaron a la sala, mientras la baronesa salía, con el fin de dar órdenes relativas al servicio del café. Súbitamente se oyó un grito agudo y el golpe de un cuerpo que cae en el corredor. Acudieron los huéspedes y encontraron a la señora desmayada. Volviendo en sí, relató que se le "apareció su hijo, extendido en el campo todo ensangrentado. Pasados pocos días, vino la noticia de que, en aquella fecha, el infeliz Teodoro moría en la batalla de Leipzig.

-¿Quién te lo ha referido?

-Madame Hardy; también me relató que tres amigas suyas habían recibido señales de sus hijos, en el momento que éstos expiraban mortalmente heridos, en la misma batalla. Una soñó que el hijo la llamaba para restañarle la sangre que le manaba del pecho. Otra quedó asustada cuando, rezando por su hijo, de pronto vio desprenderse de la pared el retrato del joven y se le cayó a los pies. La tercera notó que se abría la puerta de la habitación donde ella se estaba preparando para acostarse, y entró su hijo; pero, cuando la madre corrió a su encuentro y quiso abrazarlo, el recién llegado desapareció. Y ahora, con las últimas noticias, se confirmó el fallecimiento de estos tres jóvenes, coincidiendo también con las fechas de esas señales y visiones.

-¿Y tú no tuviste ningún aviso respecto de tu amigo Mauricio Hardy?

-Ninguno que me haga suponer que él esté desencarnado. Pero he tenido una especie de visiones en que él se me presenta, en país lejano, y en varias situaciones; pero estas visiones son tan vagas, que apenas surgen se desvanecen, y no soy capaz de traducirlas en palabras. Únicamente puedo afirmar que Mauricio está viviendo en un pueblo extranjero, y que unas veces está animado, y otras triste.

CAPITULO XXIX

> **"De dolor si el soplo cálido**
> **me oprime el corazón,**
> **encuentro un alivio válido**
> **en pía oración.**
> **Hay fuerza consolable**
> **en ese armónico son…**
>
> **LERMONTOFF *(ruso)*.**

Deodato tenía razón. Mauricio Hardy estaba vivo, en la lejana Rusia.

Cuando los restos del ejército francés, en número de treinta mil, se aproximaban al río Berezina, donde una gran parte de ellos vinieron a encontrar la muerte, Mauricio, que ya durante algunos días, como muchísimos camaradas, no había podido saciar el hambre que lo devoraba, no pudo, en consecuencia de la extrema inanición, seguir a los otros, y quedó atrás, porque también su caballo estaba cansado y flaquísimo. Los sentidos del joven se obscurecían; un vértigo se apoderaba de su cerebro, y necesitaba reunir todas las fuerzas para no caer del caballo. Unos soldados rusos, percibiendo al francés, dispararon sus armas y le mataron el animal. Mauricio sintió que caía al suelo y juzgó que iba a ser muerto. Recordó a sus padres y al amigo Deodato y suspiró:

-¡Estoy en tus poderosas manos, oh Dios! y tu voluntad sea hecha. ¡Si yo muero, recíbeme en tu reino!

El grupo de donde habían salido los tiros se aproximó al joven, que estaba extendido en la nieve. Algunos querían matarlo, pero el sargento que comandaba se opuso diciendo: -Llevemos el prisionero al mayor.

Y volviéndose a Mauricio, dijo en francés:

-Levántate.

Viendo que éste, a pesar de los esfuerzos que hacía, no conseguía ponerse de pie, comprendió que era debido a la gran debilidad; entonces le dio un trago de "vodka" (aguardiente) y un pedacito de asado frío, y mandó preparar el té en el "samovar" que su gente llevaba consigo.

-No dejé matarte -explicó el sargento, en un mal francés, a Mauricio- porque en la batalla de Borodino, cuando fui hecho prisionero de los franceses, también me salvaron la vida, a pesar de estar yo herido. Es verdad que mi herida fue leve; el cirujano francés me curó en una semana. Pocos días después pude unirme nuevamente a los rusos, cuando los cosacos, atacando a los vuestros, mataron al comandante de la fuerza que me retenía.

-Sois un hombre generoso - díjole Mauricio. - Dios os pague por vuestra magnanimidad.

El mayor Liubomirski, al recibir al prisionero, le preguntó cuál era su profesión.

-Soy pintor - respondió el joven.

-¡Pues bien! - tornó el mayor. - Nuestra casa está en Mohilev. Tengo dos hijos y una hija, que podrán aprovechar vuestra presencia para perfeccionarse en vuestro idioma materno, y podréis realizar un viejo sueño de mi mujer, que desea tener retratos de esos hijos.

Así el joven francés fue a parar en la casa de los Liubomirski, donde lo trataron bien. Los dos muchachos, Alejandro y Pablo, éste de 11 y aquél de 9 años de edad, eran bastante inteligentes y bien comportados, y Mauricio estaba satisfecho con su procedimiento y progreso en los estudios. Al paso que les enseñaba a hablar, leer y escribir la lengua de su amada Francia, apren-

día de ellos, a su vez, el idioma ruso, tan diferente de aquél, tanto en el sonido como en las letras.

Madame Sofía Liubomirski, hija de un rico negociante, era una señora de unos cuarenta años, corpulenta, pacata. Hablaba insufriblemente el francés; tocaba el piano y gustaba de leer las poesías de Lomonossoff y Derjavine. Los muchachos cantaban, muchas veces, canciones patrióticas, en que el poeta Yukowski glorificaba a los héroes rusos, en sus luchas por la patria.

La única hija del mayor, Nadejda, era una hermosa y simpática joven, que contaba 17 primaveras. Era de estatura esbelta, un poco más que mediana; de tez fresca, blanca, levemente rosada. Sus grandes ojos azules, húmedos y sonrientes, con las pestañas largas, manifestaban bondad. Los cabellos espesos eran de color castaño claro; los labios, fuertes y rojos; los dientes, grandes y sanos; el mentón alargado, con un simpático hoyuelo. Su voz tenía un timbre agradable. Era, como se ve, un tipo jupiteriano.

Los jupiterianos aman el confort, los placeres, las fiestas. Tienen el sentimiento religioso, pero lo que los atrae en el culto es el brillo de las ceremonias, más que la doctrina. Son vivaces, amorosos, galantes; gustan de la vida tranquila y protegen a quienes aman y estiman.

Mauricio era del tipo solar, quiere decir que era de estatura media, bello y de buenas proporciones, de tez blanca, pero un poco anaranjada; sus cabellos eran rubios, la frente prominente, pero sin exageración; ojos grandes, brillantes, húmedos, donde expresaba al mismo tiempo dulzura y seriedad; nariz fina y recta, mentón redondo y un poco saliente, cuello alto y musculoso, pecho ancho, barba bien desarrollada. Como todos los solares, Mauricio gustaba de paseos, contemplación, poesía y lectura seria; apreciaba el arte (como ya sabemos, se dedicaba a la pintura); estaba dotado de espíritu penetrante, de buen raciocinio y de religiosidad sincera, que se manifestaba más en adoración y contemplación internas, que en prácticas exteriores.

Desde que el joven francés y Nadejda se vieron por la pri-

mera vez, sintieron ambos, en sus corazones, ardientes dardos del travieso Eros, que gusta de inflamar a las almas juveniles, sin importarle si sus rayos son convenientes a la felicidad de aquellos a quienes los envía.

Mauricio, antes de entrar como voluntario en el ejército de Napoleón, había adorado a una bella y joven parisiense. Pero ésta falleció antes que pudiesen hablar del desposorio; y fue éste el principal motivo que decidió al joven, desesperado por haber perdido el objeto de su primer y sincero amor, a hacerse soldado. Percibiendo que su corazón palpitaba siempre excitado, cuando se encontraba cerca de la bella Nadejda, el joven francés se esforzaba por combatir los gérmenes de un amor que le parecía enemigo de su patriotismo; el soldado recordaba que aquella doncella pertenecía a una nación hostil. Pero cuantos más esfuerzos hacía para dominar aquella amorosa inclinación, más la imagen de la joven lo perseguía, apareciéndosele hasta en sueños. Con más fervor, entonces, rezaba y repetía muchas veces:

-No nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

"¿Y Nadejda? Esta, al, principio no sabía que era amor el nuevo sentimiento que le invadía el corazón y que traía, con tanta frecuencia, el nombre y la figura del prisionero francés a sus pensamientos, para allí fijarlos por largos minutos. Sentía un encanto indecible al mirar las simpáticas facciones del joven, al oír su melodiosa voz, y al encontrar su mirada, a veces serio y otras veces afable y soñador.

Tres meses después de su llegada a la casa de los Liubomirski, estaban prontos los retratos de Alejandro y Pablo. Madame Liubomirski quedó muy contenta con los lindos cuadros que, pintados con habilidad artística, reproducían los trazos de sus hijos tan fielmente, que todos los amigos de la casa, al verlos, se admiraban y exclamaban:

-¡Qué lindos retratos! ¡Es ver a los señores jóvenes vivos! ¡Sólo les falta hablar!

El mayor, que viniera a pasar algunos días con la familia, elogió al pintor y le presentó una bolsa llena de rublos.

Vino el día en que Mauricio debía empezar a retratar a Nadejda; naturalmente; en compañía de su madre. ¡Nunca pensó él que su mano pudiese estar tan trémula y el pulso tan nervioso al manejar el pincel! Cuando, para colocar a la joven en la debida posición, su mano rozó, delicadamente, la abundante cabellera de Nadejda, algo como una corriente eléctrica pasó por sus dedos y recorrió todo el cuerpo con la rapidez de un rayo. Esta extraña sensación, sin embargo, no lo perturbó; por el contrario, más bien le dio un nuevo coraje, y algo como una conciencia de vivo vigor e iluminación artística. Desde entonces, ya no tembló su mano al traducir, en el lenguaje del pincel, las encantadoras facciones de la virgen.

El trabajo progresaba de día en día. Mientras Mauricio pintaba, se mantenía, lo más posible, callado, todo entregado a la inspiración del arte. Durante esas horas, el pintor estaba calmo y serio; las pocas palabras que pronunciaba eran pulidas, galantes, pero frías. Pero de noche, cuando quedaba solo en su dormitorio, venía la reacción: su fantasía evocaba la imagen de Nadejda, y se le presentaba besándolo y recibiendo besos de él. Eran las corrientes de las fuerzas pasionales, que inundaban su organismo emocional, produciendo en él sensaciones de deseo y voluptuosidad. Durante algunos días, Mauricio no reaccionó, dejándose mecer por esas imágenes y sensaciones, en profundo sueño. Pero pronto dio oído a la voz interior que le decía dentro de su conciencia: "¡Cuidado! ¡no juegues con el fuego! ¿Qué dirían tus padres, si supiesen que te estás entregando a la mágica influencia de una joven con quien no podrás casarte, porque es de la nación enemiga de la tuya?" Y entonces, todas las veces que la tentación se apoderaba de él por medio de aquellas imágenes, producto de la fantasía, Mauricio Hardy arrodillábase y rezaba fervorosamente, pidiendo a Dios la fuerza para no sucumbir en las pruebas a que estaba expuesto. Y la plegaria, que venía de lo íntimo de su alma,

confortábalo y le devolvía la calma, la serenidad y el raciocinio.

Si los retratos de Alejandro y Pablo fueron elogiados, no solamente por el mayor Andrés Pedro Liubomirski y su familia, como también por todos los que los vieron, ¡qué diremos del entusiasmo con que fue apreciado el cuadro que representaba a la bella y simpática Nadejda! El día en que fue colocado en la pared, al lado de los otros retratos familiares, además de las imágenes de los santos que adornaban la sala, fue un día de gran fiesta. Nadejda estaba radiante de alegría; los padres, contentísimos...

-Es lamentable que el señor Mauricio no sea uno de los nuestros - suspiró doña Sofía.

-El arte, como la ciencia, son cosmopolitas -arguyó el mayor. -No confundamos al artista con el político. Además de eso, ¿quién sabe lo que el futuro nos traerá? Los gobiernos y las respectivas naciones son como las criaturas: hoy pelean y mañana son amigos.

-¡Ojalá que este mañana no demore en venir a sonreírme!

-¡Más temprano o más tarde ha de venir!

Horas después, cuando el matrimonio Liubomirski se retiró a su dormitorio, dijo doña Sofía al esposo:

-Qué buen yerno sería este Mauricio!

-¿Para quién? -preguntó el mayor.

-Naturalmente, para nosotros...

-¿Cómo te viene esta idea?

-¡Ah! mi querido, los ojos de madre son vigilantes y descubren lo que los otros ignoran.

-¿Qué quieres decir con esto?

-Que desde algunas semanas veo que nuestra hija Nadejda ama al pintor francés.

-¿Ella te lo confesó?

-No: pero yo no preciso que me lo confiese para saberlo.

-¿Y él?

-No puedo penetrar en su interior. A veces me parece que no es indiferente; hubo momentos en que su cortesía era casi ca-

riñosa; pero en general no excede en sus conversaciones con Nadejda, los limites de una pulidez fría. Pienso que juzga imposible obtener la mano de una joven que pertenece a la nación que él vino a combatir.

-Tal vez su patriotismo no le permita amar a una rusa.

-¿En qué piensas, ***bátiuscha*** **(padrecito): tendremos pronto la paz con Francia?**

-Dios lo sabe Sonia, (Sofiíta); pero no perdamos la esperanza. Además de eso, Nadejda aún es muy joven; no tiene prisa de casarse. Veremos más tarde lo que Dios decidirá.

CAPITULO XXX

**"Be m'play lo douz temps de pascor,
Que fai fuelhas e fIors venir;
E play mi quant aug le baudor
Dels auzels que fau retentir
Lor chan per lo boscatge."**

BERTRAN DE BORN (trovador provenzal).

("Bien me agrada el dulce tiempo de primavera, que hace aparecer hojas* y *flores; Y* me *agrada cuando oigo la alegría de los pájaros que hacen resonar su canto por el boscaje.")

El mayor Andrés Pedro Liubomirski poseía sus bienes rurales a la distancia de unos cien kilómetros de la ciudad. Antes de regresar al ejército, quiso visitarlos, para ver si estaban ejecutadas, -por el administrador y demás empleados, las órdenes anteriormente dadas, y para dejar nuevas. Convidó a Mauricio para que lo acompañara.

-¿Permite que vaya también, papá? -pidió Alejandro-. Tengo muchos deseos de ver a nuestros caballos, las vacas y las gallinas.

El padre consintió.

Fueron, pues, los tres, además del cochero Juan Nikolaiewitch, partiendo en una encantadora mañana de primavera.

-¡Qué diferente es el color y el aroma del día de hoy, dijo el mayor a Mauricio Hardy -del día en que nos vimos por primera vez!

-Es verdad -respondió el francés;- aquel día en que la Divina Providencia me entregó a merced de Vuestra Excelencia, toda la Naturaleza, en esta región, parecía ser un mudo sermón de la fuerza de la Muerte; hoy, por el contrario, nos habla de la soberanía de la Vida, que es indestructible.

-¿Creéis, pues, en la resurrección de los muertos?

-Creo, sí; pero no creo que pueda resurgir el cuerpo muerto, el cual, por las eternas leyes de asociación y disociación de los átomos físicos, se divide en innumerables partículas, de las cuales unas entran en la composición de los vegetales, y otras son asimiladas por varias especies de animales; lo que resurge es el alma.

-¿Entonces no dudáis de que nuestra alma es inmortal?

-No dudo de la inmortalidad del alma, señor; y pienso que, así como el invierno es seguido por la primavera, y después del sueño de la noche vuelve de nuevo la vigilia del día, análogamente se alternan la vida terrestre con la vida extraterrestre.

-También yo soy de esta opinión. Veo que ambos somos adeptos de la creencia en la pluralidad de las existencias. ¿Y cuál es vuestra idea sobre el Universo y Dios?

-Que el Universo es la totalidad de los seres, es el Cuerpo Visible de la Infinita Divinidad, cuya Esencia Espiritual es el Eterno Ser, a quien damos el nombre de Dios. Es por El, y en El que todos los seres viven y existen.

-¡Apoyado, mi joven amigo! También es ésta mi concepción del Universo y de Dios. Lo que existe, nos puede existir fuera de Dios. Todo existe en El; no solamente todo lo que ahora es, sino también todo lo que fue, y todo lo que será. Nuestra vida es una parte de la Vida Universal; todos los seres son eslabones de una inmensa cadena; o, con otras palabras, todos somos hijos de Dios.

-Permitidme, señor mayor, una pregunta: ¿Estas ideas filosóficorreligiosas son compartidas por gran parte de vuestros compatriotas?

-No sé, mi querido; la Rusia es grande; caben en ella millones y millones de almas; ¿por qué no cabría allí también un gran número de opiniones?

-Disculpad la franqueza; pero yo juzgaba que el pueblo de aquí no se hubiese aún emancipado de las creencias impuestas por el clero, y de las supersticiones.

-En general, es así; mis compatriotas, son en su gran mayoría, adeptos de la fe ciega y de varias supersticiones, principalmente los aldeanos. Donde hay fe ciega, entra fácilmente el fanatismo y la intolerancia. Así entre los rusos ortodoxos y los polacos católicos, y los turcos mahometanos, reina un mutuo y sordo odio; y todos ellos desprecian a los judíos. Pero, en las clases educadas, se nota más tolerancia, y más comprensión de la máxima de que se debe dejar a cada individuo procurar la entrada en su propio cielo, por el camino que más le agrade.

Era medio día cuando el carruaje en que viajaban el mayor con su hijo y Mauricio Hardy, entró en una pequeña población. El mayor mandó parar enfrente de la posada, que pertenecía un viejo judío. Este cumplimentó al mayor con sumisa cortesía y preguntó si su Excelencia se dignaba honrar aquella pobre casa con su apreciable visita.

-Nosotros demoraremos una hora, -respondió Liubomirski.

-Arregla alguna cosa para que comamos y algún heno para los caballos.

Contento, llevó el israelita al mayor, al hijo de éste y al francés a una pequeña habitación, en la cual acostumbraba alojar a visitantes nobles. Después, en poco menos de media hora, les fue servido el almuerzo.

-¿Qué hay de nuevo? - preguntó el mayor al posadero.

-Nada que pueda interesar a Vuestra Excelencia, -respondió éste- a no ser que, como dice el pueblo, aparecen fantasmas nocturnos en la casa del fallecido posadero Ossip Alexeievitch.

-¡Ah! ¿De ese pobre Ossip que fué encontrado asesinado en su morada, hace un mes y algunos días?

-Realmente, Excelencia; se trata de ese mismo infeliz.

Dicen que el alma de él está penando, y aparece, de noche, no dejando dormir en paz a los que tuvieron el coraje de alojarse lla noche fatal, el posadero estaba solo en la casa; su mujer casa y se mudó a una nueva, bastante retirada de ese infeliz lugar.

-¿No fue descubierto el asesino de Ossip?

-No, señor; hasta ahora no se sabe quién fue. En aquella noche fatal, el posadero estaba solo en la casa; su mujer había salido, acompañada por la hija, ya señorita, y por el hijo que tiene quince años de edad, para ver a su vieja madre, enferma y próxima a expirar. Al otro día, cuando regresaron a la casa, encontraron a Ossip cobardemente apuñaleado, en el lecho. El asesino robó algunos objetos de valor y el dinero que encontró, y no dejó vestigios. Pienso yo que era alguno de la banda de malhechores que, hace meses, infesta esta región.

-¿Entonces hubo otros casos de robos?

-Sí, señor; varios aldeanos fueron asaltados cuando pasaban por el bosque, y mi cuñado Abraham sufrió no solamente un considerable hurto, sino que por poco perdió la vida.

-¿Qué fue lo que aconteció?

-En una noche del mes pasado, entró en una posada un desconocido que venía a caballo, diciendo ser un mensajero del coronel Tatianoff. Abraham lo recibió sin desconfianza, la sació el hambre y la sed, y le preparó buena cama. De noche, cuando todos estaban durmiendo, el huésped se puso a gemir y a llamar a mi cuñado. Este entró y le preguntó qué deseaba.

-¡Tengo terribles cólicos! - respondió el supuesto mensajero; - traedme una copa de aguardiente.

-Abraham trajo la bebida; pero en el momento en que volvió la cabeza, queriendo retirarse, el desconocido lo agarró súbitamente por el cuello y antes que él pudiese dar un grito,

le puso una mordaza en la boca y le ató los pies y las manos, acostándolo en el suelo; después, sacándole las llaves, que el infeliz traía consigo, fue a abrir los cajones donde había dinero; los vació, salió para el patio, fue a la caballeriza, sacó el caballo, lo montó y huyó. Al día siguiente, de mañana, mi hermana, Sara, esposa de Abraham, encontró al pobre marido medio muerto, en aquella triste posición. A sus dolorosos gritos acudieron los hijos y los criados, y lo libertaron. Hasta hoy no fue descubierto el ladrón.

-Son noticias desagradables, mi viejo Isaac. ¿Y qué es de la vida de la viuda del fallecido Ossip Alexievitch?

-Murió de sentimiento, Excelencia. Sí, no sobrevivió muchos días al marido y a la madre. Los huérfanos están en casa de un tío. El nuevo posadero afirma haber visto las almas de Ossip y la de su mujer, en varias noches, allá en aquella casa fatal. Ciertamente no hallarán la paz en el otro mundo, y aparecen en dicha casa. Diversos hombres que dudaban de eso, fueron allá en pasar la noche con Cirilo; pero todos se asustaron cuando vieron las apariciones, huyeron y no quisieron volver allí.

-¿Entonces, esta abandonada aquella casa?

-Sí, señor.

-Está bien; llegaremos allá al ponerse el sol; vamos a pernoctar en ella.

-Vuestra Excelencia es hombre de coraje; yo bien lo sé; pero reflexione bien que las almas del otro mundo son enemigos poderosos de los mortales.

-No tengo miedo por mi persona, Isaac. Si son realmente almas del otro mundo, tal vez me digan lo que desean.

El mayor pagó la cuenta e iba a salir, cuando avistó a una gitana cerca del carruaje.

-¿Qué es lo que quieres de mí? - le preguntó.

-Que el noble señor me deje ver su mano, para decirle la suerte.

-Pues bien, leedme la suerte, -dijo Luibomirski, sonriendo y presentándole la mano a la gitana.

Esta observó sus líneas y le hizo la siguiente predicción: -¡Excelencia, cuidado! os amenaza un peligro mortal; ¡veo señales de traición! Pero hay también indicios de coraje, sangre fría y vida larga.

-¿Y cómo debo comprender esta paradoja? Si me amenaza un peligro mortal, ¿cómo puedo esperar la longevidad?

-Peligro mortal no quiere decir muerte, -respondió la quiromántica- puede ser una herida grave u otra cosa por el estilo, pero no puedo distinguir si es un peligro en alguna acción guerrera o de otra especie.

-¡Papá! -exclamó Alejandro Andrés- permita que esta mujer lea también mi suerte.

El mayor consintió. La gitana miró las manos del muchacho y dijo: -¡También tenéis una señal de grandes peligros, que deben sobrevenir antes de que terminéis el décimo año de vida! Con todo no sucumbiréis.

-Leed también la suerte del señor Mauricio, ¿sí?

-Este señor - dijo la gitana, contemplando la mano del pintor -es de lejos; no es de esta tierra. Ya pasó por peligros mortales. Ahora está sufriendo de nostalgias; su corazón oculta un secreto. Su vida presenta varias aventuras; su espíritu es lúcido, y no le faltará el auxilio de las fuerzas divinas, para tornarlo feliz.

-Está bien -sonrió el mayor.- Falta que digas la suerte de nuestro cochero.

-No necesito saberla -objetó Juan Nikolaievitch.

-No tengas miedo - dijo Liubomirski. - Vamos a ver si eres más feliz que nosotros.

El cochero obedeció, dejando a la gitana observarle la mano. -¡Nada de extraordinario! -dijo ésta.- ¡No eres valeroso, pero vivirás ochenta años y criarás muchos hijos!

-Entonces, todos podremos vivir aún muchos años, si no nos morimos antes -bromeó el mayor, y dando unos "Kopeks" (*) a la quiromántica, subió, con los compañeros, en el coche, y continuaron el viaje.

(*) Pequeñas monedas rusas.

CAPITULO XXXI

"Pewnie cie nastraszylem o niezwyklej porze, Do mieznanego miejsca, w dziwacznyn ubiorze?"

ADAM MICKIEWICZ, Poema polaco *"Dziady"*

("¿Ciertamente te asusté, viniendo en hora desacostumbrada, a un lugar desconocido, en traje ridículo?")

Al ponerse el sol llegaron el mayor Liubomirski y los que lo acompañaban, a la casa del fallecido Ossip Alexeievitch, ubicada en el bosque, pero cerca del camino. Como esta casa fuese abandonada por los que allí debían vivir, no se encontró en ella ni cama, ni mesa, ni silla.

-Imaginemos que estamos en campaña; arreglémonos como podamos -dijo el mayor, sonriendo.

-Y aguardemos la llegada del enemigo - agregó Mauricio.

-Estoy curioso por ver si los fantasmas vendrán a conversar con nosotros.

-¡Dios nos guarde de su visita! -exclamó Juan Nikolaievitch, persignándose.

-De los muertos no debemos tener miedo, mi querido -retrucó Liubomirski;- pero estemos preparados para el caso de que seamos sorprendidos por malhechores de carne y hueso. Tenemos dos armas de fuego, dos espadas y un chicote; yo me quedo con un fusil y una espada; el señor Mauricio se armará con el otro fusil; Juan tendrá la otra espada.

-¿Y yo el chicote, no es así, papá?- dijo Alejandro.

-¡Pues bien! -continuó el mayor.- Juan, arregla los caballos, mientras nosotros examinamos el interior de esta casa; después haremos nuestras camas de soldados, en el suelo, y tomaremos el té.

La casa tenía dos compartimientos; en el mayor había un fogón. Juan encendió allí la lumbre, y preparó el té.

-¿El pueblo ruso cree en las apariciones de las almas? -preguntó el francés.

-Es una creencia común, pienso yo, de todos los pueblos principalmente en Curlandia y Lituania, existen aún ciertas prácticas, actualmente ocultas, hostilizadas por el clero y por los hidalgos, por las cuales el pueblo afirma que entran en comunicación con las almas de los antepasados. Es una especie de fiesta nocturna de origen pagano, que sus adeptos celebran en capillas o en casas deshabitadas, en las proximidades de algún cementerio. Colocan allí, sobre la mesa, platos llenos de comida, varias bebidas y frutas, para banquetear a las almas de los difuntos que evocan, en medio de completa oscuridad. Los polacos y lituanos designan esta fiesta con el nombre de "Dziady", que significa "los antepasados". A pesar de estar prohibida por los sacerdotes, que la consideran como una práctica pagana y diabólica, este culto de los antepasados no desapareció de entre nuestro pueblo, y oí contar muchas historias de apariciones, fantasmas, espectros y otros hechos que nosotros, que tenemos cierto grado de educación y estudios, acostumbramos a calificar de supersticiones. Yo mismo no soy crédulo, y con todo, no puedo dejar de creer en la posibilidad de las comunicaciones con los seres descarnados. En la hora en que fallecía mi buena madre, yo me hallaba en San Petersburgo, donde estaba estudiando; eran las diez de la noche, del día 20 de octubre; iba a acostarme, después de haber leído unas poesías de Racine, cuando súbitamente apareció mi madre, abrazándome y diciéndome: "¡Adiós mi querido Andrés!" y en el mismo momento desapareció. ¡Una semana después, vino un mensajero a

darme la noticia de que, en aquella fecha, a la misma hora, mi progenitora fallecía, a consecuencia de un aneurisma de la aorta pectoral !

-¡Papá !-dijo Alejandro, con voz trémula.- Yo oigo un ruido...

Todos se callaron para escuchar, pero nada oyeron. La noche era calma, sin embargo oscura; el cielo estaba nublado. La lumbre del fogón estaba muy débil y no había velas prendidas en la habitación. Pasaron diez minutos, en profundo silencio. En eso relincharon los caballos, que Juan había atado a un árbol enfrente de la casa. El cochero quiso salir, y, al abrir la puerta, tambaleó, soltando un grito angustioso. En la puerta había alguien, envuelto en sábanas blancas.

-¡Todo buen espíritu alaba a Dios ! -murmuró el cochero, afirmándose en los pies.- Si eres un alma penitente, dime lo que deseas.

La aparición no respondió, pero levantó los brazos y se puso a golpear la puerta. Inmediatamente surgió a su lado otra figura, en traje semejante, y, agarrando al cochero por el cuello, lo derribó al suelo y con un salto se encontró al lado del mayor, extendiendo hacia él las manos. Pero antes de poder agarrarlo, el fantasma cayó para atrás; el mayor le había abierto el pecho con la espada. En el mismo momento también cayó al suelo el otro fantasma, el que golpeaba la puerta ¡fue Mauricio quien lo derribó de un tiro. Pero notando que detrás de éste había aún un tercero, el cual, viendo caer a sus compañeros, quiso escapar, el joven francés desenvainó la espada que Juan le dejara caer y se puso a perseguir a aquel hombre ¡consiguió así frustarle la fuga, hiriéndolo gravemente en el instante en que él montaba un caballo, atado a un árbol vecino del lugar donde estaban los caballos del mayor.

Juan, percatándose finalmente de que no eran almas del otro mundo esos fantasmas, pero sí malhechores aún encarnados, se levantó, para avivar la lumbre del fogón, como le había ordenado su amo. Encendiendo también las velas que consigo traían, los

viajeros verificaron que los dos primeros malhechores estaban muertos. El tercero aún respiraba; pero sus heridas eran tan graves, que en cualquier momento podía también exhalar el último suspiro. El confesó que los tres formaban una banda de ladrones; que habían asesinado al posadero Ossip Alexeievitch y asaltado a varios aldeanos cuando estos pasaban por el bosque; y que él mismo era el ladrón que había hecho los robos en la casa del judío Abraham. Se reunían en la casa abandonada del finado Ossip, para forjar nuevos planes; y para garantizarse contra cualquier espionaje y ser descubiertos, se vestían como fantasmas.

El mayor elogió el coraje, la sangre fría y la reflexión con que Mauricio se condujo. Juan se sintió avergonzado y murmuraba:

-¿Quién podía saber que no eran almas del otro mundo?

-Consuélate amigo -le dijo el pintor.- Si al llegar a esta casa aún no eran, en este momento ya lo son. Oremos por estas almas infelices, que ahora tendrán que dar cuenta de sus acciones al Rey Eterno.

-¿Pero donde está Alejandro? -exclamó el mayor, notando que su hijo no estaba en la habitación.

Lo buscaron en el patio, llamándole por el nombre. No recibían respuesta, pero lo encontraron, por fin, acostado en el coche, donde se había refugiado cuando Mauricio perseguía al tercer ladrón. Parecía estar dormido, pero no se despertó cuando le hablaron, ni cuando lo tocaron.

-No es un sueño el estado en que él se encuentra -dijo el mayor; -es un síncope.

Salpicáronle el rostro con agua fría; le introdujeron en la boca un poco de sal que Juan tenía consigo. Mauricio puso al niño en una posición horizontal, le aflojó la ropa, le levantó los brazos; y entonces el desmayado dio un suspiro y abrió los ojos.

-¿Qué es lo que tienes, hijo mío? - le preguntó el mayor.

-No tengas miedo; los malhechores pagaron con la muerte el susto que quisieron damos

El niño recuperó al fin los sentidos, pero se sintió muy débil y pronto se adormeció. Juan y Mauricio lo llevaron para la habitación, donde lo acostaron sobre sus mantas.

De madrugada, Juan fue a llamar al posadero Cirilo para, recibir las instrucciones del mayor, respecto a lo que se debía hacer con los cadáveres y con el fin de avisar a las respectivas autoridades sobre lo ocurrido. Por la mañana, cuando vinieron los hombres que fueron avisados, dispúsose el mayor a proseguir su viaje. Pero no pudo hacerla, porque en el mismo instante vino a alcanzarlo un mensajero que venía a toda rienda, a entregarle unas órdenes urgentes del Estado Mayor.

-Volvamos inmediatamente a la ciudad -dijo el mayor al cochero;- yo tengo que ir, sin demora, a donde mi deber militar me llama.

CAPITULO XXXII

"Jestescie w pielgrzymstwie waszem na ziemi cudzej... Strzezcie sie w pielgrzymstwie utyskiwania. i powatpiewania."

ADAM MICKIEWICZ,

"Ksiegi pielgrzymstwa polskitgo".

('Estáis peregrinando en tierra extraña... En vuestra peregrinación, abroquelaos de las añoranzas, quejas y dudas.")

¡El mayor Liubomirski seguía con el ejército ruso contra Francia, y el francés Mauricio Hardy tenía que quedarse en Rusia! Así lo determinó el inexorable Destino, sordo a los anhelos del corazón y déspota absoluto en su imperio.

El pintor era buscado por muchos ciudadanos de Mohilev, que deseaban tener retratos hechos por su mano. Más de una belleza femenina fue allí fijada en la tela, por su hábil pincel; y muchos corazones de vírgenes se entusiasmaron por las simpáticas y varoniles facciones del extranjero. Mauricio se conservaba siempre reservado, a pesar de su elegante pulidez. Sus pensamientos volaban diariamente a su lejana patria, que él no dejaba de amar. Nostalgias por los buenos e inolvidables padres le apretaban, muchas veces, el pecho y le abstraían la mirada.

La familia Liubomirski lo trataba siempre bien, demostrándole frecuentemente, además del aprecio anterior, el reconocimiento por su coraje y la gratitud por su valerosa actitud con que se comportó en la ocasión del encuentro con los ladrones. El

joven Alejandro Andrés Liubomirski gustaba de relatar aquella aventura, elogiando siempre al francés, como un gran héroe.

En el corazón de Nadejda ardía una inextinguible llama de presencia se sentía como bañada de una mística luz que le hacía ver todo más bello y más agradable. La atmósfera parecía estar más suave, el firmamento más sereno, la vida más alegre; y cuando pensamientos de añoranza la volvían consciente de la ausencia de su querido padre, una profunda certeza de que nada malo le acontecería, la calmaba.

A veces, cuando algunas personas hablaban mal de los franceses, Nadejda se tornaba abogada de éstos, afirmando que, a pesar de que estuvieran *en* guerra con Rusia, no dejaban de merecer su estima, porque eran ilustrados, conscientes, corteses, buenos y serviciales.

-Tú hablas así porque piensas que todos son como el señor Mauricio - le respondían las amigas. - Hablas como una admiradora. Es un joven realmente amable y digno de estima; ¡es lamentable que sea de una nación enemiga!

Transcurrieron meses, sin un acontecimiento notable. Cuando el otoño comenzaba a deshojar los árboles, una prima de doña Sofía vino a visitarla. Era más vieja que la esposa del mayor Liubomirski y residía en Kiev, donde su marido, señor León Derjinski, estaba establecido con una rica casa comercial. María Ivanovna, -así se llamaba la prima de doña Sofía,- vino acompañada de su único hijo Boris, un joven de 24 años de edad, pálido, conversador, inteligente, y además era socio del padre en la firma y acariciaba la esperanza de hacerse novio de la hermosa Nadejda, a quien conocía muchos años.

Boris notó muy pronto que la doncella no correspondía a sus amabilidades como esperaba, y aunque el francés no diese, con su conducta, el menor motivo de poderse sospechar que adoraba a la hija del mayor, el joven Derjinski adivinó instintivamente que Mauricio Hardy era su rival. Comunicó a su madre su desconfianza, y ella le prometió conseguir que el pintor se ausentase de la casa de los Liubomirski, juzgando que, retirando al francés de

la presencia de Nadejda, la doncella se olvidaría de él y su corazón se inclinaría hacia Boris. Propuso, pues, a Mauricio, que viniese con ella y con Boris a Kiev, para retratar a las personas de su familia y de su amistad.

-No soy señor de mi voluntad - respondió el francés; - la señora debe saber que soy prisionero de guerra. El señor mayor Liubomirski me ha permitido gozar de gran libertad, y le estoy por eso sumamente agradecido; no puedo, mientras no haya paz tomar cualquier deliberación sin su consentimiento.

-Pero, con seguridad, si él estuviese presente, consentiría en satisfacer mi pedido, - dijo María Ivanovna. - ¿No es verdad querida Sofía?

-No hay duda, -respondió la esposa del mayor.- Si al señor Mauricio le agrada la proposición de mi prima, puede hacer esa excursión.

-¿Para cuántos meses le dais la licencia? - preguntó, sonriendo, graciosamente, María Ivanovna.

-Depende de la voluntad del señor Mauricio- dijo Sofía, cruzando la mirada con Nadejda, que la estaba mirando con aire melancólico.

-El invierno en Kiev no es tan riguroso como aquí,- observó Boris; -propongo, pues, que el señor Mauricio quiera ser nuestro huésped durante los meses invernales.

-¡Consiento solamente si me llevan con él! - exclamó Alejandro.

-No, hijo mío, -objetó la madre; - yo no puedo dejarte ir tan lejos; moriría de recelo de que te pudiera acontecer algún accidente.

-¡Pero el señor Mauricio estaría a mi lado, mamá!

-¡No! Si él tuviera que estar cuidando de ti, no podría dedicarse a los trabajos de su arte, con ánimo despreocupado. Tú quedarás con nosotros, hijo mío.

Se concertó, entonces, que el pintor pasaría los meses de

diciembre, enero, febrero y marzo en Kiev, como huésped de la casa Derjinski.

…………………………………………………………………………

En la víspera de la partida, mientras Boris con su madre salieron para despedirse de algunas personas de su relación, en la ciudad de Mohilev, y los hermanos de Nadejda fueron a comprar algunas cosas necesarias para la cocina, alguien golpeó en la puerta de la habitación del pintor. Mauricio abrió la puerta y se estremeció ligeramente al enfrentarse con Nadejda. La convidó con voz trémula a entrar y sentarse. Fue por la primera vez que la joven se halló a solas con el francés.

-Tomé coraje - díjole ruborizándose, -para venir a preguntar si no os olvidaréis de mí, señor Mauricio.

-¡Oh! nunca, señorita. ¿Cómo podré olvidaros?

-¿Entonces pensaréis en mí muchas veces así como yo pienso en vos?

-¿Nadejda! ¿vos pensáis mucho en mí?

-¡Día y noche!

-¡Oh! ¡mi adorada! ¿me amáis?

-Del fondo de mi alma -murmuró la doncella. -Yo sufriré muchas nostalgias durante vuestra ausencia.

-¡Nadejda! -dijo el joven, bajando la voz y tomando a la joven por las manos. - Yo os amo sinceramente y sería feliz si pudiese unir mi vida con la vuestra. En las condiciones presentes, sin embargo, es imposible. ¿Tendréis el valor de conservaros firme y esperar por mí, hasta que yo venga a presentarme a vos como un hombre libre?

-Esperaré - murmuró Nadejda.

-¡Entonces, sellemos con un santo ósculo nuestra recíproca promesa! - dijo el pintor.

Los labios de los dos amantes se unieron y sus brazos se entrelazaron.

-Un gran consuelo en mi peregrinación - dijo Mauricio-

me será el recuerdo de este inolvidable instante. ¡Te amo, Nadejda, y te amaré siempre!

-¡Y yo a ti, Mauricio! ¡Esperaré por ti, todo el tiempo que fuere necesario! -¿Y Boris?

-No lo amo; seré sólo tuya, o de nadie.

-Y yo seré sólo tuyo, Nadejda. Pero ahora, separémonos.

Y después de un nuevo beso. Nadejda salió de la habitación, aún más ruborizada de lo que estaba cuando había entrado.

CAPITULO XXXIII

"Divitiarum gloria fluxa atque fragilis est."

SALLUSTII CRISPI, ***"De Conjur Catil".***

("La gloria de las riquezas es inestable y frágil.")

En junio de 1844 Luis XVII, de la casa de los Borbones, vino a París a ocupar el trono al cual Napoleón I se viera obligado a abdicar, cuando sus enemigos aliados lo alejaron para la isla de Elba. Por escarnio, dejaron a Napoleón el título de emperador, concediéndole el ridículo dominio de esa pequeña isla, en la cual estaba prisionero.

¡Sic transit gloria mundi! **¡Así pasa la gloria del mundo! El hombre que pocos años antes hacía temblar delante de sí a toda la Europa, dictando leyes, nombrando reyes y destronando príncipes, fue terriblemente humillado, perdiendo los dominios que había conquistado y las riquezas de que disponía.**

El pueblo francés cansado de las incesantes guerras en que el emperador continuamente había derramado la sangre de promisorios adolescentes y robustos varones, se regocijó con la noticia de paz, aunque ésta trajera la caída del emperador y la pérdida de las tierras, incorporadas por él a Francia. Para que comprendamos esta mundanza de opinión, basta que recordemos que, después de la última requisición de reclutas y animales, en los campos y en las labranzas faltaban trabajadores, caballos y bueyes para

labrar; y que en las ciudades era rarísimo ver pasar a un joven de veinte años de edad.

El rey Luis XVIII dio plena amnistía a todos los que tomaron parte activa en la Revolución y en el Imperio. Los emigrados comenzaron a repatriarse.

Con la entrada de los aliados en París, hubo en esta ciudad extraños espectáculos. Veíase en los "boulevards" una gran revista: de un lado la guardia nacional de París, del otro las tropas austríacas, rusas y prusianas, con los tres respectivos monarcas: Francisco, Alejandro y Guillermo.

El mayor Andrés Liubomirski aprovechó la ocasión para procurar la casa del profesor Juan Hardy y darle noticias de su hijo Mauricio. El profesor y su esposa derramaron lágrimas de alegría al oír que su amado hijo estaba vivo y sano, gozando de estima en el medio en que se hallaba. El mayor prometió traerlo a París luego de su regreso a Rusia. Bendecido por el matrimonio Hardy, se encargó de llevar y entregar a Mauricio su carta y presentes.

CAPITULO XXXIV

"Má sabílu-'láqili an yuçaddiqa aduwa-hu."

Proverbio árabe.

("No es costumbre de hombre sabio confiar en su enemigo.")

El viaje de Mauricio Hardy, de Mohilev a Kiev, no presentó nada de notable. Tanto durante ese viaje como también en su morada, Boris y su madre estaban llenos de amabilidades para con el francés. Este, sin embargo, percibía en su interior la presencia de una misteriosa voz que le advertía que no debía confiar mucho en esas dos personas. Ambos tenían ojos pequeños, poco abiertos, lo que es señal de astucia. Mauricio Hardy, que había estudiado la fisonomía, vulgarizada por Lavater, notó que la mirada de Borís era penetrante, móvil, de soslayo, como es propio de las personas que disimulan y encubren malas intenciones. Las cejas puntiagudas y desparramadas de modo irregular, manifestaban un hombre celoso. Su nariz aguileña y puntiaguda, además de denotar vivacidad, inteligencia, buena memoria y energía, confirmaba los celos, y advertía que Boris era de carácter envidioso y propenso a la lucha. Como casi todas las personas egoístas, tenía la boca notablemente apartada de la nariz. Su labios, finos y apretados, siendo el labio inferior mucho mayor que el superior, indicaban falsedad y propensión a mentir.

El señor León Derjinski andaba siempre envuelto en negocios; hasta en los minutos que le sobraban para conversar con Mau-

ricio su mente parecía estar ocupada en cálculos comerciales. Alababa el trabajo del pintor, pero las lacónicas frases que pronunciaba demostraban que no se interesaba profundamente por ese arte.

Mauricio hacía dos meses que estaba en casa de los Derjinski, cuando un día le dijo Boris:
-Tenemos noticias de los Liubomirski. Un amigo acaba de llegar, trayéndonos cartas de tía Sofía y de la prima Nadejda. Escribieron en ruso; pero el señor maneja ya bastante bien nuestro idioma, para poder leer y comprenderlas.

Y al decir esto presentó las cartas al pintor, el cual sólo con un gran esfuerzo de voluntad dominó la excitación que de él se apoderaba. Doña Sofía escribía a doña María Ivanovina, comunicándole que todos los de su casa estaban gozando de salud y que, si no fuesen las nostalgias que tenían del mayor Liubmirski, serían completamente felices.

"Por la carta que Nadejda escribe a Boris -decía el texto- verás, querida prima, que nuestros mutuos sueños están en vías de realizarse. Cuando mi marido regrese a la patria y a la casa, trataremos de casar a Nadejda con Boris. - ¿Cómo va el Señor Mauricio? Dale recuerdos nuestros y dile que se puede considerar libre, pudiendo disponer a voluntad de su persona. Mi esposo nos escribe diciendo que, en caso de que el señor Mauricio quisiera establecerse en cualquier otro lugar o pretenda dejar a Rusia, no debemos impedirlo".

La carta de Nadejda a Boris era lacónica; decía:

"Mi querido e inolvidable Boris: Pienso en ti incesantemente y deseo de corazón que papá vuelva pronto, para podernos casar. Da recuerdos míos a tu padre y a tu madre, y escribe unas líneas a ésta tu novia. -Nadejda Andreievna Liubomirski."

Fuerte excitación se apoderó del corazón de Mauricio. ¿Serían verídicas estas cartas? ¿Sería posible que Nadejda lo hubiese olvidado ya, y prefiriese a Boris?

"¡No! ¡No!" clamó una voz en su interior. "¡Estas cartas

fueron falsificadas! Es una celada que Boris te arma. El desea que te apartes de Nadejda."

Fue necesario un enorme esfuerzo de voluntad para que Mauricio pudiera dominar su indignación. Sin embargo, comprendió que no le convenía dejar percibir lo que pensaba; y dijo con voz firme:

-Cuando contestéis estas cartas, tened la bondad de decir a doña Sofía que le quedo muy agradecido y que le deseo, así como a la señorita Nadejda y a toda la familia del señor mayor Luibomirski, salud y felicidad.

–¿No queréis escribirles?- preguntó Boris.

-No hay necesidad- respondió Mauricio.- Como estas cartas fueron dirigidas a vos y a vuestra señora madre, podría ser mal interpretada mi osadía, si las respondiese personalmente.

-El hombre que trajo estas cartas regresará mañana. Si quisierais hablarle, lo llamaré; tal vez el señor prefiera mandar un recado verbal, ya que encuentra inconveniente escribir a doña Sofía.

Mauricio consintió, y media hora después le presentó Boris un joven, diciéndole:

-Mi amigo Vassili Ossipovitch, que vino de Mohilev para tratar aquí de ciertos negocios, regresará mañana para aquella ciudad. Si el señor Mauricio quisiera aprovecharlo como portador, puede entregarle una carta o enviar un recado, ¿no es así, Vassili.

-Ciertamente-respondió el joven; -estoy a las órdenes de los señores.

-Entonces, señor Vassili,-dijo Mauricio--cuando habléis con la familia del señor mayor Liubomirski, pido os sirváis trasmitirle mis respetuosos saludos y mi agradecimiento por todas las atenciones y los favores que me prestaron.

…………………………………………………………………………………….

En uno de los primeros días de marzo de 1814, dijo Boris Derjinski a Mauricio Hardy:

-Tengo que hacer un viaje a Berdichev. Voy allá a tratar

de negocios con unos comerciantes judíos. Tal vez el señor ignore que esa ciudad está habitada casi exclusivamente por la raza hebrea. Si el señor quisiera acompañarme en esta excursión, podríamos en esta ocasión comprar allá las pinturas que necesita.

-¿Y como viajaremos? -preguntó Mauricio.

-En trineo. Será un viaje interesante. El cochero Nikita Dimitrich nos conducirá en dos días a Vassilkov, allá descansaremos un día en casa de mi tío Fiador, y después seguiremos el viaje, en otros tres días podremos estar en Berdichev.

Mauricio aceptó la propuesta, sin desconfiar. Mientras Nikita enganchaba dos fuertes caballos al trineo, se preparó para el viaje. Como la ida y la vuelta exigían más o menos dos semanas de tiempo, los viajeros llevaron consigo algunas provisiones de boca y cada uno atado de ropa. Traían también fusiles y municiones, aunque Nikita afirmaba que no había lobos en aquellas regiones.

En el primer día tuvieron un viaje excelente. El suelo estaba cubierto de nieve; hacía bastante frío, pero el aire estaba calmo. Pernoctaron en la posada de una pequeña aldea. Al siguiente día comenzó a soplar un viento impetuoso, y la nieve, revoloteando en el aire, ocultaba casi completamente la línea del horizonte. Nikita, sin embargo, conocía bien el camino, y llegaron antes de anochecer a casa del señor Fiador Derjinski, tío de Boris, donde fueron muy bien recibidos; allí se demoraron un día, durante el cual Nikita trató de obtener más provisiones de heno y cebada para los caballos. Boris, dejando a Mauricio en casa del tío, salió varias veces, para hablar, según decía, con varios amigos. A la tardecita vino, sentado en otro trineo tirado también por dos caballos, y dijo a Mauricio:

-Conseguí este vehículo, porque tendré que ir mañana a la ciudad de Fastov. El señor seguirá con Nikita, por el camino directo a Berdichev; Nikita conoce bien el camino, y sabe dónde nos encontraremos.

Así pasó Mauricio los restantes tres días de viaje, sólo en compañía de Nikita. En realidad, la falta de Boris no lo incomodó.

Sin incidente alguno llegaron a Berdichev, y se alojaron en una posada, cuyo propietario era judío Simón Abramovitch.

Mauricio durmió muy bien aquella noche; se despertó al otro día a eso de las nueve de la mañana. Simón, al darle los buenos días, le entregó una carta y un paquete, diciéndole:

-El señor Boris vino de noche, cuando el señor ya estaba durmiendo, y dijo que precisaba del trineo de Nikita; salieron ambos. El señor Boris me dejó esta carta y este paquete para que lo entregara al señor.

El judío se ausentó; el pintor abrió la carta y leyó las siguientes palabras:

"Señor Mauricio Hardy: De acuerdo con mis padres, os declaro que no necesitamos más de vuestra presencia en nuestra casa. En el paquete incluso remito mil rublos, en compensación de los trabajos que para nosotros habéis hecho. Como sabéis por la lectura de las cartas de mi tía Sofía Liubomirski y de la Nadejda, sois libre, y podéis disponer de vuestra patria, os aconsejo que os dirijáis a Odessa, y de allí a Constantinopla, donde no os será difícil encontrar un navío que os conduzca a Francia. -Boris."

-¡Ah !- exclamó Mauricio.- Ahora comprendo el plan de este joven, Me apartó de la casa del mayor, y ahora me hizo venir acá, para librarse de mí definitivamente. Por eso cuidó que yo llevara en el trineo mi ropa. No importa. ¡Dios me protegerá!

Después de reflexionar unos instantes, el francés buscó a Simón Abramovitch.

-¿Dónde fueron el señor Boris y Nikita?- le preguntó.

-Volvieron a Kiev -respondió el hebreo.

-¿No te dejaron algunas órdenes relativas a mi persona?

-Sí, señor, el señor Boris me recomendó que yo consiguiera un cochero para conducir a Vuestra Señoría a donde os agrade. Me dijo que, según le parecía, irías a Odessa.

-No, mi amigo -replicó Mauricio.- Yo deseo ir primero a Mohilev. ¿Podrás conseguirme locomoción?

-¡Oh! fácilmente- respondió el posadero -Mañana mis-

mo seguirá para allá mi cochero Ignacio Petrovitch, y gustará de tener a Vuestra Señoría por compañero.

-¿Cuántos días necesitamos para llegar allá?
-Dos o tres.
-Juzgué que sería mucho más lejos -Observó Mauricio, recordando que de Mohilev a Kiev habían llevado casi una semana, en compañía de Boris y de doña María Ivanovna. El ignoraba que había dos ciudades de nombre Mohilev, y que, mientras él pensaba en la situada sobre el río Dnieper, el judío hablaba de la otra, Mohilev de la Podolia, sobre el río Dniester.

Mauricio se apercibió de la equivocación sólo cuando se aproximó a la ciudad; notando el aspecto diferente de la región, se puso a conversar con el cochero, y supo que estaban en el gobierno de Podolia, y que el río que veía era el Dniester y no el Dnieper.

-¿Qué hacer ahora?

Ignacio no pudo darle informaciones exactas sobre la distancia de las dos Mohilev, pero le aconsejó que preguntara al comerciante a cuya casa él, el cochero, fuera enviado por Simón Abramovitch.

-Lo mejor será volver a Berdichev -explicó el comerciante; - y de allá debéis dirigiros a Jitomir, después a Radom Ysi; en seguida a Tchernikov.

-En Tchernikov he estado ya -observó Mauricio.- ¿De allá seguiré para Gorodonia, Homel, Rogatchev, Stary Bykhov, y de allí a Mohilev ya es cerca, no es verdad?
-Exactamente.

Volviendo a Berdichev, Mauricio, desconfiando ya de que Simón Abramovitch se rigiera en combinación con Boris, le dijo que resolvía a Odessa y se ausentó para buscar en otra parte de la ciudad alguien que lo llevase a Jitomir.

CAPITULO XXXV

"Aquest-amors me fier tan gen
Al cor d'una doussa sabor;
Cen vetz muer lo jorn de dolor,
E reviu de joy autras cen."

BERNARDO DE VENTADOUR, ***trovador provenzal.***

("Este amor me hiere tan gentilmente el corazón de un dulce sabor: todos los días cien veces de dolor muero, **y** ***otras cien veces revivo de alegría:”*****)**

Más de tres meses llevó Mauricio Hardy en su viaje a Mohilev. Hubo días en que, debido al mal tiempo, no podía viajar; hubo otros días que era en vano que buscara locomoción. La imagen de su adorada Nadejda lo acompañaba constantemente. Había momentos que le parecía verla delante de sí, sonriéndole. En otros momentos, la imaginación le creaba cuadros en que aparecía su rival Boris al lado de la doncella, tratando de convencerla de que él, Mauricio, se había olvidado de ella, y que había abandonado a Rusia.

-¿Sería posible que Nadejda olvidara nuestra mutua promesa?- suspiraba, en tales ocasiones, el francés. -¡Oh, no! yo confío en su fidelidad. Tendré que desenmascarar al intrigante Boris.

……………………………………………………………………………

¿Y cómo estuvo pasando Nadejda esos meses que siguieron después de la partida de Mauricio? En nostalgias, recelos y espe-

ranzas. Tenía nostalgias de los días en que su amado había estado en su casa tenía recelos de que le pudiese acontecer alguna desgracia; y tenía esperanzas de volverlo a ver pronto. Así, todos los días experimentaba la amargura de la soledad en que se hallaba su corazón; todos los días heríandole la imaginación ideas lúgubres, presentándole varias posibilidades de perder para siempre al amado joven. Y todos los días se reanimaba con el recuerdo de que él le prometiera ser constante en su amor. Cuando, en las claras noches centellantes estrellas acechaban, de las alturas, a la tierra adormecida, Nadejda levantaba su mirada para esos focos de afable luz, y encargaba a sus rayos de transmitirle al inolvidable Mauricio sus suspiros y las repetidas afirmaciones de su fiel amor.

A fines de abril, recibió doña Sofía Liubomirski una carta de Boris Derjinski, el cual le decía, además de las frases de costumbre:

"Querida tía, ciertamente os interesará saber noticias del señor Mauricio Hardy. Hace más de un mes que él se ausentó de nuestra casa, bajo el pretexto de que precisaba comprar telas y pinturas en Berdichev, donde lo llevó nuestro cochero Nikita. Una vez en aquella ciudad el francés resolvió aprovechar la ocasión y evadirse de Rusia. Para poderlo hacer sin encontrar obstáculos, dijo a Nikita que, habiendo encontrado un conocido, señor Lomonosoff, de Kiev, éste lo convidara a demorarse cinco días en Berdichev para volver solito llevando una carta, dirigida a mí, donde decía lo mismo. Imaginaos nuestro susto, cuando transcurridos seis días después del regreso de Nikita, el pintor no aparecía. Fui a la casa del señor Lomonosoff y supe de boca de éste que no había tratado nada con Mauricio; que apenas lo había saludado, encontrándolo por casualidad en Berditchev y cambiara con él algunas pocas palabras sin importancia. Me dirigí a Berdichev e indagué allá noticias del pintor. El judío Simón Abramovitch, en cuya posada Mauricio pernoctara con nuestro cochero, me entregó un sobre que contenía un billete, en el cual el francés decía lacónicamente:-"No me busquen. Resolví dejar esta tierra y me esforzaré por volver a mi patria". -El mismo judío me dijo que Mau-

ricio le había confiado que se dirigía a Odesa. Como le habíamos dado, por cuenta de dos retratos hechos, algún dinero, ciertamente no tuvo dificultades en hallar quien lo llevase a Odesa y allá, como sabéis, es fácil de encontrar un vapor que vaya a Constantinopla, de donde podrá dirigirse a Francia".

-¿Será posible?- exclamó doña Sofía, entregando la carta a Nadejda.

-¡No creo que sea verdad lo que Boris escribe, mamá! -declaró la joven, después de haber leído la carta. -Si el señor Mauricio desapareció de Kiev, pienso que fue Boris el causante de su desaparición.

-¿Por qué lo juzgas? -preguntó la madre.
-Porque Boris odia a Mauricio.
-¿Y por qué lo odiaría?
-Porque sabe que Mauricio y yo nos amamos,--dijo Nadejda, ruborizada, y bajando los ojos.
-¿Entonces, tú amas al francés, hija mía?
-Lo amo, sí, madre mía; y prometí esperar hasta que él pueda pedir mi mano.
-¿Y por qué no la pidió?
-Porque quiere hacerla como hombre libre, y no como prisionero.

…………………………………………………………………………….

Día tras día, semana tras semana, Nadejda esperaba recibir alguna noticia de Mauricio; pero la noticia no venía. Con todo, una vez interior le decía:
"No pierdas la esperanza. El no te olvidó. El vendrá."

CAPITULO XXXVI

"Mal haya el hombre, mal haya
Mil veces aquel, que entrega
Sus secretos a un papel;
Porque es disparada piedra,
Que se sabe quien la tira,
Y no sabe a quien llega."

CALDERÓN DE LA BARCA.

Era el 20 de junio de 1814. En la casa del mayor Liubomirski, en Mohilev, recibían la visita de Boris Derjinski. Venía a pedir la mano de Nadejda, a doña Sofía.

-Mi hija debe resolver por sí misma, -respondió la esposa del mayor.

-Y yo estoy resuelta a no casarme con Boris- dijo con firmeza la joven.

-¿Y por qué me desprecias, Nadejda?- preguntó Boris.

- No te desprecio, primo; pero no siento por ti la afección necesaria para poder decir que te amo.

-¡Ah! ¿tú aún piensas siempre en aquel francés, Mauricio Hardy?

-¡Pienso, sí!

-¡Pero él ya está lejos de Rusia!

-No lo creo.

-¿Cómo? ¿No te convencieron de eso las pruebas irrefutables que di en mi carta?

Antes que Nadejda pudiese responder, vino un criado a golpear en la puerta, y cuando le abrieron dijo:

-El señor Mauricio Hardy acaba de llegar y pide permiso para entrar.

-!Que entre! respondieron, al mismo tiempo daño Sofía y Nadejda.

Boris, estupefacto, se estremeció. Mauricio entró y, saludando a las damas dijo:

-Disculpen, si vengo a interrumpir...

-Nada hay que disculpar -respondió doña Sofía.- El señor vino muy a tiempo; pues el señor Boris, llegando hace poco, acaba de declarar que el *señor* Mauricio Hardy habría de estar ya muy lejos de Rusia.

-¡Ah! si yo hubiese obedecido su consejo, la declaración coincidirían con la realidad- dijo el francés, sonriendo.- Pero yo preferí considerarme un honesto prisionero, a tornarme un fugitivo hipócrita.

-Pero el señor dijo al judío Simón Abramovitch, en Berdichev, que iría a Odessa y de allá a Francia, -balbucéo Boris.

-Es verdad que engañé a aquel hebreo- replicó Mauricio;

-me ví obligado a eso para verme libre de las celadas que vos pudieseis armarme. Nunca acredité que fuesen auténticas las cartas que me presentasteis, en febrero, como escritas por la señora Sofía y la señorita Nadejda, y cuyo contenido debía convencerme que esta honrada casa no me quería más.

-¿Cómo - exclamó doña Sofía - podríamos nosotros escribir cartas en ese sentido?

-Es una equivocación -dijo Boris.

-¡No, señor! - continuó el francés. -Con seguridad aquellas cartas fueron falsificadas. El señor deseó alejarme; por eso, me llevó a Berdichev y allá me abandonó.

-¿Que yo os abandoné en Berdichev? ¡Mira eso! -exclamó Boris.- Quien os llevó allá, fue el cochero Nikita; y el señor no quiso volver con él.

-¿Cómo podía volver con él, si el señor lo llevó consigo, de noche, cuando yo dormía? ¿Osará el señor negar que es suya la letra de esta carta?

Y al decir esto, el pintor sacó del bolsillo la carta que le fuera entregada por Simón Abramovitch, y la pasó a las manos de doña Sofía, que leyó, en alta voz:

-Señor Mauricio Hardy: De acuerdo con mis padres, os declaro que no necesitamos más de vuestra presencia en nuestra casa. En el paquete incluso remito mil rublos, en compensación de los trabajos que para nosotros habéis hecho. Como sabéis por la lectura de las cartas de mi tía Sofía Liubomirski y de Nadejda, sois libre, y podéis disponer de vuestra vida como mejor entendáis. Si queréis regresar a vuestra patria, os aconsejo que os dirijáis a Odessa, y de allí a Constantinopla, donde no os será difícil encontrar un navío que os conduzca a Francia. - Boris.

Antes de ser concluída la lectura de esta carta, salió Boris de la sala e inmediatamente se ausentó de la casa, sin decir una palabra a nadie.

Mauricio Hardy narró entonces minuciosamente sus aventuras. Toda la familia Liubomirski quedó contenta al recibirlo nuevamente en su medio, al paso que condenaron el pérfido comportamiento de Boris, el cual se apresuró a volver a Kiev, antes que se divulgase su malogrado y vergonzoso procedimiento.

CAPITULO XXXVII

("Pues, en realidad, no puedo avistar algo que **me** *sea más agradable que mi patria.")*

HOMERO.

Restaurada en Francia la monarquía de los Borbones, con el rey Luis XVIII, los aliados se retiraron de París. El mayor Andrés Pedro Liubomirski se dirigía a Rusia, habiendo prometido al profesor Juan Hardy y a su esposa traerles lo más pronto posible al hijo.

Cuando Deodato supo de la visita del mayor Liubomirski y de las noticias que éste trajera, respecto a Mauricio Hardy, fue, acompañado del doctor Dupuis, a visitar al ruso y entregarle una carta, dirigida al joven pintor, donde le decía a éste que nunca lo había considerado muerto y que le auguraba feliz regreso a la patria, en compañía de la persona con quien había cambiado el corazón.

"En mis concentraciones -escribió Deodato- te he visto muchas veces. Te vi caído del caballo, sobre el suelo cubierto de nieve; después entre cosacos; después, en una rica casa, donde pintabas. Vi que retrataste dos muchachos y, en seguida, una hermosa doncella. Percibí que el hijo de Marte y de Venus tiraba en vosotros sus saetas amorosas y que tú te defendías contra ellas, con el escudo de la oración y del orgullo patriótico. Noté que,

apareciendo un rival, confesaste tu amor a aquella joven y os prometisteis eterna fidelidad. Después te vi en otra casa, en la de tu rival; en seguida, en un viaje de trineo, a su lado; después os separasteis y tú volviste, a pesar de haber tenido que luchar con muchos obstáculos, a la casa del mayor. Llegado allá, encontraste a tu rival conversando con tu amada y su madre; percibí que él hablaba mal de ti, pero tú lo desmentiste y desenmascaraste, razón por la cual él se ausentó de prisa. Preveo que vendrás a la casa paterna, ya casado. Sé feliz y recomienda a tu futura esposa y su familia, éste tu fiel amigo, que en espíritu te abraza."

…………………………………………………………………..

Cuando llegó a Mohilev *la* noticia de la victoria de *los* aliados sobre Napoleón, y de la paz firmada entre Francia y Rusia, fue inmenso *el* júbilo en casa de *los* Liubomirski. Todos agradecían a la Providencia Divina tan fastuoso acontecimiento, y pedían a Dios que permitiese que *el* mayor volviese pronto, sano y sin accidente alguno.

Finalmente, vino el día en que Andrés Pedro Liubomirski entró en Mohilev, entusiastamente recibido por el pueblo y afectuosamente abrazado por la familia.

Pocos días después, fueron celebrados *los* esponsales de Nadejda y Mauricio, y tres semanas más tarde, su casamiento.

Acompañados *del* mayor, su esposa y ambos hijos, vinieron *los* recién casados a París, Con inmenso placer del profesor Juan Hardy y su cónyuge, antes de fin del año 1814, como lo predijera Deodato, cuya carta, con la descripción de las visiones, que expresaban tan exactamente la realidad, había dejado al pintor muy admirado.

-¡Qué inestimable don te confirió la Divina Providencia! -dijo Mauricio a su amigo. - Tal vez fuese debido al hecho de haber pensado en mí tan frecuente e intensamente, que, a veces, me parecía sentir tu presencia a mi *lado;* naturalmente, yo me decía que era alucinación mía. Hoy sin embargo, reconozco que era realmente tu alma que se hallaba cerca de mí.

-¡Ah! -respondió Deodato.- Si los hombres prestasen más atención a su vida interna, de lo que generalmente hacen, se les abrirían los sentidos psíquicos, tornándolos clarividentes, clariaudientes y clarisencientes. Pero casi la totalidad de los hombres descuidan completamente esos sentidos internos, ocupándose exclusivamente de la vida material, y así se puede decir que, a pesar de que tienen ojos y oídos espirituales, no ven ni oyen con ellos. Esto además muy fácilmente se explica: si toda nuestra atención está absorbida por un asunto, pueden hablar cerca de nosotros, y no oiremos lo que dicen; y podemos atravesar una calle, sin que notemos a los transeúntes. Pero así también el alma, concentrándose atentamente en una persona ausente, puede, a su vez, olvidarse del ambiente material en que nos hallamos, y percibir lo que pasa lejos, donde dicha persona ausente se encuentra.

CAPITULO XXXVIII

Traume und freies Hellsehen sind die beiden. Endpunkte der geistigen Tätigkeit, und auf diese gründet sich die Lehre der Unsterblichkeit aller Religionen."

J. B. KERNING, *Wege zur Unsterblichkeit"*.

("Sueños y *clarividencia libre son los dos polos de la actividad espiritual, sobre el cual se basa la doctrina de la inmortalidad de todas las religiones.")*

A fines de febrero de 1815, partió la familia Liubomirski, de París, regresando a Rusia. Nadejda y Mauricio quedaron en la capital de Francia, habiendo prometido ir, más tarde, a pasar algunos meses en Mohilev.

Por la paz, negociada por Talleyrand, Francia estaba reducida a las fronteras que tenía en el año de 1792. El rey gobernaba constitucionalmente; pero el pueblo no fue gustoso en ver el regreso de los emigrantes aristocráticos, y el ejército también estaba descontento, no pudiendo olvidarse de sus tradiciones gloriosas y difícilmente restringido el deseo de revancha.

Sabiendo este descontentamiento, salió Napoleón furtivamente de Elba con su fiel séquito, y se dirigió a Francia reuniendo en su marcha más y más compañeros. En el día 1º de marzo de 1815, desembarcó en Cannes, donde luego se le adhirieron los regimientos de sus antiguos camaradas; y de allí marchó sobre

París, siendo por todas partes recibido con gran entusiasmo. El mariscal Ney, que fue enviado por el rey Luis XVIII contra Napoleón, y prometiera "traer al usurpador en una jaula de hierro", se pasó con todas sus tropas al partido del emperador.

Este, llegando a los puestos avanzados de Grenoble, mientras el regimiento del coronel Labédoyére avanzaba para apoderarse de su persona, desnudó el pecho y, dando algunos pasos adelante, se presentó desarmado diciendo:

-Mis viejos compañeros, ¿tiraréis contra vuestra general? y el regimiento gritó:

-¡Viva el emperador!

Entonces Napoleón, abrazando al coronel Labédoyere, díjole:

-¡Coronel, vos me repondréis en el trono!

Y de Grenoble a París, fueron presentándose al emperador nuevas tropas, en medio de aclamaciones del pueblo.

El 19 de marzo, el rey Luis XVIII, desamparado por el ejército, dejó París, refugiándose en Gante (en Bélgica); el día 20, Napoleón entró en la capital francesa, recobrando la autoridad anterior. Pero su gobierno duró, esta vez, apenas cien días: del 20 de marzo al 22 de junio. Sus antiguos enemigos, alemanes, ingleses, prusianos y rusos, retornaron las armas y reunieron 800 mil soldados, a los cuales Napoleón oponía apenas 120 mil hombres. En Waterloo se decidió, el día de junio de 1815, el último combate de esta campaña contra el emperador, cuyo ejército, tomado entre dos fuegos, tuvo que desbandarse en completo desorden.

Por segunda vez entraron los aliados en París. El rey Luis XVIII tornó a ocupar el trono. Esta vez no admitió a sus adversarios. Napoleón, entregándose a los ingleses, fue tratado por éstos como prisionero de guerra, y exilado a la isla de Santa Elena.

Estos imprevistos acontecimientos retardaron el viaje de Mauricio Hardy y su amada Nadejda a Rusia; solamente en el verano de 1816, pudieron embarcarse. Pero entonces no fueron sólos;

traían al mayor y a doña Sofía un nietecito, un lindo y robusto muchacho.

…………………………………………………………………………

En el tiempo en que Napoleón volvió a Francia, evadiéndose de Elba, Deodato estaba en una aldea cerca de Marsella, donde por consejo del doctor Dupuis, se había dirigido con el padre Evandro, para que éste aprovechase el clima más agradable del sur, y la atmósfera influenciada por la vecindad del mar. El viejo sacerdote, cuya edad ya se aproximaba a los noventa años, había comenzado a sentirse debilitado; fue éste el motivo de aceptar dicho consejo del estimado médico, que también trasladó su residencia a Marsella.

-Me parece que la muerte se está aproximando a mi, - dijo un día el sacerdote. - En mis sueños se me presentan continuamente las personas que me precedieron al otro mundo, y principalmente Generosa y Guillermo.

-Es porque mi reverendo amigo piensa mucho en la muerte, -respondió Alberto Dupuis. - Es sabido que en el cerebro, que es la sede de las facultades intelectuales, se gestan los sueños, en consecuencia de las imágenes que durante la vigilia lo han impresionado, o en consecuencia de las sensaciones producidas por la afección, natural o accidental, en los nervios, o debido finalmente, al carácter del temperamento. Así, por ejemplo, los sanguíneos acostumbran soñar con diversiones; festines, placeres, flores; los biliosos, peleas, combates, desgracias; los melancólicos, paseos nocturnos, fantasmas, muerte: los flemáticos, mar, ríos, navegación, naufragios.

-Tenéis razón, doctor; pero mis sueños son algo más que meras imágenes de los pensamientos de la vigilia, o emanaciones del temperamento. Para mí, son una prueba de que mi alma está aflojando su unión con el cuerpo carnal.

-¿Qué valor tienen los sueños para la ciencia? - preguntó Deodato.

-Los sueños, hijo mío, - respondió Evandro - son uno de

los dos polos de la actividad psíquica. El otro polo es la clarividencia consciente. Generalmente se dice que los sueños son ilusiones o mentiras. Por mucho tiempo he sido también de esta opinión. No obstante, reflexionando mejor, llegué a la conclusión de que esta definición no es suficiente. Y hasta pienso que los sueños pueden servir, como el primer argumento, para quien busca las pruebas de la existencia de un mundo espiritual.

-¿Cómo debemos entenderlos? - preguntó el médico.

-¿No son los sueños meras imágenes ilusorias?

-Si, mi querido; pero, no obstante, son imágenes cuya existencia no se puede negar. Es verdad que, en los sueños comunes, cuando vemos a una persona, esta misma persona nada sabe de eso; Con todo, los sueños sirven como prueba de una actividad de nuestro espíritu, que crea esas imágenes. Las apariciones del sueño no son emanaciones de nuestra libre voluntad; ellas vienen y van sin que las llamemos o determinemos; las fuerzas, pues, que producen estas apariciones, son superiores a nuestra voluntad consciente.

-¿Cuál es al diferencia entre sueño y visión?

-Es sueño lo que se nos presenta cuando dormimos; y es visión lo que se nos presenta en el estado de vigilia.

-Pero no todos los sueños tienen el mismo valor, ¿no es verdad? - indagó Deodato.

-Es necesario que distingamos entre el sueño profético y el sueño quimérico - explicó el padre. - Los sueños quiméricos se dan cuando, bajo una vehemente impresión, nos adormecemos y soñamos lo que durante la vigilia hemos pensado, oído, leído o experimentado. El sueño profético nos muestra, cuando dormimos, la verdad oculta bajo alguna figura; como cuando, por ejemplo, el Faraón soñó que siete vacas flacas devoraban a siete vacas gordas, lo que José le explicó que significaba siete años infructíferos que debían venir después de los siete años fértiles.

-Recuerdo -observó Deodato- que en la Biblia se narra, muchas veces, sueños verídicos. Por ejemplo, José, hijo de

Jacob, vio, durante un sueño, que las espigas de trigo atadas por sus hermanos, se inclinaban ante las suyas, y que el Sol, la Luna y once estrellas lo adoraban: lo que se realizó, cuando José vino a ser ministro del Faraón: sus hermanos *y* los padres recibieron de él, trigos *y* otros bienes. -Un ángel avisó, en sueños, a San José que condujese a María y Jesús a Egipto, con el fin de salvar al niño de la persecución de Herodes. - También a los tres Reyes Magos, después que hubieron adorado al niño Jesús, apareció en sueños un ángel indicándoles un nuevo camino que debían seguir para que no se encontraran con Herodes.

-Volvamos a la cuestión de los sueños comunes - dijo el padre. - Ya en ellos nos muestra la naturaleza que, además de la vida material de nuestro organismo carnal, está en nosotros una vida que puede desempeñar su actividad sin el concurso de los sentidos físicos. Los sueños son los escalones más bajos de la vida espiritual; el hombre que sueña, ha de aceptar, sin poder impedirlo, la actividad de fuerzas espirituales buenas y malas. En los escalones de actividad espiritual, que son más elevados, coopera la voluntad humana; y el escalón más alto es aquel donde las fuerzas espirituales se unen con nuestra voluntad y, de conformidad con las leyes de ésta, nos conducen a la vida superior y a la infalible clarividencia, clariaudiencia y claripercepción.

El padre Evandro no se engañaba, cuando dijo que sentía aproximársele la muerte. Antes de transcurrir un mes después de esta conversación, su noble e iluminada alma abandonó su envoltura corpórea, pasando al mundo espiritual, para gozar en el paraíso los frutos de sus buenas acciones.

CAPITULO XXXIX

"Sólo ayer, señora mía, percibí la vez primera que tus tan ardientes ojos en mis ojos se inmergieron, y una llama calurosa quema mi alma ya entera."

JAN CERVENKA, poeta checo.

("Señora mía, señora mía, fué ayer, por la primera vez, que nuestros ardientes ojos se inmergieron en mis ojos... y ya la llama calurosa en mi alma cstá creciendo…”)

En el día del entierro del padre Evandro, tuvieron Deodato y Alberto Dupuis la inesperada visita de Nicanor Vigier, que aún vino a tiempo para asistir a los funerales.

-Estaba yo en Ajaccio, - dijo él, en el lugar del nacimiento de Napoleón Bonaparte, cuando percibí, por la visión espiritual, que nuestro buen amigo Evandro estaba a punto para partir del mundo visible. Es por eso que interrumpí mis estudios en la isla de Córcega y vine aquí para darle el último adiós.

Se demoró Nicanor una semana en Masella, recomendando a Dupuis que preparase a Deodato para la iniciación en la Orden a la cual ambos pertenecían.

-A fines del corriente año, -dijo Nicanor- debo, según las órdenes del Maestro Mejnur, entregar a Deodato la última porción de su herencia paterna. Con lo que ya posee, será suficiente para que pueda llevar una vida bastante independiente.

Mientras el padre Evandro estaba en esta tierra las afecciones que le ligaban a él defendían al corazón de Deodato contra la invasión de un amor sexual. Después de haber perdido a los padres adoptivos, concentraba Deodato sus sentimientos afectivos en Evandro y en tí.

Y también en vos, querido Maestro -objetó Dupuis. -Deodato os venera sinceramente.

-No lo ignoro, mi querido, como igualmente esta muy reconocido a Mejnur, por ser éste su gran bienhechor. Pero estos sentimientos son de grados diferentes. Uno es la naturaleza de los afectos que un hijo siente por sus padres; otros; es la naturaleza que lo ligan con los que, substituyéndose a los padres, al mismo tiempo son sus educadores, maestros y amigos; y otra es la naturaleza de los afectos que traducen la gratitud a una persona extraña. Y totalmente diferentes son los afectos de inclinación amorosa para el otro sexo. Deodato no se ha enamorado aún de ninguna belleza viva, a pesar de apreciar, como pintor, toda la gama de lo bello. Pero yo sé que su naturaleza en inflamable; y deseo que no dé algún paso errado, Que le cerraría la puerta de la Iniciación. Vela, pues, con cariño, por él, amigo mío.

Alberto Dupuis prometió satisfacer, en todo lo que fuese de su competencia, el pedido de Nicanor. Continuaron residiendo ambos, él y Deodato, en Marsella, dedicándose a sus trabajos habituales. En Diciembre de 1815, recibió Deodato, de manos de Nicanor, el resto de su herencia paterna.

En Abril de 1816 el doctor Nicanor Vigier vino nuevamente a visitar a los dos amigos, y los invitó a un viaje a la isla de Córcega, diciendo que Deodato aprovecharía mucho la excursión, ofreciéndole la oportunidad de estudiar las extraordinarias bellezas que la naturaleza ostentaba en aquellas regiones.

Alberto Dupis y Deodato aceptaron la invitación de Nicanor. Estaban los tres a bordo de un pequeño navío de vapor, bautizado con el suave nombre de "Esperanza", el cual debía seguir para la ciudad de Bastia, en Córcega. El navío empezaba ya a

moverse, cuando los tres viajeros, mirando por el combés para el otro navío que había atracado cerca, avistaron a bordo, un hombre, una señora y una joven de unos diez y siete años, y que estaban trajeados a la inglesa.

-¡Señor Glyndon! - exclamó Nicanor.

El inglés oyendo pronunciar su nombre, dirigió la mirada hacia donde venía la voz, y reconociendo inmediatamente al doctor, lo saludó con la mano, exclamando, a su vez:

-¡Buenos días, doctor Vigier!

En el mismo momento encontráronse la mirada de Deodato que saludaba instintivamente con la de Leticia, que con su madre, respondía galantemente al saludo, inclinando graciosamente la cabeza.

-¿Dónde van? - preguntó el doctor Nicanor.

Pero el ruido del navío que ya se apartaba, no dejó percibir la respuesta.

Deodato como si una fuerza mágica lo obligase a contemplar a la joven, no pudo desviar su mira de ella. Y lo mismo sucedió con Leticia; también ella se sintió como atraída por el joven, y lo miró largamente.

-¿Aquellos ingleses son conocidos vuestros? - preguntó Alberto Dupuis a Nicanor Vigier.

-Sí, amigo mío. El señor Clarencio Glyndon ya fué discípulo de mi maestro Mejnur, hace 22 ó 23 años.

-¿Pertenece, entonces, a nuestra Orden?

-No, mi querido. El fracasó en su primera prueba iniciática, y dejó por consiguiente de seguir el Camino que nos conduce al Templo del Supremo Saber. Hace diez y seis años estuve con él en Inglaterra; en aquella ocasión me hospedé en su casa, y tuve el gusto de conocer a su esposa doña Lucía, como también a la hija de ese matrimonio, llamada Leticia. Sin duda es aquella hermosa y simpática doncella.

En la imaginación de Deodato quedó nítidamente impresa la imagen de la joven. La pequeña distancia no le impidió notar

que Leticia era de tipo venusino: de estatura un poco más de la mediana, con el rostro redondo, la boca pequeña, los cabellos negros y largos, los ojos grandes y, como le pareció, de una expresión llena de ternura.

El navío, que iba para Córcega, ya se alejaba tanto del que llevaba a la familia Glyndon, que Deodato no pudo distinguir más en éste, persona alguna, pero los ojos del joven se volvían, de vez en cuando, para aquella dirección, y su corazón palpitaba de un modo que no le era común. Y desde aquel momento, volvían los pensamientos de Deodato, con mucha frecuencia, para aquella bella imagen, y en ella se detenía obstinadamente.

CAPITULO XL

"Bir éyi charáb ve bir güzel kary íki tátly séhir dir."

Proverbio turco

("Un buen vino y una hermosa mujer son dos dulces venenos.")

El sol estaba en su punto culminante, cuando, en el segundo día de su viaje, los pasajeros del vapor "Esperanza" avistaron, a una distancia de pocos centenares de metros, la tierra. El navío doblaba el Cabo Corso.

-La isla que veis al Levante -dijo Nicanor Vigier a sus compañeros- es Caprera, esto es, la Isla de las Cabras; hay en ella una gran abundancia de esos cuadrúpedos, para los cuales sus sitios escarpados son más atrayentes que a los seres humanos, de que allá no es grande el número. De la isla de Caprera al Sureste, se encuentra la verduzca isla de Elba, la cual agradece al corto tiempo que sirvió de morada a Napoleón, las buenas carreteras o caminos que ese gran hombre le dió. Pero al Sur, además de la islas Pianosa y Formica, está la isla monte Cristo, hoy desierta, y habitada sólo por cabritos. En la edad media, unos resueltos religiosos edificaron, en aquella región estéril, un convento, cultivando allí un pedazo de tierra, donde plantaban lo que necesitaban para su frugal mesa. Pero, un día, una horda de serracenos invadió el convento degollaron a los monjes y se apoderaron de los ornamentos y vasos sagrados, que constituían la

única riqueza de aquellos religiosos. Desde aquel tiempo, la isla quedó desierta. Sin embargo las cabras, que escaparon a los sarracenos, se multiplicaron enormemente. A veces vienen cazadores italianos a cazarlas y llevan las pieles de las que consiguen matar.

-¿ Y qué nos diréis de Córcega? - preguntó Dupuis.

-La isla de Córcega -explicó Nicanor- es montañosa. Estas montañas son entrecortadas por desfiladeros incultos y estrechos valles. Hasta ahora hay pocas carreteras; las de Bastia a Ajaccio y a San Florente son las únicas que permiten viajar en coche; en toda la otra parte el tránsito se hace a caballo. La naturaleza dotó a la isla de peñascos escarpados, sitios casi desiertos, grutas profundas; pero le dió también regiones fértiles, gran opulencia de frutos y vegetales alimenticios, una temperatura agradable, magníficos bosques, donde se encuentran muchos árboles de más de treinta metros de altura, y con tres metros de diámetro; por ejemplo, los bosques de Vizzanova, y los de Aitona. La isla de Córcega posee mármol, granito, pórfido. Hay abundancia de peces en el mar de sus costas, por lo cual los pescadores napolitanos son atraídos. También son notables las fuentes de aguas minerales, como las de Guagno, Perticola, Orezza, y principalmente las de Caldaniccia, que igualan a las de Vichy.

-¿Y cuáles, son las principales cualidades características de la población de esta isla?

-El corso es, generalmente, valiente, hospitalario, fiel al juramento; lo que es más lamentable es su carácter vengativo. Ciertamente ya oisteis hablar de la "vendetta" que, desde siglos, domina entre los corsos, como también entre los pueblos balcánicos.

-Explicadnos lo que, en realidad, es esta "vendetta", o ley de venganza, - pidió Deodato.

-El corso considera un deber perseguir y matar a la persona que asesinó a un pariente suyo o contribuyó a su muerte. Además, cuando ese asesino es muerto por su enemigo, este enemigo

es perseguido por la gente que pertenece a los familiares de aquel muerto, y más temprano o más tarde, ha de morir por la mano de uno de ellos. Ha de ser, no obstante, vengado por alguien de los que son sus parientes; esta persona que, vengándolo, mata al asesino es perseguida, a su vez, por alguno de los sobrevivientes de la familia de ese hombre, y así viven las familias enemigas en continua guerra, matándose alternativamente. Si alguien, perdiendo, por mano asesina, su padre, hermano u otro pariente, no procura vengarlo, matando al autor de aquella muerte, es considerado cobarde y despreciado por el pueblo de aquella isla.

-¡Qué costumbre bárbara! - exclamó Deodato.

-Como todo en el mundo, esta costumbre tiene su origen natural - dijo Nicanor. - Los corsos estuvieron, por mucho tiempo, bajo el dominio opresivo de los genoveses; y no hallando justicia y protección ni en las leyes, ni en los magistrados, se sintieron obligados a hacerse justicia por sí mismos. Cuando el culpable podía obtener a precio de oro la impunidad de su crimen, hallaban natural que el ofendido se sirviese de su propia arma, para con ella satisfacer la justicia, burlada por los magistrados. Infelizmente, este pueblo se acostumbró tanto a la venganza, que se volvió ciego a las consecuencias funestas que esta irracional concepción del honor trae consigo.

El navío se aproximó a Bastia. Los viajeros avistaron la plaza de S. Nicolau, el palacio de justicia y todo el barrio nuevo. El vapor entró, por fin, en el puerto, cuyas casas, viejas y en decadencia, ofrecían un aspecto poco agradable.

El doctor Nicanor Vigier llevó a sus amigos al hotel "León Blanco" donde se instalaron.

En el mismo hotel estaban alojados, desde algunos días, dos rusos: Boris Derjinski y su compañero Eudosio Ummy, que viajaban, visitando varias casas comerciales, con que la firma Derjinski estaba en relaciones. Eudosio, que ya contaba cuarenta años de edad, fué encargado por su patrón, el padre de Boris, de introducir a éste en el mundo europeo, y al mismo tiempo presentarlo a

sus amigos en el mundo comercial. Después de haber visitado Nápoles, Roma y Liorna, decidieron los dos rusos pasar una semana en Bastia, antes de seguir para Marsella.

En el hotel "León Blanco" había muy buenos vinos, Boris probaba un poco más de lo que agradaba a su compañero. Y si el vino, ya de por sí mismo, era capaz de "entusiasmar" al joven ruso, mayor aún era su "entusiasmo" cuando quien le servía el vino era una bella muchacha, de facciones seductoras y de muy buen humor. Rosalina era su nombre.

-¿Gustáis de vino, señorita? -le preguntó Boris, cuando, estando solo, recibía de la mano de la joven el vaso lleno de excelente falerno.

-Un poco, caballero.

-Entonces hacedme el favor de probar éste.

-¡A vuestra salud, señor! - dijo Rosalina, humedeciendo los labios con algunas gotas del líquido.

-¡A vuestra felicidad, bella Rosalina! -brindó Boris, vaciando la copa.

Al otro día, cuando la casualidad permitió que por segunda vez se encontrasen solos, el joven Derjinski, mareado por el vino y por la hermosura de la corsa, osó comenzar una conversación preguntándole cómo se llamaban sus padres, y supo que ambos ya eran fallecidos y que ella tenía solamente dos hermanos.

-Estoy encantado de vuestra hermosura, Rosalina -dijo de pronto Boris. - Yo os amo.

Y levantándose, quiso aproximarse a la muchacha. Esta sonrió y salió de la sala. El ruso juzgó que aquella sonrisa era demostración de simpatía. Un momento después, cuando Rosalina, volvió, indagando si el caballero tenía algunas órdenes para ella Boris respondió.

-No tengo órdenes; apenas tengo un deseo.

-¿Y cuál es?

-¡Ser amado por vos, bella Rosalina! - Con la cara ruborizada, preguntó la joven:

-¿Habláis en serio, señor?
-¡Muy en serio! -añadió Boris.
-Entonces entendeos con el cochero Santiago.

Y diciendo esto se ausentó.

Boris, a quien el vino y la pasión nublaron su raciocinio, salió al patio y, encontrando allí al cochero, lo invitó a que le acompañase a su habitación; lo obsequió con una copa de vino y le preguntó:

-¿Sois algún pariente de la bella Rosalina?
-No, señor -fué la respuesta.
-¿Ella no os dijo alguna cosa respecto a mí?
-¡Oh! ¡Sí, señor! Rosalina me contó que le declarasteis vuestro amor.
-¿Y qué más os dijo?
-Que si queréis tener con ella una agradable entrevista, debéis buscarla mañana temprano en cierta casa, en la próxima aldea.
-¿Y cuál es esa casa?
-Es donde ella acostumbra reunirse con los que la aman.
-¿Con los que la aman? - repitió Boris, mirando a su interlocutor. - ¿Y vos pertenecéis al número de esos hombres?
-¿Por qué negarlo? -dijo el cochero.- Vamos, pues, al negocio. ¿El señor quiere que lo lleve a aquella casa?
-¿Podré pasar allá algunas horas con Rosalina, a solas? Quiero decir, sin que los otros nos sorprendan.
-¡Todo depende de las condiciones, señor!
-¿Y cuáles son esas condiciones?
-Si me dáis doscientos francos arreglaré todo.
-Entonces, arreglad lo que fuere necesario, y llevadme allá, mañana temprano. ¿Pero Rosalina estará allá con seguridad?
-Esta misma noche.
-¿Y no podéis llevarme esta misma noche?
-Si en vez de doscientos francos me dáis trescientos, lo llevaré allá hoy mismo antes de anochecer.

-¿Podré pasar la noche solo con Rosalina?

-Juro que sí.

-Entonces, mi amigo, vamos hoy. Y llevaremos algunas botellas de buen vino, algún asado y pan; ¿no encontráis bien?

-¡Feliz recuerdo! ¡Será como un banquete de noviazgo!

-Voy a pasar la noche afuera -dijo Boris, antes de salir, a Eudosio. -No tengas recelo, no me pierdo. Me fué prometida una entrevista femenina y, como buen caballero, no puedo dejar de aceptarla.

-¡Cuidado muchacho! -le respondió Umny. -¡Cuidado! ¡No hagas ninguna liviandad que pueda traerte molestias!

-No hay peligro.

Cuando Boris subía al coche, en el que Santiago lo aguardaba enfrente de la casa, se encontró, en el corredor, con Deodato. Este ya sabía que en el hotel se hospedaban dos rusos; pero ésta fue la primera vez que tuvo la oportunidad de ver a Boris. Lo saludó y observó sus facciones.

-Creo que ya vi a este hombre... -pensó Deodato para sí. -¿Dónde habrá sido? ¡Ah! En las visiones que me presentaban al buen amigo Mauricio. Sí; si este joven no es el ex rival de Mauricio, es al menos muy parecido. ¡Y cómo está saturada de pasiones su aura!

…………………………………………………………………………….

Las estrellas ya iluminaban el espacio y la tierra se adormecía en el brazo de la noche, cuando Santiago hizo parar el coche enfrente de una choza lejos de la ciudad. Había luz en una de las ventanas.

-Estamos en el lugar buscado, señor Boris-dijo el cochero.-La luz es la señal de que os esperan.

La puerta de la casa estaba entreabierta. Los dos hombres entraron en la habitación iluminada.

-Comed y bebed un poco, para que no os falte coraje dijo Santiago a Boris.

-No tengo volutad de comer, pero no rehusaré un poco de vino- dijo éste.

El cochero le sirvió inmediatamente.

Boris vació la copa y convidó al cochero para que también tomara.

-Primero comeré un poco -respondió Santiago;- no puedo tomar vino, sin haber comido. Pero antes de todo iré a arreglar los caballos.

-Entonces pasadme el vino; y ved dónde está la bella Rosalina.

Y diciendo esto se sirvió Boris otra copa de vino.

-¡Un momento, señor!- dijo Santiago.- Decidme:

¿Amáis realmente a Rosalina?

-¡Apasionadamente!- exclamó Boris.

-¿Queréis casaros con ella?

-¡Eso no! ¿Pero por qué me hacéis esta pregunta?

-Para que no haya duda sobre lo que pretendéis obtener de ella...

-Pero yo ya os declaré que apenas deseo pasar una noche con ella, para amamos. Y vos me jurasteis que arreglaríais todo para que yo quedase solo, con ella, esta noche.

-Si, señor, y cumpliré mi juramento. ¡Rosafina, oisteis!

-Oí- exclamó la doncella, apareciendo a la puerta, en compañía de dos jóvenes .

-¡Y nosotros oímos también! -gritaron éstos, y antes que Boris comprendiese que había caído en una celada arreglada por Rosalina y su novio Santiago, los dos jóvenes, que eran los hermanos de la muchacha, lo agarraron y lo ataron de pies y manos.

-¿Qué es esto? -balbuceó Boris.

-¡Es el castigo de tu impúdica intención!-exclamó el más viejo de los hermanos de Rosalina. -Pensaste que nuestra hermana era una prostituta; esta tu suposición es odiosa y vil. Santiago es su novio. Ella le contó tus infames propósitos y ambos combinaron castigarte por tu osadía. ¡Pagarás mil francos, que servirán de dote a la que querías ultrajar, o morirás!

-Yo no traigo tanto dinero conmigo -articuló Boris.

-¿Cuánto tienes contigo?

-Cuatrocientos francos.

-Trescientos francos ya me pertenecen -dijo Santiago; -así habíamos combinado.

-Pero no cumpliste lo que me habías prometido -objetó Boris.

-Cumplí, si señor. Os traje a la casa donde ella acostumbra reunirse con los que la aman. Estas personas somos nosotros tres; yo, su novio, y estos dos jóvenes, que son sus hermanos. Y os prometí que podríais pasar, en esta casa con Rosalina, solitos, algunas horas, y hasta la noche entera. Y, realmente, la pasaréis, porque ella os vigilará. Naturalmente, quedaréis atado, porque sois nuestro prisionero, y no os olvidéis que vuestra vida está en nuestras manos. Si queréis volver vivo y sano al hotel, escribid nombre y dirección en este sobre y firmad esta carta dirigida a vuestro compañero, y él debe entregar al portador mil francos, a vuestra cuenta; sino recibimos el dinero dentro de veinte y cuatro horas os llevaremos a una gruta en la sierra, y de allá no saldréis mientras no cumpláis con esta deuda.

Santiago le presentó la carta a Borís, que decía: "Amigo. Preciso mil francos, para salvar mi vida: debe entregarlos al portador de ésta, sin demora, porque el plazo que me fué dado es corto."

Los corsos desataron las manos al ruso; pero apenas él firmó aquella carta y puso la dirección en el sobre, volvieron a atárselas, lo pusieron sobre una cama y, dejándolo en la habitación solo con Rosalina, se ausentaron.

-¿Entonces, aún me amáis -zumbó la muchacha.

Boris no respondía. Vergüenza, mezclada con ira, llenaba ahora su corazón.

-¿Queréis comer o beber alguna cosa? -preguntaba, de vez en cuando Rosalina.

Pero ninguna palabra salía de los labios del joven Derjinski,

que estaba con los ojos cerrados. Eran consecuencias del vino que había tomado, y al cual Santiago había mezclado un débil narcótico; el ruso se adormeció.

………………………………………………………………………….

Al siguiente día a la salida del sol aguardaba, en el hotel "León Blanco", el hermano mayor de Rosalina, a que el compañero de Boris se levantase, para entregarle la carta.

Eudosio la leyó, llamó al hotelero, se la mostró y dijo:

-¿Qué es lo que el señor me aconseja? ¿Cree que debo dar parte a la policía y mandar prender al portador?

-No lo hagáis, -respondió el interrogado- porque no solamente no conseguiréis libertad a vuestro compatriota, sino que empeoraréis su situación. Como me dice el portador de la carta, el señor Boris quiso seducir a una doncella honesta, y por eso tendrá todo el pueblo en su contra. Si la policía interviene, él será arrestado y procesado; en Córcega no se deja impune a un hombre que para satisfacer la pasión libidinosa atenta contra el honor de una púber.

-¿Pero quién me garante que aquellos que prendieron a mi compañero le restituirán la libertad, cuando hayan recibido la cantidad que exigen? -dijo Eudosio.

-Yo os juro -dijo el hermano de Rosalina -que si me entregáis los mil francos, posiblemente aún antes de anochecer, vuestro amigo estará aqui. El señor hotelero será testigo de mi juramento.

Eudosio entregó los mil francos, Al anochecer, trajeron a Boris en el mismo coche en que había partido. El joven estaba pálido, avergonzado y del mal humor. El siguiente día permaneció en su habitación, y al tercer día se embarcó con su compañero, en un navío que iba para Marsella.

CAPITULO XLI

("Fácilmente Dios, cuando quiere, salva a un hombre, aunque éste esté lejos.")

HOMERO

Al día siguiente después de la partida de Boris, pidió Santiago al hotelero una licencia de cuatro días, para visitar a su madre.

-Quiero participarle que, en breve, me casaré con Rosalina., y voy a pedir a mi madre que bendiga nuestra unión -dijo el cochero.

-Bastarían dos días -dijo el patrón- para ir a ver a tu madre y volver. Pero ciertamente, quieres hablar también con tu padre; ¿no es verdad?

El joven se ruborizó y no contestó.

-No tengas recelo de confesármelo -prosiguió el hotelero.

-Yo no traicionaré tu secreto. Pero cuidado; hace pocos días apareció en esta ciudad, José Neri; posiblemente está tratando de realizar la "vendetta".

-Es por eso, patrón, que quiero hablar con mi padre. Neri estuvo ayer en casa de los hermanos de Rosalina, pidiéndoles la mano de la doncella; y cuando supo que ella era mi novia, profirió fuertes imprecaciones.

-¡Oye, Santiago! -dijo el hotelero.- Los tres franceses que están alojados en nuestro hotel me pidieron que les consi-

guiera un conductor que los lleve a *la* montaña *vecina. El pintor quiere diseñar algunas vistas* y *los* doctores se proponen herbarizar. Llévalos *al "Collo* de *Teghime"*, donde *ellos quieren* ir en primer *término. Y mientras* ellos permanezcan *allí,* darás un *salto* y estarás en Oletta, para *visitar* a tu madre y unas vueltas para encontrar a tu padre. Los franceses piensan demorarse algunos días en las *inmediaciones* de *Teghime.* Llevarás *alimentos* para *ellos* en *el* coche. Dejarán aquí sus *equipajes* y *prometieron* depositar *el dinero correspondiente al* precio de los *caballos* que *lle*varen. *Sírveles bien* y no te *arrepentirás* por *ello.*

A la tarde *del* día *siguiente,* cuando *Santiago* dejó a los franceses *instalados* en una posada cerca de *Teghime,* habiendo obtenido la licencia de ausentarse por dos dias, fué a ver a su vieja madre *Annunciata* en *la población* de Oletta, donde *ella vivía* en *compañía* de otro *hijo, llamado* Francisco, que era casado y tenía dos *hijitos.*

Santiago *llegó* ya de noche a *la* casa materna, y fué *recibido* con gran *alegría.* Con placer oyeron, la madre y *el* hermano, la *noticia* de su próximo casamiento, y *presentáronle sus* felicitaciones, haciendo votos por su ventura conyugal. Una nube de gran angustia, *sin* embargo se extendió por *aquellos jubilosos rostros,* cuando Santiago narró lo que *sabía* respecto a la *llegada* de José *Neri.*

-¡Qué mala Suerte! -exclamó *la* anciana Annunciata. -Este hombre parece ser mandado por el mismo diablo en nuestra persecución. Hace cinco años que la fatalidad armó *el* brazo de mi Pedro contra *el* padre de José, cuando éste se rehusaba a obligar al hijo a casarse con la pobre Clara. ¡No os olvidéis, muchachos, de la triste suerte de vuestra hermana, que murió de sentimiento por haber sido calumniada por Jose Neri! El miserable le habia prometido el casamiento, pero un dia que vió a Clara bailando con el hijo del intendente, la víbora de los celos le pico el corazón y le envenenó el juicio: José se retiró y propaló la ca*lumnia* de que nuestra Clara mantenía amores con el hijo del in-

tendente. Un día se encontró vuestro padre con el viejo Neri y le recordó que era tiempo de realizar el casamiento de Clara con José, conforme habían *combinado.* El viejo Neri respondió que no dejaría a su *hijo* casarse con la enamorada de otro. Una palabra provocó otra, hasta que, por fin, *los* dos hombres tomaron las armas. Pero antes que el viejo Neri pudiese clavar su puñal en el cuerpo de Pedro, cayó tambaleante, bajo el golpe certero de éste, y expiró en pocos minutos. Desde aquel día, como sabéis, hijos míos, vuestro padre tiene que ocultarse, para no caer en las manos de la policía, y tiene que precaverse para no ser víctima de los Neri, que juraron vengarse. ¡Recuerden eso, y sean buenos hijos, ayudando a vuestro padre y velando por su seguridad! Y rueguen a Dios, en vuestras oraciones, que le dé el descanso eterno al alma de vuestra hermana. La pobrecita, viéndose calumniada e injustamente despreciada, se amargó profundamente; y rehusando la comida, fué adelgazando de día en día, y tres meses después de la desdichada fecha, entregamos sus restos mortales a la tierra. Recuerdo que, poco tiempo después del entierro de Clara, José declaró a los hermanos de Rosalina que, antes de partir para Nápoles, donde tenía un tío rico que le había ofrecido un buen empleo en su casa de comercio, deseaba saber si podría considerar a Rosalina como su futura novia. Le fué contestado que ella era aún muy joven, pues apenas contaba diez y seis años de edad, y que, por el momento, no podían decidir un asunto tan delicado. Y ahora, después de cuatro años y medio de ausencia, viene este José Neri a perturbarnos nuevamente. ¡Auxílianos en nuestras pruebas, Nuestra Señora de la Misericordia!

Y la vieja Annunciata se desató a sollozar.

-¡No lloréis, querida madre! -la consoló Santiago.- ¡Aún estamos vivos y sanos; y, con la protección de Nuestro Señor y su Santísima Madre, escaparemos de las celadas que nuestro enemigo nos quiera armar!

De madrugada andaba Santiago por el bosque, en busca de su padre, el viejo Pedro Rinaldini. Cuando el Sol lanzaba sus

primeros rayos a la faz de la Tierra, el joven llegó a un miserable rancho, construído de gruesas ramas de árboles. Dos de los sostenes angulares estaban formados por troncos de árboles aún verdes; las paredes y el techo del rancho eran de pieles de cabritos. Santiago silbó de una forma especial. Nadie le respondió. El joven repitió el silbido, y a pocos minutos salió del rancho un hombre, con una larga barba, que le llegaba hasta el pecho, y con un sombrero de alas anchas. Un casacón de paño descolorido, con un capuchón, que le cubría el tronco. En la cintura traía, de un lado, una pistola, y del otro, un puñal; en la mano izquierda sostenía un fusil, y del hombro derecho pendía una cartuchera. Santiago, apenas vió a este hombre, lo abrazó, diciendo:

-¡Buenos días, padre mío! vengo a participaros que deseo casarme con Rosalina, y os pido vuestra bendición.

-Dios te bendiga, hijo mío, e igualmente a tu novia. ¿Entonces ya arreglaste el capitalito necesario para formar tu hogar?

-Sí, padre, tenemos con qué formar vuestro nido, gracias al auxilio de los Santos. Además, al mismo tiempo que vengo a daros esta alegre noticia, vengo a preveniros de que José Neri anda por estas regiones. ¡Tened, pues, cuidado! Yo os traigo un poco de municiones.

-Entra en mi rancho -dijo Pedro.- Como sabes, esta cabaña se comunica con una gruta, donde guardo los objetos que necesito. Guardaremos allá las municiones que trajiste.

El padre y el hijo, después que hubieron echado una escrutadora mirada alrededor de sí, entraron en el rancho, donde se consideraban seguros.

Sin embargo, apenas desaparecieron, se movió, a distancia de unos treinta metros, un muchacho que hasta entonces había estado escondido detrás de un tronco de un curpulento árbol, de donde espiaba a Pedro y a Santiago, habiendo seguido a éste desde que él salió de la casa materna. Era Vicente, un hermano de José Neri, encargado de descubrir el escondrijo del viejo Pedro. El propio José no andaba lejos de allí. En pocos minutos,

Vicente estuvo con el hermano y lo informó del paradero de Pedro. Deslizándose por entre los árboles, los dos hermanos se dirigían al rancho, y a pequeña distancia de la puerta, escondiéndose cada uno detrás de un árbol, se apostaron, con las pistolas prontas para hacer fuego.

Al aclarar el día, despertó Deodato a sus compañeros, con los cuales compartían la habitación, y les dijo:

-Tuve una visión que me inquietó. No estaba durmiendo, y me acordé de nuestro conductor Santiago. En un instante lo vi entrar en una modesta casa, en una población, y ser recibido por una señora ya de edad, a la que él llamaba madre, y por un hombre, al que llamaba hermano; además una mujer, aún joven, y dos muchachitos. Percibí que se habló respecto del próximo casamiento de Santiago; pero luego oí pronunciar el nombre del padre, y entonces desapareció mi visión. Me concentré con la voluntad de ver la continuación de la escena, y pronto me vi dentro de un denso bosque, enfrente de un rancho hecho con gruesas ramas de árbol y pieles de cabritos. En este rancho percibí un hombre, ya de edad, cuya fisonomía recordaba a la de Santiago. Comprendí que era su padre. Estaba acostado en una rústica cama, teniendo a su lado un puñal, una pistola y un fusil. Desapareció esta visión, para presentarse a mi vista interna otra. Vi a Santiago al lado de su padre, en el interior de aquel rancho, y percibí que, mientras ellos estaban conversando, dos hombres, uno representaba alrededor de treinta años de edad y el otro más joven, estaban cerca del rancho, prontos para hacer fuego cuando Santiago y su padre apareciesen en la puerta.

-Tu visión es verídica -respondió Nicanor.- Estoy percibiendo la situación. Veo el rancho, a nuestro Santiago y a su padre allá dentro, conversando, y los dos enemigos de ellos preparando una emboscada para asesinarlos. Pero no admitiremos que se consume este crimen. No tenemos tiempo para ir allá materialmente; iremos, pues, en seguida, Alberto y yo, en nuestros

cuerpos astrales. Tú vigilarás nuestros vehículos físicos, pero no los toques.

Dicho esto, se acostaron Nicanor y Dupuis, y en tres o cuatro minutos parecían estar nuevamente dormidos. Mientras Deodato observaba esos dos cuerpos, notó que sus dobles etéreos se separaban de ellos; le mostraron con las manos y desaparecieron.

José Neri y su hermano Vicente, después de esperar mucho tiempo, notaron al fin, que la puerta del rancho se abría. ¡Pero, cuál no fué su espanto cuando, en vez de Pedro y Santiago, salieron de él dos personas totalmente diferentes, de aspecto más angélico que humano, inermes, y circundados de luminosas irradiaciones! Los Neri quedaron estupefactos; las armas se les cayeron de las manos y sus cuerpos temblaron, como bajo la influencia de un frío cortante.

Las dos apariciones dieron unos pasos en dirección a ellos; pero detrás de las dos extrañas figuras salían del rancho Santiago y Pedro, los cuales, avistando a sus enemigos, se pusieron en actitud de hacerles puntería. Pero en el mismo momento, Nicanor y Alberto tocaron sus brazos y ellos también dejaron caer de sus manos las armas, pasmados y atónitos.

Entonces Nicanor, cogiendo a los Neri por las manos, los trajo a la inmediata presencia de los Rinaldini, y díjoles, con voz seria y llena de fuerza y autoridad:

-El cielo no permite que derraméis recíprocamente vuestra sangre. Recordaos que Dios dijo: "¡No matarás!" Pedro mató a vuestro padre, en el momento en que fué amenazado por él. No querráis vengaros por vuestras propias manos. Sólo a Dios pertenece el derecho de juzgar a los corazones y hacer la justicia. Y El nos envió acá, para no dejar consumarse un nuevo crimen. Pedro y Santiago, vosotros también respetad la vida de los otros; y dad las manos a José y a Vicente, en señal de que, de hoy en adelante, no os consideráis más como enemigos, ¡Perdonaos los unos a los otros, para que Dios también os perdone! ¡Jurad que no os perseguiréis más los unos a los otros!

Y, ¡oh milagro! -los enemigos se dieron realmente las manos, diciendo:

-Juramos. ¡Seamos, pues, amigos, si tal es la voluntad de Dios!

Y aún tenían dadas las manos, cuando desaparecieron las figuras de Nicanor y Alberto, y los cuatro hombres quedaron profundamente convencidos de que eran ángeles que habían descendido del cielo, para oponerse a que se realizara la "vendetta".

José y Vicente luego se retiraron, imposibilitados de articular una sola palabra. Santiago abrazó a su padre y se apresuró a ir a contar a su madre el milagroso acontecimiento.

Y pronto se esparció por toda aquella región la noticia de que dos ángeles habían aparecido cuando los Neri querían llevar a cabo la "vendetta", matar al viejo Pedro, y que esas apáriciones celestes obligaron a ambas partes a desistir de persiguirse.

-Fué cierto, porque Pedro no era culpable de la muerte del viejo Neri -decía el pueblo.- Es una prueba de que él lo mató asumiendo su defensa propia.

José y Vicente Neri fueron a ver, en la ciudad, a las autoridades encargadas del proceso contra el viejo Pedro Rinaldini, y pidieron la anulación del proceso, exponiendo las razones que a eso los llevaban. Y, antes de transcurrir un mes, Pedro fué públicamente declarado inocente, pudiendo volver a su casa y asistir a las nupcias de Santiago.

CAPITULO XLII

"Aguzza qui, lettor, ben gli occhi al vero,
Che il velo é ora tanto sottile,
Certo, che il trapassar dentro é leggiero."

DANTE ALIGHIERI, ***"La Divina Comedia",***

("Aguza aquí, lector, bien la vista a la verdad,
pues el velo ahora es tan sutil, que ciertamente, fácil es **en** ***ella penetrar.")***

Durante media hora, más o menos, los cuerpos de Alberto y Nicanor permanecieron inmóviles, y con apariencia de profundo sueño. Después notó Deodato que sus propietarios volvieron, porque aparecieron por un instante al lado de los cuerpos e inmediatamente se unieron a éstos.

-¿Tuviste buen éxito ? -preguntó Deodato.

-¡Muy bueno! -le respondió Alberto, y narróle la feliz experiencia. -Fué debido a las fuerzas altamente espiritualizadas del Maestro Nicanor -agregó- que no sólo se impidió la realización de un crimen, como también se reconciliaron los enemigos, lo que es, realmente, un acontecimiento milagroso en este país de odios y venganzas.

-¿Podré yo también alcanzar la facultad de exteriorizar, a volutad, mi cuerpo etéreo y viajar en astral? -preguntó Deodato.- Sólo cuando lo hayas recibido el segundo grado iniciático, hijo mío -le explicó Nicanor Vigier.- A pesar de que posees, como don natural, un grado adelantado de clarividencia, no per-

teneces aún a nuestra venerable Orden. Estás ahora en la puerta. Además como aún no has pedido la admisión, no te admires que no hayas recibido la clave de muchos misterios.

-Y si yo pidiera la admisión ¿cuáles son las condiciones impuestas?

-Nuestra Orden exige a los neófitos que demuestren una seria voluntad de dedicar su vida al estudio de las leyes que rigen los variadísimos fenómenos de los reinos naturales; él debe probar que sabe reflexionar, querer, aislarse, osar y callarse.

-¿Podeis explicarme mas claramente lo que significan estas palabras?

-Es necesario "reflexionar" antes de decidirse a obrar. Por eso, el neófito debe practicar concentraciones y meditaciones, hasta que sienta en sí una clara Luz que ilumina las nubes de las dudas y resuelve las cuestiones y enigmas que se presentan en su alma. Es necesario saber "querer", por la voluntad es el gran agente mágico. No basta desear, para obtener la iluminación; es menester querer. ¿Y qué es lo que el neófito debe querer? Ha de querer lo que es bueno, verdadero y bello. Lo que es bueno es, de por sí mismo, justo. Lo que es verdadero es, de por sí mismo, inmortal. Lo que es bello es, de por sí mismo, divino. Es necesario "aislarse", alejarse del torbellino de las ambiciones, deseos, proyectos, diversiones y otras ocupaciones vanas del mundo vulgar, cuando se quiere ver, oír, sentir y comprender las grandiosas fuerzas y obras del Espíritu. Es necesario "osar", no tener miedo ni falta de coraje cuando se enfrentan situaciones críticas, entre malhechores o malévolos, en otros obstáculos. Es necesario "callarse", no revelar a los profanos los secretos, porque no sólo no comprenderían, sino que hasta tomarían por obra diabólica lo que emana de las fuentes más puras y de las energías más divinas.

-¿Y si alguien entra en el primer grado de vuestra Iniciación, pero no puede elevarse al segundo; o, pasando al segundo fracasa en la prueba del tercero?

-En el primer grado es un aprendiz; en el segundo es com-

pañero; y en tercero es maestro. Quien después de haber pasado por las pruebas del primer grado, no consigue ir más allá, queda siendo aprendiz por toda su vida. Como también no será maestro quien, tornándose compañero, no tenga las fuerzas necesarías para nuevo progreso.

-¿Y cuándo se obtiene el maravilloso Elixir de Vida? Sólo en el tercer grado.

De las condiciones del primer grado, -confesó Deodato -no sé si yo podría cumplir la que prescribe el aislamiento. Tengo horror a la soledad. Hay diversiones que me atraen. Siento en mí un deseo que, me parece, nunca lo venceré.

-¿Y cuál es ese deseo?

-Es el de conocer los secretos de lo bello. Quiero decir, que mi alma, que se inflama por el aspecto de la verdadera belleza, desea comprender qué es lo que sobre ella efectúa esa influencia; que existe ya anteriormente en mi alma y reconoce su reflejo o su imagen exteriorizada, en el objeto que la atrae.

-Hablas como artista, y tienes razón. Mientras no cedas a otros deseos, los de la pasión amorosa, por ejemplo, no hay peligro en ese deseo de conocer lo secretos de lo bello.

-¿Entonces, para el neófito de vuestra Orden está prohibido el amor?

-Si con la palabra amor se comprende pasión amorosa, está prohibido entregársele a quien se propone la sublime tarea de ser discípulo de la Suprema Sabiduría, de la que nuestra Orden es el guardián.

-¿Y si el amor que el candidato siente, es puro como la nieve?

-Por más puro que sea a su comienzo, acostumbra turbarse, y casi siempre termina entregándose al juego de los sentidos.

-¿El Maestro Mejnur me dió un plazo, en que yo "debo" pedir la admisión a la primera prueba?

-El juzga que no debes hacerla antes de cumplir veinte y cinco años de edad; porque sabe que en a primera juventud los

sentimientos son más fuertes que la reflexión; *y* que, por consiguiente, es dificilísimo satisfacer, en estos años, los preceptos que exigen que el neófito mate la ambición, el deseo de bienestar y el deseo de sensación.

-¿Pero es necesario matar esos deseos?

-Sí. Quien no mata en sí la ambición, tórnase esclavo de *ella.* Es, sin embargo, necesario trabajar como trabajan los que son ambiciosos. El verdadero artista trabaja por amar a su obra, y no por la ambición de la ganancia, de la gloria o fama.

-¿Pero cómo se puede vivir, matando en sí el deseo de bienestar?

-El neófito ha de elevarse por encima del temor por su vida, porque, en realidad la vida es perpetua. Quien muere en la tierra nace en el mundo espiritual. Estas palabras, sin embargo, no quieren decir que deba buscarse la muerte; debe respetar la vida y aprovecharla de la mejor manera posible. Mas no debe concentrar sus ideas deseando el bienestar, porque antes de alcanzar la llave de la felicidad perpetua, debe haber experimentado las pruebas y amarguras de la vida. Sería mal método saciarse de felicidad, sin conocer previamente el *sufrimiento,* como sería *ilógico* que un árbol produjera primero fruta madura y después la transformase en verde.

-Comprendo. ¿Pero qué mal hay en la sensación?

-Debemos estudiar la sensación y observarla, porque solamente por medio de ella podemos comenzar la ciencia del conocimiento propio; mas no debemos nutrir el deseo de sensación, para no sumergir en ella nuestro raciocinio. Experimenta lo que la vida te ofrece, siempre que no sea algo prohibido por las leyes y por la moral; pero no te entregues a los excesos y, por tanto, no vivas en el deseo de sensación.

-Ahora comprendo, querido Maestro, y desde ya voy a ejercitar mi fuerza de voluntad, para hacerla más fuerte de lo que es la atracción de la ambición, el deseo de bienestar y el deseo de sensación.

CAPITULO XLIII

"E il ciel, cui tanti lumi fanno bello
Dalla mente profonda che lui volve,
Prende l'image e fassene suggello."

DANTE ALIGHIERI, *"Paradiso"*, 2° canto

("Y el cielo que tantas luces lo embellece,

de la mente profunda que lo envuelve,

recibe la imagen y de ella se hace una estampa.")

Durante el día en que fué testigo de la maravillosa facultad de sus amigos e instructores, no pudo Deodato calmar la emoción que le embargaba, y por tanto, no pudo dibujar. A cada instante se le presentaba a su vista interior la escena del desdoblamiento, y su imaginación le pintaba vivamente el cuadro de la puerta del rancho de Pedro.

-¡Qué admirables facultades! -pensaba el joven, para sí mismo.- Vale la pena someterse a todas las pruebas que la Orden exige, para alcanzar semejantes poderes.

Vigier, notando el estado de excitación en que Deodato se hallaba, le aconsejó que paseara y contemplara los cuadros que la Naturaleza pródigamente allí le ofrecía. Una de las primeras tareas del candidato a la Iniciación es aprender a dominar las emociones. Para que el Sol de la Verdad pueda reflejarse perfectamente en el lago de la mente humana, es menester que esta mente esté tranquila; si no, en vez de una bella imagen, habrá caricaturas deformes.

Cuando la noche extendió su manto por encima de la Tierra, y en las alturas del firmamento azul aparecieron millares y millares de bellos astros, el doctor Nicanor invitó al joven pintor a observar al sereno cielo, y de esta manera abrir su alma a los influjos de la Armonía Universal.

Al oeste se levantaba la constelación de "Tauro", con su magnífico astro rojo "Alderaban".

-Es el llamdo "ojo derecho" de esta constelación- explicó Nicanor.-Un poco más cerca del horizonte, al dorso de Tauro, centellean las "Pléyades".

-Encima de nuestras cabezas, al Cenit, está la "Osa Mayor", ¿no es verdad? -preguntó Deodato.

-Realmente -respondió Vigier.-¿Quién en el hemisferio septentrional, no conoce esta constelación? Es verdad que es necesario tener una gran dosis de imaginación para ver en esta figura una semejanza con un oso. También se le da el nombre de "Carro" a las cuatro lindas estrellas que forman un gran rectángulo, representando las cuatro ruedas, y las otras tres estrellas en fila, los caballos. Los antiguos romanos veían en esta constelación siete bueyes de labranza, en latín "septentriones" y de aquí se derivó la palabra Septentrión.

-Un poco más abajo de la Osa Mayor -dijo Deodato- distingo una constelación muy semejante, pero menor, menos brillante y con las estrellas dispuestas en sentido contrario. Debe ser la "Osa Menor", ¿no es así?

-Sí, es ella, también llamada "Carro Pequeño".

-¿ Y dónde está la "Estrella Polar"?

-Es aquella que representa la extremidad de la cola de la Osa Mayor; o, si preferimos la denominación de Carro Pequeño, es el caballo de la delantera.

-¿A qué constelación pertenece aquella estrella clara que está al levante?

-La constelación de "Hércules". Trazando una línea recta de este astro a la Estrella Polar, encontrarás, casi a la mitad de

la distancia, la constelación del "Dragón". Y una línea recta que de allí vaya a Alderabán, pasará por las constelaciones de "Cefeo" y "Casiopea". En la línea recta, trazada entre Alderabán y la Estrella Polar, encuentras la constelación de "Perseo"; un poco más arriba de ésta, al noroeste del cielo, está la linda "Capella", o "Cabra", de la constelación del "Cochero". Entre Casiopea y Hércules, está "Cisne" y "Lira"; entre Casiopea y Alderabán, la constelación de "Andrómeda".

-Eran poetas los hombres que dieron estos nombres a las estrellas -observó Deodato.

-La mitología griega -dijo Alberto Dupuis-es rica en metamorfosis. A ella se debe el origen de algunos de estos nombres. ¿Conoces la historia de Perseo y Andrómeda?

-La conozco, sí. Perseo, el hijo de Júpiter y de Dánae, fué encerrado, junto con su madre, en un arca, que fué lanzada al mar, por orden del padre de Dánae, Acrisio, rey de Argos, porque el oráculo profetizara a éste que un nieto lo despojaría del reino y de la vida. El arca fué hasta la isla Serifo, gobernada por dos hermanos, Dictys y Polidecto. Dictys estaba pescando cuando avistó el arca; la sacó a tierra y salvó al niño y a su madre, la cual vino después a ser esposa de Polidecto. Perseo fué cuidadosamente educado y se desenvolvió en un bello y valeroso joven. Avido de practicar algunos hechos heroicos, decidió, un día, ir a matar a Medusa, cuya cabeza prometió traer a su padrastro. Cuando vino a la remota región donde moraba Forcus, el padre de Medusa y de muchos otros monstruos horrendos, encontró tres de éstos: eran las tres Arpías que habían nacido con los cabellos encanecidos y tenían un solo ojo y un solo diente, las tres juntas, prestándoseles una a otra, según la necesidad. Perseo les sustrajo ese ojo y ese diente y se los restituyó cuando le indicaron el camino de las Ninfas. Llegado allí, obtuvo de las Ninfas unos zapatos, una maleta y un capacete de cuero canino, objetos preciosísimos, porque daban a quien se los ponía debidamente la facultad de volar adonde desease, ver a quien quisiese y no ser visto por nadie. Ade-

más de eso, Perseo recibió de Mercurio una fauce de hierro y de Minerva un escudo de metal pulido, limpio como un espejo. Así armado, voló el joven héroe al Océano, donde vivía Medusa. La encontró durmiendo. La cabeza de este monstruo estaba cubierta de serpientes, en lugar de cabellos; sus dientes eran como *los* col*millos* de *los* puercos y tenía manos de hierro y alas de oro. Quien se atreviera a mirarla se transformaba en piedra. Perseo, sabiendo eso, se puso enfrente del monstruo adormecido, sin mirarlo, pero fijando el reflejo de Medusa en su *lustroso* escudo, y con un certero golpe de gladio cortó la cabeza de ese peligrosísimo ser; guardándola en su maleta se apartó volando. Del tronco decapitado nacieron, en el mismo instante, un caballo alado, el famoso Perseo y un gigante, Crisaor; ambos eran criaturas de Neptuno. Las hermanas de Medusa, viendo el tronco muerto de ésta, se pusieron a volar en persecución de Perseo. Pero él, volvióseles invisible, gracias al capacete milagroso y pasando por encima de Libia, vino al reino de Atlas, donde deseaba descansar. Este rey, que poseía un gran jardín de frutas de oro, vigilado por un gran dragón, negó al héroe el abrigo, recelando por su posesión. Perseo, con ira, sacó de la maleta la cabeza de Medusa y desviando su mirada, la sujetó delante de la cara del rey, el cual, apenas la vió, quedó petrificado, transformándose en un gran monte. Continuando su vuelo, vino Perseo al litoral de Etiopía, donde reinaba Cefeo. Allí se le presentó una extraña vista: Atada con cadenas de hierro, a un escollo, estaba delante de él una hermosísima joven. Preguntándole su nombre y por qué se hallaba allí, la doncella respondió:

-Soy Andrómeda, hija del rey Cefeo. Mi madre, la reina Casiopea, cometió un día la imprudencia de juzgarse más hermosa que las ninfas del mar, hijas de Nereo. Estas sintiéndose humilladas por semejante pretensión, suplicaron a Neptuno, dios del mar, que las vengase de esa afrenta; y el dios hizo venir una inundación y anunció que un gigantesco tiburón en breve devastaría las costas del país. El oráculo nos prometió la libe-

ración de esta plaga si yo fuese ofrecida, en sacrificio, al terrible monstruo. El pueblo exigió de mi padre que me sacrificase y él, viéndose desesperado, me ató a este escollo.

Aún Andrómeda no había pronunciado las últimas palabras, cuando emergió de las profundidades del mar, el monstruo horrendo de que ella hablaba. Perseo inmediatamente se elevó en el aire hasta las nubes. El animal, tomando la sombra del joven por él mismo, arrojóse contra ella. Súbitamente, descendiendo de los aires con la velocidad de un águila, el héroe enterró en el cuerpo del monstruo el gladio con que había matado a Medusa y repitiendo los golpes, consiguió matar también a este enemigo. En seguida, libertando a la hermosa Andrómeda, la condujo al palacio regio y casóse con ella, y vivieron muy felices. Perseo tuvo la felicidad de volver a ver a su madre. La única desgracia que después le sucedió, fué que, en un viaje, tomando parte en los juegos guerreros en el país de los Pelasgos, mató, involuntariamente, arrojando el disco, a su abuelo Acrisio, sin conocerlo. Así cumplióse el respectivo oráculo, pues después de la muerte de Acrisio, Perseo fué su sucesor en Argos.

-¿Comprendes el sentido oculto de esta historia mitológica? -preguntó Nicanor.

-Confieso que no -respondió Deodato.

-Pues escucha la explcación. Acrisio simboliza el Egoísmo personal, el amor a sí mismo, o "Yo inferior". Dánae, su hija, es la Mente Intelectual; Perseo, que es hijo de ésta y de Júpiter, es el "Yo Superior", espiritual y consciente. En las eternas leyes de la vida está escrito que, más temprano o más tarde, Acrisio debe ser muerto y sustituído por Perseo, esto es, que el "Yo inferior", altruísta y espiritual. A pesar de los esfuerzos que la naturaleza egoísta hace para liberarse de la mente superior y de la conciencia espiritual, éstas no se pierden.

Polidecto simboliza el instinto bienhechor, el cual, secundando los esfuerzos de la Mente Intelectual, educa al Yo Espiritual. Cuando este Yo superior llega a sentir en sí las energías

aprovechables para el Bien General, decídese a matar la Ilusión seductora de la Materia, representada por Medusa, la cual, antes de tornarse un monstruo, había sido una hermosa doncella; mas fué deshonrada por Neptuno, el dios del mar, en el templo de Minerva, la diosa de la ciencia y transformada por ésta en monstruo, cuyos cabellos eran serpientes y cuyo aspecto petrificaba. Esto significa que la belleza material, entregando sus encantos a *las* fuerzas intelectuales profanas, tórnase nociva: seduce, envenena y, por fin insensibiliza convirtiendo los corazones en piedra.

Las tres Arpías, con un solo ojo y un solo diente, son: la esclavitud de la ciega costumbre; la pereza espiritual y la falta de entendimiento. Quien haya descubierto los secretos de estas tres hijas del Principio Tenebroso, comprende dónde se encuentran las Fuerzas Superiores, simbolizadas por las Ninfas y sus dones de elevarse a las alturas, ver con la vista espiritual y volverse invisible a sus perseguidores. La fauce de hierro ofrecida por Mercurio, es el sano raciocinio; el escudo de metal pulido, dado por Minerva, es el saber, adquirido por experiencia. El Yo Espiritual decapita a la Ilusión de la Materia y guarda en lo recóndito de su memoria el recuerdo de los mágicos efectos de esa seductora. Y es ahí que, una vez separada de la Materia, el peligro que está en su fuerza de fascinar, sirve ella de madre a la inspiración poética y al progreso técnico, simbolizados por Pegaso y Crisaor.

Atlas representa el poder del dinero. Cuando éste niega al Espíritu su apoyo, pierde su vitalidad y la posibilidad de gozar las posesiones acumuladas.

Andrómeda simboliza el Verdadero Arte, hijo del Trabajo y de la Imaginación. Cuando la Belleza Natural, representada por las Nereidas, es menospreciada por la Imaginación, se vengan las Fuerzas Naturales, transformando el Arte en una víctima de bajas concepciones y nocivos impulsos. El Yo Espiritual, armado de sano raciocinio, escudado por el conocimiento que adquirió

por experiencias y dotado de la facultad de elevarse en las alas de la Intuición, liberta y salva al Arte, y en unión con ella goza de felicidad.

-¡Muy bien, mi Maestro! -exclamó Deodato, entusiasmado por las palabras de Nicanor. - Como Perseo, quiero también merecer mi Andrómeda. Sí, para ser verdadero artista, es necesario realizar lo que hizo, simbólicamente, Perseo. No obstante permitidme ahora una pregunta. ¿Dónde está la bella "Estrella de la tarde" alias "Estrella del pastor"?

-El astro a que se le da el nombre de Estrella de la tarde, es el mismo que se le llama "Estrella del alba". Es "Venus"; se le designa con el primer nombre, cuando aparece después de ponerse el Sol; y con el segundo, cuando aparece antes de salir el Sol. Es el astro más brillante del cielo y le fué dado el nombre de Venus, en homenaje a la diosa de la belleza. Ahora no es visible; sólo de madrugada podrás verla, al levante. De aquí a cinco meses, si, será visible después del ocaso del Sol.

CAPITULO XLIV

"Le cose tutte quante
Hanno ordine fra loro, e questo é forma
Che l'universo a Dio fa somigliante...
Onde si muovono a diversi porti
Per lo gran mar d'essere..."

DANTE ALIGHIERI, *"Paradiso"***.**

("Todas las cosas cuando tienen orden entre sí, esto es lo que hace al universo semejante a Dios... Donde se mueven a diversos puertos por el gran mar de la existencia.")

Al siguiente día, se levantó Deodato media hora antes de salir el Sol, para poder contemplar a la hermosa Venus. Observando el fulgurante brillo de este magnífico astro, sintióse invadido por una influencia suave y amorosa. Mientras fijaba su mirada en aquella luz celeste, parecíale que oía una melodiosa música por sobre su cabeza y que de pronto, se desprendía del astro una figura femenina, de una divina hermosura; parecía ser una estatua de Venus, cubierta de leve vestido de seda. La estatua venía descendiendo, en dirección a él. ¡Ah! ¡no era estatua, era un ser vivo!

-¡Leticia! - suspiró el joven. En eso desapareció la visión.

No sabiendo si estaba soñando o si realmente había visto un ser real, tentó Deodato evocar la misma aparición, mirando pacientemente al lindo astro matutino. ¡En vano! La visión no se repitió.

Durante todo el día, el joven pintor sintióse como electri-

zado por una inexplicable sensación de agradable armonía y vivo entusiasmo artístico. Trabajó con gusto y satisfacción, diseñando magníficas vistas.

A la noche, cuando los tres amigos nuevamente se pusieron a observar la luminosa bóveda celeste, preguntó Deodato:

-¿Cuáles son los planetas que se pueden ver a simple vista? Nicanor Vigier respondió:

-Son solamente cinco: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

-¿Cuándo podemos ver a Mercurio?

-Este planeta raramente es visible, por estar muy próximo al Sol, del cual nunca se aparta más de veinte y ocho grados zodiacales. Cuando aparece, podemos observarlo sólo por algunos minutos, de madrugada, al Levante, poco antes de salir el Sol, o al Oeste, después de haber salido el Sol. Su luz es rojiza y a veces oscilatoria.

-¿Puédese observar oscilación en el centelleo de otros plánetas?

-No. Sólo las estrellas fijas y Mercurio emiten luz tremulante. La luz de los otros planetas es fija.

-¿Y qué significan esas oscilaciones de los rayos luminosos?

-Estos centelleos oscilantes son las pulsaciones de impulsos espirituales emitidos a la Tierra por espíritus superiores, Mercurio se asemeja, en este punto, a las estrellas fijas, por ser el mundo planetario muy avanzado.

-¿Cuántos grados puede Venus apartarse del Sol?

-Nunca más de cuarenta y ocho grados; por eso también nunca se pone más tarde que tres horas y media después del Sol, ni aparece más tempramo que tres horas y media antes que él.

-¿De qué color es Marte?

-Marte nos aparece como una bella estrella encarnada, se atribuye este color a una atmósfera muy densa que lo circunda.

-¿Y Júpiter?

-Este tiene la apariencia de una estrella magnífica; es el

más brillante de los planetas, después de Venus, siendo su brillo más vivo que la luz de las más brillantes estrellas fijas.

-¿Cómo aparece Saturno?

-Visto a simple vista, tiene el aspecto de una estrella de las mayores, pero menos brillante que Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Su color es pálido y desmayado.

-Una vez oí al doctor Dupuis decir que así como en el Zodíaco hay doce constelaciones, también hay doce jerarquías espirituales. ¿Cómo debo comprender esto?

El doctor Dupuis tiene razón. Cada una de las doce constelaciones zodiacales está habitada por una especie particular de entidades espirituales. Así la constelación *Aries* está habitada por un gran Jerarquía Creadora, compuesta de seres más adelantados del sistema de los mundos, a la que nosotros pertenecemos. Cuando la actual Humanidad comenzó a evolucionar, los Arianos, esto es, -los habitantes de Aries- diéronle su asistencia, pero después quedaron fuera del dominio de nuestra percepción porque sus vibraciones son tan finas que nosotros no podemos sentirlas. Los Taurianos, esto es, los seres que viven en la constelación de *Tauro,* auxiliaron a la Humanidad, en su evolución, después de la retirada de los Arianos y más tarde quedaron también fuera del dominio de las vibraciones perceptibles por nuestro organismo.

-¿Y las jerarquías de las otras diez constelaciones?

-Las demás jerarquías constelares son las entidades denominadas: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principalidades, Arcángeles, Angeles y Espíritus Vírgenes.

-¿Cuál es la Jerarquía Creadora que habita la constelación *Géminis?*

-Son los Serafines, que el profeta vidente Isaías describe como si tuvieran seis alas: con dos cubren su rostro, con dos cubren sus pies y con las otras dos vuelan. Estas "alas" son corrientes de fuerza emitidas del cuerpo, y ellos pueden dirigir

estas corriente de energías en la dirección que desean.

-¿Cuál es la Jerarquía Creadora que habita la constelación *Cáncer?*

-Son los Querubines, que animaron en la Humanidad los gérmenes del Espíritu de la Vida. La constelación *Leo* está habitada por la quinta Jerarquía Creadora, los "Tronos". Los Tronos, los Querubines y los Serafines, forman juntos la primera Tríada de Seres Celestes. Los ocultistas designan a los "Tronos" con el nombre de "Señores de la Llama", debido a la brillante luminosidad de sus cuerpos. Fueron éstos los seres que animaron en la Humanidad el Germen del Espíritu Divino y dieron a los hombres el Cuerpo Denso.

-La constelación *Virgo*, como supongo, está habitada por las "Dominaciones"; la constelación *Libra* por las "Virtudes"; la constelación *Scorpio* por las "Potestades"; ¿no es verdad?

-Exactamente; y estas tres Jerarquías forman la segunda Tríada de Seres Celestes. Las "Dominaciones", que también se llaman "Señores de la Sabiduría", dieron a la Humanidad el germen del cuerpo etéreo o vital, quedando capacitados de interpenetrar el cuerpo denso y diéronle la fuerza de producir el crecimiento y la propagación de la especie y la de excitar los centros nerviosos y de hacer posible el movimiento voluntario. Las "Virtudes" o los "Señores de la Individualidad", dieron a la Humanidad el germen del cuerpo astral, que es el organismo del deseo. Las "Potestades" o los "Señores de la Forma", cuidaron el desenvolvimiento de los tres cuerpos: el denso, el vital o térico, y el astral, de la Humanidad y también animaron en ella el Espíritu Humano.

-La constelación *Sagitario*, supongo, está habitada por las "Principalidades", ¿no es así?

-Es así. El apóstol S. Pablo les da el nombre de "Poder de las Tinieblas" y los ocultistas los llaman los "Señores de la Mente". Estos fueron antes humanos en el Período de Saturno, cuando la Tierra se componía de sustancia del Pensamiento Con-

creto. Los "Señores de la Mente" tornáronse expertos constructores mentales. En el Período Terrestre alcanzaron el escalón de Creadores e irradiaron de sí mismos, en la Humanidad, el núcleo del material de que nosotros ahora estamos construyendo una mente organizada. San Pablo los denomina "Poder de las Tinieblas", porque vinieron a la Humanidad en el oscuro período de Saturno, y son considerados como espíritus malos, debido a la tendencia de separatividad, que es propia al plano de la Razón, en contraste con las fuerzas unificadoras del Mundo del Espíritu de la Vida, que es el reino del Amor. Los "Señores de la Mente" o las "Principalidades", ejercen su influencia sobre la Humanidad, pero no sobre los animales, vegetales y minerales.

-¿Y los habitantes de la constelación *Capricornio?*

-Son los Arcángeles, que fueron entes humanos en el Período Solar de nuestra Tierra, cuando la sustancia más densa en este globo era la materia astral. Los Arcángeles aprendieron, entonces, a construir sus vehículos más densos de ese material, como nosotros estamos ahora aprendiendo a construir nuestros cuerpos físicos con los elementos químicos, de que actualmente la Tierra se compone. Por eso, los Arcángeles auxilian a los seres humanos a construir y dominar al cuerpo astral, esto es, el cuerpo de deseos. Además de eso, ejercen su influencia también sobre los animales.

-Si no me equivoco, los habitantes de la constelación *Acuario* son los Angeles, ¿no es así?

-Realmente. Los Angeles fueron entes humanos en el Período Lunar, cuando en este globo la substancia más densa era la materia etérea; por eso, aprendieron a construir hábilmente el cuerpo vital, que es nuestro doble etérico y auxilian a la Humanidad en este sentido. Además de eso, dirigen las funciones vitales, como la nutrición y la propagación, también en el reino animal y vegetal. Las Principalidades -o los Señores de la Mente- con los Arcángeles y con los Angeles forman la tercera Tríada de Seres Celestes.

-Aún nos falta hablar de los habitantes de la constelación *Piscis.*

-Son los Espíritus Vírgenes, que son los entes humanos del presente Período Terrestre, que actualmente están evolucionando en este planeta, pero después de terminada esta evolución, encuentran su patria en dicha constelación.

-Ahora comprendo -dijo Deodato- lo que significan los nueve coros angélicos. Son las nueve Jerarquías Espirituales superiores a la Humanidad, ¿no es esto?

-Exactamente, - respondió Vigier. - Es la escala que desde la Humanidad se eleva hacia la cima que contiene a los Angeles o los Arcángeles, a los Señores de la Mente o Principalidades, a los Señores de la Forma, o Potestades, a los Señores de la Individualidad, o Virtudes, a los Señores de Sabiduría, o Dominaciones, a los Señores de la Llama, o Tronos, a los Querubines y los Serafines. Todas estas clases de Espíritus están en contacto con la actual Humanidad, al paso que los Taurianos y los Arianos ya pertenecen a esferas mucho más elevadas.

-¡Oh! ¡cuán sublime es el desenvolvimiento del Progreso Humano! - exclamó Deodato. - De ignorantes hace hombres sabios; de pueblos salvajes hace pueblos civilizados; y prepara los entes humanos para que se vuelvan angélicos. Y los mismos ángeles progresan, elevándose de un grado a otro. ¡Realmente, no puede haber un plan más sabio en la Creación, a no ser un eterno Progreso!

CAPITULO XLV

"La oración eficaz del justo puede mucho."

Epístola de Santiago, **cap. 5, V. 16.**

As vibrações procedidas de um pensamento profundo e sério, emanado de um cerebro bem equilibrado, calmo e moral, têm uma grande influencia para o bem".

A, VAN DER NAILLEN,
"Nos Templos do Himalaya"

("Las vibraciones que proceden de un pensamiento profundo **y** *serio, emanado de un cerebro bien equilibrado, calmo* y *moral, tiene una* gran *influeucia para el bien.")*

Clarencio Glyndon, su mujer y la hija habíanse instalado en Marsella, en un buen hotel en la calle de Grand Cours. Padre e hija aprovechaban, en su viaje, todas las oportunidades para observar todo lo que atría a su mirada de artista. Glyndon servía de cicerone y de maestro a Leticia, no cansándose de llamar su atención hacia las escenas maravillosas que les ofrecían la Naturaleza, el trabajo humano y el movimiento del pueblo. Al mismo tiempo, se ejercitaban, Lucía y Leticia, en la conversación francesa.

Glyndon encontróse en varias localidades, con algunas personas de la aristocracia desterradas en el tiempo de la revolución y que habían pasado en Inglaterra algunos años de su exilio.

Todos estos repatriados aseguraban que la hospitalidad que entre los ingleses habían gozado, fué generosa.

-Yo -refirió un día el marqués Justino de Montnoir-. era joven cuando emigré para Inglaterra. Como hablabla bien el inglés, me decidí a dar *lecciones* de francés a algunos gentilhombres; así gané lo que necesitaba para mis modestos gastos. Más tarde, en colaboración con otros compatriotas, fundamos un colegio. ¡Ah! Recuerdo con satisfacción aquellos años, porque en aquel tiempo vi que el sentimiento de solidaridad humana era superior a *los* preconceptos nacionalistas. ¡Cómo sería aprovechable para la humanidad, si todas las naciones se considerasen como hermanos!

-Este tiempo ha de venir -respondió Glyndon.- Naturalmente, no vendrá de una hora para otra. El sentimiento de *la* Fraternidad de todos los entes humanos, cualquiera que sea la nación, la lengua, la religión o la clase social a que pertenezcan, fué predicado ya por *Cristo;* más *los* cristianos olvidáronse de esta doctrina y, en vez de considerar a todos los que profesan la misma fe como sus hermanos, colocáronse en el correr de los siglos, unos contra los otros, como enemigos, ya por causas de intereses dinásticos, ya por cuestiones económicas, ya por razones de las aspiraciones nacionalistas, separatistas, imperialistas etcétera. Creo, *sin* embargo, que desaparecerán, en un futuro tal vez no muy lejano, estas *tristes condiciones* y que toda la Humanidad formará, por fin, una grande familia de hermanos, que vivirán en concordia y paz, auxiliándose unos a los otros, material y espiritualmente.

-¡Ojalá vuestros deseos se realicen! - exclamó el marqués. - Mas nuestra actual sociedad no influye gran esperanza en este sentido. Considerad, por ejemplo, las enemistades que existen aquí, en Francia, entre los realistas y los bonajartistas. En estos dos últimos dos años transcurridos quedó evidenciado claramente cuán lejos estamos de la verdadera fraternidad. El 4 de abril de 1814. Napoleón tuvo que abdicar. ¡Cuántos bona-

partistas fueron perseguidos en los once meses que siguieron! Después, del 20 de marzo al 22 de junio de 1815, el Usurpador estuvo nuevamente en el poder: se dió vuelta la balanza; los perseguidos tornáronse, a su vez, perseguidores; pero en seguida, a consecuencia de la catástrofe de Waterloo, invirtiéronse nuevamente las posicioncs y aparecieron nuevas acusaciones, denuncias y venganzas y nuevos sufrimientos.

-Ahora, sin embargo, es casi cierto que la paz florecerá, y con la paz se expandirá la tranquilidad y la justicia- observó Glyndon.

-¡Ah!... ¡tranquilidad! - suspiró el marqués. - ¡Cómo ésta nos hace falta, para nuestras relaciones sociales y para nuestras conciencias! Mas, ¿cómo se pueden esperar días tranquilos, cuando no hay paz en los corazones humanos? ¿Qué pensáis, por ejemplo, de los duelos?

-Que es una costumbre irracional, porque yo juzgo, que la razón de un hecho, de que depende el honor de una persona, no se puede probar ni negar por medio de un *tiro* o un golpe de arma.

-Soy también de esa opinión. Por eso me entristece mucho saber que mañana temprano, en un bosque cerca de la ciudad, habrá un duelo a pistola entre mi sobrino Santiago y un hijo de mi buen amigo el abogado Villeneuve.

-¿Cuál es el motivo de ese duelo?

-Los dos muchachos estaban jugando en compañía de un joven ruso, Boris Derjinski. Víctor Villeneuve y el ruso iban perdiendo cada vez más. Irritado con esa falta de suerte, el hijo del abogado declaró que Santiago trampeaba; éste replicó que era imposible que lo dijera en serio. El otro arguyó que no era la primera vez que notaba que Santiago acostumbraba recurrir a trampas en el juego. Mi sobrino exigió que Víctor se retractara; éste no lo quiso hacer y se volvió más insolente. Entonces Santiago, perdiendo la cabeza, lo desafió a un duelo.

-¿Y el ruso?

-Será uno de los testigos.

-Querido marqués - dijo Glyndon - yo poseo un secreto que, siendo aprovechado, podrá impedir la realización de un desastre en esta circunstancia. Si quisierais llevarme mañana temprano antes de la hora del duelo, al lugar donde éste debe realizarse, creo que podremos impedir que haya algún peligro en el incidente.

-¡Oh! con gran placer, señor Glyndon, y le quedaré sumamente grato.

A la hora convenida, Clarencio Glyndon y Justino de Montnoir, se dirigieron al lugar destinado para el duelo, llegando allá media hora antes del tiempo en que debía efectuarse el encuentro. El inglés explicó al marqués los puntos principales de su teoría, que consistía en la proyección de la fuerza mental.

-Los pensamientos -explicóle- son fuerzas prodigiosas. He aprendido a manejar estas fuerzas, hasta cierto grado; confío, pues, en el buen suceso de nuestra empresa. Lo que exijo del amigo es lo siguiente: No hablar desde que le dé la señal hasta que obtengamos el resultado. Durante todo ese tiempo, deberá quedar de pie y respirar lenta y profundamente por la fosa nasal derecha y repetir mentalmente: "Con el auxilio de Dios, ninguna bala acertará." Al mismo tiempo, conserve encogidos todos los dedos de ambas manos, menos los pulgares, que representan la Voluntad.

Y colocando al marqués detrás de un árbol, de donde se podía ver el lugar destinado al duelo, Glyndon fué al centro de este sitio, pronunció una oración en la cual pidió a Dios que no permitiese efectuar allí un homicidio; después concentróse, practicando ciertos ejercicios respiratorios y de vez en cuando, sacudía de sus manos abiertas el flúido magnético a su alrededor, saturando con él aquellos lugares. Describiendo con sus pasos círculos cada vez más anchos, magnetizó de esta vez todo el sitio y vino a colocarse por fin, al lado del marqués, aguardando ambos, silenciosos, la llegada de los duelistas y sus testigos.

Estos no tardaron en aparecer. Después de haber sido declaradas, por uno de los testigos, las condiciones del duelo, ocuparon los duelistas los lugares prescriptos y levantaron las pistolas para, a la señal previamente establecida, tirar simultáneamente.

Y... erraron ambos, a la primera, a la segunda y a la tercera vez a pesar de que estaban separados por una corta distancia.

Los testigos no permitieron que se tiraran por cuarta vez.

-Es innecesario -dijeron. - ¡Se ve que el Destino no quiere que los señores se hieran uno al otro. Dense las manos y considérense nuevamente amigos!

-¡Santiago! -exclamó emocionado el marqués, corriendo a abrazar al sobrino - ¡Santiago, estás ileso, gracias al cielo! -¡Y mi honor conservado! - respondió el joven. - ¿Pero, cómo vino aquí, tío?

-Supe del duelo y, temblando por tu vida, como también por la del señor Víctor, me dirigí a este lugar, pidiendo a Dios que llevara todo a buen fin.

-Y Dios oyó vuestra plegaria, señor marqués - dijo el hijo del abogado. -Ahora creo que hay una fuerza misteriosa en las oraciones…

-Cuando ellas vienen de lo más hondo del alma -añadió Glyndon, que también se había aproximado al grupo. ¡Buenos días, señores míos! No se admiren de verme aquí. Habiéndome encontrado con el señor marqués, de quien tengo el honor de ser su amigo, lo acompañé.

-Señor Clarencio Glyndon, pintor inglés - presentó el marqués a su compañero.

Después de cambiadas algunas frases convencionales, separáronse el marqués y el pintor de los otros, llevando consigo a Santiago y dirigiéndose al hotel donde Glyndon se alojaba.

CAPITULO XLVI

"La mollesse et I'amusement: ces deux défauts sont capables de jeter dans le plus affreux désordre les personnes méme les plus résclues á pratiquer la vertu..."

FÉNELON

("El occio y las diverswnes son dos defectos capaces de arrojar al más espantoso desorden aun a las personas más resueltas a practicar la virtud.")

Santiago de Montnoir era un joven de veinte y cinco años de edad. Cuando niño y adolescente, proporcionaba placer a sus padres, de quien era único hijo. Estudiaba con gusto y aplicación, dando grandes esperanzas de hacerse hombre ilustrado y virtuoso. Cuando apenas tenía diez y siete años, la muerte le arrebató a la madre; y dos años más tarde el padre la siguió también. Su tío, el marqués Justino de Montnoir, vino a ser, entonces, su tutor. No teniendo familia, el marqués concentró en su sobrino todo el cariño de sus afecciones. No era riquísimo; con todo, poseía lo suficiente para vivir sin cuidados, y cuando una hermana soltera falleció y le dejó una cuantiosa fortuna, tornóse realmente opulento. El marqués cometió, entonces, una imprudencia: consintió que su sobrino, después de haber cursado en un liceo, pasase el tiempo en viajes y diversiones, en vez de dedicarse a estudios superiores y elegir una carrera que lo hiciese un miembro útil a la sociedad.

Santiago se sumergió muy pronto en las ondas placenteras, y seducido por otros jóvenes, adquirió el horrible vicio del juego. Cesó de cultivar su talento y volvióse pródigo. Al cabo de tres años, dilapidó su herencia, dependiendo desde entonces únicamente de los auxilios del tío, de quien esperaba ser el único heredero. El marqués Justino al principio disculpaba la liviandad de Santiago, juzgando que "después de algunos años de tonterías tomaría juicio; mas el joven no parecía dispuesto a mudar de conducta, siguiendo en el juego y en las diversiones. A la pasión del juego asoció, después del duelo, otra más; ¡la del amor! ¡Estaba realmente enamorado de Leticia Glyndon!

Sin embargo, la joven no lo amaba. El corazón de ella sentía una cierta repugnancia por Santiago. Era el lenguaje mudo de las auras, que la advertía que éste no era el elegido de su corazón.

De vez en cuando, presentábasele en la imaginación la figura de Deodato, de quien ni el nombre conocía, pero cuyo aspecto no podía olvidar.

A Leticia le agradaba mucho contemplar las estrellas. En cierta ocasión oyó a su padre decir que cada planeta ejercía cierta influencia sobre la organización sutil de las personas que con frecuencia y concentración los miraban; que las vibraciones de la luz de Júpiter comunicaban jovialidad, generosidad y esperanzas; las de Saturno, seriedad y ascetismo; las de Marte, energía, coraje y combatividad; y que las de Venus hablaban al corazón. Acostumbraba Leticia levantarse temprano, antes de salir el Sol, para observar el cielo sereno, mientras éste se preparaba para recibir al majestuoso Rey del Día. Los ojos de la virgen fijábanse entonces en la hermosa Venus, y sus pensamientos evocaban la imagen del joven, cuya primera y hasta entonces única aparición dejara en el corazón de la doncella tan profunda impresión, llena de misterioso encanto. La atmósfera parecíale vibrar en melodiosa música; su cuerpo le parecía de una liviandad etérea. Leticia se sentó en una silla y quedó inmóvil,

siempre mirando al luminoso astro. Bajo la influencia de una agradable languidez, cerró los ojos, como para adormecerse. De pronto, se vió suspendida en el aire, y volando en dirección al joven en quien había pensado y que se le aparecía, como evocado por encanto. Pero, fué apenas un pequeño instante que duró esta aparición. Leticia hizo un moviento con la cabeza y avistó, debajo de sí, su propio cuerpo adormecido en la silla.

-¿Estoy muerta? -se preguntó a sí misma.

No obstante, apenas articuló estas palabras, se sintio nuevamente dentro del cuerpo: abrió los ojos y miró nuevamente a la Estrella del alba. Esta brillaba como antes; pero, un poco después, comenzó a debilitarse su luz debido a la inmediata aproximación del día.

-¿Estaré soñando? -se preguntaba Leticia a sí misma. ¿O me desdoblé realmente, exteriorizando el organismo psíquico?

La doncella sabía que esto era posible, porque su padre habíale dado muchas explicaciones de las fuerzas y posibilidades del alma humana. Leticia habíase realmente desprendido del cuerpo físico, apareciendo a Deodato en aquel mismo momento en que él también miraba a la bella Venus.

....

Como dijimos, Santiago estaba apasionado por la hija de Clarencio Glyndon; sin embargo, sentía que su amor no era correspondido.

-Afírmase que quien tiene suerte en el juego no lo tiene en el mar- dijo él un día a su amigo Gilberto, estando en casa de éste. -Debía, pues, tener suerte en el amor quien no lo tuviere en el juego. No obstante, yo sirvo de viva prueba de que no es así. Pierdo diariamente en el juego y aquella que adoro no me ama.

¿La inglesa? -preguntó el otro.- Tal vez sea, por ser de aquella nación, de sangre más fría que nuestras compatriotas. ¿Y tú la amas realmente? ¿O pretendes solamente mejorar tu

situación, si te casaras con ella? Dicen que el padre de esa joven es rico.

-Naturalmente, deseo llamar mía su persona, y también su dote. No me casaría con ella, si ella fuese pobre. ¡Mas creedme, estoy apasionado por Leticia, verdaderamente apasionado! La amo y seré infeliz si no consigo que mi amor sea correspondido.

-Santiago, me estás adeudando ya cinco mil francos; sí, es esta la cantidad de los empréstitos que te hice, durante los últimos meses. Tengo, pues, interés en ver asegurado tu futuro; y tanto más, porque sé que necesitarás de más dinero prestado para no verte obligado a confesar a tu tío tus dificultades.

-Entonces, aconséjame lo que debo hacer para llegar al fin deseado.

-¿Lo que debes hacer? Imponerte a su estimación. Preparar un acontecimiento en que aparezcas como su protector o como su salvador.

-¡Esto es fácil de decir, mas difícil de realizar!

-Voy a proponerte un caso concreto. Busca algunos salteadores que rapten a tu adorada, y después apareces para rescatarla.

-No comprendo cómo podría poner en escena semejante drama...

-Fácilmente. En una noche en que la doncella esté en el teatro, conseguiremos que el cochero que la está esperando para conducirla al hotel donde esta gente reside, se aleje; que ella suba sola con la madre en el coche, juzgando ir para la casa. Entonces yo, haciendo las veces de cochero, la llevaré fuera de la ciudad, donde otros camaradas representarán el papel de salteadores, que exigirán de ella, según la costumbre: "¡el dinero o la vida!". En esto llegarás tú con algunos otros camaradas, y asustarás a aquéllos con tu valentía; se improvisará un combate simulado y arrebatarás a la prisionera, que te quedará, sin duda alguna, muy agradecida. El resto dependerá de tu propio ingenio.

-El plan no es malo - dijo Santiago. - Temo, sin embargo, que algunos de nuestros auxiliares no guarden el secreto, y entonces, en vez de conquistarla, perdería a la joven para siempre.

-Tienes razón, es necesario combinar otro plan. ¡Ah! exclamó Gilberto. - Ya lo tengo. Yo me sacrificaré por ti.

-¿Cómo?
-Seré el único raptor.
-No comprendo...
-¡Oye! La primera parte del programa que te propuse, servirá. Leticia irá al teatro en compañía de sus padres; antes de concluirse la última escena, el señor Glyndon recibirá un billete, en que el hotelero lo llamará con urgencia, participándole que fué violentada su habitación, estando además, preso el ladrón. El inglés saldrá del teatro, en compañía de su señora y de la hija. Tú lo seguirás. El cochero del inglés estará en la próxima taberna, tomando un trago que le habré ofrecido. Las damas subirán al coche, mientras Glyndon irá a llamar al cochero. Luego que el inglés entre en la taberna, yo tomando el lugar del cochero, fustigaré a los caballos y seguiré en dirección al barrio nuevo. Tú avisarás inmediatamente al inglés y antes que él comprenda bien la situación, aprovecharás mi caballo, que estará a tu disposición, y te apresurarás en perseguirme. En cualquier lugar despoblado, donde la oscuridad me proteja, hago parar a los caballos y, naturalmente enmascarado, asustaré a las inglesas, diciéndoles que, si quieren que las suelte, tienen que entregarme el dinero y las joyas que llevan consigo. En este momento te aproximarás y simularemos una lucha, de la cual tú saldrás vencedor; yo montaré a mi caballo y me escaparé muy de prisa, mientras tanto tú conducirás a la señora y a la señorita Glyndon a la calle de Grand-Cours, y de esta manera desempeñarás el papel de su salvador de un peligro mortal.

¿Qué tal el proyecto?
-Lo hallo magnífico. Si se realiza, es cierto que alcanza-

ré mi ideal. Naturalmente, confiaré en ti, convencido de que nunca revelarás a nadie nuestro secreto.

-Te doy mi palabra, Santiago; además, es claro que me callaré, ya porque seré tu cómplice, ya porque soy tu buen amigo. Naturalmente espero que, una vez llegado al puerto de la vida conyugal, pagarás con algún usufructo los gastos que por ti hubiere hecho y sabrás recompensar generosamente al modesto fundador de tu fortuna.

-Es cierto, Gi1berto.

CAPITULO XLVII

"O espelho vae falar!... Começan as nuvens ...despois as formas..."

MARTHA, ***"Amor*** **e** ***sacrificio".***

("¡El espejo va a hablar!... Comienzan las nubes… después las formas …").

En la misma hora en que Santiago con Gilberto forjaban el plan que acabamos de describir, Clarencio Glyndon, llegando de un paseo, dijo a Lucía y a Leticia:

-Como sabéis, hace pocos días asistí a algunas experiencias de mesmerismo, dadas por el magnetizador Lesage. Hoy tuve la suerte de encontrarlo solo en su casa, y conseguí saber algunos secretos más de esta misteriosa fuerza, a la que se da el nombre de magnetismo o mesmerismo. La más interesante de las experiencias que acabo de verificar es la del espejo mágico.

-¡Espejo mágico! - exclamaron al mismo tiempo la esposa y la hija.

-Sí, así lo denominan. Aquí traigo uno que el señor Lesage me cedió. Como veis es una bola de cristal, insertada en un pedazo de madera negra. Me fué recomendado que la guardase en esta cajita de terciopelo y que sóla emplease en experiencias serias. En presencia del señor Lesage hice una prueba que dió magnífico resultado; pues, pocos instantes después de fijar mi mirada en la bola, vi formarse sobre su superficie inportantes acontecimientos de mi vida pasada.

-¿Y podría verse en este espejo también el futuro? -preguntó Leticia.

-Me aseguraron que sí. Quieres experimentar, hija mía?

-Quiero, sí, papá.

-Entonces concreta tus pensamientos, mira la bola sin interrupción y dinos lo que allí ves.

Con estas palabras. Clarencio colocó el espejo mágico sobre la mesa, delante de su hija y sentóse al lado de la esposa, a cierta distancia y de modo que los ojos del matrimonio no se comunicasen con la superficie de la cristalina bola, con el fin de no perturbar la posible visión de la hija.

Leticia fijó la mirada en la bola.

-No veo nada -dijo después de unos instantes.- La superficie del cristal esta como cubierta de nubes gruesas. ¡Ah, *las* nubes comienzan a rasgarse, tornándose transparentes! Aparece un navío o vapor; distingo que trae la inscripción "Esperance". ¡Ah! es el navío que partió de Marsella en el momento en que nosotros llegábamos. Veo en el convoy los tres hombres *que* nos saludaron y de los cuales el más viejo es el doctor Nicanor Vieger. El navio se aleja el joven continúa mirándome. ¿Quién es él? ¡Qué mirada profunda, suave y expresiva! ¡Ah! El navío y aquellas personas desaparecieron. El espejo está cubierto nuevamente de nubes. Mas ellas están rasgándose nuevamente. Veo a otro joven; reconózcolo, es Santiago de Montnoir. Está en una habitación, junto con un amigo suyo. ¿Qué es esto? ¿Estarán dibujando? Veo algo semejante a un esbozo. Este esbozo es mi imagen. Ahora véome en un teatro, al lado de vos y de mi madre. ¿Qué es esto? Papá se levanta; le traen una carta; él la lee, la muestra a mamá y a mí y los tres salimos del edificio. En la calle está Oscuro. Tu mamá y yo, subimos en el coche que acostumbramos alquilar; ¿pero dónde está papá? No lo veo. El coche lleva una gran velocidad. Ahora se detuvo ¡Oh! ¿qué es esto? un salteador amenazándonos con un puñal. ¡Mas he ahí! el señor aparece, a caballo; desciende y desarma al malhecho. ¡No! ¡No quiero!...

-¿Qué es lo que no quieres hija mía? -preguntó Clarencio.

-No quiero sus abrazos. ¿Mas qué es lo que veo ahora? Santiago está nuevamente en casa del amigo que se me presentó antes, este amigo tiene los brazos del salteador. Sacó del rostro una máscara, ambos ríen y se abrazan. Y ahora desapareció todo...

A pesar de permanecer por algunos minutos más mirando en el cristal, Leticia no consiguió ver en él nada más.

-¡Basta! -dijo Glyndon. - Esta visión me da que pensar. ¿Será algún aviso de una desgracia que nos aguarda? Sea como fuere, pidamos a Dios que nos proteja contra todo mal, provenga de una o de otra fuente.

-Así sea - añadió Lucía. - Recuerda, Clarencio, lo que dice el horóscopo de nuestra hija, respecto a los años en que ya entró.

-Tienes razón, querida Lucía. El horóscopo predice a Leticia, para la época, entre los 18 y 20 años de edad, vida movida; un conflicto entre el corazón y el raciocinio; amor de un joven extranjero, que habrá de ser un adorador de las artes y las ciencias; rivalidades, intrigas, dolores del alma; bajo la protección de seres poderosos, ella debe vencer y ser feliz.

-Apuesto que no es Santiago ese extranjero de que habla mi horóscopo - dijo Leticia. -¡No lo amo, no!

-Está bien, hija mía -dijo Glyndon.- Nosotros no te obligaremos nunca a desposarte con un joven a quien no amas.

……………………………………………………………………….

Algunas horas después, vino Santiago de Montnoir a visitar a la familia Glyndon.

-¿Señorita Leticia le gustan las tragedias? - preguntó en el transcurso de la conversación.

-¿Por qué me pregunta? - dijo la joven.

-Porque a mi me gustan - contestó Santiago.

-¿Pero, ciertamente sólo en el escenario teatral, y no en la vida real? - dijo Leticia sonriendo.

-¡Naturalmente! Hícele la pregunta, porque pasado mañana, de noche, en el "Gran Teatro" de esta ciudad se representará la tragedia "Zaire", de Voltaire, la cual es digna de ser vista.

-Pues entonces, iremos a verla -decidió Clarencio Glyndon. Y recordando la visión de Leticia, en la bola de cristal, donde aparecía una tragedia que comenzaba en el teatro, dirigió al joven francés la siguiente pregunta:

-El señor conocerá los llamados Espejos Mágicos ¿no?

-No señor; - fué la respuesta; - y desearía muchísimo conocer eso, pues juzgo que existe sólo en los cuentos de hadas.

-¡Quién sabe! - dijo el inglés. - Si queréis, podréis convenceros de lo que hay de verdadero o de ilusorio, respecto al Espejo Mágico; poseo uno que adquirí hoy.

-¡Ah! ¡magnífico! -exclamó Santiago.- Vamos, pues, a experimentar.

Clarencio Glyndon *colocó* entonces la bola de cristal delante del joven, y lo invitó a que fijara su mirada en ella concentradamente, y referir lo que viese.

Santiago púsose a mirar la bola; pasaron quince minutos, en completo silencio; pasaron veinte, veinticinco, treinta minutos y no profería palabra alguna. De pronto dejó caer la cabeza hacia atrás como adormecido. Notando esto, colocóse Glyndon a su frente y, comprendiendo que el joven se hallaba en sueño magnético, preguntóle:

-¿Señor Santiago, estáis oyendo?

-¿Visteis alguna cosa en el cristal?

-Vi.

-Podéis decirnos lo que visteis?

-No lo diré.

-¿Por qué no?

-Porque la visión presentaba el fracaso de mis proyectos;

Y yo la juzgo ilusoria. He de alcanzar mi propósito.

-¿Y cuál es ese propósito?

-No necesitáis saberlo.

-¡Mas yo *quiero saberlo!* - dijo Glyndon, con voz energica y mirando a la raíz de la nariz del joven.

Este pareció dudar, pero después de unos instantes dijo:

-Pues bien, si soy obligado a decirlo, hablaré.

-¡Hablad ¡Contadme vuestros planes!

-¡Ah! Mi plan es magnífico. Quiero casarme con la señorita Leticia.

La joven dió un suspiro, pero el padre la exhortó a conservarse tranquila y en silencio; y, dirigiéndose a Santiago; continuó indagando:

-¿Y cómo pensáis realizar este plan, si ella no os ama?

-Voy a imponerme a ella; ha de considerarme su salvador de un peligro mortal.

-¿Qué peligro es ese?

-Una farsa, inventada por el amigo Gilberto. ¡Ah! ¡Ah!

-Exponedme lo que pretendéis hacer. ¡Habéis de decírmelo, sí, yo os lo ordeno!

Y Santiago relató todo el proyecto, ideado por Gilberto, y por él aceptado.

-El señor Glyndon su esposa e hija estarán en el teatro, asistiendo a la representación de la tragedia de Voltaire. Antes de finalizar la última escena, el señor Glyndon recibirá un billete, en el cual el señor hotelero lo llamará con urgencia, participándole que fué violentada su habitación por un ladrón, que fué apresado. El señor Glyndon saldrá del teatro, en compañía de la esposa y de la hija. Yo los seguiré. El amigo Gilberto habrá alejado al cochero del señor Glyndon, convidándolo como a un supuesto colega a tomar un trago en la próxima taberna. Avisado por el mismo Gilberto, que espiará en la puerta de la taberna y saldrá en tiempo oportuno, el señor Glyndon irá a llamar a su cochero, dejando a las damas que suban al coche. Pero apenas el señor Glyndon entre en la taberna. Gilberto, tomando el lugar del co-

chero, fustigará a los caballos y se dirigirá al barrio nuevo. Yo iré inmediatamente a decir al señor Glyndon que, equivocadamente, su carruaje ya se alejó, y antes que él comprenda la situación, montaré el caballo que Gilberto había dejado a mi disposición y me apresuraré en perseguir al coche. En un lugar despoblado, donde la oscuridad pueda auxiliar nuestro plan, Gilberto hará detener a los caballos y, enmascarado y con un puñal en la mano, asustará a las damas, diciéndoles que si quieren que las deje consigo. En ese momento, yo me aproximaré y simularé una lucha libres, tendrán que entregarle el dinero y las joyas que llevan de la cual, naturalmente, saldré vencedor. Gilberto montará en el caballo que yo dejé al llegar, y se ausentará muy de prisa, mientras yo estoy ocupado en calmar a la señora, y a la señorita, que de esta suerte, formarán de mí un concepto de hombre valiente y generoso, salvador de sus vidas.

Y Santiago rióse cínicamente, agregando: -¡Así espero conquistar a mi amada!

Sofocando su justa indignación, preguntó Glyndon al joven hipnotizado:

-¿Y cuál sería el fracaso que os presenta la visión en la bola de cristal?

-¡Oh! esto no se realizará -respondió Santiago.

-Yo quiero, Con todo, saber lo que visteis.

-Vi subir al coche, en lugar de las dos damas, dos hombres.

Y no vi nada más.

-Pues bien, señor Santiago. Quedaos aún cinco minutos en este estado de sueño magnético; después os despertaréis, mirando nuevamente la bola de cristal; y, pasados otros cinco minutos, os despediréis de nosotros, pretextando tener que hablar con un amigo vuestro. No os recordaréis, ni ahora, ni después, lo que visteis en el cristal, ni de lo que hemos conversado. ¿Comprendéis?

-Si

Cinco minutos después, el joven despertó y continuó mirando

el cristal. Pasados otros cinco minutos, se levantó de la silla, diciendo:

-Pues veis, señor Glyndon, que yo tenía razon en no creer las virtudes, tan alabadas de este "espejo mágico". No vi nada, a pesar de una larga concentración. Ahora, sin embargo, pido disculpas, visto que me es preciso retirarme; tengo que ir a ver a un amigo, con el fin de tratar de negocios ineludibles.

Después que Santiago se hubo ausentado, Leticia, que hasta entonces mal pudiera contener su indignación exclamó:

-¡Qué infame es este hombre!

-Las fuertes pasiones ciegan a las personas, hija mía -respondió el padre. -Sin embargo rindamos gracias a la Providencia Divina, que nos reveló el peligro que nos amenazaba antes de ser tarde para evitarlo.

-¿Y qué pretendéis hacer ahora, padre mío? ¿Ciertamente no iremos al teatro mañana?

-Iremos, hija mía. Haremos caer a aquellos dos jóvenes insensatos, a ellos mismos, en la celda que nos preparan. Dejaremos que ejecuten una parte de sus planes. Advertiré al cochero sobre la estratagema planteada. Hablaré con el jefe de la policía, del cual obtendré cuatro hombres: dos estarán a caballo, para perseguir a Santiago y Gilberto; y los otros dos, vestidos de mujer, aguardarán, dentro de otro coche, que estará próximo al nuestro, para desempeñar el papel de vosotras dos. Quiero decir que, mientras Gilberto me lleva a la taberna, permutaréis los lugares con ellos: vosotras subiréis en aquel otro coche, y los dos agentes de policía vestidos con ropas de mujer se colocarán junto al nuestro y en él subirán luego que Gilberto se aproxime. Así juzgará él que está con la "caza" segura y apresada. ¡Con qué cara quedarán, sin embargo, él y su cómplice Santiago, cuando, más tarde, en vez de las dos damas, que uno pretende amenazar y el otro salvar del peligro imaginario, tengan delante de sí dos hombres armados que durante el viaje se habrán quitado sus vestimentas femeninas!

-¡qué sorpresa cuando aparezcan además otros dos agentes de policía, a caballo, para apoderarse de Santiago y Gilberto!

-¿Tú los entregaraís a la policía ? -preguntó doña Leticia.

-Solamente por unos momentos, mi querida. No quiero afligir al marqués Justino, tío de Santiago. Los policías llevarán a los jóvenes, en nuestro coche, a la casa de Gilberto; llegados allá, le entregarán el caballo y vendrán a traernos el coche, recibiendo su remuneración.

…………………………………………………………………..

Y realmente, todo se realizó como Clarencio Glyndon predijera. El resultado fué que Santiago resolvió abandonar Marsella, temiendo el ridículo ante sus amigos y conocidos, si se divulgara la noticia de su malogrado plan. Aceptando el consejo de Gilberto, acompañó a éste en su viaje a Córcega, donde su amigo tenía un tío que quería visitar.

¡No sabiendo de este viaje de los jóvenes, decidió Glyndon con su familia dejar también a Marsella, Con el fin de evitar un nuevo encuentro con Santiago de Montnoir, siguiendo un día después de la partida de Santiago y Gilberto, también para Córcega!

CAPITULO XLVIII

“Huyó ya lejos
el dulce sueño...'
Pero en el alma
quedó el deseo,
y caza la imagen
de su recuerdo."

PUCHKINE, poeta ruso.

Llegados a Bastia, instaláronse Glyndon y su familia en el mismo hotel "León Blanco", donde habían vivido Deodato, Vigier y Dupuis, los cuales, pocos días antes, habían partido para Roma.

Sin embargo, Glyndon, no se demoró mucho en Bastia. Luego al siguiente día vió a Santiago paseando con Gilberto, y sospechando ser por éstos perseguido, -pues ignoraba que ellos habían llegado un día antes que él,- resolvió aprovechar el primer barco que siguiese para Italia, y supo que estaba próximo a partir, al día siguiente, una nave para Roma.

Quiso el caprichoso "Acaso" (como se llama vulgarmente la misteriosa dirección de los acontecimientos, inexplicables por causas conocidas), que Leticia recibiese como su aposento el mismo que había sido ocupado por Deodato. No nos admiremos, pues, que la doncella sintiese, desde que entró en la habitación, vibraciones especiales, que le recordaban las sensaciones experimentadas a bordo del navío, cuando, por primera vez, su mirada se encon-

trara con la del joven pupilo del doctor Alberto Dupuis, y que continuamente la perseguía el recuerdo de la misteriosa ocurrencia que tuvo lugar al contemplar la estrella matutina.

–¿Qué es esto? -se preguntaba Leticia.- ¿Estaré enamorada de un fantasma? ¿Por qué pienso incensatamente en el joven desconocido? Los esfuerzos que hago para olvidarme de él han sido infructosos hasta ahora ¡Oh! ¿por qué pienso en él, cuando no sé cómo se llama ni quién es? ¿Sin embargo, cómo podría yo olvidarlo?

A la noche, antes de recogerse, Leticia exclamó:

- Voy a experimentar nuevamente con la bola de cristal.

Y se puso a mirar la esfera brillante. Transcurridos algunos instantes vió formarse una figura; era la de Deodato. El joven estaba dibujando. No se veía, cerca de él, modelo alguno; mas el pintor cerraba de vez en cuando los ojos, como para reconcentrarse mejor.

-¿Qué es lo que está dibujando?-pensó Leticia.

Y apenas formuló esta pregunta, percibió que era su retrato lo que el joven ejecutaba!

-Esto ha de ser ilusión... -murmuró la doncella.- ¡No es posible que él, habiéndome visto únicamente una vez, y a tan gran distancia, grabase y conservase en su memoria mis facciones tan fielmente! Paréceme que estoy presa de una alucinación.

Y diciendo esto, Leticia guardó el espejo mágico, recitó una oración y se acostó. Se durmió y soñó. ¡Y qué sueño extraordinario! Apareciósele el doctor Nicanor Vigier, de cuya fisonomía no tenía naturalmente mayor recuerdo, pero cuya identidad en aquella aparición sentía instintivamente. Al lado de Vigier estaba el joven desconocido, Deodato, y el otro hombre que había visto en compañía de los dos, en el barco, el doctor Alberto Dupuis. Los tres entraron en la habitación donde estaba mirando en la bola de cristal.

-Abandona esas experiencias - díjole Vigier - y no pien-

ses en mi joven amigo. Seria mejor que nunca os encontraseis frente a frente, porque él no debe ser tu esposo.

-¿Por qué no? - exclamó el joven.- Yo la amo profundamente y sé que ella piensa en mí, día y noche.

-¡El destino no lo quiere! - respondió Vigier.

-¡Entonces lucharé contra el destino - exclamó el joven.

-¡Y yo te auxiliaré, hijo mío! - dijo una voz que venía de lo alto.

En este momento desaparecierun los dos compañeros del joven, y de un extremo del aposento descendió un hombre de elevada estatura y facciones muy hermosas, en las que Leticia descubrió una gran semejanza con su amado. Este hombre, a quien el joven saludó, llamándolo padre, tomó por las manos de un lado a la doncella y por el otro al joven, diciendo con voz solenme:

-Yo bendigo vuestro amor; desde este momento os pertenecéis uno al otro, como ya estuvisteis unidos en vidas anteriores.

A estas palabras, el misterioso hombre desapareció y Leticia sentíase abrazada por el joven que adoraba. No obstante, este abrazo sólo duró breve instante. Súbitamente, se aproximó a ellos el doctor Vigier con un hombre muy anciano, y los separó, llevando consigo al joven. Una mujer de fisonomía italiana detuvo a Leticia que quería seguirlos. Esta mujer describía con su mano círculos alrededor de la doncella, percatándose Leticia de que estaba rodeada por la oscuridad. Un joven extranjero, desconocido para ella, trayendo una vela en la mano, vino a invitarla para salir con él; y cuando Leticia se excusaba, quiso tomarla a la fuerza. La joven profirió un grito, acudiendo entonces el padre de Deodato. La aparición de este protector diseminó una clara luz en el aposento, y sus palabras derramaron un suave bálsamo consolador en el corazón de Leticia.

-No temas nada, hija mía - dijo él. - Si tu amor es firme y constante, vencerás todos los obstáculos que el destino te pone en el camino. Yo te protejo igualmente, como protejo también a mi hijo. Ten fe, y serás feliz, unida con aquel a quien amas. Ya

te dije que no es la primera vez que vosotros os encontráis, pues ya en otras existencias os amasteis uno al otro.

La doncella despertó aún con fuerte impresión del sueño en su memoria. Y no pudo dormir más. Recordaba nuevamente el *extraordinario* sueño, reproduciéndolo repetidas veces, en su mente, como para decorar todas las apariciones, palabras y emociones, creadas por aquel exquisito drama de Morfeo.

CAPITULO XLIX

"Ia, ich bin endlich in dieser Hauptsadt der Welt angelangt!... Nun bin ich hier und ruhig …"

J. W. GOETHE, *"ltalienische Reise"*

("¡*Sí, al fin llegé a esta capital del mundo!••• Ahora estoy aquí, y estoy sosegado …*")

Llegados a Roma, alojáronse Glyndon y su familia, en el "Hotel de Londres".

-Es lamentable que Vuestras Señorías hayan venido después del día de San Pedro -les dijo el hotelero.-Ahora ya estamos en la estación tranquila. En Roma hay, como es sabido, cuatro acontecimientos importantes, en el correr de cada año: el Carnaval, la Semana Santa, la fiesta de Corpus Christi y el día de S. Pedro. En estas épocas hay gran movimiento en las calles y suntuosas fiestas que valen la pena verse. Volviendo todo a la calma por el resto del año.

-No importa -respondió Glyndon.- A pesar de esta disminución de movimiento, la Ciudad Eterna ofrece, en estos días de relativa calma, numerosos objetos dignos de ser vistos y observados.

Y, dirigiéndose a la hija y a la esposa, continuó:

-Entre los más soberbios y grandiosos monumentos de esta ciudad, el más gigantesco es el *Coliseum,* ese inmenso anfiteatro que fué edificado por Vespasiano y Tito, para contener 40 mil

personas. Enfrente de él está la *Basílica de* S. *Pedro,* el más suntuoso templo católico del mundo. Estos dos magníficos edificios son dignos de encontrarse uno frente al otro; en su sublime seriedad representan las dos fases de la humanidad: el Paganismo y el Cristianismo. El Coliseum está aquí como un león herido y sobreviviente, narrándonos la historia del remoto pasado. La Iglesia de S. Pedro evoca en nosotros los recuerdos de la civilización cristiana, y transporta a nuestra memoria a la Edad Media, recordándonos que la construcción de este grandioso templo fué la causa de la Reforma Protestante. Pues el papa León X, necesitando recursos para esa construcción, autorizó la venta de indulgencias; los monjes dominicanos, encargados de este comercio, se excedían a las instrucciones de la Iglesia; el monje agustino Martin Lutero combatió esos abusos, y no encontrando apoyo por parte del Papa, el cual lo fulminó con la bula de excomunión, en 1520, quemó, en las puertas de Wittemburg, la bula y los decretos papales, bajo los aplausos de sus numerosos adeptos, y originó la división del Cristianismo Occidental, -un movimiento que animó la libertad del pensamiento, pero también fué la causa de muchas y sangrientas guerras, como la de los treinta años.- Es necesario un día, en tiempo claro, para ver la Basílica de S. Pedro y un mes para estudiarla. Además del Coliseum y esta magnífica Iglesia, conviene que veamos el palacio del *Vaticano,* que es la residencia de los papas; el *Capitolio,* la columna de *Trajano y Antoníno,* el *Foro Romano,* el arco de *Septimo Severo,* la *Vía Sacra,* etc. Veis Lucía y Leticia, que no nos aburriremos en esta ciudad, a pesar de que hemos llegado ya después de las grandes fiestas populares, a las que si Dios permite podremos asistir el próximo año.

…………………………………………………………………….

Estaban nuestros ingleses, algunos dias después, contemplando el arco triunfal de Septimio Severo, y Clarencio Glyndon explicó:

-Del año 180 a 192, gobernó en Roma el emperador Cómodo, el degenerado hijo de Marco Aurelio. Era hombre cruel, des-

bocado, criminal, apasionado por los combates con los gladiadores. Fué asesinado en una conspiración de su propia familia. Con él empezó la era de la decadencia, estigmatizada por el dominio de los pretorianos, que eran los soldados de la guardia de los emperadores romanos. Así, el sucesor de Cómodo, el emperador Pertinax, fué muerto por los pretorianos que pusieron el trono en subasta, vendiéndo al viejo senador Didio Juliano, en 193. A la noticia de tamaña villanía, se sublevaron las legiones por todas las fronteras, y Septimio Severo, que era un general de noble carácter, marchó desde el río Danubio hasta Roma, para vengar esa ignominia. Aprisionó y condenó a muerte al emperador Didio Juliano, exilió a los pretorianos, condenó a muerte a los senadores indignos, organizó un nuevo cuerpo de cincuenta mil legionarios y restableció hasta cierto grado, el orden y justicia. En su memoria fué erigido este arco que se conservó en el Foro con toda su majestad, como también, ennegrecida por el tiempo, aún se yergue aquí incólume la columna de Focas, al paso que el diente del tiempo roe los templos majestuosos, los edificios marmóreos, las basílicas, las estatuas preciosas y las columnas rostradas, que adornaban antiguamente este Foro, haciéndolos desaparecer, unos totalmente, y otros hasta llegar a pequeños vestigios que sobresalen del lugar donde habían existido.

-Este es el curso del mundo- observó un hombre que se aproximó mientras Clarencio estaba hablando, y se detuvo cerca de los ingleses. Al oír estas palabras, pronunciadas en inglés, Glyndon reconoció al Doctor Nicanor Vigier.

-¿Vos aquí, mi querido Maestro? -exclamó, saludándolo y presentándolo a Lucía y Leticia .

-Si, mi querido amigo -respondió Nicanor.- Partí de Marsella en el día en que *vos* llegasteis allí; fuí a Córcega y de allá, hace cerca de una semana, vine a esta ciudad.

-¿Y vuestros compañeros que avistamos en el combés del vapor "Esperance"?

-Me acompañaron en todo este viaje. Estuvieron conmigo

en Córcega, y estan ahora también en Roma. En Bastia estuvimos alojados, por algún tiempo, en el hotel "León Blanco".

-Nosotros también estuvimos allí, pero no nos detuvimos. Estamos alojados en el "Hotel Inglés", y tendremos gran placer en recibiros como también a vuestros amigos, si queréis honrarnos con su visita.

-¡Pues bien! Hoy, al anochecer, iré a vuestro hotel, con mis dos amigos y compañeros: el doctor Alberto Dupuis y el joven pintor Deodato Zanoni.

–¿Deodato Zanoni? ¿Será el hijo del misterioso Zenón Zanoni y de la hermosa Viola Pisani?

-Exactamente. Es un joven dotado de muy buenas cualidades morales; es de gran inteligencia, notables capacidades artísticas, extraordinarias fuerzas psíquicas y, al mismo tiempo, de bellas y simpáticas facciones físicas. Después de la muerte de sus padres adoptivos, el doctor Dupuis, su protector y educador desde la infancia, fué su tutor; y Deodato, aunque ha llegado a la mayoría de edad, continúa pidiendo consejos al doctor Dupuis siempre y cuando se trata de una decisión importante. Pero ahora permitid que me despida. ¡Hasta luego!

CAPITULO L

"¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado;
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado."

José ZORRILLA. ***"Indecisión"*.**

Media hora antes de la puesta del sol, vino Nicanor Vigier en compañía de Alberto Dupuis y Deodato Zanoni, a visitar a la familia Glyndon, en el "Hotel Inglés". Clarencio Glyndon, que aguardaba con impaciencia la llegada de estas visitas, deseando ardientemente conocer personalmente al hijo del misterioso místico Zanoni, a quien debía su salvación del peligro mortal, en París, durante la revolución francesa, reconoció las bellas facciones de Deodato una reproducción muy aproximada a la fisonomía del famoso esposo de Viola Pisani.

-Sois un vivo retrato de vuestro inolvidable padre- confesó Clarencio al joven.

-¿Entonces vos conocisteis personalmente a mi progenitor? -preguntó Deodato, con voz suave y un poco trémula.

-Lo conocí, sí, como también conocí personalmente a vuestra bella y virtuosa madre.

-¿Dónde los conocisteis, señor? ¡Oh habladme de ellos; pues sois la primera persona que me declara haberlos conocido.

-¿El Maestro Mejnur no os contó nada respecto a vuestros progenitores?

-Aún no tuve la felicidad de sede presentado.

-Entonces escuchad. El destino quiso que yo conociese a aquella que posteriormente vino a ser vuestra madre, cuando aún era soltera. Era una joven hermosa, de una hermosura poco común. Siendo hija de una compatriota mía, y de un célebre músico italiano, Cayetano Pisani, parecía Viola manifestar también en sus rasgos fisonómicos la unión del Norte con el Sur; tenía cabellos rubios y ojos negros. La conocí cuando era celebrada como la primera cantante en el teatro S. Carlos, en Nápoles; y -¿por qué ocultarlo? -poco faltó, en aquel tiempo, para que me casase con ella. ¡Estaba, sin embargo, escrito en el Libro del Destino que ella debía ser la esposa del hombre más hermoso, más sabio, más noble y más poderoso que conocí en el mundo! Sí, Viola Pisani se unió en matrimonio con el hombre misterioso, que el mundo llamaba "conde Zanoni", y que era uno de los poquísimos que descubrieron la Piedra Filosófal y el Elixir de Vida.

Glyndon se detuvo, por unos instantes, y dirigió su mirada a Nicanor Vigier, como consultándo si podía revelar lo que sabía respecto del incomparable Zanoni.

-¿Tuviste pruebas de su profundo saber mágico? -preguntó Vigier, animando con estas palabras al inglés, el cual continuó:

-Tuve, sí, y más de una. Zanoni curó enfermos que los médicos habían declarado incurables o ya desahuciados. Adivinaba los pensamientos de las personas que le interesaban. Predijo acontecimientos que se realizaron con una exactitud asombrosa. A mí mismo, me salvó la vida dos veces: la primera vez en el monte Vesubio, donde una inesperada erupción volcánica, cubriendo la montaña de vapores sulfúricos, me hiciera caer sin sentido, y sin que mis compañeros lo notasen. Si Zanoni no hubiese aparecido por allá, como por milagro, en aquellos minutos, mi vida física habríase extinguido. Y debo confesar que yo había ido a aquel volcán para no encontrarme con Zanoni, que me había declarado, algunos días antes, que aquel día teníamos que hablarnos, sin

falta. Después de convencerme, por pruebas personalmente experimentadas, de que Zanoni era un inigualable Maestro de Ciencias Ocultas, le pedí que me aceptase como discípulo. El no pudiendo hacerse mi instructor por estar en vísperas de casarse con Viola con la cual iba a partir de Nápoles, me entregó a su compañero el Maestro Mejnur. Mas yo fracasé en la primera prueba iniciática, desobedeciendo las órdenes recibidas y cediendo a la tentación de los sentidos.

-¿Y no os encontrasteis más con mis padres, después de su partida de Nápoles?

-¡Oh, sí! Después que hubieron pasado algún tiempo en el Oriente, volvieron ellos a Italia. Hablé con Viola en Venecia, cuando vos, Deodato, erais una tierna criaturita. Vuestra madre había gestado en su alma un fatal preconcepto: no conociendo las ciencias ocultas, juzgaba que su marido, a quien amaba apasionadamente, era un hechicero, un siervo del Diablo; y que, para librar al hijo idolatrado del peligro de volverse también una víctima del Infierno, debía huir con él para alejarse de Zanoni. La vi en una ocasión en que Zanoni estaba ausente y confirmé sus dudas, porque, después de haberme sido cerrada la puerta de la Iniciación y negado el ingreso a la Orden oculta a la que Zanoni y Mejnur pertenecían, juzgé que sus artes eran de origen diabólico, y deseé vengarme por creerme engañado, como erróneamente suponía. ¡Entonces conduje a Viola, con su hijo, a Francia, a París, donde reinaba el Terror! Debido a la bajeza de un falso amigo mío y a los injustos celos de una desvariada, la pobre Viola cayó en manos de los tiranos; habiendo sido denunciada como si fuese peligrosa, fué presa y condenada a muerte. Yo también debía haber sido preso, y si no lo fuí, lo agradezco al noble Zanoni. Este vino a París, en busca de la esposa y del hijo, y me encontró en el momento en que espías del tirano me perseguían. Me salvó perdonando mi gran culpa, y abrió mí vista espiritual; así que, desde aquel momento, me volví otro hombre. Informado por mí sobre la suerte de Viola, tentó liberarla; y, con el fin de

salvarla de la guillotina, ofreció por ella su propia cabeza. Infelizmente, su nobilísimo sacrificio fué en vano: vuestra madre, Deodato, al darse cuenta a qué precio Zanoni compraba su libertad, murió de dolor.

-Para unirse con mi padre en el mundo espiritual - añadió el joven. -Cuando yo era niño, los vi, varias veces, a mis buenos padres, en sus cuerpos astrales. Y sé que, a pesar de muertos para el mundo físico, continuaron cuidando de mí, vigilándome y protegiéndome.

-Fuí informado- dijo Glyndon- de que el hijo de Zanoni había sobrevivido a los padres; mas no me fué dado saber de qué modo.

-Mi apreciado tutor doctor Alberto Dupuis tendrá la bondad de contárselo -respondió Deodato,- pues él fué el íntimo amigo del reverendo padre Evandro, que me encontró en la prisión, cuando yo aún ni hablaba, y también de mis bondadosos padres adoptivos. El os dirá lo que hizo por mí el generoso doctor Nicanor Vigier y el venerable Maestro Mejnur.

Entonces Alberto Dupuis relató concisa y claramente la historia de la vida de Deodato; y cuando la terminó dijo Nicanor Vigier las siguientes palabras:

-El Maestro Mejnur y yo estamos cumpliendo la palabra dada por Zanoni, que se nos había aparecido antes de que yo hubiese ido, por primera vez, a París, en busca del matrimonio Boncoeur. Sí; Zanoni, descendiendo de las esferas celestes, se nos apareció en aquella ocasión y dijo a Mejnur dónde vivía su hijo Deodato, que iba a cumplir dos años de edad. Dijo que él, Zanoni, había dejado en la tierra una considerable fortuna, y que ésta debía servir para la educación de su hijo. Indicó a Mejnur los lugares donde estaban guardados esos objetos preciosos, y Mejnur prometióle aprovecharlos para mejorar la posición financiera y social de los padres adoptivos de Deodato y para dar una buena educación a éste.

-Lo que, con vuestra abnegada y celosa colaboración, querido amigo, fué realizado- agregó Dupuis.

Durante todo el tiempo de esta conversación, escuchaba Leticia atentamente, y de vez en cuando miraba precisamente en los mismos instantes en que la joven lo miraba. En aquellos momentos un dulce arrobamiento henchía esos dos nobles corazones. Pero apenas se cruzaban sus miradas, ambos se ruborizaban y bajaban los ojos.

La conversación fué dirigida hacia asuntos artísticos, y entonces Deodato fué agradablemente sorprendido viendo que la joven inglesa, a pesar de su poca edad, era una excelente pintora. Clarencio Glyndon propuso que los tres, a saber, él mismo, Leticia y Deodato, estudiasen juntos los monumentos y otras obras de arte, dignos de ser vistos y apreciados, en la Ciudad Eterna. Vigier y Dupuis encontraron buena la idea, y desde entonces se veían los dos enamorados casi diariamente y pasaban sus horas agradables, conversando sobre arte y ciencias, y contemplando y dibujando las manifestaciones de lo Bello, producidas por la Naturaleza y por los Maestros del arte en la pintura, escultura y arquitectura.

Así fueron pasando semanas. Clarencio Glyndon, que acompañaba a su hija y a Deodato en los paseos, les explicaba lo que sabía al respecto de los temas y objetos de sus estudios, no dejó de notar el mutuo amor de esos dos jóvenes, a pesar de que no exteriorizaban nunca, ni en palabras, ni en gestos, a sus ojos, los sentimientos que les inundaban los corazones.

-¡Qué pareja perfecta constituirían, si el Destino permitiera realizar su unión! -pensaba el inglés.

CAPITULO LI

"Duque: No hay fuerza que vence a amor.
Enrique: Una sola suele saber.
Duque: ¿Cuál es?
Enrique: Quererle vencer".

CALDERÓN.

-Nicanor, de aquí a cinco días, traedme a Deodato. Juzgo que ha llegado el tiempo en que él debe resolverse si quiere golpear a la puerta del Augusto Templo del Saber o si prefiere continuar viviendo como profano.

Así habló Mejnur a Nicanor Vigier, en su residencia, un viejo edificio de la Edad Media sitio en una región desolada en los alrededores de Roma. El viejo sabio allí pasaba días, meses y años, entregado a sus estudios y a sus prácticas teúrgicas. Raras veces se ausentaba de allí, en los últimos dos decenios. ¿Por qué, también, debía caminar físicamente, para ver a alguien o algo que le interesaba, a pesar que su organismo sutil podía ponerse en comunicación inmediata con cualquier lugar, por más lejos que fuese, siempre que la Voluntad del Mago así lo determinase? Y donde fuese menester la presencia física, Nicanor Vigier se encargaba con gusto de ejecutar las órdenes de su compañero y Maestro del cual gozaba plena confianza.

-Haré como ordenáis -respondió Nicanor ante las palabras de Mejnur.- Deodato, por repetidas veces, ya manifestó su decisión de pertenecer a nuestra Orden.

-Ojalá venga a ser nuestro compañero -dijo el viejo Mago.

-¡Ojalá ocupe el lugar dejado por su padre! Yo sé que a él, siendo aún muy joven, le será doloroso dejar el mundo y sus atracciones. Quiero, pues, verlo en persona y exponerle ciertas verdades y reglas, para que medite sobre ellas y si, por su espontánea voluntad, siento que el Mundo Interior es más fuerte que el exterior, se decida a volverse Neófito.

Fué con inmenso júbilo que Deodato recibió por boca de Nicanor la grata noticia de que Mejnur lo esperaba. Siguiendo el consejo de Dupuis, previno a la familia Glyndon de que, tal vez por algunas semanas, estaría ausente; se salió en su casa, tres días y tres noches, entregándose a ejercicios de meditación y concentración, prescriptos por Vigier, y después, con el corazón animado y la mente serena, declaró que estaba pronto para presentarse al Gran Maestro. Con una afable sonrisa recibió Mejnur al joven, el cual besó la mano que el viejo sabio le extendía, y exclamó:

-Gracias a Dios que, al fin, me es permitido agradecer a mi mayor bienhechor.

-¡Nada tienes que agradecerme, querido hijo! - respondió Mejnur. - La que por ti hice fué tan solo desempeñar un deber sagrado. No hablemos más de eso. Sé bien venido a esta casa y ten plena confianza en mí, que sólo deseo tu verdadera felicidad.

-¿En qué consiste la verdadera felicidad, Maestro? - preguntó Deodato.

- En la posesión del perfecto Saber -fué la respuesta.

-¿Qué debo hacer para alcanzar el Saber perfecto?

-Buscarlo en los caminos que a él conducen.

-Mostradme esos caminos, ¡oh Maestro!

-Yo te los mostraré; pero depende de ti seguirlos fielmente o desviarte. Antes de penetrar un neófito en el sendero, ha de probar que es limpio de corazón. Su primer paso consiste en discernir lo verdadero de lo falso, lo eternamente persistente de lo siempre fugaz. No confundas, pues, el reino de la Ilusión con el de la Realidad. Las semillas de sabiduría no pueden germinar y

desenvolverse en un espacio privado del aire de la vida superior; plantadas en la tierra de la vida mundana, fenecen y mueren. No te dejes, pues, retener en la esfera de la Ignorancia, por las atracciones de la Gran Ilusión. Remonta por encima de las ilusiones de los sentidos y sus efímeros placeres y busca lo que es eterno e inmutable. Desconfía de las falsas sugestiones de la fantasía; desconfía de tus sentidos, porque son falsos. No obstante, en tu interior, en el santuario de tus sensaciones, busca la Luz Impersonal y en ella al Hombre Eterno; y cuando lo hayas encontrado, serás un verdadero sabio. No te dejes seducir por las sensaciones de tu cuerpo. Tu cuerpo no eres tú; tu "yo" existe por sí mismo independientemente del cuerpo, del cual debe ser un señor absoluto, y nunca su esclavo. No te dejes seducir por alabanzas ni por vituperios que salen de los labios de personas ignorantes y mundanos. ¿Quieres, en verdad, seguir el camino que te indiqué?

-Quiero, sí, venerable Maestro.

-¡Yo veo, sin embargo, en tu corazón rayos de una luz falsa, hijo mío! Mientras no la extirpes, correrás el peligro de perderte en caminos errados.

-Es el amor por una mujer.

-¿Entonces, es un pecado amar a una persona de otro sexo?

-No es pecado, mi querido; mas es un impedimiento para quien busca el Perfecto Saber.

-¿Por qué?

-Porque el amor sexual absorbe las mejores energías e impide que la mente consciente se eleve toda por encima de lo que es material. Los sentimientos que unen un hombre a una mujer, por más puros que sean, son efluvios de sensualidad y más o menos tarde transfórmanse en grillos que lo esclavizan, ligándolo indisolublemente al mundo, perdiendo la libertad e imposibilitándole el uso de las fuerzas superiores.

-¿Y no es posible amarse un hombre y una mujer tan divinamente, que su amor, en vez de ser un obstáculo, les sirva de alas que los eleve a las esferas celestes?

-¡Ah! ¡si fuera practicable tal amor! Ya tu padre nutrió semejante idea; ¿y cuál fué el final? Aquella a quien él quiso elevar en las alas del amor, no quiso aprender a emplear las alas, porque los amantes no piensan sino en el amor; y, así, ella no se elevó a la región de la Inmortalidad, y él que ya pertenecía a esa región, fué sacado de ella, por la atracción del amor mortal. Como te dije, el amor sexual absorbe las mejores energías del organismo. Las fuerzas sexuales son siempre creativas; y su creación puede manifestarse en el mundo físico, por la generación de hijos, o en el mundo mental, por la producción de obras de arte, o en el mundo espiritual, por obras de ciencia. El discípulo de la Ciencia Superior aprende a transformar las energías físicas en energías psíquicas, y éstas en energías espirituales.

-El camino que me indicáis, Maestro, es sublime. ¿Tendré, pues, la fuerza de voluntad necesaria para recorrerlo?

-Esto depende de ti, joven. Querer es poder. Tienes aún tiempo para prepararte para la Iniciación del primer grado. Quiero darte instrucciones metódicas, durante dos meses; y después podrás volver a tus estudios y trabajos de costumbre.

CAPITULO LII

"Meine Ruh'ist hin,
Mein Herz ist schwer."

J. W. GOETHE, *"Faust"*,

("Mi tranquilidad desapareció,
mi corazón está pesado.")

En el "Hotel Inglés", en Roma, se alojaron, dos semanas antes que Deodato visitara a Mejnur, dos nuevos huéspedes, que el lector ya conoce: los rusos Boris Derjinski y Eudosio Umny. Boris, que había visto a Clarencio Glyndon en Marsella, por la primera vez, en ocasión del duelo de Santiago de Montnoir, y después de eso, en algunas otras ocasiones, reconoció inmediatamente al inglés y lo saludó como a un viejo amigo, preguntándole cuándo había dejado a Francia y cómo encontraba a la Ciudad Eterna. Glyndon aprovechó la ocasión para indagar algo respecto de Santiago de Montnoir, y quedó más tranquilizado cuando Boris le aseguró que no sabía dónde aquel joven estaba. El hasta ignoraba que Santiago hubiese partido de Marsella.

Muy pronto se tornó Boris un huésped diario de la familia Glyndon. Sus maneras pulidas y la disposición servicial, granjeáronle la simpatía de doña Lucía. A Clarencio le agradó la curiosidad que el joven manifestaba por las instrucciones relacionadas con los monumentos artísticos e históricos, y que el inglés gustaba dar. Sólo Leticia no sentía simpatía por el ruso, a pesar de no hallar nada reprensible en sus maneras y conducta. A sus corteses

frases respondía lacónica y fríamente; a veces hasta fingía no haberlas oído o comprendido. No obstante, Boris continuó mostrándose siempre cortés y servicial, elogiando constatemente el saber de Clarencio, concordando en todo con las opiniones de éste y de doña Lucía y expresado su admiración por los ensayos artísticos de Leticia.

Cuando Boris fué presentado a Deodato, éste reconoció en él inmediatamente al joven que había visto en el hotel "León Blanco", en Bastia y que, con toda la razón, suponía que era idéntico al ex rival de Mauricio Hardy. No dejó percibir que ya lo conocía, mas se propuso observarlo atentamente y sondear su carácter. La invitación de Mejnur, entretanto, lo imposibilitó de realizar su propósito. En las pocas ocasiones en que en aquellos días estuvo junto con el ruso, no descubrió nada que pudiese despertar en sí una desconfianza. Boris, sin embargo, descubrió con su perspicacia el secreto de Deodato: que no sólo era un íntimo amigo del matrimonio Glyndon, sino que también el admirador de Leticia, y que ésta correspondía al amor del joven pintor, y como el corazón fácilmente inflamable de Boris no pudo resistir la llama que la hermosura de Leticia en él encendió, el joven ruso se puso a pensar cómo deshacerse del inoportuno rival y cómo garantizarse a sí mismo el amor de la bella inglesa.

Con placer, pues, recibió la noticia de que Deodato iba a estudiar con un viejo sabio y que no volvería tan pronto.

La hija de Clarencio Glyndon sentía, cada día más agudamente, la ausencia de Deodato. Comprendía que era natural que el joven amado mostrase su gratitud al Maestro Mejnur, acudiendo a su regazo y sometiéndose a su dirección espiritual; mientras tanto, recordando el impresionante sueño que tuvo en Bastia, sintió instintivamente que corría el peligro de perder el amor de Deodato, antes de que él se lo declarara.

¡Y qué sueños malos la perseguían ahora! Todas las noches soñaba con Deodato; pero en vez de verlo amoroso, fiel y constante, descubría en él nuevas faltas. Parecía que el propio Morfeo

quería grabar en el corazón de Leticia antipatía contra el hijo de Zanoni.

Así, en algunos sueños presentósele Deodato abrazando y besando a una linda italiana. En otros sueños, el joven conversaba con ella, pero súbitamente se levantaba y, abandonándola, corría hacia sus amigos. Otras veces soñó Leticia que leía una carta de Deodato, llena de expresiones amorosas; jubilosa, besó la carta, mas, al contacto del papel, sus labios fueron heridos por un dolor punzante; la carta cayó al suelo y se transformó en serpiente. Otra vez, soñó nuevamente haber recibido carta de Deodato; nuevamente estalló la alegría al leer las frases de dulce afecto; ¡pero he ahí que, de pronto, percibe que la carta no era dirigida a ella, y sí a una rival!

Horribles martirios para el corazón amante de la cándida virgen, ¿cuál es el cerebro malicioso que los prepara y los dirige? ¿Cuál el siervo del Infierno que se complace en torturar el alma de la joven, de esta forma tan misteriosa?

Os lo diré, estimados lectores. Boris Derjinski había recurrido a una hechicera romana, de cuya existencia supo casualmente en una conversación con muchachos italianos. El ruso ofreció a la bruja una regular cantidad de dinero, consiguiendo que la maga negra se encargase de extingir los sentimientos de amor que Leticia nutría para don Deodato y suplantado por la inclinación hacia él. Y como vimos, las operaciones nefandas de la hechicera empezaron a manifestar sus fuerzas mientras la joven dormía.

Durante la noche, esos sueños desagradables; al despertar, tristes recuerdos de cosas soñadas y una indisposición general; durante el día, las nostalgias del joven ausente y la aborrecible presencia de Boris,-¿quién se admiraría de que las rosadas facciones de Leticia empezaran a palidecer y las carnes de su esbelta figura propendieron a la delgadez?

-¿Qué es lo que tienes, hija mía? -indagó Lucía. -Me parece que un secreto dolor está royéndote el corazón.

-¡Ah! ¡mamá! No puedo explicártelo, porque yo misma no sé lo que me aflige. Sólo sé que la causa está en los malos sueños que me persiguen, noche a noche.

-¿Malos sueños? ¡Pesadillas! Eso es generalmente un efecto de mala digestión, hija mía. Hablaré con Clarencio, para que te lleve a consultar un buen médico. Es lamentable que los doctores Vigier y Dupuis no aparezcan. Ausentáronse con Deodato. Pero tu padre conoce otros médicos aquí; no tengas recelo, que en breve han de desaparecer estos malos síntomas.

Clarencio Glyndon fué con su hija a casa de un célebre médico; éste examinó a Leticia y le recetó algunas drogas, que la joven fué tomando, según la prescripción. Su aspecto físico comenzó, realmente, a demostrar mejoría: desapareció el hastío y reapareció el buen color en sus facciones; sin embargo, el alma de la joven no convalecía y hasta se enfermaba más. ¡Los sueños desagradables continuaban; en uno de ellos, hasta asistía al casamiento de Deodato con la italiana que venía incomadándola en todos esos sueños, como amante de aquél! En otro sueño, Deodato con la esposa paseaban tomados del brazo por enfrente del "Hotel Inglés" En otro más, iba en un carruaje, por el campo. Aún en otro, embarcábanse en un navío, para Marsella, y todas las veces que Leticia, al verse despreciada por Deodato, lloraba,-naturalmente, en el sueño, aparecía a su lado Boris, consolándola. Más las palabras que él profería, lejos de darle consuelo, la entristecían aún más.

Así pasaron semanas. De Deodato no veía ninguna noticia; ni Vigier, ni Dupuis se dejaron ver. Varias veces tentó Leticia obtener una visión en el Espejo Mágico; sin embargo, la única cosa que la cristalina bola le presentaba, eran las reproducciones de los horribles sueños. Por eso desistió, por fin, la doncella, de esas experiencias, y empezó a procurar alivio en fervorosas oraciones…

CAPITULO LIII

> **"Our community has existed ever since the first day of creation, when God spoke the word: "Let there be light", and it will eontinue to exist till the end of time. It is the society of the children of light."**
>
> **B. SWINBURNE CLYMER,** ***"The Rosicrucians"***
>
> ***(“Nuestra comunidad ha existido siempre desde el primer día de la creación, cuando Dios dijo la palabra Hágase la luz", y continuará existiendo hasta el fin del tiempo. Es la sociedad de los hijos de la luz.")***

Un día en que Leticia, sintiéndose muy débil, se vió obligada a guardar cama, Glyndon, dirigiéndose a casa del médico, no lo encontró, siendo informado que había salido de viaje, del cual sólo regresaría después de muchos días. Ya el inglés se disponía a retirarse, cuando, de súbito, un desconocido, saludándolo, se paró a su lado y díjole, en idioma inglés:

-¿Señor Clarencio Glyndon, estáis buscando a un médico para curar a vuestra hija?

-Exactamente, señor mío - fué la respuesta ;-mas admírame que lo sepáis, sin que yo tenga el honor de conoceros.

-Mi nombre es Cristiano Weiss.

-Me parece nombre alemán.

-Mi cuna realmente, fué colocada en terreno germánico, en

Franchkfort. Sin embargo, resido en Roma, ya hace doce años, ejerciendo aquí la medicina.

-¡Ah! ¿y el señor supo que mi querida hija se encuentra mal de salud?...

-Sí; y os ofrezco mis servicios profesionales...

-Que yo con mucho gusto acepto. Quiera tener la bondad de acompañarme al hotel.

Por el camino, Glyndon refirió al doctor Cristiano Weiss los síntomas de la enfermedad de su hija.

Llegados al hotel, encontraron a Leticia ardiendo de fiebre y delirando. El alemán, después de examinar el estado de la enferma, púsole la mano derecha sobre la frente, concentró la mirada en la raíz de la nariz de la joven y permaneció, por algunos instantes, en esta posición, reteniendo la respiración. En seguida hizo unos pases magnéticos y administró a Leticia algunas gotas medicinales. La enferma se adormeció inmediatamente y su sueño fué tranquilo, durante media hora. Después abrió los ojos, y viendo al nuevo médico dijo:

-¡Ah! ¿Entonces vinisteis, como me prometisteis, señor, para salvarme de esa persecución? ¡Gracias a Dios!

Clarencio y Lucia a estas palabras asustáronse, juzgando que la hija estuviese delirando. Pero Cristiano los calmó, diciéndoles:

-No temáis. Vuestra hija está fuera de peligro.

-¿Pero cómo? - exclamó Clarencio Glyndon. - ¿Cómo puede ella decir que le prometisteis venir?

Cristiano Weiss sonrió:

-¡Que ella misma lo cuente!

-Fué en el sueño de esta noche que vi a este señor - exclamó Leticia;- y el prometió venir a liberarme de los maleficios con que soy perseguida.

-¿Maleficio?-exclamaron al unísono, pasmados, Clarencio y Lucía.

-Es verdad, señores confirmó Cristiano; -el mal estado de vuestra hija es producido por la proyección de fuerzas maléficas. Yo descubrí, hace pocos días, este crimen, y avisé, en verdad, en esta noche, a la señorita Leticia de que la libraría de la persecución de que era víctima. Nos vimos en el plano astral.

-Las proyecciones maléficas parten del cerebro de una hechicera - fué la respuesta; -aún no descubrí al hombre que es el instigador de estas abominables prácticas, mas he de desenmascararlo, no lo dudo.

-¿Hechicera, al servicio de un hombre? -exclamó admirada Lucía.

-Sí, señora. Con seguridad, se trata de algún negocio de amor. Señorita Leticia, ¿quisierais aclarar a vuestros padres la naturaleza de los sueños o visiones que os persiguen? No os amilanéis; es preciso que contéis todo.

La doncella quiso hablar, cuando golpearon a la puerta. Al abrirla Glyndon, se encontró con Boris Derjinski quien venía a enterarse del estado de la enferma, respondiéndole Glyndon que seguía un poco mejor.

-Está, sin embargo, aún muy débil -argumentó el médico.- Disculpad, pues, caballero, si os pido que no tentéis hablarle.

Boris inclinó la cabeza y se despidió, deseando a la enferma pronto restablecimiento.

Algunos instantes después, relató la doncella, en resumidas frases, que especie de visiones la perseguían en los sueños. No le fué fácil hacer esa confesión, en que su amor por Deodato era claramente demostrado. Todas las veces, sin embargo, que vacilaba, ruborizada, una reconfortante mirada de Cristiano Weiss y amables y animadoras palabras de sus padres, conseguían que no ocultase las extrañas experiencias.

Cuando Leticia terminó, Cristiano Weiss dirigiéndose a Glyndon, expresó el deseo de hablarle a solas. Entraron a una habitación contigua y el médico dijo:

-De cierto, estimado amigo, no necesitaré entrar en vastos preámbulos para obtener vuestra confianza en las fuerzas bienhechoras que quiero poner en acción, con el fin de combatir y vencer las proyecciones maléficas que la maga negra emite sobre vuestra hija, con el fin de alejar de su corazón a Deodato e inclinarlo a otro joven. Sé que vos también pertenecéis a la gran comunidad de los Hijos de la Luz.

-¿Hijos de la Luz? -interrumpió Glyndon.- ¿Os referis a esa misteriosa sociedad a la cual hace más de veinte y cinco años procuré obtener el ingreso, pero no lo conseguí, por haber fracasado en la prueba iniciática?

-El Maestro Mejnur me informó sobre ese incidente -dijo Cristiano.- Para excluir, entretanto, toda la posibilidad de confusión, desde ya os digo que la Comunidad de los Hijos de la Luz es grande, y que la sociedad dirigida por Mejnur forma apenas una pequeñísima rama del gigantesco árbol, con que nuestra amplia Comunidad se puede comparar.

-¿Entonces Mejnur no es el único representante de la Suprema Ciencia?

-No es el único, ni el más perfecto, a pesar de haber prolongado por muchos siglos su existencia. Hay varias ramas de Ciencias, independientes una de otras, pero todas solidarias entre sí. Quien busca el Saber, busca la Luz. Ahora, en este sentido, podemos decir que nuestra Comunidad ha existido siempre, desde el primer día de la creación, cuando Dios dijo: "¡Hágase la Luz!" -y continuará existiendo hasta el fin del tiempo. Ella es el conjunto de todos los seres humanos que aman la Luz de la Verdad, y se esfuerzan por realizar el Ideal del Supremo Bien y de la Perfecta Belleza. A veces se da a esta gran Comunidad el nombre de "Logia Blanca". El nombre de "Logia" es aplicado, porque nuestra gran Comunidad está dividida en grados y órdenes que corresponden a los varios grados y órdenes de la humanidad y con éstos están en conexión.

"Los seres humanos forman un gran número de grados y órdenes, en su evolución. Los salvajes, por ejemplo, están en un grado bien diferente del grado de los civilizados. La raza negra está en grado diferente á las razas amarilla y blanca. Los pueblos agrícolas están en otro grado de desenvolvimiento que los pueblos industrialistas. Igualmente hay diferencia de grado social entre los hombres que se dedican a la ciencia y los que se dedican al comercio. A pesar de estas diferencias, no obstante, todos ellos son seres humanos, y unos dependen de los otros. Por ejemplo:

Si hubiese en una región solamente agricultores, sin comercio y sin ciencias y artes, su agricultura sería siempre primaria, como la de los bárbaros. Si en una región se colocasen exclusivamente comerciantes, imposibilitarían allí, muy pronto, el comercio, por no haber productores y consumidores en número suficiente. Si en un país, todas las personas se dedicasen únicamente a los estudios, ¿quién las alimentaría y vestiría? Se ve, pues, claramente, que siempre tiene que haber varios grados y órdenes en la evolución espiritual de la Humanidad.

"Podemos distinguir cinco principales grados de espiritualidad en la Humanidad actual. El primero, eso es, el inferior, está constituido por los seres que alcanzaron ya la ciencia de sí, más no progresaron aún mucho más arriba del reino animal. Sus órdenes más bajas constan de pueblos salvajes; a las órdenes superiores de este grado pertenecen los miembros más adelantados de las razas inferiores, como también aquellos miembros de razas adelantadas, que realizaron progreso físico e intelectual, pero se encuentran aún en un bajo escalón de desenvolvimiento espiritual.

"El segundo grado en la escala espiritual de la Humanidad contiene todas aquellas personas, en las diferentes razas, que están trabajando conscientemente para el mejoramiento físico, moral, intelectual o social de la humanidad, mas no se ocupan de asuntos espirituales y psíquicos. En el tercer grado están los individuos que se interesan por los asuntos espirituales, investigando y estu-

diando los dominios del ocultismo, mas aún no viven en comunión consciente con los Maestros. El cuarto grado está compuesto por serios estudiantes e instructores espiritualistas, que se esfuerzan por dominar su naturaleza inferior y llevan una vida espiritual que los conduce al contacto personal de los Maestros de Sabiduría, y estos Maestros forman el quinto grado.

"Como veis por esta exposición, vos os halláis en el cuarto grado, aunque no pudisteis vencer completamente las fuerzas de la tentación, en vuestra prueba iniciática. Ya os dije que la Orden la que pertenezco no es el jefe Mejnur. Mi método difiere del suyo, porque él vive exclusivamente por la Cabeza, al paso que mi Orden trata de establecer un fructífero equilibrio entre el Cerebro y el Corazón. Por eso es mucho más numerosa nuestra sociedad particular, que la de él; nuestra rama es más extensa y riquísima de hojas vivientes, que son nuestros socios. En nombre de los Hermanos de mi Logia, vengo a convidaros, señor Clarencío Glyndon, a visitar nuestro Templo y a hacernos nuestro compañero, si encontráis que nuestras doctrinas y prácticas satisfacen *los* postulados de vuestra Razón y de vuestro Corazón."

-Acepto, satisfechísimo, esta invitación - respondió *el* in*glés*.- ¿Que me dice, sin embargo, respecto de mi hija?

-Que desde ya está *libre* de los peligros que amenazaban sacar1e la fuerza de voluntad, debilitarla y entregarla a merced del malvado que compró el nefando servicio de la hechicera.

Cuando *los* dos hombres volvieron a la habitación de la enferma, encontraron que ya estaba de pie, y bastante fuerte y animada. *El* doctor Cristiano sonrió, recomendándole no pasar más en *los* malos sueños y se despidió, prometiendo volver al siguiente día.

CAPITULO LIV

"Though there is a brighter existence store for those who have lived, well, it is nevertheless best to live a long life and to live it to the fullest extent possible."

MAX HENDEL, ***"The Rosicrucian Mysteries".***

"A pesar de que una existencia más luminosa aguarda a los que vivieran bien, con todo lo mejor es vivir una vida larga, y en la mayor extensión posible.")

-¿Qué utilidad tiene para el hombre el don de prolongar, a voluntad, su existencia corporal? -preguntó una vez Deodato a Mejnur, cuando éste le explicaba la naturaleza del Elixir de Vida. -Nuestra alma es inmortal; puede volver de las esferas astrales a la tierra, reencarnándose, y así continuar la existencia, interrumpida por la muerte.

-Hay gran diferencia entre estas dos formas de vida -respondió el Místico. -En cada muerte, el espíritu pierde el cuerpo físico, con todo lo que a éste pertenece, llevando consigo apenas las fuerzas de un átomo, situado en el ventríluco izquierdo del corazón, -el llamado "átomo simiente", que sirve más tarde para dar principio del nuevo cuerpo físico, siendo, para este fin, depositado en el semen del padre, algún tiempo antes de la concepción. Con el cuerpo físico, el espíritu desencarnado pierde los recuerdos obtenidos por intermedio de los sentidos

externos. Para que comprendas bien lo que esto significa, recuerda que las impresiones que obtenemos mirando alrededor de nosotros y oyendo lo que percibimos por los oídos, se graban en las células del cerebro, pudiendo ser evocadas, en varias ocasiones, mientras poseemos ese cerebro; pero con la muerte se pierde el cerebro, y, por tanto, también aquellos recuerdos de él dependientes, lo que se llama "memoria consciente". No se pierde, con la muerte la memoria "subconsciente", que consiste en los recuerdos grabados indeleblemente sobre el sensible átomo-simiente.

-¿Cómo es, Maestro, que son grabados estos recuerdos sobre el dicho átomo-simiente?

-El éter que lleva a nuestra retina la imagen de los objetos que vemos, lleva a nuestros pulmones una imagen igual por medio de la respiración; y esta imagen es absorbida por la sangre. Ahora, como la sangre pasa por el corazón, transporta para allí, al átomo-simiente, a dicha imagen. Este proceso no es percibido por la mente consciente, y por eso se llama "subconsciente". El espíritu después de desencarnarse, lleva consigo las fuerzas del átomo-simiente, que contiene la memoria de toda vida, hasta sus más mínimos detalles. En el estado extra-físico, en el llamado Purgatorio y Cielo, se recuerda, pues, lo que se experimentó en la vida terrestre; pero cuando vuelve a la tierra por la puerta del renacimiento, necesita años para hallarse de nuevo fisicamente capacitado para comprender lo que en la vida anterior ya sabía; y raras veces es capaz de leer las historias grabadas en su memoria subconsciente. La diferencia entre la existencia física ininterrumpida y la existencia sujeta a las muertes y reencarnaciones, puede compararse también con la diferencia que hay entre un árbol secular y un árbol que en pocos años produce semilla y es cortado y substituido por otro, nacido en esa semilla, la cual, a su vez, tiene poca duración, sirviendo apenas para dar la necesaria semilla para un tercer árbol, y así en adelante. Ahora, ciertamente, comprendes la gran importancia de la longevidad. Para mejor comprensión, sabed que todo lo que

hay en el mundo físico y que fué hecho por la mano del hombre, tiene su origen en el mundo mental. Las casas en que vivimos, las sillas en que nos sentamos, las camas, los coches, los navíos, todos los instrumentos, todas las construcciones, ete., existieron primero como ideas o pensamientos en la mente humana. Análogamente, los árboles, las flores, los ríos, los mares, las montañas, etc., son los pensamientos materializados de las Fuezas de la Naturaleza. Cuando el alma humana deja el cuerpo físico, pasa al estado llamado purgatorial, en las regiones inferiores del Mundo Astral, o Mundo del Deseo. Allí conserva aún todas sus inclinaciones y sus vicios, los mismos apetitos, las mismas simpatías y antipatías, como las tenían durante su vida en la tierra. Sin embargo, la única, importantísima diferencia es que no posee el cuerpo físico con que pueda satisfacer sus apetitos y deseos. En esto consiste los tormentos del purgatorio. Con el tiempo se debilitan y mueren sus deseos y los bajos apetitos, y el alma va a las regiones superiores del Mundo del Deseo, donde pasan ante su vista todas las escenas de su vida pasada, entre las cuales el respectivo hombre practicó algún bien. Allí en el Primer Cielo, siente la gratitud manifestada por aquellos a quienes prestó auxilio; allí se une con las personas a quienes le liga la verdadera simpatía. Mas tarde, dejando el Mundo del Deseo, el alma entra en la esfera interior del Mundo Mental, en el Segundo Cielo. Allí se identifica con las Fuerzas de la Naturaleza, y trabaja bajo la dirección de las jerarquías creadoras, construyendo para sí misma el ambiente que será necesario para su próximo desenvolvimiento. Allí construye, en substancia mental, los arquetipos de la tierra y el mar; obra sobre la flora y la fauna; inventa y fabrica instrumentos y otros objetos, siempre con la materia mental, -y todo lo que asi mentalmente preparó, aparecerá más tarde físicamente, cuando aquella alma esté reencarnada. Cuanto más adelantado pensador es un hombre, tanto menos tiempo precisa para hacer estas formas mentales en el Segundo Cielo; es, pues, necesario vivir - como vivo yo - ya aquí, en la tie-

rra, inmergido en el Pensamiento, quien quiera evitar la necesidad de pasar por la puerta de la Muerte, aquel estado mental. Cuando la humanidad haya aprendido a pensar correctamente, podrán los hombres crear cosas aquí, en el Mundo Físico, con mucha mayor facilidad y rapidez, y no precisarán estar fuera de la vida terrestre tanto como ahora.

-Hablasteis, Maestro, del Purgatorio y del Primer y Segundo Cielo. ¿Qué me diréis del Tercer Cielo?

-Del Tercer Cielo, que está en las regiones superiores del Mundo Mental, los hombres de la actualidad, en su enorme mayoría, ni tienen una idea. Es la región del Pensamiento Abstracto, donde los inventores traen sus ideas originales; donde los filántropos ven cómo realizar sus utopías; donde los santos encuentran divinos impulsos de abnegado amor y fe.

-¿Los que desencarnan, se encuentran con los seres amados, después de la muerte?

-Sí, se encuentran con ellos y los reconocen; pues en el Mundo Astral aparece el hombre en la misma forma como en la tierra, porque su alma está acostumbrada a identificarse con su forma terrestre. Naturalmente se encuentran sólo las almas que están en la misma esfera; y únicamente un alma de esfera superior puede buscar y encontrar a otra, por la cual se interesa y que está en esfera inferior.

-¿Entonces el cuerpo astral tiene la misma forma que el cuerpo físico?

-Es después de la muerte que toma esa forma. No te olvides, no obstante, que el alma, después de haber extraído de las provisiones que consigo trajera de la tierra, todo el mal y todo el bien, durante la existencia en el Purgatorio y en el Primer Cielo, deja su cuerpo astral y pasa al Segundo Cielo. El cuerpo astral comienza, entonces, a desintegrarse; mas su descomposición dura mucho más tiempo que la descomposición del cadáver físico. Acontece, a veces, que tal cuerpo astral, abandonado por el espíritu, pero aún no desintegrado, -al que se da el nombre

de "cascarón",-aparece, debido a la atracción magnética, a amigos del respectivo difunto, que erróneamente pueden, entonces, pensar que es el espíritu desencarnado, cuando no es, sino la envoltura astral de dicho espíritu, por éste ya abandonado. El mismo espíritu, hallándose en el Segundo Cielo, ya no tiene cuerpo astral, estando envuelto, no obstante, por el cuerpo mental.

-¿Los desencarnados continúan interesándose por los seres amados que dejaron en la tierra?

-Sí, mientras están en el Mundo Astral, esto es, en el Purgatorio y en el Primer Cielo. Cuando entran en el Segundo Cielo, ya no están más conscientes de la esfera física en el sentido de que aquí tenían casa, amigos o parientes; pues identificándose allí con las Fuerzas Naturales, obran sobre la tierra y sobre la humanidad en la misma Forma como las Fuerzas Naturales que no se encarnan humanamente.

-¿Los Angeles y Arcángeles observan a los hombres y conocen nuestras vidas?

-Los Angeles trabajan con el hombre, con los animales y con los vegetales, siendo los auxiliadores de las funciones vitales. Son ellos los que aumentan la familia, dan buenas cosechas y el bienestar físico, cuando el hombre no contraría su actividad, y trabaja de acuerdo con las respectivas Leyes naturales. Los Arcángeles trabajan como auxiliares de los Espíritus -grupos de los animales, y como Espíritus de Raza de la Humanidad, ayudando a la construcción del cuerpo astral. Además de los Angeles y Arcángeles, trabajan con los hombres aún los "Señores de la Mente", o Principalidades, que ayudan en la construcción del organismo mental.

-¿Y qué función jerárquica desempeñan los hombres, en los reinos de la Naturaleza?

-El hombre trabaja con los minerales, para los cuales es lo que los Seres Superiores son para él. Están despertando gradualmente la vida en los minerales, convirtiéndolos en casas, vehículos, muebles, puentes, etc.

CAPITULO LV

"L'amour pour principe, l'ordre pour base; paur but, le progrés."

AUGUSTO COMTE.

("El amor por principio, el orden por base; el progreso por fin.")

Mientras Mejnur daba a Deodato las explicaciones como acabamos de narrar, asistía Clarencio Glyndon a una sesión de la Logia "Rosa Cruz". Era de noche. Las paredes de la sala estaban tapizadas de estofa azul, adornada de estrellas plateadas. Al lado opuesto a la puerta, estaba un altar, cubierto con un fino paño blanco. En medio del altar se veía una cruz dorada, coronada de rosas encarnadas, y alrededor de ella, dispuestos en la forma de una estrella de siete puntas, siete pequeños cubos hechos de los metales planetarios: oro, plata, azogue, cobre, hierro, estaño y plomo correspondientes a los planetas astrológicos: Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. El cubo de Mercurio estaba contenido en un pequeño tubo de cristal. En cada uno de los cuatro ángulos del altar ardía un cirio.

Doce hermanos de la Logia, siendo nueve hombres y tres mujeres, estaban sentados en sillas, dispuestas en forma de semicírculo, enfrente del altar. El presidente de la reunión hallábase en la extremidad del ala derecha; una señora en la extremidad del ala izquierda. Glyndon fué invitado a sentarse en una silla colocada en el espacio entre la silla del presidente y el altar.

Cristiano Weiss, que había presentado al inglés a esa asamblea, ocupó una silla que, con las del presidente y la de Glyndon, formaba un triángulo.

El presidente dirigió a Cristiano la pregunta:

-¿Con qué fin, hermano, trajisteis a nuestra reunión a este señor?

-Para apreciar nuestros trabajos -fué la respuesta- y recibir los rayos de luz que le pertenecen.

-¿De qué luz habláis?

-De la luz del conocimiento, que tiene el amor por principio, el orden por base y el progreso por fin.

-¿Nos garantizáis que él es digno de esa luz?

-Garantizo; y vos mismo, venerable Hermano Presidente, podéis verificar que así es, haciéndole las preguntas que hallareis conveniente.

-Señor Clarencio Glyndon, - se dirigió el presidente al inglés -no es desconocido el hecho de que, en el mundo, hay dos clases de gente: buena y mala, así como hay luz y tinieblas en el universo. ¿Os tenéis en la cuenta de los buenos o de los malos?

-Venerable presidente - respondió Glyndon - la clasificación que me presentáis, no es, de modo alguno, una división absoluta. Dios, que hace que el Sol ilumine tanto a los buenos, como a los malos, es el Padre de todos los hombres; El es bueno y, por tanto, todos los hombres, *en su esencia,* son buenos y dignos de amor.

-¿Negáis, entonces, la existencia del mal, como un principio eterno?

-Lo niego, sí. Admito que, hablando *en* lenguaje común, tenemos que distinguir entre el bien y el mal, y por tanto entre lo bueno y lo malo. Sin embargo, afirmo, que en el sentido superior, no existe, sino el Bien y por tanto sólo hay seres buenos. Lo que llamamos mal es apenas una aberración que puede y

debe ser corregida, y una vez corregida, colabora para el aumento del Bien.

-¿Entonces no es mal hombre un ladrón o un asesino?

-Lo que él merece el hombre de *Hombre,* no es malo; tan sólo es malo su procedimiento; y *malo* significa, como ya dije, *errado.* Corrigiendo su proceder, y su manera de vivir, el hombre será bueno.

-¡Muy bien! Veo que vuestro corazón es realmente bueno, visto que sois tolerante. ¿Cómo, pues, es posible corregir las malas inclinaciones de los hombres propensos a practicar acciones perjudiciales a otros?

-Abriéndoles la vista espiritual, para que comprendan la belleza del Recto Pensamiento, Recta Palabra y Recta Acción. Porque, quien piensa, habla y acciona como lo dicta la ley de Rectitud, no puede ser nocivo a nadie, y sí, útil a sí y a los otros.

-¡Muy bien, amigo! Veo que vuestro corazón está de acuerdo con lo que nuestra sociedad predicta: Amar a todos los seres; observar las leyes de orden divino; colaborar en el progreso humano. Todos los seres aspiran al Bien. Infelizmente, no todos conocen el camino que conduce al Bien. Se desvían los hombres del verdadero camino, y así producen el mal, el desorden y el sufrimiento. Decidme: ¿con qué arma os defenderíais, si alguien os hiciera sufrir con sus acciones?

-La mejor arma es el perdón.

-¿Entonces, pensáis que no se debe castigar al malhechor?

-No niego que, en el actual grado de civilización, aún sea necesario aplicar penas legales a los que se desvían del recto camino, porque sólo así se dejan advertir de que están en un camino equivocado. Además, la moral superior no castiga a nadie, mas esfuérzase por llevarlo al conocimiento de su error y a la comprensión del camino que debe seguir, con el fin de eximirse de los efectos de ese error.

-Habláis de moral superior y tenéis razón. Vuestra opi-

nión es también la nuestra. Nosotros combatimos el Mal por el Bien; ahuyentamos las Tinieblas, esparciendo la Luz. Y esto en la vida individual, como en la social; tanto en el mundo exterior, como en el oculto. Hay instructores que se dicen espiritualistas, que imponen a los discípulos un exagerado ascetismo, suprimiendo el derecho del corazón y proclamando que, para elevarse a las esferas superiores, el hombre ha de cesar de amar a los seres humanos con quien los ligó la naturaleza, por lazos de familia o amistad. Hay algunos que hasta enseñan que no es digno de entrar en el reino del Espíritu Puro quien abandone su padre, su madre y su hijo. ¡Insensatos! Quieren vivir sólo con la cabeza, sólo con el pensamiento. Mas ¿qué vale semejante vida? El intelecto sin el sentimiento produce esqueletos vivos. Sólo cuando el hombre vive de tal manera que su intelecto y su corazón se equilibren mutuamente, puede hallar la llave infalible de los misterios de la Vida. No nos debemos aislar del mundo, a no ser en ocasiones pasajeras. ¡No nos consideremos separados de los otros seres humanos, pero seamos iguales entre los iguales! No pensemos que el pecado nace de la acción y la bienaventuranza de la inacción absoluta; pero seamos activos en la práctica del bien, sirviendo al prójimo, según la medida de nuestra posibilidad, - auxiliando a los débiles,- enseñando a los ignorantes, - corrigiendo a los que yerran, - perdonando y tolerando las flaquezas de los otros, - aliviando los sufrimientos, - disiminando verdadera alegría y nobles goces. Las emociones y los sentimientos no son malos de por sí mismos. Purifiquémoslos, tornándolos cada vez más elevados y altruístas; practiquemos el Amor, la Caridad, la Misericordia y las puertas de los mundos superiores nos serán abiertas.

-Veo, venerable Hermano Presidente, Que en vuestra Orden son admitidas también las mujeres. De cierto predicáis la igualdad de los derechos para ambos sexos.

-Naturalmente.

-¿Cómo explicáis el fenómeno de los sexos?

-Para que comprendamos el misterio de los sexos en la humanidad, tenemos quc remontarnos al pasado prehistórico, hasta el tiempo en que nuestra Tierra surgió del Caos y estaba primeramente en el estado tenebroso al que se da el nombre de Epoca Polar. En aquel tiempo, los gérmenes de aquello que debía venir a ser la Humanidad estaban en estado de inconciencia, como adormecidos en las ondas del mundo etéreo. Cuando la Tierra, en la Epoca Hiperbórea, se componía de dos elementos, - el aire y el agua, - los seres que constituían en aquel tiempo la Humanidad, consistían de cuerpo físico y cuerpo vital, teniendo la forma de un enorme saco gaseoso que flotaba sobre la tierra en estado fosforecente, y arrojaba de sí esporos, semejantes a los de los vegetales, que crecían, formando nuevos seres, En aquella época, el hombre era hermafrodita. Aquellos gigantescos monstruos semi humanos fueron evolucionando, como toda la Tierra, hasta que alcanzaron, en la Epoca Lemúrica, cuando a los elementos de aire y agua se unió el elemento "tierra", una forma ya aproximada a la de los actuales cuerpos humanos. En esa época, cuando la Tierra se había enfriado ya notablemente y empezaran a salir islas sólidas entre los mares en ebullición, el cuerpo humano, proporcionalmente solidificado, era parecido con el cuerpo de los monos, teniendo tronco corto, enormes brazos y piernas, y una cabeza relativamente pequeña, faltándole su actual parte superior, como también le faltaban los pulmones. Entonces la respiración se realizaba, por medio de tubos. El hombre lemuriano tenía, en el interior del cuerpo, una especie de vejiga, con el auxilio de la cual, rellenándola de aire caliente, le era posible saltar sobre los enormes abismos y hendiduras. En la parte posterior de la cabeza tenían un órgano de sensación, que les sustituía *los* ojos, y que más tarde se fijó en el interior del cráneo, constituyendo la glándula pineal. Cuando, por la mitad de la Epoca Lemúrica, el cuerpo se había solidificado tanto que ya era imposible propagarse por esporas, los Seres Espirituales que guiaban el desenvolvimiento de la Humanidad

terrestre, produjeron los sexos y el cerebro, esto es, los órganos de reproducción y el de pensamiento, aprovechando para este fin la fuerza creadora que hasta entonces sólo era empleada internamente en la construcción de órganos. Siendo esa fuerza, de otro modo como todas las fuerzas, polarizada, esto es, positiva y negativa, un polo fué dirigido para la formación del cerebro, *y* el otro aprovechado para la creación de otro cuerpo. Pues como en un cuerpo podrá haber solamente una mitad de la fuerza generadora, se volvió necesario formar dos sexos, uno positivo o masculino y uno negativo o femenino. Desde entonces buscan los seres humanos el sexo opuesto para los fines de la reproducción, y el cuerpo humano fué siendo perfeccionado hasta sonseguir la forma actual.

-¿Consideráis, venerable presidente, compatible el estado conyugal con la vida de quien busca espiritualizarse, o será preferible o tal vez absolutamente necesario, el celibato y la virginidad perpetua?

-El casamiento es un sacramento. Sacramento es una señal extrema y visible de una gracia interna y espiritual. Para ser verdadero el casamiento ha de ser realizado con mutuo consentimiento del hombre y de la mujer, y de conformidad con la ley del respectivo país. Con todo el mundo, el propio Amor puede ser prostituído por varios vicios, inclusive la lascivia. Pero siempre que una pareja vive en buena armonía, amándose mutuamente, criando y educando bien a sus hijos, y huyendo de todos los pensamientos y actos lujuriosos, su estado conyugal es sagrado y, por tanto, muy bien compatible con las aspiraciones a la vida espiritual, principalmente si ambos cónyuges nutren en sí estas aspiraciones. – Y ahora, señor Clarencio Glyndon, permitidme esta pregunta:

-¿Estáis de acuerdo con nuestras opiniones?

-Perfectamente, y pido ser admitido como socio en esta venerable asociación.

Entonces, dirigiéndose a la asamblea, el presidente pregun-

tó a los hermanos presentes si estaban de acuerdo que el visitante fuera su compañero y socio efectivo, a lo que todos respondieron afirmativamente. Efectuóse una ceremonia que no me es permitido describir; apenas puedo decir que los doce hermanos formaron un círculo, poniéndose de pie, alrededor del altar, y dándose las manos, mientras Cristiano Weiss pronunció una fervorosa oración; después entonaron un himno, mientras toda la sala se llenaba de agradable aroma de incienso. Cristiano y el presidente de la asamblea pusieron sus manos derechas sobre la cabeza de Clarencio, y este percibió le presencia de seres angélicos, en el medio de los cuales se destacaban, sonriéndole, las hermosas figuras de Zanoni y Viola, que flotaban en el aire, tomados de las manos. Una especie de sueño se apoderó de Glyndon, y cuando volvió en sí, vió que estaba solo con el presidente de la asamblea, de nombre Renato, y con Cristiano Weiss, que le dijo:

-Los demás hermanos se retiraron; nosotros aprovecharemos la hora, que es propicia, para visitar, vos y yo, Clarencio, a la hechicera, cuyos maleficios fueron dirigidos contra vuestra hija. Iremos a sorprenderla, en nuestros cuerpos astrales; y el hermano Renato velará aquí, durante ese tiempo, a nuestros vehículos físicos.

Y haciendo unos pases sobre el cuerpo de Glyndon, aún sentado en la silla, sentóse también Cristiano y, en pocos minutos, parecían ambos sumergidos en profundo sueño.

…………………………………………………………………………

En una casucha de una de las calles más pobres de Roma, vivía la vieja Rafaela, que tenía fama de hechicera. Estaba ella preparando, sobre la lumbre de la cocina, un conocimiento que debía servir como filtro para ganarse la afección amorosa. Al lado de ella, sentado sobre un trípode, estaba el ruso Boris Derjunski. La vieja revolvía con una cuchara, el cocimiento que estaba en el recipiente y, de vez en cuando, derramaba en él varios líquidos, murmurando palabras incomprensibles. Cuando el co-

cimiento empezó a hervir, ordenó la hechicera al joven que se levantase y se aproximara, y que extendiese su mano izquierda por encima del recipiente; y cuando Boris así lo hizo, la vieja pinchó con una aguja en una pequeña vena, y dejó caer siete gotas de sangre del joven en el líquido que estaba hirviendo. En seguida, dijo a Boris que era necesario que él se ausentase, porque ella necesitaba quedar sola, con el fin de concluir la preparación del filtro, que le entregaría al otro día, antes de salir el sol.

Boris se dirigió a la puerta; pero, apenas, dió dos pasos, lanzó un grito y cayó al suelo.

-¿Qué es eso?- murmuró Rafaela. -¿El joven se desmayó? ¡Ah! ¡No importa! No puedo perder el tiempo, tratando ahora de volverlo en sí; tengo que unir al cocimiento lo que aún le falta.

Y agregó en el recipiente unos ingredientes más. Pero en ese mismo instante, el líquido en ebullición se desbordó. La vieja quiso retirar el recipiente, pero, para completar su fracaso, se dió vuelta éste, derramando el resto del remedio que en él había. Maldiciendo, quería recomenzar su nefando trabajo, cuando de pronto, percibió a su lado dos hombres desconocidos; eran Cristiano Weiss y Clarencio Glyndon.

-No tientes preparar el filtro, encomendado por este joven - díjole con voz severa, Cristiano.- Ni continúas tus maléficas proyecciones sobre la joven que le prometiste conquistar. Si no obedeces esta orden, sufrirás las pesadas consecuencias.

La hechicera no fué capaz de articular ni una palabra. Mirando a los inesperados visitantes, percibió que no eran hombres de carne y hueso, sino que estaban allí en cuerpos astrales. Plenamente convencida de eso quedó, cuando, despues de pronunciadas aquellas palabras, Cristiano hizo unos pases sobre Boris y, mientras éste se levantaba, ambos, los misteriosos visitantes desaparecieron, sin abrir la puerta.

-¿Qué fué eso? - balbuceó Boris.- ¿El padre de Leticia aquí? ¿Con el médico que la curó? ¿Donde están ellos?

-¡Ah! ¿Fueron ellos? - exclamó la vieja. - Entonces, nada podemos hacer, caballero. Ellos son más fuertes que yo. -¿Pero dónde están? La puerta está cerrada con llave, por dentro...

-Fueron sus espíritus que vinieron a destruir mi obra. Ved, me derramaron el filtro. Y me amenazaron. Salid de aquí, señor; ¡salid de aquí, y renunciad a vuestros proyectos, si no queréis sufrir mucho!

Boris Derjinski salió de la casa de la hechicera, turbado y atemorizado. Al otro día le entregó el criado del hotel una carta, en la cual Clarencio Glyndon le decía:

"Os pido la fineza de evitar cualquier encuentro conmigo y con Leticia. Creo que no ignorareis los motivos".

En el mismo día, Boris Derjinski y Eudosio Umny dejaron el "Hotel Inglés".

CAPITULO LVI

"Os Séres que são eguaes aos Asuras, não con- hecem nem o seu principio nem o fim; não sabem o que é praticar recta acção.")

BHAGAVAD GITA, XVI, 7.

("Los seres que son iguales a los Asuras, no conocen ni su principio ni el fin; no saben Lo que es practicar recta acción.")

"Ayuda a Natureza o com ella trabalha, e a Natureza te considerará como um de seus creadores e te prestará obediencia."

H. P. BLAVATSKY, *"A Voz do Silencio"*

("Ayuda a la Naturaleza y con ella trabaja, y la Naturaleza te considerará como uno de sus creadores y te prestará obediencia.")

-¿Cómo me explicáis - preguntó Glyndon a Cristiano Weiss, cuando éste vino nuevamente a visitarlo - que la hechicera haya podido influenciar a mi hija por medio de sueños y visiones?

-Sabéis, amigo mío, - respondió el interrogado - que, en el mundo invisible, como el visible, existen criaturas menos elevadas, en la escala evolutiva, que el hombre, que no poseen alma inmortal. Aquellas de estas criaturas, que residen en el mundo astral, y a las que se les da el nombre de Elementales, son los agentes encargados de poner en ejecución las decisiones de

los antes dotados y de alma inmortal, esto es, de los seres humanos y de los seres angélicos. Los elementales, con ciertas exepciones, no son buenos ni malos; su acción es buena o mala, conforme la intención de quien los encomendó ejecutar una tarea. La unión de un elemental con una idea maléfica constituye lo que llamamos "Larva", esto es, un parásito psíquico que vive acosta de aquel que le dió el origen, durante un período más o menos largo, que depende de la intensidad de la acción cerebral de quien lo generó. La hechicera encargó a las larvas que produjo, la abominable tarea de presentar a Leticia las escenas, imaginadas por la bruja, con el fin de hacerle creer que Deodato ya no la amaba. Además de los elementales encargados de esto, la maga negra ordenó a otros elementales que, aprovechando las emociones y la imaginación de la doncella, creasen nuevas larvas.

-¿Y cómo hicisteis, querido Maestro, cesar la influencia maligna de aquellas larvas que obsesionaban a Leticia?

-Por medio de mi Voluntad Superior. No ignoráis que las Fuerzas Buenas siempre son más poderosas que las Fuerzas Malas, cuando se sabe dinamizarlas convenientemente.

-Ahora una nueva pregunta, apreciado Maestro. El presidente de la asamblea, exponiéndome la formación de los sexos, habló de Epocas Polar, Hiperbórea y Lemúrica. ¿Me hacéis el favor de explayar más detalladamente le Evolución de la Humanidad?

-Con mucho gusto. Hubo una vez un tiempo en que lo que actualmente es el globo terrestre existía como parte del globo solar, junto con lo que ahora es la Luna, Marte, Venus, y Mercurio. Aquel gran globo estaba, entonces, en estado Ígneo, consistiendo su materia en gases ardientes. De esta substancia se formó el primer cuerpo físico del hombre, el cual naturalmente, no se parecía, ni de lejos, al cuerpo humano denso de nuestra época. Los seres humanos de aquellos tiempos, a los que se da el nombre de *Epoca Polar*, y que evolucionaban bajo la direc-

ción de Espíritus adelantados, llamados "Razas de Dioses", "Señores de la Forma" o "Potestades", tenían cuerpos constituídos de enormes masas irregulares, filamentosas, etéreas; podían andar, correr, estar de pie, declinarse y volar. No tenían conciencia de sí, eran sin sexo y se producían por escisión; crecían hasta cierta dimensión y entonces se dividían en dos mitades, las cuales nuevamente crecían hasta alcanzar el tamaño de las formas paternas, para nuevamente dividirse en dos mitades, y así en adelante. Estos seres habitaban el extremo del Polo Norte del gran globo, y corresponden por analogía a los minerales. En el transcurso del tiempo empezaron a aparecer en diferentes puntos del globo ígneo, costras o islas, donde el fuego había disminuído tanto que daba lugar a la substancia etérea. Entonces los "Señores de la Forma" y los "Angeles" envolvieron el cuerpo físico de aquellos seres, que eran los embriones de los actuales hombres, con un cuerpo vital, lo que podemos también llamar de espléndidos colores heterogéneos. Los seres humanos de esta segunda Epoca, denominada *Hiperbórea*, flotaban en el aire y se llamaban con sonidos parecidos a los de la flauta. Habitaban el, Continente Hiperboreal, que correspondía al Norte de nuestro globo terrestre y tenían un clima tropical. Los seres de la Epoca Hiperbórea se reproducían por medio de esporos que de sí arrojaban, correspondiendo, en analogía, a los vegetales. Su conciencia era la que el ego tiene en el sueño sus ensueños.

"Hacia el fin de la Epoca Hiperbórea la incrustación del globo había progresado tanto que formaba obtáculos para el progreso de algunos de los más elevados seres solares, al paso que el estado fogoso que continuaba en otras partes, no favorecía la evolución de criaturas de grado inferior, inclusive el hombre: por eso, la Tierra, junto con la Luna, fué arrojada fuera del Sol y comenzó a girar en torno de él. Algún tiempo después se separó de la Tierra la parte que se cristalizó demasiado y, por tanto, sólo servía para el domicilio de los seres atrasados de aquella

época: así se originó la Luna que, después de ser separada de la Tierra, se volvió su satélite.

"Cuando la materia con que más tarde se formara la Tierra y la Luna, aún era parte del Sol, el cuerpo del Hombre naciente era aún plástico, y por eso no había necesidad de sexos para la reproducción. Las fuerzas solares o masculinas y las fuerzas lunares o femeninas obraban fácilmente en todos los cuerpos, y así el hombre hiperboreal era hermafrodita, por lo tanto, capacitado de producir otro ser de sí mismo, sin la intervención de un semejante. Las fuerzas solares daban al hombre el sustento necesario e inconscientemente él irradiaba fuera de sí el exceso de esas fuerzas, que servían para propagar su especie. Las cosas cambiaron, sin embargo, totalmente, cuando la Tierra se separó del Sol y de la Luna. Como las influencias solares y lunares ya venían de sensibles distancias, algunos cuerpos eran más sensibles para unas y otras para las otras. Además de eso, la materia de los cuerpos se tornó tan densa que era imposible que arrojasen de sí los esporos. Entonces las Inteligencias encargadas del desenvolvimiento de la Humanidad en la Tierra, los "Señores de Venus", introdujeron la separación de las fuerzas masculinas y femeninas, creando los sexos. Esto aconteció a mediados de la Epoca Lemúrica, hace algunos millones de años. El continente habitado por los seres humanos de esa Epoca es designado con el nombre de *Lemuria;* se extendía al Norte de la actual Europa y Asia, y de los montes Himalayos hacia el Sur, además hasta la Australia.

"La atmósfera de la Lemuria era aún más densa, estando cargada de vapores calientes. Además del fuego y del aire, existía ya también el agua. La superficie del globo terrestre se solidificaba en algunas partes, formando costas que eran muchas veces perforadas por la acción de los fuegos, que del interior de la Tierra irrumpían, como aún se puede observar en los volcanes. Sobre las partes relativamente más duras y más frías vivió el hombre lemuriano, rodeado de bosques gigantescos y de anima-

les de enorme tamaño, como el pterodáctilo y el megalosaurio. Las formas de los animales y de los hombres eran aún muy plásticas. Existía ya el esqueleto, pero el hombre podía fácilmente modificar la carne de su cuerpo y la del cuerpo de los animales.

"Los lemurianos eran de color rojizo, de estatura gigantesca, y no tenían, al principio, ojos. Mientras la Tierra formaba parte del globo solar, el hombre mismo era luminoso y, por tanto, no carecía de órganos especiales para ver. Su cuerpo tenía una obertura en la parte superior, donde estaba situado un órgano que servía al ser para su orientación y dirección, teniendo la propiedad de sentir el fuego y distinguir, por tanto, el calor y el frío. Este órgano, que fué el precursor del oído, degeneró, con el correr de los tiempos, en lo que hoy se llama "glándula pineal", que es una pequeña masa de substancia nerviosa parduzca, adherida a la parte posterior del tercer ventrículo del cerebro; es el órgano de la clarividencia y de la transmisión del pensamiento.

"Después que se hubo separado la Tierra del Sol, vino la necesidad de tener un órgano para el sentido de la vista; y entonces comenzaron a formarse los ojos, siendo al principio apenas dos puntos o dos manchas sensibles que la luz solar podía afectar. En vez de ver a los otros seres y a las cosas, los Lemurianos los percibían por medio de un sentido interno, siendo su conciencia semejante a la que tenemos cuando, durmiendo, vemos personas y objetos en sueños; con la diferencia que las percepciones eran más vivas y más nítidas.

"En la Epoca Lemuriana existían tres sentidos: el oído, el tacto y la vista. En general, los cuerpos de los Lemurianos no eran muy sensibles y, por tanto, esos hombres podían soportar las intemperies y las luchas con los aspérrimos elementos de la Naturaleza, sin sentir dolor. No conocían enfermedades, ni eran conscientes de la Muerte, porque cuando se inutilizaba un cuerpo, el Ego pasaba a otro, sin percibir el cambio. El lenguaje de los Lemurianos constaba, al principio, de gritos de placer y de dolor, amor y cólera, llamados de atención, etc. Cuando progre-

só en su formación, constaba de palabras monosilábicas, y se conservó siempre análogo a los sonidos de la naturaleza; pero ejercía poder mágico sobre los seres y las cosas, siendo esos hombres unos magos naturales. No abusaban de estos poderes, porque vivían en un estado de inocencia, ignorando el mal.

"Los Espíritus Venusinos que los guiaban, reunían los dos sexos sólo en determinadas épocas del año, para la función procreadora. Instituyéronles también los reyes, que gobernaban sin fines egoístas, únicamente para el bien general del pueblo. Era la "Edad de Oro". En aquellos tiempos fueron construídas las ciudades ciclópeas y los enormes templos, donde se enseñaba el arte, las leyes de la Naturaleza y los hechos relacionados con el Universo físico, y se fortalecía la voluntad, despertando la imaginación y la memoria.

"Fué en la última parte de la Epoca Lemuriana que el cuerpo humano adquirió la posición recta, debido al desenvolvimiento de la sangre roja, por cuyo intermedio el Ego puede penetrar dentro del cuerpo y gobernarlo. También en esta Epoca Lemuriana fué la "Caída del Hombre". Esta "caída" consistió en la decisión de querer ser el hombre su propio dueño y señor, en vez de dejarse dominar y guiar ciegamente por los poderes externos de las Inteligencias Angélicas, como acontece hasta hoy con los animales en estado salvaje. Si el hombre hubiese continuado en su estado de "inocencia", siendo un autómata guiado por Dios, no habría nunca conocido el dolor, ni la enfermedad, ni la muerte; mas tampoco habría obtenido la conciencia cerebral y la independencia, que son los dones de los Espíritus Luciferianos, llamados también "Serpientes", los cuales son los instigadores de todas las actividades mentales. El hombre experimentó al accionar, según su propia deliberación, y entonces empezó a distinguir el bien y el mal; llamando *bien* a las experiencias que producían el resultado deseado, y *mal* a las que producían resultados diferentes.

"Hacia el fin de la Era Secundaria, cuando los cataclismos

volcánicos destruyeron la mayor parte de la Lemuria, surgio, en el lugar actualmente ocupado por el Océano Atlántico, un continente, al que se le dió el nombre de *Atlántida*, y que ocupó también la actual América y parte de Asia. Era un mundo bastante diferente de nuestro mundo actual. En él se reunían las corrientes del soplo ardiente que exalaban los volcanes del Sur, con los bloques de hielo que venían del Norte, siendo el resultado de esta combinación una atmósfera siempre cargada de espesa y pesada neblina, a través de la cual nunca brillaba el Sol con claridad, mas aparecía como rodeado de una aura de luz vaga. Compréndese, pues, fácilmente que sólo se podían ver los objetos a muy pequeña distancia, apareciendo turbias e inciertas las figuras de los objetos más alejados. La cabeza de los hombres de entonces, que eran de estatura gigantesca, era casi sin frente; no tenían cerebro tan desarrollado como hoy, y pendían casi desde arriba de los ojos para atrás. Los atlantes primitivos tenían los brazos y piernas muy largos, y en vez de caminar, andaban a pequeños saltos.

"Los cuerpos vital y astral no estaban en posición concéntrica con el cuerpo físico, como lo estan los nuestros. Su espíritu no era, por consiguiente, totalmente un espíritu interno, encontrándose parcialmente afuera. La cabeza del cuerpo vital estaba fuera de la cabeza del cuerpo físico, manteniéndose más arriba de lo que está; debido a eso, los Atlantes percibían mucho mejor lo que pertenecía a los mundos internos que lo del mundo físico. Pero, con el correr del tiempo, los dichos dos cuerpos se fueron aproximando más uno al otro, como también la atmósfera se fué tornando más clara; y el hombre, a consecuencia de estos cambios, fué perdiendo cada vez más su contacto con el mundo espiritual y la capacidad de verlo, hasta que los perdió totalmente, en el último tercio de la Epoca Atlante, cuando su conciencia se localizó toda en el mundo físico.

"Hubo siete razas durante la Epoca Atlante, a las cuales se les da los siguientes nombres: Romohales, Tlavatlis, Toltecas,

Turianos, Semitas originales, Arcadios y Mongoles. En los tiempos miocenos se disgregó la Atlántida en siete grandes islas; se hundió el Norte de Asia, y surgieron la Escandinavia, el Sur de Europa, el Egipto, el Africa y parte de América del Norte. Hacia los fines del plioceno hubo nuevos cataclismos, desapareciendo en las olas del Océano Atlántico dos islas, Ruta y Daitia. Diez mil años antes de Cristo existían de la Atlántida solamente la isla de Poseidones, y ésta al fin también se sumergió, en el año 9564 antes de la era cristiana. Un gran número de Atlantes se salvaron de la catástrofe, refugiándose en Europa y en Asia. Los pueblos amarillos de nuestros tiempos son los descendientes de estos refugiados, como los negros y las razas aún salvajes son los últimos restos de los Lemures.

"La Epoca Atlante es idéntica a la "Edad de Plata". Después de ella vino la "Edad de Hierro", o sea la *Epoca Aria,* en la cual nos hallamos. Hasta ahora se desenvolvieron seis razas arias, a saber: la raza Aria primitiva, en la India; la raza Ariosemítica, en la Babilonia, Austria, Palestina y Arabia, la raza Irania, en Persia; la Céltica, en Irlanda, España, Portugal, Francia, Italia y Grecia; la Teutónica, en Escandinavia, Alemania e Inglaterra; la Eslava, en Rusia, Polonia, Bohemia, Servia y Croacia. La séptima raza aún está por nacer.

-¿Entonces hubo siete razas principales en la Epoca Atlante, y hay siete también en Epoca Aria? - preguntó Glyndon.

-Exactamente. Entre todas, hay diez y seis razas principales de la Humanidad Terrestre. La primera fué la Lemúrica.

-¿En la Epoca Polar y en la Hiperbórea no se cuentan razas?

-No, porque los entes que en aquellas épocas representaban a la Humanidad, no eran aún conscientes de sí y, por lo tanto, apenas gérmenes de la raza Lemúrica.

-¿Y cuál será la décima sexta raza?

-Aquella que designamos con el nombre de "raza Galilea". En ella se unificarán todos los pueblos de la Tierra, formando una gran humanidad, donde reinará la Paz Perpetua.

-¿Entonces habrá nuevamente una "Edad de Oro"; no es verdad?

-Sí; la Tierra será nuevamente un Paraíso y los seres humanos se transformarán en seres angélicos.

CAPITULO LVII

"Tous les sages philosophes s'accordent a dire que les éléments sont habités; savoir: le feu par Salamandres, l'air par les Sylphes, l'eau par les Nymphes ou Ondines, et la terre par les Gnomes ou Pygmées."

LENAIN, *"La Science Cabbalistique",*

"Todos los sabios filósofos están de acuerdo diciendo que los elementos están habitados, a saber el fuego por las Salamandras, el aire por los Silfos, el agua por las Ninfas u Ondinas, y la tierra por los Gnomos o Pigmeos.")

Continuaba Deodato estudiando la misteriosa Ciencia de Mejnur, bajo la dirección personal de éste, sujetándose a las exigencias físicas, morales y mentales prescritas. Tomaba baños fríos; ayunaba; hacía ejercicios respiratorios; ahogaba en sí todos los sentimientos y pensamientos que querían sacarle la paz del espíritu, como: impaciencia, irritación, ira, miedo e ideas amorosas.

-Es menester que el neófito aprenda a dominar los Elementos -le explicó Mejnur. - Como sabes, hay cuatro clases principales de estos espíritus de la Naturaleza: las *Salamandras,* que habitan en el fuego; los *Silfos,* que habitan en el aire; las *Ondinas* o *Ninfas,* que habitan en el agua; y los *Gnomos* o *Pigmeos,* que habitan en la tierra. Estos espíritus tienen volun-

tades imperfectas que pueden ser dominadas y aprovechadas por voluntades más poderosas. Ellos son como las criaturas, caprichosos y livianos. Para dominarlos y someterlos a su voluntad, el hombre tiene que superarlos en sus fuerzas y nunca dejarse subyugar por sus debilidades. Quien quiera ser señor de las Salamandras, ha de ser inaccesible a la cólera, enérgico y fuerte, y probar que no se deja intimidar por un incendio. Quien quiera dominar y emplear a los Silfos, ha de ser serio, rápido, activo, persistente, y probar que no siente vértigo al subir a la cima de una montaña durante una tempestad. Para volverse señor de las Ondinas, es necesario ser determinado, activo, constante, enérgico, flexible y atento a las imágenes, y no tener miedo al agua. Para dominar a los Gnomos y servirse de ellos, es necesario ser serio, laborioso, paciente, libre de codicia y capaz de atravesar un abismo sobre un tronco de árbol o sobre una tabla.

De todos los Espíritus de los Elementos, los más poderosos son las Salamandras, pero también son los menos accesibles al hombre. Los de las otras tres clases pueden ser atraídas con más facilidad. Además toda comunicación con cualquier Espíritu de los Elementos, es peligrosa para los que no tienen la necesaria fuerza, energía, coraje y sangre fría.

…………………………………………………………………….

En un día otoñal, andaba Deodato por un bosque, buscando para Mejnur ciertas hierbas, que éste necesitaba para la preparación de medicamentos, cuando de súbito un extraño espectáculo se ofreció a su vista. Un pequeño bulto, semejante a una criatura, pero barbuda, cuya altura no alcanzaba 20 pulgadas, estaba rodeada de seis otros seres semejantes, pero con aspecto de estar irritados, los cuales soplaban fuertemente contra él amenazándolo con los puños. Eran, como Deodato en seguida lo comprendió, espíritus de la naturaleza, pertenecientes a dos tribus diferentes de Pigmeos. El agredido se defendía, soltando gritos y haciendo varios gestos. Era evidente que no se trataba de un juego, pero sí una verdadera lucha, en que esos seres etéreos

empleaban como armas la fuerza de las vibraciones. Deodato, notando que el pigmeo atacado estaba a punto de caer, exhausto, en las manos de sus agresores, decidió socorrerlo. Concentró los pensamientos en la Fuente de Todo Bien, evocó la Fuerza de la Eterna Justicia y extendió ambas manos contra los espíritus agresores, diciendo con voz enérgica:

-¡Cesad de combatir, e idos en paz!

El efecto de estas palabras y los gestos que las acompañaban fué admirable. Los pigmeos agresores estremeciéndose, encogieron los cuerpos y miraron de soslayo al hombre que les daba esa orden. Deodato repitió las palabras y el gesto, dinamizándolos más aún, y en un instante los agresores huyeron, aterrados. El gnomo, que se vió libre de sus enemigos, se aproximó lentamente a Deodato y abrazándole las rodillas pronunció unas palabras de agradecimiento, que el joven no comprendió, pero cuyo sentido adivinó.

-*What is your name, my little friend?* (¿Cuál es vuestro nombre, mi amiguito?) - preguntó Deodato, en inglés, al pigmeo. Y como éste no respondiera, repitió la misma frase en francés :

-*Comment vous applez-vous, mon petit ami?*

Pero el pigmeo no entendía ni el inglés ni el francés. Entonces Deodato formuló la pregunta en italiano:

-*Como vi chiamate, mio piccolo amico?*

Esta vez recibió la respuesta, también en italiano:

-*Mi chiamo Silvano, buon uomo* (¡Me llamo Silvano, buen hombre!) – Y el gnomo, sonriendo subió al hombro derecho del joven, acariciándolo y repitiendo varias veces:

-*Siete buono " siamo amici.* (Sois bueno; somos amigos.)

En este instante, Deodato avistó unas hierbas que buscaba.

-Dejadme coger esas hierbecillas - dijo, bajando al pigmeo.

-¿Necesitáis de ellas? - díjole éste. -Esperad un momento.

Y se ausentó, corriendo. Al cabo de pocos minutos, sin embargo, volvió, acompañado de seis compañeros, y cada uno traía un ramillete de aquellos vegetales, que los pigmeos ofrecieron a Deodato, sonriendo y diciéndole:

-¡Tomad, buen hombre!

El joven agradeció; los pigmeos rodeándole y, con las manos dadas, pusiéronse a cantar y danzar. Después de unos diez minutos, despiéronse exclamando:

***-¡A rivederci!* (¡Hasta la vista!). - Ausentáronse rápidamente.**

Desde aquel día se encontraba Deodato frecuentemente con el pequeño Silvano, cuando andaba por el bosque. Bastábale pronunciar el nombre del pigmeo, tres veces, en dirección al Norte, y acompañado de ciertos gestos que éste le indicara como su "señal", y Silvano no demoraba en aparecer, siempre muy satisfecho en poder acariciar al hombre que lo había salvado de un gran peligro, pues como explicó a Deodato, sus enemigos lo habrían matado, si el joven no lo hubiese socorrido con su benévola intervención; es que los Espíritus de los Elementos no son inmortales, aunque algunos de ellos vivan por siglos.

-¿Por qué te persiguieron aquellos malvados? - preguntó Deodato a Silvano.

-Por que no quise cederles mi morada, que codiciaban poseerla, cuando se aburrieron del lugar donde habitaban.

-¡Ah! - pensó para sí Deodato. - ¡Hasta estos pequeños seres, que en todo y en cualquier pedacito de tierra pueden hallar espacio suficiente para en él fijar su residencia, se dejan seducir e inquietar por el triste vicio de la codicia! ¡Y para desalojar a uno de sus iguales, no vacilaban en luchar, matar o exponer su vida!

CAPITULO LVIII

"Que val vivre sens amor,
Mas per far enueg a la gen?"

BERNARDO DE VENTADOUR, trovador provenzal.

("¿Qué vale vivir sin amor, mas que
dar enfados a la gente?")

Ocho semanas pasó Deodato en compañía de Mejnur, gozando el raro privilegio de ser instruído personalmente, en las Ciencias Ocultas, por el gran Maestro. Al final de la octava semana, vino el doctor Alberto Dupuis, con el fin de llevarlo nuevamente consigo.

-¿Permaneces firme en tu propósito de entrar, en breve, en nuestra Orden? - preguntó Mejnur a Deodato, antes de que se despidieran.

El joven, que durante aquellas ocho semanas había sido testigo ocular de muchas facultades extraordinarias de su sabio instructor, respondió afirmativamente, aunque en su corazón le murmuraba una misteriosa voz: "¿Entonces renuncias al amor? ¿Renuncias a Leticia?"

-Visto que tu decisión sería - volvió a decirle Mejnur- y para que alcancemos, lo más pronto y fácilmente esa finalidad, hijo mío, no volverás a Roma, sin que yo te llame. Irás a viajar con Alberto, y, de aquí a nueve meses, Nicanor te repetirá por última vez la pregunta que ahora te hice. Hasta entonces aún es-

tás libre, pudiendo cambiar, si lo encuentras razonable, tu decisión. Si respondieres afirmativamente también en esa última ocasión, vendrás otra vez a mi presencia, para prestar el examen de Iniciación del primer grado. ¿Estáis de acuerdo?

-Estoy, sí, Maestro.

-Entonces, adiós. No te olvides de que si en realidad, quieres ser uno de los nuestros, has de sacrificar a los Ideales Superiores de la Sagrada Ciencia todos los sentimientos del corazón. Si quisieras merecer la alta distinción de obtener el secreto del Elixir que prolonga la vida, has de rechazar todos los pensamientos, palabras y sentimientos de amor sexual. Sólo los célibes pueden ser admitidos como hermanos de Mejnur.

Y Deodato partió sin volver a ver a Leticia. Visitó varias ciudades italianas, siempre en compañía de Alberto Dupuis; estudió numerosas notabilidades y obras de arte; contempló muchas bellezas naturales de la tierra, del mar y del cielo. Sin embargo, su compañero notó en breve que un profundo cambio se realizaba en el interior del aspirante a la Iniciación: Deodato se volvió demasiado serio, pensativo, silencioso. Más tarde, la frescura de sus facciones cedía cada vez más el lugar a la creciente palidez; sus ojos no brillaban como antes; un velo de melancolía se extendía sobre su fisonomía. También su imaginación artística fué debilitándose, y, por fin, se apoderaba del joven pintor hasta la apatía para los objetos de arte y ciencia que él con dificultad combatía.

¿Y qué hacía Leticia? Después del restablecimiento de su salud, continuó frecuentando y estudiando, en compañía de sus padres, los lugares, los monumentos, y las obras de arte notables, de que Roma es tan opulenta. Más tarde presentó Clarencio Glyndon a su esposa y a su hija como aspirantes a la Iniciación en la Orden, a que pertenecía Cristiano Weiss. Ambas fueron aceptadas, y muchas veces bendecían el día en que no solamente

de iluminar las inteligencias, sino también de nutrir los corazones, dándoles las posibilidades de expandirse y de emplear en obras de caridad muchas horas, bendecidas por el Cielo. Los socios de la fraternidad socorrían, con limosnas, a los necesitados; facilitaban remedios a los enfermos pobres; fundaban escuelas gratuitas para los hijos de los proletarios; y conseguían donativos para varios institutos de beneficiencia. Los discursos a que Lucía y Leticia asistían, en la respectiva Logia, hablaban al mismo tiempo al Intelecto y al Corazón, no divorciando nunca del Saber, el Amor.

Y Leticia amaba, Amaba tiernamente a sus bondadosos padres; amaba sincera e íntimamente a Dios, el Padre de todo bien; amaba fraternalmente al prójimo; amaba, con corazón compasivo, a los que sufren; y amaba, con fidelidad imperturbable, al inolvidable Deodato. Extrañaba mucho que el mancebo no viniese a visitarla, ni enviara noticias. Comprendió intuitivamente el motivo de tan singular conducta, sólo cuando, un día, Clarencio dijo:

-Me encontré con el doctor Nicanor Vigier, y le pregunté por Deodato. Supe, entonces, que el hijo de Zanoni está preparándose para el examen iniciático en la Orden de los adeptos de la prolongación de la vida, -en la misma donde yo fracasé, en mi juventud. ¡Es lamentable que Deodato, si quiere ser aceptado, debe renunciar a todo lo que se refiere a la voz del corazón! Me dijo Vigier que Deodato anda viajando por Italia, teniendo que presentarse, de aquí tres meses, al austero Mejnur.

-Yo encuentro-- observó Lucía-que el sacrificio que aquella Orden exige no es suficientemente recompensado por el privilegio de poderse prolongar la vida física por algunos siglos. ¿Qué vale la vida sin amor? ?Y qué utilidad tiene el Saber cuando no es aprovechado para la realización de obras de caridad?

-Yo no comprendo - dijo Leticia - cómo el Maestro Mejnur puede ser tan austero. ¿No fué él quien te socorrió, querida madre, cuando estabas en peligro mortal, en la hora de mi

nacimiento? ¿ No fué él quien salvó una vez la vida de la finada abuela Ana, y dos veces la del finado abuelo Carlos? ¿N o fué él quien proporcionó a Deodato los medios de obtener una buena educación? ¿Cómo, pues, creer que él mismo no oye la voz del corazón?

-Hija mía - respondió Clarencio - fueron idénticas las preguntas que yo hice a Nicanor. Y el me explicó que si Mejnur curó a tu difunta abuela, lo hizo sin interés pecuniario, es verdad, pero para probar que la enfermedad aún era curable. Que salvó dos veces la vida de tu finado abuelo, porque no quería ser responsable, ante su conciencia, por su muerte, dado que tu abuelo había corrido el peligro de perder la vida, sólo por querer servirle. Y que el interés que Mejnur tomó por Deodato y por nosotros, es solamente el cumplimiento de un pedido, formulado por el espíritu de Zanoni. Mejnur no es capaz de hacer mal a nadie; pero tampoco siente estímulo de acudir a los que sufren, sino cuando a eso lo incita la curiosidad del cientista, o el deseo de no quedar siendo deudor de obligaciones. Nicanor mismo me confesó que, a veces, la falta de sensibilidad en el corazón de Mejnur lo abruma, porque él, Nicanor, no puede dejar de sentir compasión por los que sufren, y placer con los que se alegran ante los goces Inocentes. Invité a Nicanor a buscar a *nuestros* Maestros, para ver si es posible vivir una vida de altos Ideales, sin sacrificar totalmente al corazón. Y el me prometió que así lo haría. Tengo esperanza de que también Deodato prefería nuestro camino al de Mejnur.

-¡Dios quiera que así sea! - dijo Lucía.

Leticia no profirió palabra alguna, más en su interior formuló el mismo deseo.

CAPITULO LIX

"Na twêyáham játu tásam na twan nême janádhipáh; Na chaiva na bhavishtyámah sarve vayasatah param."

BHAGAVAD GITA (en sánscrito), II, 12,

("Nunca hubo tiempo en que* no *existiera yo o tú,* o *cualquiera de estos príncipes de los mortales; e igualmente nunca vendrá tiempo en que alguien de nosotros deje de existir.")

"Bahwíni mê vyatîtáni janmáni tavacha."

I*dem*, IV, 5

("Muchos fueron ya mis nacimientos, y los tuyos.")

Estaba Deodato en Nápoles. Visitó el Gran Teatro de San Carlos, donde su madre, cuando aún era soltera, había recogido tantos aplausos, siendo el ídolo de los frecuentadores de ese templo de las Musas. Visitó la casa que su progenitora habitara, de donde se le ofrecía una vista magnífica del mar. Visitó el monte Vesubio, y le parecía sentir a su padre a su lado, como cuando se le apareció a Glyndon, para salvarlo de la muerte por asfixia. Cuando, después de la excursión al Vesubio, volvió a su residencia, se encerro en su habitación y, sentado en una silla, se entregó a las ondas de las emociones que evocaban en su alma los recuerdos del pasado. De pronto, la habitación se llenó de una

especie de fina neblina, esparciendo una suave y misteriosa luz; y en donde la luz era más clara, Deodato distinguió una resplandeciente figura de hombre alto y bello, - ¡su padre Zanoni!

- No tengas miedo - díjole la aparición; - soy yo, tu padre y protector, y vengo a aconsejarte que no sacrifiques tu corazón con la tiranía del cerebro. Amas a Leticia y tu amor es correspondido; ¿por qué no se unen, como ya estuvieron unidos en muchas de vuestras vidas anteriores? - Sí, vuestras almas, hace muchos millares de años, que se buscan siempre, cuando están en la tierra. Yo te abriré algunas páginas de la Memoria de la Naturaleza, para que en ellas leas algo de tu propia historia. ¡Mira!

A estas palabras, desapareció la figura de Zanoni, y el mancebo vió un gran edificio sin ventanas, cuyo techo constaba de enormes láminas de piedras, que eran apoyadas por numerosas y fuertes columnas. Las paredes y las columnas estaban ornamentadas con pinturas. Era un templo egipcio, de la antigüedad. Delante del templo había un patio en el cual se entraba de afuera por una puerta con torres a los costados. Para llegar a esas torres, se pasaba por una serie de esfinges, que terminaban con obeliscos.

Deodato vió dos hombres, uno viejo y el otro joven, ambos con trajes sacerdotales; salieron del templo y se dirigieron a un ameno jardín, donde, a orillas de un lago artificial, una hermosa doncella se paseaba, por entre los canteros de lindas flores. La joven se aproximó a los hombres, y Deodato notó que su fisonomía era muy semejante a la de Leticia. La doncella saludó respetuosamente al viejo sacerdote y dirigió su mirada alegre al joven. En este momento percibió Deodato que ese joven era él mismo. El anciano, tomando la mano derecha de la doncella la unió con la derecha del mancebo y dijo:

-Hija mía, Menkerah me pidió que te diese a él por esposa, y yo acepté, y os bendigo.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, desapareció la visión, para dar lugar a un nuevo cuadro.

Apareció un nuevo templo, de estilo muy diferente. Las altas y fuertes paredes guarnecidas de pesadas placas de oro, brillaban a la luz del Sol, ofuscando la vista de los que a ellas se dirigían; y en los lugares donde no había oro, se veían fuertes losas de mármol blanquísimo. En las cumbres más altas de las torres de ese templo había una infinidad de varas puntiagudas. Deodato comprendió que era el templo de Jerusalén y vio aproximarse a ese lugar sagrado a un varón y una mujer, ambos en la flor de la juventud y en trajes judaicos. La mujer traía en los brazos una criatura y el hombre tenía en la mano una jaula con dos palomas. Los padres llevaban al niño al templo de Jehovah, para presentarlo al Señor y para dar la ofrenda, según la ley de Moisés. Fijando su mirada en la pareja, reconoció Deodato su propia fisonomía y la de Leticia.

Pero, luego que sintió su identidad con el feliz padre hebreo, notó también ese segundo cuadro desaparecía, siendo sustituído por un tercero, en el cual Deodato se reconoció en la figura de un caballero español de la Edad Media, el cual montado en un fogoso corcel, perseguía a un guerrero moro, que sujetaba en sus brazos a una bella joven, por él raptada y esta joven era Leticia. En vano el mahometano espoleaba su caballo, estimulándolo a correr con mayor velocidad. El cristiano lo alcanzó y, con un seguro golpe de espada, le cortó el brazo derecho, en el mismo instante en que el moro se disponía a clavar un puñal en el pecho de la doncella.

Y nuevamente desapareció la escena y delante de la vista de Deodato surgió un nuevo cuadro. Se vió en calidad de soldado francés en el reinado de Luis XIV, gravemente herido y extendido en el suelo, casi moribundo, entre muchos otros compañeros; una joven, con la fisonomía de Leticia, vendaba sus heridas y le daba de beber. Mientras el soldado miraba a la don-

cella, desapareció también este cuadro; y Deodato percibió de nuevo a su lado a su padre Zanoni, que sonriente le decía: -Dibuja los cuadros que te presenté, y, más tarde, los mostrarás a Leticia. ¡Qué las divinas Fuerzas del Amor puro os bendigan y os hagan felices!-

Calló la voz melodiosa que profería estas palabras y Zanoni se ausentó. Deodato obedeció y expresó, en el lenguaje del pincel, las escenas que le habían sido mostradas.

Después que se hubo ausentado de la habitación de Deodato, apareció Zanoni a Leticia, que en aquella hora también se hallaba sola en su aposento.

-No pierdas la esperanza, hija mía -díjole, con voz simpática y confortante;- en breve volverás a ver a Deodato y no os separaréis más. Ahora mismo estuve en su compañía e hice que él comprendiese que vuestras almas están unidas espiritualmente hace ya muchos millares de años. Voy a reproducir ante tu vista los cuadros del pasado que le mostré. Presta atención.

Y Leticia vió desarrollarse los mismos episodios que Deodato; y los esbozó igualmente, en su cartera, conforme la fuera aconsejado.

CAPITULO LX

"O pó volta á terra, e o espiritu volta a Deus."

Ecclesiastes, **XII, 7.**

("El polvo vuelve a la tierra, y el espíritu vuelve a Dios.")

"Onde está, ó morte, o teu aguilhão"

Ep, Corinthios, **VX, 55.**

("¿Dónde está, oh muerte, tú aguijón?")

"Na casa de meu Pae ha muitas moradas."

S. JUAN, XIV, 2.

("En la casa de mi Padre hay muchas moradas.")

-Nicanor, -dijo Mejnur a su compañero - es tiempo de partir en busca de Deodato. Yo aprovecharé tu ausencia para hacer unas excursiones a varios planetas y sus satélites.

-¿Ya visitaste, Maestro, algunos de estos mundos, de que los moradores de la Tierra no saben sino lo que las observaciones astronómicas refieren?

-Ya estuve en la Luna, que es como sabes, el Infierno de la Tierra, poblado por almas de hombres malos, que allí purgan sus pecados, aguardando el momento que a consecuencia de verdadero arrepentimiento y contricción, se vuelven dignos de pasar a una morada mejor. Ya visité a Marte y sus lunas.

-¿Lunas de Marte?

-Sí, mi querido; aunque los astrónomos de este tiempo, esto es, del principio del siglo XIX, aún no las hayan descubierto, el planeta rojo posee dos lunas (*). Pero lo que en el presente me interesa, son las lunas de Júpiter. Cuatro de estos satélites, denominados Yo, Europa, Ganímedes y Calixto, fueron descubiertos ya en 1619, por Galileo. La luna Calixto tiene un volumen más o menos igual al del planeta Mercurio; y Ganímedes es aún mayor. Conseguí entrar en relación con unos seres superhumanos que me guían en estas excursiones que hago, naturalmente, en cuerpo astral. Cuando volvamos a vernos, te relataré mis extrañas aventuras. Ahora no tenemos tiempo para eso. Las posiciones planetarias están favorables a la realización de mi proyecto. ¡Pues bien! Mientras partes para Nápoles, yo iré a ver a los satélites de Júpiter y observar las condiciones de vida que hay allí.

Despidiéronse los dos amigos, y Nicanor Vigier siguió para Nápoles, con el fin de encontrarse con Deodato y Dupuis.

…………………………………………………………………………

-¿Entonces, cuál es la respuesta que darás hoy, Deodato, a la pregunta del Maestro Mejnur, si estáis pronto a entrar en nuestra Orden?- dijo Nicanor al mancebo, después que se hubieron saludado cordialmente.

Antes que el joven pudiese abrir los labios para responder y decidir su suerte, apareció a los tres hombres Zanoni, radiante de luz, y exclamó:

-¡Deodato, hijo mío, di que tu corazón quiere vivir y disfrutar los encantos de un puro amor!

-Depende de su propia resolución - observó tranquilamente Nicanor - si se tornará, o no, un compañero de Mejnur. Yo no quiero constreñirlo.

Al mismo instante apareció al lado de Zanoni otra figura

(*) Phobos y Deimos, descubiertas por Hall en 1877. - N. del A.

masculina. ¡Mejnur! Su aparición era también luminosa, pero la tonalidad de los rayos que emanaba difería mucho con la cualidad de las irradiaciones de Zanoni.

-Yo te desligo de tu promesa, Deodato, - dijo Mejnour con voz solemne -porque aunque tú quisieras, yo no podría ser tu Maestro Iniciador. ¡Amigos, perdí para siempre mi cuerpo físico!

-¿Cómo? - admirados exclamaron al mismo tiempo, Deodato, Nicanor y Alberto.

-Absorto totalmente por mis estudios de los satélites de Júpiter, me olvidé, - por la primera vez durante los largos siglos de mi existencia terrestre, - absolutamente de tomar la dosis necesaria del Elixir de Vida, antes de emprender los vuelos astrales. Debido a ese olvido, perdí mi cuerpo físico, ¡estoy muerto para la Tierra!

-¡Para vivir una vida mucho más interesante en los mundos etéreos y continuar allí tus estudios científicos! - agregó Zanoni.

-¡Regresad a Roma, - dijo Mejnur, dirigiéndose a los tres hombres que aún poseían sus vehículos físicos - y sepultad mi cadáver! ¡Adiós!

-¡Adiós! ¡Hasta la vista! - dijo también Zanoni, y dando la mano a Mejnur, desaparecieron ambos.

CAPITULO LXI

"Omnia jam fient, fieri quce posse negabam."

OVIDIUS NASO.

("Ya acontecerá todo lo que juzgé que no podría acontecer.")

Cumpliendo la voluntad de Mejnur, regresaron, Nicanor, Alberto y Deodato, a Roma, y llegados allí dejaron los equipajes en casa de Nicanor y dirigiéndose al castillo de Mejnur. Hallaron el cadáver del sabio, extendido en el lecho, y ya con señales de principio de descomposición, que Nicanor, felizmente, supo detener. Dada la respectiva comunicación a la autoridad, fué sepultado el cuerpo físico del viejo solitario, con asistencia de algunas pocas personas de la vecindad.

Cuando nuestros tres amigos volvían del cementerio al viejo castillo, un extraño e inesperado espectáculo los llenó de pavor. A pesar de estar sereno el tiempo, vieron caer de las alturas un rayo en ese antiguo edificio; a la caída del rayo siguió el ruido de una fuerte explosión, y, en pocos instantes, la casa que había servido de morada a Mejnur hízose en pedazos, siendo demolida por fuerzas invisibles; y sus destrozos sepultaron todo lo que había pertenecido al insaciable investigador de las ciencias.

Silenciosos y conmovidos, los tres hombres contemplaron el entristecedor espectáculo.

-¡Vamos, ahora, a buscar a Glyndon! - articuló por fin Nicanor.

Iban a atravesar el bosque, donde Deodato acostumbraba recoger hierbas, cuando de pronto, se les apareció el gnomo Silvano que, dirigiéndose a Deodato, le presentó un anillo de oro diciéndole:

-Hace algunos dias anduvo por aquí un hombre con una hija; era muy bella y llamábase Leticia. Hablaban de ti, y percibí que la joven tenía muchas nostalgias tuyas, amigo Deodato. Los seguí, y cuando se sentaron sobre un tronco de árbol, a la salida del bosque, noté que Leticia se estremeció en el instante que había sacado un anillo del dedo; ciertamente me vió y se asustó. El anillo se le cayó de la mano sin que ella se apercibiera y rodó debajo del tronco, escondiéndose en un pequeño hueco. Inmediatamente corrí para sacarIo y entregarlo a la joven. Pero mi aproximación la intranquilizó aún más. Levantándose, pidió al padre que volviesen a la ciudad y se ausentaron. Los llamé, pero no me entendieron. Entonces recordé que debía guardar el anillo, para un día entregártelo. ¡Helo aquí!

Deodato, agradeciendo, guardó el anillo, y el gnomo, sonriendo, se ausentó.

…………………………………………………………………………

No necesitamos, ciertamente, esforzarnos mucho para convencer al lector de que la llegada de Deodato y sus dos compañeros a la morada de la familia Glyndon fué acogida con sincero placer y gran alegría.

-Pensábamos - dijo Clarencio Glyndon al hijo de Zanoni - que nos habías olvidado, porque ni noticias ni cartas vuestras hemos recibido.

-¿Olvidar? - respondió Deodato. - Confieso que, para no ser ingrato a Mejnur, he intentado, realmente, ahogar en mí las profundas emociones, las amistosas atracciones y las vivísimas nostalgias. Mas al mismo tiempo confieso que no lo conseguí.

-Entonces es claro que no seréis aceptado por Mejnur como su neófito - dijo Clarencio.

-Tenéis razón; pero ahora ni yo tengo esta aspiración, ni él podría satisfacerla, si yo aún la tuviese porque, ¡desencarnó! - ¡Mejnur murió! - exclamaron, admirados, Glyndon, su esposa y Leticia.

Nicanor relató, entonces, los últimos acontecimientos: las experiencias de su Maestro, en cuanto a los vuelos astrales a otros planetas; su aparición en Nápoles, en el momento en que Zanoni exhortaba al hijo a no sacrificar el corazón a la tiranía del cerebro; el entierro del cadáver de Mejnur y la misteriosa destrucción del viejo castillo, que por tanto tiempo sirviera de residencia al solitario Señor del Elixir de Vida.

Con mucha atención oyó Glyndon estas revelaciones y, al fin, observó:

-¡Tantos siglos de previsión y cuidados fueron, pues, inutilizados por un momento de olvido! Veo en esto claramente que, al final, la Naturaleza siempre es más fuerte que los hombres que se vanaglorian de poder dominarla.

-La Naturaleza, amigo mío, -replicó Nicanor - es el conjunto de las Fuerzas que realizan el plan de Atlas Inteligencias Divinas. Por eso, sus Leyes han de cumplirse siempre; y aunque a veces parezca que el Espíritu Humano se volvió superior a ellas, estas victorias aparentes del hombre se desmoronan un día. ¡No querramos ser señores y gobernadores de las Fuerzas Divinas, aplicándolas para nuestros fines personales; mas esforcémonos por conocerlas y aplicarIas de acuerdo con la Voluntad Superior del Creador, para el Bien de la Humanidad en general, colaborando en el Progreso Universal! Respetemos, pues, tanto a la Vida como a la Muerte. Ambas tienen su lugar en el gran plan de la Evolución ¡y vivamos no tan sólo por el cerebro, sino también por el corazón!

-Señorita Leticia - dijo Deodato, dirigiéndose a la doncella y presentándole el anillo que recibiera del gnomo.- ¿Conocéis este anillo?

-¡Ah! -exclamó la joven. Es el que perdí en una ocasión en que paseábamos con papá por un bosque. ¿Cómo lo hallastéis? -El gnomo, cuya aparición os asustara y os hiciera dejar caer el anillo y olvidado, lo guardó y me lo entregó.

Esta explicación excitó la curiosidad de Leticia y sus padres, que al principio juzgaron que el mancebo bromeara. Tuvo pues, éste que narrar detalladamente la historia de su amistad con Silvano, y cuando concluyó, preguntó:

-¿Señorita Leticia, consiente que yo guarde para mí este anillo y os ofrezco otro, en su sustitución?

-Acepto - murmuró la joven, ruborizándose y bajando los ojos.

CAPITULO LXII

"Omnia vincit amor."

(El amor vence todo.")

Proverbio latino.

"Agora, Pois, permanecem estas tres; a fé. a esperança e a caridade; porém, a maior dellas é a caridade."

S .PAULO, Ep. *aos Corinthios,* XIII, 13.

("Ahora, pues, permanecen estas tres; la fe, la esperanza y la caridad; sin embargo, la mayor de ellas es la caridad.")

Está próximo el fin de nuestra novela, estimados lectores, y este final, ciertamente os agradará, porque veréis unidos a los dos jóvenes enamorados por los sagrados lazos del amor y del matrimonio.

Deodato y Leticia, desde el cambio de los anillos, eran novios y se visitaban diariamente. En una de las visitas, el mancebo llevó los cuadros en que figuraban él y Leticia, como esposos en los tiempos remotos del antiguo Egipto, en el reino Judaico, en España medieval y en la Francia de Luis XIV, conforme las visiones suministradas por Zanoni. ¡Quién describirá el delicioso placer que llenó a los dos nobles y amantes corazones, cuando vieron confirmada la veraciadad de las visiones de uno por las del otro, pues Leticia, a su vez, muy contenta, presentó los cuadros idénticos que habían esbozado en su cartera!

Mientras aún los comparaban percibieron una simpática aparición. Era Zanoni que, trayendo consigo a su amada Viola, vino a bendecir a los novios.

-Sea indisoluble el sagrado lazo que une vuestros corazones - dijo - y sigan, siempre unidos, el Camino de la Perfección. Cuando vivisteis en Palestina, abrazasteis en santa concordia y con inflamable entusiasmo, la divina doctrina del afable Jesús Cristo. En todas vuestras existencias posteriores, probasteis con vuestros actos, que tenéis una Fe viva, que cultiváis la Esperanza y que ejercéis la Caridad; continuad, amados hijos, la práctica de estas virtudes, que son la puerta que da entrada al Reino de los Cielos, y seréis felices. Viola y yo os bendecimos y nos despedimos de vosotros, porque en breve dejaremos la esfera en que es posible comunicarse con los mortales de la tierra, para seguir nuestro camino ascendente! ¡Adiós! ¡Adiós!

Las apariciones extendieron sus manos, bendiciendo a los novios, y sumiéronse en el éter...

-Desde el momento en que te vi en el combés del navío, "Esperance", sentí que no me eras extraño, aunque no supiese quién eras - dijo Leticia a Deodato.

-Y yo tuve la misma impresión para contigo -respondió el joven. -Ahora comprendo por qué me fué tan fácil dibujar tus facciones, a pesar de haberte visto, aquella vez, a gran distancia.

-Pero, ¿en realidad, dibujaste mi fisonomía, ya antes de habernos encontrado en Roma?

-Es verdad; y mira que el dibujo no se apartó mucho de la realidad.

A estas palabras, presentó Deodato a su novia el retrato de ésta, hecho a lápiz, en Hastia.

-¡Cómo, pues, fué verídica la visión que se me presentó en el Espejo Mágico, en el hotel "León Blanco"! - exclamó

Leticia. - ¡Y yo juzgué, en aquella ocasión, que era presa de una alucinación!

Y relató a Deodato las extrañas experiencias que le ocurrieron: las visiones en el cristal, los sueños, su exteriorización al contemplar el planeta Venus... Y el novio a su vez, le contó interesantes hechos psíquicos de su propia vida.

Y, de aquel día en adelante, los dos amantes compartían, juntos, muchas comunicaciones con el mundo astral y leyeron aún varios episodios de sus existencias terrestres anteriores, grabadas en las indelebles Memorias de la Naturaleza.

No se limitaban, sin embargo, a estudiar y descubrir los secretos de las Fuerzas Sutiles; sino que cimentaban su Fe con obras de Caridad. Por todas partes en que, durante su larga y bendecida vida, anduvieron, dejaron vestigios de su filantropía. Muchos asilos, muchos hospitales, muchas escuelas y otras instituciones benéficas recibieron de ellos importantes auxilios; innumerables personas pobres, enfermas e ignorantes agradeciéronles los valiosos auxilios en dinero, remedios e instrucción.

Clarencio Glyndon y su esposa tuvieron la felicidad de acariciar dos bellos nietecillos: un niño, que era un vivo retrato de Deodato, y una niña, que era muy semejante a Leticia.

Nicanor Vigier y Alberto Dupuis colaboraron, en unión con Cristiano Weiss, aún por largos decenios, en la difunsión de las enseñanzas espiritualistas, consiguiendo adeptos y fundando logias y sociedades.

Cuando, en 1848, a consecuencia de las comunicaciones con almas desencarnadas que tuvieron lugar en la familia Fox, en Hydesville, cerca de Nueva York, el espiritismo comenzó a propagarse por la América y Europa, Deodato y sus amigos contrajeron relaciones de amistad con muchos de sus adeptos, para indicarles el camino de la comunicación espiritual más elevada de lo que se podía obtener por medio de los médiums. Y no fueron estériles sus trabajos: al lado del espiritismo vulgar, nacieron sociedades científicas para las investigaciones de las fuer-

zas psíquicas y espirituales, y muchos representantes de la Ciencia oficial, al principio escépticos, convenciéronse de que los seres humanos continúan viviendo en otras esferas, después de la muerte del cuerpo carnal, y que, bajo ciertas condiciones, es posible realizarse comunicaciones entre los encarnados y los desencarnados.

El norteamericano Andrés Jackson Davis, que, con entusiasmo profético, luchaba contra el materialismo ateo de un lado, y contra la creencia ciega del otro lado, fué uno de esos hombres que Deodato y sus compañeros debidamente apreciaban. También los alegró la actividad literaria del incansable propagandista Allan Kardec y su colaboradores y continuadores que preparaban y hasta hoy preparan los ánimos sedientos de Verdad, la Iniciación en algunas de las numerosas ramas de la Comunidad de los Hijos de la Luz.

No se volvieron inmortales, físicamente, los socios de la Logia "Rosa y Cruz"; y ni sintieron semejante aspiración. Fueron, no obstante, desenvolviendo cada vez más sus facultades psíquicas y espirituales, y de esta forma, alcanzaron la unión consciente de sus espíritus con la Vida Superior de los seres inmortales y volviéronse partícipes de la Consciencia Cósmica, que constituye la mayor Bienaventuranza posible.

Agosto 4 de 1943
(Luna nueva, 4°• día)

FIN